



historia

# Fracturas

De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende  
(1938-1973)

TOMÁS MOULIAN

**Tomás Moulian** es sociólogo, con estudios de posgrado en Bélgica y París. Fue director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica. Ha sido director del Instituto de Formación Social Paulo Freire y Rector de la Universidad ARCIS.

Por su libro *Chile Actual, anatomía de un mito*, obtuvo en el año 1998 el Premio Municipal de Santiago y el Premio Lasa, en EE. UU. Otras de sus obras son: *La Forja de Ilusiones: El sistema de partidos 1932-1973* (1993), *Crisis de los saberes y el espacio universitario* (1995), *El consumo me consume* (1997), *Conversación interrumpida con Allende* (1998), *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía*, (2000), *En la brecha* (2002) y *De la política letrada a la política analfabeta* (2004).



UNIVERSIDAD  
ARCIS

TOMÁS MOULIAN

**Moulian Empanza, Tomás**

Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende  
[texto impreso] / , Tomás Moulian Empanza — 1ª ed.  
Santiago: LOM Ediciones, 2006.  
280 p.: 16x 21cm.- (Colección Historia)

ISBN : 956-282-828-X  
R.P.I.: 155.906

I. Historia - Chile - 1938 - 1973 I. Título. II. Serie.

Dewey : 983.0642.— cdd 21  
Cutter : M926f

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

# Fracturas

De Pedro Aguirre Cerda  
a Salvador Allende (1938-1973)



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

*Un rechinar de botas de hierro  
en el cerezo.*  
PAUL CELAN\*

© LOM Ediciones  
Primera edición en castellano, 2006  
I.S.B.N: 956-282-828-X

*Para Pabla y Javier.*

Registro de Propiedad Intelectual N°: 155.906

*Para Lorena.*

Imagen Portada: Óscar Schnake, el Presidente Pedro Aguirre Cerda  
y Salvador Allende en un balcón de La Moneda, fotografía tomada el 9 de julio  
de 1940. Desde ese mismo balcón, 33 años después, fue tomada la última fotografía  
en vida de Salvador Allende.

Diseño, Composición y Diagramación:  
Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago  
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88

Impreso en los talleres de LOM  
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal  
Fono: 7744350 / 7863568  
web: [www.lom.cl](http://www.lom.cl)  
e-mail: [lom@lom.cl](mailto:lom@lom.cl)

Impreso en Santiago de Chile.

\* Paul Celan, *Amapola y memoria*, traducción de Jesús Munarriz. Madrid, Hiperión, 1992, p. 49.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Isabel Torres por permitir usar partes de un libro escrito en común, publicado en 1986. Las modificaciones actuales no son de su responsabilidad ni fueron discutidas con ella. Por compañerismo aceptó aparecer bajo la fórmula de co-autoría de los capítulos II y III.

Este es el segundo libro escrito mientras desempeñé el cargo de Rector de la Universidad ARCIS, al cual renuncié por motivos personales en abril del 2006. Tanto el pequeño texto anterior como este mamotreto fueron posibles por la ayuda de María Teresa Quezada, en quien descargaba muchas responsabilidades, y de Sandra Cabello, quien ordenaba el caos de mi vida pública. Tampoco hubiese podido escribir este libro sin el variado e indispensable apoyo cotidiano de Vania y Carmencita y sin la ayuda de Tatiana y Blanca, portadoras de los innumerables documentos que firmaba con plena confianza.

Tengo una vieja deuda con la Fundación Guggenheim, quien me ayudo para un proyecto sobre los intelectuales políticos de los 60'. Esa búsqueda ha terminado provisoriamente en esto. Este reconocimiento es también una señal de agradecimiento y de admiración a Nelly Richard, entre otros muchos motivos porque cada vez que puede me insta, con discreción, a completar esa investigación.

Agradezco a Paulo y Silvia, editores de todos mis libros desde *Chile Actual* (1997) en adelante. Sería muy limitado circunscribirme a reiterar los elogios sobre la manera atenta y crítica con que realizan su oficio. Ellos han tenido una importancia en mi vida que supera el ámbito de sus roles. Espero que la referencia no les moleste. Puedo hacerla porque sé que esta mención no los inhibirá en su ineludible tarea de sugerir correcciones o rechazar un texto.

También agradezco a Aída Goldfard M., quien se encargó, con paciencia y habilidad, de escribir en un computador más o menos infiel los textos originales, y a Sandra Molina, quien me ayudo a conseguir algunos discursos sobre la discusión parlamentaria de la Ley de Defensa de la Democracia.

## Fuentes Periodísticas

DI = *Diario Ilustrado*  
EI = *El Imparcial*  
EM = *El Mercurio*  
ES = *El Siglo*  
FP = *Frente Popular*  
H = *Hoy*  
L = *Lircay*  
LH = *La Hora*  
LN = *La Nación*  
LO = *La Opinión*  
ZZ = *Zigzag*

## CAPÍTULO I REFERENCIAS DE MÉTODO Y CONCEPTUALES

### 1.- Explicaciones sobre la producción y organización del libro

Para obtener mayor claridad y concisión he procedido a enumerar las principales operaciones conceptuales ejecutadas en la elaboración de este libro:

1. Esta obra es un montaje. Consiste en una compleja (o quizás complicada) mezcla de escritura reciente y reescritura de textos antiguos. Como advertí en los agradecimientos, reelaboré artículos y partes de libros escritos con anterioridad para colocarlos en una perspectiva teórica nueva, relacionada con las estrategias de dominación en la escena pública oficial. Además agregué textos nuevos que espero permitan articular las diferentes partes.

2. Me propongo usar con especial cuidado la contundente palabra objetividad, pues estoy consciente del carácter débil de los materiales probatorios. Trabajo con fuentes consideradas primarias, esto es con diarios y revistas, pero no ignoro la complejidad de las funciones de ese tipo de textos. Advierto de antemano que las mismas informaciones o datos pueden servir para montar relatos distintos.

3. En cuanto a la estructuración de la narración vuelvo a preferir, como en otros de mis libros de inspiración histórica, “las hipótesis de desarrollo... cronológico”<sup>1</sup>. Sigo casi con fruición la temporalidad, aceptando –no obstante– que es un construido. Me siento satisfecho del papel de cronista. Reclamo, eso sí, que se acepte que me atengo a la regla de la “sinopsis”, pues no solo abordo una parte o “región” de la política (la que se rastrea en el escenario Estado), sino además elijo ciertos fragmentos, sin pretensión de totalizar. Describo luchas por el trono presidencial que comprenden tormentosas designaciones de los postulantes, mítines, oratorias, la ceremonia principal de ese despliegue (el ciudadano vota) y luego el trabajo interpretativo o la “invención” de lo ocurrido. También pongo atención en muertes súbitas y hechos no calculables, pero sin olvidar el respeto por la influencia

---

<sup>1</sup> Ver Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999, pp. 15-16. Ginzburg señala las reservas que le merece esa opción. Pese a mi admiración por el autor, sigo el camino que considera menos eficiente.

de las “situaciones dadas”. Produzco *una* mirada particular de la política chilena de una parte del siglo XX, en ningún caso pretendo proporcionar *la* mirada privilegiada.

4. Los desarrollos que de manera convencional se conocen como teóricos (con mayúsculas o minúsculas) están intencionalmente poco desarrollados. ¿Funcionan en “estado práctico” y trabajan dentro del texto en esa condición, para efectos del análisis de lo concreto? Eso espero. Tengo conciencia de que este proceder es considerado problemático, por lo menos desde el punto de vista de Althusser<sup>2</sup>. No presumo la existencia de una “Teoría” previamente elaborada para la aplicación. ¿Caigo, por ello, en una suerte de “empirismo”, ingenuo?

5. Renuncio a entrar en ese campo minado y me acojo al amparo de la célebre metáfora de la “caja de herramientas”<sup>3</sup>. Espero que los conceptos funcionen como instrumentos para luchas en las cuales los intelectuales no tienen nada que “proponer”, pero sí algo que decir si es que aceptan un papel modesto y no el de portadores de la palabra. Por supuesto, que no he sido siempre fiel a esa regla, como muchos de los que están involucrados en Chile en la acción política de izquierda<sup>4</sup>.

## 2. Herramientas conceptuales: El problema

Este libro se concentra en el análisis de las luchas políticas entre 1938 y 1973. Su finalidad es describir y analizar las modalidades a través de las cuales se ejerció la dirección política en Chile en una época en que era una sociedad capitalista subdesarrollada, con industrialización para el mercado interno y con una irregular y discontinua democracia representativa, celebrada no obstante como ejemplar.

El predominio en ciertos momentos de miradas teóricas reduccionistas ha oscurecido la comprensión de los problemas de dirección en regímenes democrático-representativos. Se trata de teorías que olvidan que un sistema de ese tipo no funciona adecuadamente si solo salvaguarda y acoge los intereses económicos de los sectores dominantes.

Como no es este el espacio para desarrollar a fondo diferencias conceptuales, me limitaré a usar una cita de un libro clásico. Nicos Poulantzas, protagonista del llamado estructuralismo marxista, construye su importante libro sobre el Estado capitalista remarcando la tesis de la autonomía relativa. Pero, paradójicamente, propone tantas

restricciones a las posibilidades y oportunidades políticas de las clases dominadas, que el balance final se acerca bastante a la célebre pero equívoca definición que Marx y Engels formulan en el Manifiesto: “El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”<sup>5</sup>.

Poulantzas supone que la necesidad de competir por el poder en el Estado no ocasiona problemas significativos a las clases dominantes. Ello ocurre porque, pese a los avances que provienen del uso de la noción de autonomía relativa, está atrapado en una visión voluntarista y conspirativa de la democracia, considerada como estratagema. En concreto afirma que las consecuencias esperadas no ponen en jaque de manera habitual su dominio hegemónico. Dice: “Esa garantía de intereses económicos de ciertas clases dominadas por parte del Estado capitalista no puede concebirse *sin más* como limitación del poder político de las clases dominantes”<sup>6</sup>.

La diferencia principal entre sistemas democráticos y sistemas autoritarios en sociedades capitalistas radica en un único pero crucial punto. En las sociedades democráticas las clases dominadas pueden disputar la dirección política y pueden limitar la capacidad de acción de las clases dominantes, generando, si eso ocurre, problemas en la esfera de la reproducción. Por muy formal que sea la democracia, ella requiere una legalización de la competencia, la cual debe ser abierta, con elecciones y con partidos. No hay validez si no se ha cumplido ese conjunto de procedimientos y es difícil que haya legitimidad. En un sistema democrático el poder político de las clases dominantes no deriva directamente de su poder económico sino de la capacidad de dirección alcanzada en la competencia.

Esa posibilidad pertenece a la lógica de la institucionalización política de las clases dominadas que es permitida por la democracia. En efecto en ella pueden configurarse pautas de poder que dificulten la reproducción y que deriven en algún tipo de crisis. Esta eventualidad depende de los niveles de poder político alcanzado por las clases dominadas a través de su bloque de poder (partidos, sindicatos, movimientos sociales) y de las capacidades de reacción de las clases dominantes, entre ellas la capacidad de crear una representación política sustituta cuando falla la representación más compatible. Me refiero a la capacidad de reemplazar a un determinado bloque de poder, si este no alcanza un nivel de eficacia adecuada.

El asunto central es que el sistema social imperante se puede reproducir, pero sin dirección hegemónica, por tanto sujeto a concesiones y a altos niveles altos de incertidumbre. Cuando hay dominación sin hegemonía el asunto clave son las estrategias que deben usar esas clases dominantes que no son dirigentes, los dilemas que enfrenten y las trayectorias que puedan desarrollarse.

<sup>2</sup> Louis Althusser, *Pour Marx*, París, Librairie Francois Maspero, 1965. En especial “Sur la dialectique matérialiste”, pp. 163-224 (1963).

<sup>3</sup> Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1973; *Un diálogo sobre el poder*, Madrid, Alianza Editorial, en especial las páginas que contienen la reproducción del célebre diálogo entre Deleuze y Foucault, pp. 7-19.

<sup>4</sup> Un ejemplo es la sección “propositiva” de mi propio libro *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía*, Santiago, Editorial LOM, 2000.

<sup>5</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista en Obras Escogidas*, Moscú, Ediciones en Lengua Extranjeras, pp. 34-35.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 242. El subrayado es mío.

A diferencia de lo que algunos creen, la hegemonía de los dominantes no proviene mecánicamente de las instituciones del Estado capitalista con modalidad democrática, no deriva como fenómeno normal de su mera instalación. Para conseguirla debe existir un agente que consiga unificar a las diferentes fracciones burguesas y éste debe ser capaz de dirigir en el terreno ideológico y político a la parte más amplia posible de las masas subalternas.

En ocasiones se configura en las democracias capitalistas un cuadro de poder que puede denominarse Estado de compromiso interclasista. Esto ocurre cuando la institucionalización política de los dominados produce ciertos efectos y se generan situaciones de poder compartido. En ciertas circunstancias, que el análisis del desarrollo político chileno pone de manifiesto, se produce un debilitamiento de la capacidad hegemónica de las clases dominantes, el cual puede durar un cierto período, pagando por supuesto algunos costos...

Cuando el bloque dominante no logra expandir el dominio económico y trasmutarlo en político, o sea cuando no puede actuar como fuerza dirigente, está obligado a desarrollar capacidad de contención. Esta última capacidad puede tomar varias modalidades. En el análisis de la trayectoria política chilena entre 1938 y 1973 se distinguen tres formas: la defensiva, la represiva y la integrativa. El propósito del análisis histórico es describir cada modalidad y estudiar las condiciones del paso de una a otra.

Vale la pena repetir que estas puntualizaciones no constituyen un aparato teórico en forma. Su función no es proporcionar una teoría de la reproducción sino señalar las claves de lectura que serán usadas para el análisis del desarrollo político chileno entre 1938 y 1973.

### 3. Descripciones de contexto

#### A.- UNA FORMACIÓN SOCIAL OLIGÁRQUICO-CAPITALISTA

A fines de la década del 1960 ciertos intelectuales marxistas chilenos y extranjeros se trenzaron en una áspera discusión sobre el carácter feudal o semifeudal de la formación social chilena. Esta disputa era solo en apariencia abstracta y teoricista. En realidad se discutía tanto la crítica del modelo de desarrollo como la validez de las estrategias revolucionarias de los partidos de izquierda<sup>7</sup>.

Queda claro en la discusión que, pese a la persistencia hasta mediados de la década de 1960 del latifundio y de relaciones sociales de inquilinato, la formación social chilena no podía caracterizarse por la existencia de rasgos dominantes de carácter feudal o semifeudal. Sí podía clasificarse de manera acertada como un caso de capitalismo oligárquico. Esta forma particular de configuración determina, primero, el carácter mixto del desarrollo capitalista, el cual no logra sacudirse de la inercia del desarrollo agrario y, segundo, marca y delimita, por supuesto a través de mediaciones, las posibilidades de dirección política de ese bloque de clases.

El tipo de desarrollo capitalista existente en Chile implicaba que la industrialización, no solo debía ajustarse, sino que, en circunstancias específicas, se debía subordinar a los requisitos de reproducción del sistema latifundista y sus particulares relaciones sociales de producción. Estas últimas no se basaban en el contrato libre y en la capacidad de la fuerza de trabajo de negociar sus condiciones laborales, lo que significaba la mantención de pautas de subordinación extraeconómica, que generaban dependencia política y cultural de los campesinos. En un estudio publicado en 1966, en pleno gobierno de Frei Montalva, se calcula que en el Valle Central los inquilinos con sus familias alcanzaban a 300.000 personas o sea el 25% de la población ligada a la agricultura en esa región<sup>8</sup>.

Como se ve en el libro, esta situación sobrevive a las coaliciones de centro izquierda de 1938 a 1946, a los dos primeros años del gobierno de González Videla, a la administración Ibáñez. Solo es puesta en cuestión por una débil ley de reforma agraria promulgada por Jorge Alessandri en 1962 y, más tarde, por la decidida política de Frei Montalva, cuyo gobierno fomenta la sindicalización campesina y promulga la nueva ley de reforma agraria de 1967<sup>9</sup>.

El capitalismo oligárquico consiste en la fusión de latifundistas y burgueses en un solo bloque, lo que dificulta que ese agente opere como fuerza modernizadora. Esa alianza sacrifica capacidad hegemónica para mantener intacto el orden agrario, en muchas ocasiones entregado al arbitrio de capataces autoritarios o de notables rurales a cuya cabeza solía estar el cura de pueblo o, en el mejor de los casos, la patrona preocupada de la evangelización de los campesinos y sus familias para reclutar desde allí buenas empleadas domésticas.

Por otra parte, esta situación de sometimiento no afectaba solo al inquilino sino a la totalidad de los trabajadores agrícolas, los cuales estaban incapacitados de negociar salarios y condiciones laborales, recibiendo todavía en 1964 una parte de sus remuneraciones en especie o en regalías.

<sup>7</sup> Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Tenencia de la tierra y desarrollo socio económico del sector agrícola*, Santiago, CIDA, 1966.

<sup>8</sup> Juan Carlos Gómez, *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile*, Santiago, Editorial LOM, 2004, p. 211.

<sup>7</sup> Algunos de los textos más relevantes se encuentran en el libro de Carlos Sempat Assadourian et al., *Modos de producción en América Latina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 40, 1973.

Esta situación provoca fracturas del mercado interno. Según datos calculados en escudos de 1961, en 1950 el 31,1% de la población empleada en forma directa en la agricultura tenía un ingreso promedio de 645,3 escudos y de 696 escudos el 26,4% empleado en 1960. El promedio del ingreso país era de 1.407,2 escudos en 1950 y de 1.539,4 escudos en 1960. El promedio del ingreso en el sector más dinámico de la economía, el minero, había sido de 1.664,1 escudos en 1950 y de 2.863,3 escudos en 1960, experimentando un enorme crecimiento<sup>10</sup>.

Con ese nivel promedio de ingresos los trabajadores agrícolas y sus familias prácticamente quedaban fuera del mercado. El estado de las remuneraciones era una clara demostración de la diferencia entre trabajadores con capacidad de negociación y trabajadores sin ninguna. Hay que tomar en consideración que no se trata de cifras residuales. El sector agrícola en 1960 era el segundo en población activa después del sector servicios.

Estas cifras sumamente elocuentes demuestran que la fusión entre los intereses burgueses y los agrarios impedían el pleno despliegue de una industrialización, que al estar altamente protegida, tenía como casi único ámbito de realización el mercado interno. Una parte significativa de la fuerza de trabajo vivía en una economía de autosubsistencia. El tipo de desarrollo capitalista atentaba contra el dinamismo de la industrialización, sumida en un mercado pequeño desde el punto de vista demográfico pero además fracturado. Este hecho, que se sumaba a la dependencia externa, determinaba las limitaciones del desarrollo hacia adentro.

La modalidad del capitalismo oligárquico influye sobre la mentalidad económica y política de los empresarios. La sobrerrepresentación política de los latifundistas dentro del bloque dominante y el carácter transversal del conservadurismo que es la ideología afín de los latifundistas permite entender la falta de un partido modernizador y permite interpretar aspectos de la dinámica política del período.

## B.- EL SISTEMA DE PARTIDOS: UN CIERTO TIPO DE POLARIDAD

La característica esencial del campo de partidos que se empieza a instalar desde 1932 y que sucumbe en 1973 es un cierto tipo de polaridad. Muchas situaciones políticas van a estar determinadas por esa característica estructural del campo. Ella va a ser decisiva en las relaciones que establecen los diferentes actores, determinando sus oportunidades de acceso al poder político<sup>11</sup>. Al ser un elemento estructural constituye un predeterminante de las condiciones del cálculo político, operación que implica tanto diagnosticar las relaciones de fuerza como proyectar su mantención o cambio.

<sup>10</sup> Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, op. cit., p. 19.

<sup>11</sup> Tomás Moulian, *La forja de ilusiones: el sistema de partidos 1932-1938*, Editorial FLACSO-ARCIS, 1994, Santiago.

Lo dicho no significa que todos los actores tengan internalizada la situación como regla ni que la tomen en consideración o actúen de forma adecuada frente a ella. Los procesos de cálculo político, aunque constituyen intentos de racionalización orientados a decisiones, son, como toda constitución de lo real por parte de un actor, interpretaciones subjetivas (o desde el sujeto) de la realidad del objeto. El intérprete del fenómeno, en este caso un actor político individual o colectivo, no las crea a su arbitrio pero las describe, aprecia y analiza desde específicas condiciones de percepción y clasificación relacionadas con sus posiciones en el campo, desde su definición de objetivos propios o de la imputación de objetivos a los otros actores, desde su referencia a valores o ideales.

### a.- El sistema de partidos del régimen parlamentario

Para entender el significado de los cambios en el sistema de partidos ocurridos en los años 1932 y 1933, punto de partida obligado para la comprensión del desarrollo político posterior, es indispensable definir los elementos centrales de la estructura precedente, el régimen de gobierno "parlamentarista" y el sistema de partidos existente hasta 1924. La comparación con la situación anterior permite entender la singularidad de la nueva etapa, aquella que transcurre entre 1932 y 1973<sup>12</sup>.

El análisis del régimen de gobierno y del sistema de partidos existentes entre 1891 y 1924 solo interesa en cuanto permite entender la hipótesis central planteada respecto al sistema de partidos vigente entre 1932 y 1973. Por ello solo se señalarán los rasgos más resaltantes en función de la comparación requerida.

El régimen "parlamentarista" que se instala desde 1891 hasta 1924 no es, como lo sostienen historiadores tan disímiles como Bravo y Heise, la mera continuidad del proceso de parlamentarización iniciado a partir de 1860<sup>13</sup>. En 1891 hubo un real giro, un viraje, aunque su profundidad se escamotea porque se trata de un cambio no constitucional del régimen político. Si bien la matriz del texto de 1833 se mantuvo vigente hasta 1925, no subsistió casi nada del presidencialismo autoritario que había creado Portales.

Hasta la guerra civil de 1891 algo sobrevivía de esa fase originaria del Estado. Existía un régimen de gobierno todavía con predominio presidencial, aunque las atribuciones de esta figura institucional fuesen menores desde 1860 que las que tuvieron Prieto, Bulnes y Montt, la etapa de apogeo de la concentración y centralización del poder. Pero ese sistema de gobierno, aunque atenuado por la creciente "parlamentarización", era diferente del que existió desde 1891 para adelante. Desde esa fecha se diluyó casi totalmente la función

<sup>12</sup> Para un estudio global del período parlamentario o parlamentarista, ver Gonzalo Vial, *Historia de Chile*, Editorial Santillana, 1987; Julio Heise, *Historia de Chile*. "El período parlamentario 1861-1925", tomo I; Ed. Andrés Bello, 1974.  
<sup>13</sup> Bernardino Bravo, *Régimen de gobierno y partidos políticos 1924-1973*, Editorial Jurídica, 1986.



del presidente como jefe de gobierno. Entre 1860 y 1891 también el presidente estaba limitado por la necesidad de negociar con los partidos, pero mantenía un gran poder relativo, puesto que incluso poseía la capacidad de incidir en los resultados de las elecciones parlamentarias y por ende en la conformación del Congreso.

A partir de la guerra civil el presidente perdió la mayor parte de sus funciones ejecutivas y el gobierno pasó a manos de las mayorías parlamentarias. Algunos historiadores, entre ellos Bernardino Bravo, sostienen que ya desde 1860 el llamado régimen presidencial monocrático se diluyó para convertirse en un régimen de partidos<sup>14</sup>. Sin embargo, es necesario diferenciar. Una cosa es que la eficacia del presidente dependiera de su capacidad de conformar en el Congreso una mayoría parlamentaria (como ocurría entre 1860 y 1891) y otra que el gobierno estuviera radicado en las mayorías parlamentarias (como ocurrió entre 1891 y 1924). Desde 1891 existió un total deslizamiento del poder desde una institución unipersonal, el Presidente, hacia una institución colegiada, el Parlamento, que era el espacio de funcionamiento privilegiado de los partidos.

Los de esa época pueden ser analizados desde dos puntos de vista diferentes: el tipo de organizaciones y la estructura del sistema. Tiene razón Bravo cuando caracteriza a los partidos de este período como “parlamentarios” o cuasi-cliques en la nomenclatura de Neumann. Esta es una estructura típica de un sistema cuyo centro decisional era el Congreso y donde, además, las elecciones estaban fuertemente controladas por tres tipos de “intervenciones”: la gubernamental, el dominio clientelístico y el cohecho. Los partidos eran básicamente asociaciones destinadas al control parlamentario y aparatos para efectos de una competencia electoral imperfecta, por tanto (con muy pocas excepciones) constituían asociaciones de notables políticos. Pocos de esos partidos tenían organizaciones estables, aunque invocaran un cuerpo doctrinal.

La estructura del sistema de partidos era múltiple (seis organizaciones) pero susceptible de clasificación triádica (derecha, centro, izquierda)<sup>15</sup>. Sin embargo, los extremos no constituían polos, es decir posiciones que tuvieran entre sí relaciones de oposición, o sea que estuvieran imposibilitados de realizar conductas cooperativas habituales. El extremo izquierdo del sistema de partidos estaba conformado por dos organizaciones de carácter social-demócrata, las cuales planteaban reformas legales y postulaban la necesidad de una mayor democratización sustantiva y formal o política. Se trataba del Partido Demócrata, formado a fines del siglo XIX y que era, desde el punto de vista de su representación

<sup>14</sup> Bernardino Bravo, op. cit.

<sup>15</sup> A propósito del uso del sustantivo izquierda, derecha y centro, debe advertirse que con mucha frecuencia el uso singular debía ser reemplazado por el plural, porque entre 1938 y 1973 funcionaban dos partidos de derecha y por lo menos dos de izquierda, a veces también dos centros. He decidido usar esa voz siempre en singular, porque el uso plural obliga a forzar la sintaxis. He optado por perder rigurosidad para privilegiar la estética escritural. Ruego considerar esta advertencia en la lectura del texto.

social, expresión de sectores populares (artesanos y obreros salitreros) y grupos pequeño-burgueses, pero en abierto proceso de descomposición tanto por el retiro de los grupos que formaron el Partido Obrero-Socialista como por su incorporación al juego político del parlamentarismo. En todo caso, los sectores clasistas (socialistas) en ningún momento predominaron dentro de él y cuando se retiraron en 1912, el partido estuvo en libertad de incorporarse a las coaliciones competitivas y de entrar a los ministerios. El otro partido era el Radical, organización policlasista, de carácter reformador y de pronunciada tendencia estatista. En otro tiempo había sido un partido doctrinario, constituyendo el ala extrema de la contradicción laico-católica. En la última etapa de la fase parlamentaria, especialmente desde 1910 para adelante, había abandonado el liberalismo a lo Mac-Iver para adoptar las posiciones más avanzadas de Valentín Letelier.

En síntesis, el extremo izquierdo del espectro partidario no tenía relaciones de oposición y menos de antagonismo con el extremo derecho, comandado por los conservadores, de manera que –en ocasiones– los demócratas formaron parte de alianzas dirigidas por éstos.

La mayor parte de los historiadores, con la excepción de Heise, consideran este período como un momento estéril, improductivo e ineficaz para el desarrollo nacional. El excesivo énfasis en ese aspecto ha impedido poner atención en la “racionalidad de intereses” que explica la forma de estructuración del poder estatal<sup>16</sup>. La creciente pérdida de legitimidad del “poder fuerte” entre las clases dominantes tiene que ver con los procesos de diferenciación que se produjeron en esa elite, los cuales dieron lugar a dos conflictos principales: el enfrentamiento doctrinal laico-católico y el enfrentamiento de intereses entre los sectores mineros orientados al comercio exterior y los latifundistas básicamente orientados al mercado interno. Entre esos dos clivajes, el segundo tuvo un carácter efímero. Desde 1860 se produjo por diferentes vías, la principal de las cuales fueron las alianzas matrimoniales, una oligarquización de la burguesía minera.

El régimen de gobierno instaurado en 1891 revela que las clases dominantes desearon despojar a las instancias unipersonales de su capacidad de iniciativa y de ejecución para trasladarlo a las instancias multipersonales. La lógica de ese desplazamiento se entiende mejor desde el punto de vista de los intereses en juego que desde el punto de vista de elucubraciones doctrinarias referidas al “buen gobierno”.

Desde poco antes de 1891 se empieza a desarrollar una economía primario-exportadora basada en el salitre, cuya propiedad está abrumadoramente en manos de extranjeros. Algunos estudiosos, como A. Pinto y Laclau<sup>17</sup>, señalan que esa pauta de propiedad, opuesta

Ver Tomás Moulian, “Violencia y gradualismo en el sistema político chileno” en Adolfo Aldunate, Ángel Flisfisch y Tomás Moulian, *Estudios sobre el sistema de partidos*, Ediciones FLACSO, 1986.  
Aníbal Pinto, *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, Editorial Universitaria, 1962; Ernesto Laclau, “Feudalismo y capitalismo en América Latina”, en *Sociedad y Desarrollo* N° 1, 1972.

a la que existió en los momentos de auge de la minería argentífera, tuvo un efecto decisivo sobre la “visión de Estado” de las clases dominantes<sup>18</sup>. La extranjerización de la minería salitrera determina el papel central del Estado en la distribución de una parte importante del excedente no exportado del salitre, cuyo reparto entre las diferentes fracciones de las clases dominantes dependía de decisiones políticas.

El consenso político contra Balmaceda se explica por el deseo de impedir la concentración de atribuciones en el Presidente y su posible monopolización del poder. El ideal del “gobierno mínimo” termina por imponerse plenamente en contra del ideal originario del “gobierno fuerte”. La razón principal radica en un miedo al Estado, por las funciones redistributivas que éste poseía, las cuales podían tener efectos en el poderío económico de las diferentes fracciones y sectores. En la lucha contra Balmaceda se expresa el temor al líder fuerte y la preferencia de la elite por un poder fragmentado.

Como se sabe, los niveles de eficacia y gobernabilidad de los gobiernos parlamentarios pueden ser muy altos, dependiendo esto de la “calidad” de las normas de solución de los conflictos institucionales (entre poderes) y de la estructuración del sistema de partidos. Por tanto un sistema parlamentario, si bien no es “fuerte” en el sentido tradicional del término (poder concentrado en una persona), puede llegar a serlo en cuanto a los grados de eficacia. Lo que sucedía con el régimen de gobierno “parlamentarista” imperante en Chile entre 1891 y 1924 era que carecía de sistemas de regulación de los conflictos institucionales. Por tanto no había cómo resolver el problema de la debilidad de las mayorías parlamentarias, provocada por una estructura de partidos múltiples y con poca cohesión organizacional. El jefe de Estado no tenía la posibilidad de disolver el Congreso en caso de que una fórmula ministerial hubiese perdido el apoyo mayoritario, lo que era muy fácil por la baja integración de los partidos. Por tanto, al no existir la cláusula de disolución que es típica de un sistema parlamentario en forma, el único mecanismo de regulación existente era la exarcebación de las prácticas de compromiso intra-elite.

Esta estructura del sistema producía dentro de los partidos una tendencia a la formación de cliques internas, que en algunas circunstancias podían desempeñar roles decisivos en la caída de una fórmula de gobierno o en la formación de otra. La acción de estos pequeños grupos liderados por alguna personalidad política tenía más recompensas que sanciones. Ella generaba problemas pero también flexibilizaba un sistema muy rigidizado, permitiendo la salida de crisis y con ello las readecuaciones y reequilibrios.

Ese sistema de poder disperso y fragmentado pudo funcionar mientras estaba sostenido por el auge salitrero y mientras la política se circunscribía a acuerdos entre notables. En 1920 una crisis de las bases de sustentación del desarrollo primario-exportador centrado en

<sup>18</sup> Un libro sumamente importante sobre este tema es el de Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en los siglos XIX y XX*, Ediciones La Ciudad, 1981.

el salitre se combinó con la emergencia de un liderazgo semi-populista (el de Arturo Alessandri), que alentaba una cierta masificación de la política. Ello abrió las compuertas a la intervención militar y a un período de gran desorden político, que abarcó entre 1924 y 1932. Al término de esa crisis el sistema de partidos cambia de un modo radical.

#### *h.- Los cambios entre 1932-1935*

Entre los años 1932-1935 se instala el primer rasgo estructural del fenómeno que se denomina polaridad. El motivo es que aparece una izquierda marxista con una naciente significación electoral, que se incorpora a la competencia regulada por el poder. Ese es el primer síntoma de un proceso que se va a completar en 1935, con el término completo del giro del Partido Comunista y luego con la votación alcanzada por Marmaduke Grove en las elecciones presidenciales de octubre de 1932. Obtuvo el 17,7% pese a que su deportación le impidió hacer campaña personalmente<sup>19</sup>.

Este nuevo sistema de partidos tiene una primera característica. Esta consiste en que se aumenta la distancia ideológica entre los extremos, más allá de la existente en el modelo anterior, puesto que los partidos Comunista y Socialista que se integran en la competencia regulada entre 1932 y 1935, tienen una ideología revolucionaria de inspiración marxista y formulan el futuro como socialismo.

Esa polaridad, definida por la presencia en el sistema político de agrupaciones revolucionarias antagónicas respecto de las conservadoras, constituye una de las principales singularidades del caso chileno. Las teorías predominantes entre los cientistas políticos advierten sobre los efectos de inestabilidad y de ingobernabilidad que provocaría la presencia de significativos partidos antisistema<sup>20</sup>. Sin embargo, la experiencia chilena desmiente esa generalización, puesto que el funcionamiento de un sistema multipartidario con polaridad coincidió con una estabilidad de cuarenta años.

El elemento estructural que explica la coexistencia entre partidos extra sistema y estabilidad política con pautas de conflictividad regulada es que la alta distancia ideológica entre los extremos convive con la existencia de partidos intermedios o de centro, cuyas características y comportamiento van a determinar la dinámica política. El Partido Radical, que fue hasta la mitad de los sesenta el partido intermedio predominante, obtuvo en 1932 el 17,2% de la votación y 31 diputados, y en 1937, el 18,7% de la votación y 29 parlamentarios, resultados significativos en un campo multipartidario<sup>21</sup>. Pese al crecimiento de la derecha en las parlamentarias de 1947, esos resultados le otorgaban al Partido Radical un rol crucial.

<sup>19</sup> Andrew Barnard, *The Chilean Communist Party 1922-1947*, University College, University of London, 1977.  
<sup>20</sup> Giovanni Sartori, *Partidos y sistema de partidos: marco para un análisis*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.  
<sup>21</sup> Ricardo Cruz Coke, *Historia electoral de Chile*, Editorial Jurídica, 1984, Santiago.

El rasgo de la alta distancia ideológica hubiese sido aniquilador de la competencia partidaria sin esa presencia de partidos intermedios que regulaban los conflictos entre los extremos y con ello determinarían las posibilidades políticas de éstos. Se trata de una polaridad sostenida sobre una fuerza intermedia que la “enfria”, impidiendo que se transforme en polarización.

La gran distancia ideológica entre los extremos coloca en una posición privilegiada a un partido de centro con peso electoral y flexible en el terreno táctico, puesto que éste podía definir, mediante alianzas, las oportunidades de los extremos.

Sin embargo, la organización del sistema de partidos tiene también efectos sobre el acceso al poder político de los partidos más expresivos del bloque oligárquico burgués. Estos pierden posibilidades de poder. Pero no lo pierden porque la estructura del sistema de partidos lo determine de una manera mecánica. La estructura con polaridad del sistema de partidos es una limitante, pero solo puede actuar en combinación con el fenómeno del predominio céntrico. Si ese rasgo no hubiese existido, la polaridad no podría haber persistido por la tendencia de los extremos a aniquilarse. Esto significa que la existencia de un partido intermedio poderoso en el nivel electoral era una condición para que funcionara el sistema con polaridad.

La pérdida relativa de poder de la derecha es un efecto no necesario, lo que significa que pudo ser evitado. Resultó del hecho de que en el juego de alianzas actuaron con menos criterio estratégico que la izquierda. Por tanto, la pérdida tiene que ver con las características ideológicas del bloque al cual le correspondía la función de reproducción del orden oligárquico burgués en un momento específico de la lucha política, la coyuntura electoral de 1938. El modo de resolución de esa coyuntura, seguida por otras resueltas de igual manera, le dio ventaja a la izquierda y le infirió a la derecha pérdidas de poder político, ocasionando el desplazamiento de estas últimas de la alta esfera gubernamental.

#### 4.- Una periodización: mecanismos de dominación en el Estado chileno

Como se mostrará más adelante, en el período de tiempo transcurrido entre 1938 y 1970 el bloque dominante y sus partidos políticos no logran dar dirección y deben aceptar las condiciones de un Estado de compromiso. En su reemplazo se despliegan estrategias de contención. A continuación se ubicarán en el tiempo y se describirán las diferentes modalidades, pues no primó una fórmula única. Tres fueron las formas que se sucedieron del período 1938-1970.

*a.- Estrategia de contención defensiva:* Abarca el período 1938-1947, durante el cual se realizaron tres elecciones presidenciales en que triunfaron candidatos de la coalición de centro-izquierda, la originaria de Aguirre Cerda en 1938, la de Juan Antonio Ríos en 1942 y finalmente la de Gabriel González Videla en 1946.

En la primera etapa el bloque capitalista oligárquico actúa desde posiciones subordinadas de poder en el Estado. Estas son sin embargo suficientes para forzar compromisos de las fuerzas de gobierno. Los sectores dominantes, aun actuando a la defensiva, consiguen adaptar el proyecto industrializante de la coalición de gobierno y hacerlo compatible con los intereses defensistas del latifundio.

La estrategia de contención defensiva puede tomar dos variantes. La primera, desarrollada durante el gobierno de Aguirre Cerda, se caracteriza porque el bloque dominante representado por los partidos de derecha pierde las elecciones presidenciales pero mantiene un poder parlamentario que le permite regular el comportamiento político del bloque gobernante, obligándolo a políticas de compromiso.

La segunda variante de la estrategia de contención defensiva consiste en la incorporación de ministros liberales a los gabinetes, en un intento de influir desde dentro. Esta modalidad se puso en aplicación durante el gobierno de Ríos y de Alfredo Duhalde, su sucesor constitucional (1942-1946), para compensar a la derecha de la pérdida de la mayoría parlamentaria y por tanto de la posibilidad de realizar la contención desde el Congreso. Como eso no era ya posible, la derecha ensaya una nueva modalidad.

*b.- Estrategia de contención coactiva:* Se aplica durante el período 1948-1958. Las supuestas amenazas al orden público, generadas por las huelgas obreras de 1947, impulsan a los sectores dominantes a un viraje político que instala una nueva modalidad de dominación. La legislación aprobada en 1948 que ilegaliza al Partido Comunista y pone en jaque el movimiento obrero abre una etapa de dominación represiva que dura hasta 1958. Se sabe que la coacción es un recurso normal del Estado, que se usa con variaciones de intensidad dependiendo de la combinación entre necesidades y posibilidades. Entre 1948 y 1958 hay un período de dominación represiva en el marco de un Estado capitalista con democracia representativa. Es importante señalar que la democracia se restringe (reducción del pluralismo político) pero no se elimina, lo cual muestra la elasticidad del concepto burgués de democracia.

*c.- Estrategia de contención integrativa:* Se aplica entre 1958 y 1970, aunque su momento de mayor despliegue tiene lugar durante el gobierno de Frei, el cual asume con fuerza un proyecto de reformismo integrador, destinado a realizar la modernización capitalista, a impulsar la participación a través de la organización de campesinos y pobladores. Con esa política el gobierno de Frei busca desarticular a la derecha y desplazar a la izquierda, tomando algunas de sus banderas.

d.- *La entrada en crisis.* Entre 1970 y 1973 se desarrolla una crisis que termina en colapso, producto del intento de implementar una “vía chilena al socialismo” a través de decisiones extraparlamentarias. De este proceso, que es analizado en la penúltima parte de este libro, se presenta aquí una apretada síntesis. En el desarrollo de esa crisis tiene un papel central la derecha unificada en el Partido Nacional, que logra finalmente atraer a la Democracia Cristiana a sus posiciones extremistas. También favorece la crisis la imposibilidad de los gobernantes de crear un bloque reformador mayoritario o, en su defecto, de producir una ruptura a través del poder de masas. Se trata de una crisis de realización del proyecto. En ningún caso se despliega una “necesidad” vuelta al revés, que determine una derrota inevitable. El diseño del bloque reformador y negociador no pudo imponerse al proyecto de intensificación revolucionaria, generando un empate catastrófico, productor de inmovilismo. El brutal golpe militar de las Fuerzas Armadas va a producir una rearticulación del desarrollo capitalista chileno.

## CAPÍTULO II

### EL COMIENZO DE LA DOMINACIÓN DEFENSIVA: LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 1938

Después de los complejos episodios vividos entre 1931, abdicación de Ibáñez y el *putsch* militar socialista de 1932, se instala entre 1932 y 1938 un gobierno de restauración capitalista exitoso, que consigue la vuelta de los militares a los cuarteles y una cierta recuperación económica. Pero ese bloque de centro-derecha es desplazado del gobierno en 1938.

¿Qué ocurrió en la elección presidencial de 1938 que condujo a la derecha a la pérdida del poder presidencial, obligando al uso de estrategias de contención? La historia de esa coyuntura está narrada en las páginas que siguen.

#### 1.- Las decisiones de la derecha en la elección presidencial de 1938

##### A.- LAS CONDICIONES DEL CÁLCULO POLÍTICO DE LA DERECHA: LA FALACIA DEL PRINCIPIO DEL *CETERIS PARIBUS*

Esa elección presidencial marca un hito en la historia política del siglo XX, pues permite el triunfo electoral de una coalición de centro-izquierda, la cual gobierna hasta el viraje de González Videla en 1947.

¿Por qué fracasa la derecha en la reproducción de su poder dirigente en 1938 después de la fase de reordenamiento 1932-1938? Para entender esta coyuntura, de gran importancia pues no volvieron a obtener la presidencia hasta veinte años después, primero hay que reflexionar sobre las condiciones específicas del cálculo político realizado por las fuerzas que representaban a los sectores dominantes.

En este sentido el dato esencial es que los partidos de derecha (cuyas divisiones respecto a la cuestión presidencial serán analizadas) toman su decisión de seleccionar su candidato definitivo en un momento en que aparece ya constituido el campo de fuerzas, de manera tal que se sienten en condiciones de aplicar de manera razonable y calculada el principio del *ceteris paribus* (“si todo se mantiene igual...”). Es decir, la derecha supone que va a permanecer hasta el final la organización del campo, caracterizada por la competencia entre Ibáñez y Aguirre Cerda para influir en el electorado popular.

El cálculo de los actores políticos puede enfrentar dos obstáculos que les salen al camino: los efectos no esperados o efectos de la fortuna y lo no calculable. La fortuna constituye lo inesperado, aquello que es imposible de calcular porque escapa del control o de la regulación humana, por ejemplo la muerte de un candidato o de un presidente<sup>22</sup>. Lo no calculable se refiere a una acción de algún o algunos actores que es imposible de prever de acuerdo con los datos y al “sentido común”, al despliegue de las evidencias en un momento dado. Y justamente la candidatura Ross se enfrentó con una circunstancia no calculable, una situación que por la ubicación temporal del incidente la dejó además sin margen de maniobra.

#### B.- LA LUCHA INTERNA EN EL CAMPO DE LA DERECHA

En torno a la lucha por la elección del candidato que representaría a liberales y conservadores, se enfrentaron tres tendencias, que lucharon empecinadamente: a) los que apoyaban a Ross, como manera de garantizar la reproducción de la racionalidad burguesa de tendencia liberal que se había aplicado durante el segundo gobierno de Alessandri; una racionalidad fundada en el privilegio del mercado y en el rechazo de decisiones intencionales, basadas en principios o valores como el de justicia social o bien común, b) los liberales doctrinarios que intentaron dotar de sentido social al ideario liberal, a cuya cabeza estaba José Maza, y c) los jóvenes conservadores que propusieron una quina de figuras liberales, en una maniobra cuyo sentido exclusivo era evitar la selección de Ross.

El proceso decisional de la derecha comprende el período que va del 12 de diciembre de 1937, fecha en que se presentó la quina de candidatos presidenciales propuesta por la Juventud Conservadora, hasta el 23 de abril de 1938, ocasión en que se celebró la Convención donde fue elegido Gustavo Ross como candidato presidencial.

Durante ese período tienen lugar cuatro acontecimientos principales, que se convierten en los puntos neurálgicos del proceso decisional de la derecha. Ellos fueron a) los problemas suscitados dentro del Partido Conservador por la presentación por la Juventud o Falange de la quina presidencial, b) la lucha interna dentro del liberalismo entre doctrinarios y rossistas, c) el lanzamiento de la candidatura de Matte Gormaz, y d) las negociaciones y conflictos suscitados por la organización de la Convención de Derecha.

#### *Los problemas en el Partido Conservador: la quina de la Juventud*

El domingo 12 de diciembre de 1937 se reunieron en Santiago los presidentes provinciales de la Juventud Conservadora para resolver la actitud que “dentro del Partido y a través de sus organismos regulares” asumirían frente a la elección presidencial de octubre de 1938<sup>23</sup>.

La decisión, tomada por el colectivo de presidentes provinciales con un solo voto en contra<sup>24</sup>, fue proponer como precandidatos a cinco importantes políticos de larga trayectoria, ninguno de los cuales era militante del Partido Conservador. Los nombres propuestos fueron, en el mismo orden en que figuraban en la declaración oficial, Jorge Matte Gormaz, Máximo Valdés Fontecilla, Guillermo Edwards Matte, Jaime Larraín García Moreno y Francisco Garcés Gana.

La declaración oficial, firmada por el presidente nacional de la Juventud Conservadora, Ignacio Palma, planteaba los siguientes puntos centrales: a) la entidad no hubiera deseado pronunciarse sobre las elecciones presidenciales, pues consideraba que era inconveniente “a un año plazo de la elección agitar las pasiones”. Pero se había visto obligada a dar este paso porque los partidos de izquierda ya se habían pronunciado y porque “poderosos grupos” en los partidos de derecha habían adoptado posiciones definidas; b) la Juventud Conservadora deseaba que el problema presidencial fuese planteado en “términos de una solución nacional” que evitara una lucha que podía ser enormemente perjudicial para el país; agregaba que debía buscarse que el candidato de la derecha constituyera una “garantía cierta de paz social” para que las necesarias transformaciones se realizaran en un ambiente de “armonía social” y para que el futuro presidente respetara “la dignidad humana de amigos y adversarios y los derechos legítimos de todos los chilenos”; c) prometía trabajar dentro de la “jerarquía del Partido Conservador” para que el candidato seleccionado por la derecha fuese uno de los personeros de la quina y prometía respetar la disciplina de la organización.

El análisis de las biografías de los precandidatos proporciona datos interesantes. Algunos de ellos, como Matte Gormaz, Garcés Gana y Edwards Matte, tenían experiencia parlamentaria y ministerial antes de 1920, es decir, habían estado vinculados, especialmente Matte Gormaz, al círculo de notables de la “república parlamentaria”. Todos ellos eran socios del Club de la Unión, lo cual era un indicador de pertenencia a la “aristocracia”; también eran socios de las organizaciones empresariales. Sin excepción alguna, eran propietarios de tierras; además, unos cuantos estaban vinculados a los negocios bancarios y a la incipiente actividad industrial. Con la excepción de Larraín García Moreno, quien estaba más ligado al mundo empresarial que al político y que alardeaba de poseer un fundo manejado de manera innovadora, la mayor parte de los candidatos eran hombres mesurados, que no tenían un perfil demasiado acusado, por lo menos en comparación con otros nombres que circulaban en la derecha. Aunque podían tener apertura a los cambios, no eran, como Maza, los jefes de las corrientes más avanzadas del liberalismo. Además, dos de los propuestos eran ministros en ejercicio del gobierno de Alessandri<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> Esta última circunstancia ocurrió en dos ocasiones durante las coaliciones de centro-izquierda. Aguirre Cerda murió en 1942 y Ríos en 1946, antes del término de su mandato.

<sup>23</sup> L, Cuarta semana diciembre, 1937, p. 1.

<sup>24</sup> L, Ibid.

<sup>25</sup> *Diccionario Biográfico de Chile*, Empresa Periodística de Chile, 1938, Santiago.

La quina de candidatos era doblemente significativa. Por las características de los postulados y, especialmente, por las de los ausentes. Entre ellos llama la atención la eliminación de José Maza, que era el precandidato de la corriente doctrinaria del liberalismo, el heredero de las posiciones reformadoras de la década del veinte. Esa eliminación tal vez tuviera un sentido táctico, conectado con la eliminación mayor, la de Gustavo Ross. Quizás Maza fue el nombre sacrificado en función del objetivo básico, que era impedir el afianzamiento de la postulación del ex ministro de Hacienda. Para poder justificar la eliminación de éste, era necesario excluir a su adversario más caracterizado, quien representaba su opuesto, la antítesis del liberalismo manchesteriano en el marco sin embargo de la ideología liberal. Esta hipótesis aparece como plausible, especialmente por el análisis que los dirigentes juveniles del aparato central realizaron un poco después de la decisión de los presidentes provinciales.

A fines de enero emitieron un documento donde justificaban sus opciones, analizaban a cada uno de los postulantes y también indicaban explícitamente su oposición a Gustavo Ross. Según los dirigentes juveniles, Matte Gormaz, además de su valer intelectual, aportaba una base electoral de extraordinaria amplitud; Edwards Matte garantizaba, después de haber renegado de su colaboración con Ibáñez, “la defensa de la libertad y del derecho”, además de ser un hombre de “ideas modernas”; Valdés Fontecilla era alabado por su ponderación, por su sinceridad, por el hecho de que su propiedad agrícola era una “modelo de bienestar”; Larraín García Moreno era visto como un político preocupado por los problemas nacionales, “en especial por los que dicen relación con los trabajadores”; Garcés Gana representaba una garantía de “paz social”, era definido como un hombre capaz de renovar sus ideas, superando “viejos prejuicios”.

Las cualidades que se les atribuían a los miembros de la quina eran la contracara de los defectos que se imputaban a Ross. Según el análisis de los jóvenes conservadores, el ex ministro de Hacienda era incapaz de encarnar las dos características de una candidatura ideal: a) un carácter nacional, vale decir, capacidad de armonización de intereses, propensión articuladora, y b) respeto del derecho. Según los jóvenes conservadores, su temperamento llevaba a Ross al “gobierno personalista”, al “predominio de ideas excluyentes” o de “tendencias arbitrarias”. Carecía de la “sensibilidad social” y de la “capacidad psicológica” para “dirigir un pueblo en libertad”. Encarnaba, además, la concepción materialista de la vida, para la cual “los argumentos monetarios o financieros son los únicos que pesan”. Aun más, para estos jóvenes, que pretendían renovar a la vieja derecha, Ross carecía de todo “sentido político”, no concebía que la política constituyera una actividad en que la “consideración para con las otras personas, el tino en el trato y el tacto” jugaran un papel decisivo. Con una fuerte carga de ironía, los jóvenes conservadores decían que Ross tenía la virtud de unir férreamente a sus adversarios y de impedir la “unión total de las fuerzas de orden”. El diagnóstico que hacían era que

no atraía a ningún sector de otros partidos y que, por su “temperamento arrebatado”, era resistido en la misma derecha<sup>26</sup>.

Para la Juventud Conservadora el carácter presidencialista del sistema político chileno obligaba a mirar con mucha atención las cualidades y defectos de los postulantes. Esas características institucionales obligaban a elegir a personas que no se encapricharan “en gobernar de acuerdo a una idea o corriente”. Por esa razón el elegido debía poseer virtudes de “flexibilidad, simpatía, adaptación”; debía tener “amplitud de miras, benevolencia, imparcialidad”, ser capaz de sacrificar muchas veces su propia opinión y ser “apto para convertirse en amigo sincero de sus adversarios de ayer”. Si actuara de otra forma, el Presidente podía convertirse en un obstáculo para la continuidad de la democracia o del “Estado de derecho”.

Pero lo central que afirmaban los jóvenes conservadores era que, por el momento, no era adecuado pensar en un Presidente con un “plan propio y personal” de gobierno, es decir, con un proyecto ambicioso. Para ello faltaba la condición básica, la existencia de un “partido político homogéneo y consolidado, con honda unidad espiritual”. En vista de que ese requisito no se cumplía, era mejor conformarse con políticos de “buen sentido”, modernos pero ecuanímenes, que rescataran “la mesura y el buen tino” de los viejos políticos acostumbrados a las transacciones y arreglos<sup>27</sup>.

Los argumentos esgrimidos por los jóvenes conservadores revelaban una cierta definición de sí mismos, una determinada autoimagen. Aunque la lectura de una parte de los argumentos los hace aparecer como pragmáticos, son en realidad mesiánicos, puesto que el partido que afirman que hace falta es el que ellos quisieran formar. Se sentían encarando la posibilidad de salvación de Chile.

Citaremos algunas frases que revelan esta visión de sí mismos, la que explica tanto el rechazo de Ross como la elección de los miembros de la quina. La idea del presidente flexible, benevolente, mesurado y capaz de ceder no constituía el ideal de gobernante de los jóvenes conservadores; en realidad ellos compartían la admiración por los decenios ultrapresidencialistas de Prieto, Bulnes, Montt y la sobrevaloración de Portales.

Los políticos de la quina constituían opciones válidas solo para la situación del momento, mientras el tiempo permitiera que se desarrollara y penetrara en la sociedad un pensamiento político como el de la Juventud Conservadora, “capaz de llevar al poder una idea definida y precisa de honda trascendencia en que se cimente sólidamente la futura grandeza nacional”<sup>28</sup>. Esa posición estaba expresada, aun con mayor claridad, en esta frase de la declaración oficial del 29 de enero de la directiva: “Nos basta un presidente que mantenga un régimen de derecho, hasta que nuestra obra rehaga el espíritu nacional y

<sup>26</sup> DI, 29-1-1938, p. 2.

<sup>27</sup> L, 25-12-1938, p. 3.

<sup>28</sup> L, ibid, p. 2.

proyete a todos los chilenos en un esfuerzo único para la conquista del porvenir<sup>29</sup>. En otra parte del mismo texto decían: “Una conciencia nacional inspirada por nosotros se está creando en Chile y cada falangista puede tener la certeza de que, en el plazo de algunos años, se habrán originado los elementos necesarios como para que un gobierno totalmente nuestro dirija los rumbos del Estado hacia un orden de mayor comprensión, patriotismo y justicia social”<sup>30</sup>.

Ellos definían el papel histórico de la Juventud Conservadora como el de “realizar una transformación total de la vida, de la organización del Estado”. Imbuidos de espíritu misional y mesiánico decían de sí mismos: “A lo largo de todo Chile estamos luchando por un orden nuevo en que imperen real y totalmente nuestros principios, que son los únicos que pueden resolver los problemas chilenos con un criterio avanzado”<sup>31</sup>.

No había madurado todavía el tiempo para la plena realización del orden nuevo; por tanto, había que buscar un “mínimo de condiciones favorables a un orden en que nuestra cruzada continúe su marcha ascendente”<sup>32</sup>. El realismo con que eligieron la quina, concordante con la idea del “candidato posible”, era una resultante directa del utopismo mesiánico de la Juventud.

El lanzamiento de la quina resultó un acierto táctico. Los periódicos hablaron de ella, circularon rumores sobre su posible ampliación y algunos de los precandidatos realizaron maniobras para ganar ventaja sobre los otros. *El Mercurio*, a los pocos días de la publicación de la quina, manifestó que había provocado no solo sorpresa sino molestia entre los liberales, por la ausencia en la lista de algunas importantes personalidades de la derecha como Ross y Maza<sup>33</sup>. Un poco tiempo después, cuando ya los jóvenes conservadores se estaban moviendo intensamente para promover sus candidatos con giras a provincias, se rumoreó la posibilidad del retiro de Ross por causa de la quina, hecho desmentido al poco tiempo.

La actitud de la directiva del Partido Conservador, presidida por Horacio Walker, fue la de azuzar algunas divergencias que habían surgido dentro de la organización juvenil. Estimularon las actitudes disidentes de los militantes de Concepción, los que habían sido el único voto en contra en la reunión de presidentes provinciales del 12 de diciembre. La respuesta de la directiva juvenil no se hizo esperar. No solamente instaron a la disciplina y a la unidad, sino además declararon en reorganización a la provincia disidente<sup>34</sup>.

Es interesante analizar el discurso de los jóvenes conservadores sobre la necesidad del respeto de la autoridad colectiva. Un poco después de la declaración en que propusieron la quina afirmaron: “Después del comunicado del Presidente Nacional no quedan mayores explicaciones que dar. Dentro de nuestra organización, esencialmente jerárquica y disciplinada, cuando ha hablado la autoridad de todo el movimiento solo toca lanzarse con entusiasmo y decisión absoluta por la ruta señalada”. Y agregaban: “No puede haber opiniones, críticas, ni diferencias”<sup>35</sup>. Esta exigencia absoluta de obediencia, acatamiento de las decisiones colectivas y de disciplina estaba íntimamente conectada con la autoimagen misional y mesiánica. Por lo demás, ellos lo reconocían con todas sus letras. En el mismo editorial comentado subrayaban que todo el movimiento, “hasta los más lejanos y pequeños núcleos” tenían ya su “voz de orden”, la que había que cumplir con “decisión y entusiasmo” porque la Juventud Conservadora estaba señalando una “ruta de entereza, lealtad e inteligencia” y el país vería cada día más claro que “en su bandera está la bandera del porvenir”<sup>36</sup>.

Al finalizar marzo, un bloque formado por todas las fuerzas antirrosistas, entre las cuales estaba la Juventud Conservadora, proclamó la candidatura de Jorge Matte Gormaz. Aproximadamente en la misma fecha las directivas conservadoras y liberales llegaron a los primeros acuerdos formales para la organización de la Convención derechista, que se celebraría el 23 de abril de 1938, casi un mes después de la proclamación de Matte.

#### *Las luchas internas en el Partido Liberal*

Aunque en 1930 se habían reunificado las diferentes fracciones (unionista, aliancista y democrática) en una sola organización, ese reencuentro había sido precario y no había resistido la caída de Ibáñez en 1931. Entonces el Partido volvió a dividirse en tres fracciones. La primera era la doctrinaria, de carácter civilista e ideario relativamente progresista; la segunda estaba formada por los grupos ibañistas (unionistas y democráticos); por último, estaban los liberales republicanos, perseguidos durante la dictadura de Ibáñez.

En octubre de 1933, como consecuencia de la reciente victoria de Alessandri, el liberalismo volvió a reunificarse. La multiplicidad de grupos internos se simplificó dando lugar a la división en dos grandes tendencias que reflejaban las evoluciones del liberalismo en la posguerra. Esas tendencias eran la “manchesteriana” u ortodoxa, liderada por Ladislao Errázuriz, y la doctrinaria, que expresaba el liberalismo más reformista y democratizante, que dirigía José Maza<sup>37</sup>. Esos dos grupos se enfrentaron dentro del Partido en el proceso para la designación del candidato presidencial para las elecciones de 1938.

<sup>29</sup> L, 7-1-1939, p. 21.

<sup>30</sup> L, *ibid.*, p. 2.

<sup>31</sup> L, *op. Cit.*

<sup>32</sup> L, 25-12-1938, p. 3.

<sup>33</sup> EM, 16-12-1937, p. 8.

<sup>34</sup> L, Cuarta semana diciembre, 1937, p. 1.

<sup>35</sup> L, *op. cit.*

<sup>36</sup> L, *op. cit.*, p. 3.

<sup>37</sup> Sofía Correa, “Arturo Alessandri y los partidos políticos en la Segunda Administración”, en Claudio Orrego et al., *Siete ensayos sobre Arturo Alessandri*, ICHEH, 1979.

El primer episodio de este conflicto se desarrolló a propósito de la designación del presidente del Partido, en los primeros días del mes de enero de 1938. Aunque los grupos adictos a Maza se daban cuenta de que en esa elección se jugaba el destino de la tentativa presidencial de su líder, decidieron finalmente abstenerse en el momento de la votación. El representante de los opositores alegó falta de garantía y de equidad, protestó por la negativa de los rossistas a aceptar la “neutralización” de la presidencia e indicó que las corrientes que representaba se abstendrían en la elección. Importantes figuras históricas del liberalismo no concurrieron al acto de la elección<sup>38</sup>.

El 16 de enero, a los pocos días de la elección de Gustavo Rivera como presidente del Partido Liberal, los doctrinarios sacaron un manifiesto público. En su declaración relataban los esfuerzos realizados para conseguir la elección de un presidente que actuara como “un árbitro sereno e imparcial”, como un “apaciguador”. Habían presentado una lista de diez nombres, todos ellos “probados servidores del Partido” y de “reconocida independencia de criterio”. Sin embargo, según los doctrinarios, sus “esfuerzos de concordia” fueron desestimados. La “fracción extremista existente en el Directorio... prefirió hacer sentir a la minoría el peso de su número”. Decidieron imponer en la presidencia al “jefe visible de una de las corrientes extremas en juego”.

En vista de que las garantías conseguidas en la presidencia anterior habían desaparecido, sintiéndose privados de la posibilidad de una competencia equitativa por imponer sus puntos de vista en la lucha interna del Partido, los doctrinarios informaban en su declaración que se abstendrían de concurrir a las sesiones de la Junta Ejecutiva y del Directorio General y que harían efectiva la renuncia del vicepresidente que representaba a la tendencia. La argumentación política central de los doctrinarios era que la elección de Gustavo Rivera demostraba la intención de imponer la candidatura de Ross. Pronosticaban en su documento una situación de polarización “que precipitaría al país a trastornos que lo harían salir de las normas regulares”. Frente a esa eventualidad afirmaban que no estaban dispuestos a apoyar ni un “trastorno revolucionario” ni una respuesta dictatorial. Advertían que ellos no apoyarían a quienes se apoderaran del gobierno en una salida extralegal, cualquiera que fuera su “origen, su propósito o sus métodos”. Estas palabras resonaban como una advertencia contra las tendencias autoritarias que se le atribuían al rossismo y a lo que éste haría si ganaba el Frente Popular en la lucha presidencial<sup>39</sup>. Estas advertencias podían parecer extemporáneas, pero aparecían avaladas por las posiciones que planteó editorialmente *El Mercurio*. Este diario publicó un importante editorial donde sintetizó el sentido de la elección presidencial en perspectiva. En ese artículo se desarrollaron tres ideas principales: a) que los “partidos de orden” eran los más indicados para continuar la obra ya realizada en el segundo gobierno de Alessandri; b) que los

Frentes Populares habían tenido, en las partes en que se intentó aplicarlos, caídas estrepitosas con trágicas consecuencias (España) o sonados fracasos (Francia); y c) que se vivía “en un período histórico de reflujo de las ideas de libertad”.

El editorial agregaba que no estaba propiciando una dictadura, pero que la libertad debía tener limitaciones y la más importante de ellas era colocar “al orden como más deseable que la libertad, hasta el punto de que en caso de conflicto la segunda debe ceder el paso al primero”. El artículo terminaba con un llamado a la “autoridad severa” y al “hombre fuerte”, necesario para sostener un programa que privilegie el orden sobre la libertad<sup>40</sup>.

Este editorial de *El Mercurio* resumía, quizás mejor que ningún otro, el clima ideológico que marcó el proceso decisional de la derecha y el carácter irreductible de las oposiciones que enfrentaban a los rossistas con los doctrinarios y también con los jóvenes conservadores. Para los segundos se trataba de buscar un jefe de Estado de transacción, moderado y flexible, mientras se crearan las condiciones de una verdadera “conducción nacional”. Para los doctrinarios, que patrocinaban la precandidatura de Maza, el conflicto del año 1938 era la continuación de las luchas del alessandrismo reformista de 1920, del cual se sentían los verdaderos continuadores.

El anuncio de una convención única de la derecha consiguió una provisoria solución de los conflictos, quizás porque los doctrinarios percibieron la posibilidad de aumentar el estrecho margen de maniobra que tenían en el liberalismo dentro de un evento interpartidario más amplio.

José Maza, quien era el precandidato de los doctrinarios, había sido un estrecho colaborador de Arturo Alessandri, especialmente en la redacción de la Constitución de 1925. Era abogado, especialista en temas de derecho constitucional, materia sobre la cual había publicado numerosos libros. Era el único de los precandidatos del campo derechista nacido en provincia (Los Ángeles) y en cuyo registro biográfico no aparecían propiedades agrícolas ni ninguna otra participación en negocios. Había sido, desde hacía bastante tiempo, una de las principales figuras de los sectores que defendían un “liberalismo avanzado”<sup>41</sup>.

Sin embargo, los sectores antirrossistas, entre los cuales había jóvenes conservadores, liberales doctrinarios, liberales democráticos y figuras independientes del Partido, decidieron apoyar para la Convención a otro candidato, Jorge Matte Gormaz, quien tenía la ventaja de no ser el jefe de una de las tendencias del Partido Liberal.

<sup>38</sup> ZZ, op. cit.

<sup>39</sup> DI, 16-1-1938, p. 6.

<sup>40</sup> EM, 24-2-1938, p. 3.

<sup>41</sup> *Diccionario Biográfico de Chile*, op. cit., p. 506.



### *La candidatura Matte Gormaz*

El 26 de marzo de 1938 los dirigentes de la Juventud Conservadora, quienes contaban con el concurso de Rafael Luis Gumucio y aparentemente el de Miguel Cruchaga, patriarcas del Partido, llegaron a acuerdo con las principales figuras de la oposición a Ross en el Partido Liberal. Al iniciarse las conversaciones de Matte Gormaz con los conservadores que propiciaban su nombre, éste exigió el acuerdo de José Maza, Jaime Larraín y Pedro Opazo Letelier<sup>42</sup>.

Una lista importante de políticos publicó en la prensa un manifiesto en el cual indicaba las razones de su apoyo a Matte Gormaz. Entre los personeros firmantes estaban algunos de los principales líderes de las corrientes doctrinarias y democráticas (o balmacedistas) del Partido Liberal; algunos miembros importantes del Partido Conservador y los principales dirigentes de la Juventud Conservadora como Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Fernando Durán, Ricardo Boizard, Manuel José Irrarrázaval, Manuel Garretón y Luis Gutiérrez Alliende.

El documento planteaba, primero, la importancia decisiva de la elección de 1938. Se hablaba de “una hora particularmente difícil para los destinos de la República”, de la “honda crisis política, económica y social” que afectaba a todos los pueblos y que “necesariamente tiene aquí su repercusión”, concluyéndose que dependía de esa elección que se pudiera vivir en el futuro “dentro de la paz y de la libertad o vernos precipitados por las más diversas pasiones a una serie de violencias que harían imposible la subsistencia de un régimen de derecho”<sup>43</sup>. Este diagnóstico dramático, según el cual la sociedad chilena se acercaba al caos o estaba al borde de la violencia, debe ser apreciado como un discurso recurrente, repetido por la derecha chilena en diferentes momentos. Su importancia en este contexto es que estaba construido para favorecer una solución moderada contra la alternativa más extrema de la derecha.

En el manifiesto, después de ese diagnóstico de crisis, se afirmaba que el país necesitaba, efectivamente, de una autoridad fuerte, pero que ésta debía moverse estrictamente dentro de las normas legales. Se decía que “la defensa de los peligros que amenazan con destruir nuestra organización social” requería para su solución, además de “resolución y energía”, otras condiciones más importantes que las primeras, o sea “un criterio comprensivo que establezca la justicia social y que elimine las causas que hacen a las masas propicias a recibir la prédica disolvente”. El país necesitaba “soluciones en el orden económico, reformas en el régimen político, justicia en el campo de lo social”. Para ello se necesitaba un mandatario como Matte Gormaz, “capaz de garantizar por su inteligencia y por las ideas que representaba la satisfacción de los grandes anhelos e inquietudes de nuestra

nacionalidad”, alguien que, además, tuviera la virtud de “no exacerbar innecesariamente la lucha política” y que procurara la “pacificación de los espíritus”<sup>44</sup>. Por todo ello afirmaban que apoyarían a Matte Gormaz en la convención del mes de abril.

La revista *Hoy*, dirigida por Ismael Edwards Matte y caracterizada por un virulento antirrosismo, realizó un encendido elogio del nuevo precandidato contrastándolo con la personalidad de Ross. El articulista comenzaba mostrando la desazón que hasta entonces había experimentado: los liberales estaban dirigidos por un hombre que se caracterizaba por “la dócil e ilimitada obediencia y sumisión a Ross”, la mayoría de los organismos directivos de los conservadores se inclinaban por el ex ministro, existía un sector demócrata que estaba “entregado incondicionalmente”, funcionaba un “comité secreto” que no escatimaba dinero para la “adquisición” de adherentes.

El articulista añadía que a esos factores, propios de la influencia del rossismo en la derecha, se sumaban las divisiones y personalismos, hábilmente fomentadas, que se desarrollaban en el “seno de las izquierdas”. Dentro de esa correlación de fuerzas, Ross aparecía como un seguro ganador, pese a que su solo nombre levantaba “resistencias invencibles y enconos legítimos y fundados”, y que su eventual triunfo significaría “levantar la enseña de la guerra social, dar paso a la revuelta y a la resistencia armada, cuando no colocar al país al borde de tan peligrosísima contingencia”<sup>45</sup>.

Por ello la aparición de la candidatura Matte Gormaz significaba, para el articulista, un signo de esperanza. Lo calificó como un “candidato formidable” porque unía y conciliaba donde el otro dividía y desarmonizaba. Uno era afable y generoso, mientras el otro era seco y egoísta, calculador, carente de todo sentimiento de humanidad, etc. Para Ross su “voluntad era ley y Constitución” mientras que para Matte la ley y la Constitución eran “la voluntad del pueblo”. El estilo de este artículo era muy típico de las reacciones pasionales que Ross provocaba entre sus adversarios, no solo del campo opuesto.

Sin embargo, un poco menos de un mes después de haber aparecido como postulante y a pocos días de la convención derechista, Jorge Matte renunció a su candidatura. Las razones las expuso en una extensa carta. En ella el personero señalaba que había aceptado salir de su largo alejamiento de la vida política porque había sido persuadido de que su nombre atenuaría las disputas intestinas que asolaban a los partidos derechistas. Su deseo de contribuir a la “pacificación de los espíritus” y de efectuar “las reformas necesarias dentro del orden, construyendo sin destruir” lo habían convencido de aceptar su postulación. Sin embargo, agregaba, lo ocurrido después lo había convencido de que mantener su candidatura “podría dificultar soluciones beneficiosas para el porvenir político del país”. Terminaba su carta-renuncia llamando a no votar por él en la convención<sup>46</sup>.

<sup>42</sup> DI, 26-3-1938, p. 2.

<sup>43</sup> DI, Ibid, p. 6

<sup>44</sup> DI, Ibid, p. 6.

<sup>45</sup> H, 31-3-1938, p. 7.

<sup>46</sup> EM, 22-4-1938, p. 20

Hay un factor principal que socavó la voluntad de Matte Gormaz. Este fue el carácter irreductible del rossismo, la existencia de un grupo cohesionado con voluntad de poder, dispuesto a manejar las posiciones conseguidas dentro de los partidos y a imponer su candidato, evitando aceptar las demandas de negociación o transacción que le planteaban las tendencias adversarias.

¿Qué había detrás de esta irreductibilidad que finalmente llevó a la derecha a la derrota? Existía un proyecto muy perfilado, de carácter liberal ortodoxo, que era incompatible con las posiciones encarnadas en la candidatura Matte Gormaz. Además, detrás de él estaba la intransigente voluntad de poder de un hombre. En esta elección tres proyectos afloraron en la derecha. El liberal ortodoxo de Ross, devoto del *laissez faire* y de un enfoque clasista sordo a las demandas de justicia social y al desarrollo de la legislación laboral; un enfoque liberal moderado, defensor de las libertades públicas y del “buen sentido político”, encarnado en Matte Gormaz, y un liberalismo doctrinario, democratizador, que encarnaba Maza.

Además de éstos, existía un cuarto proyecto, que se guardaba para el futuro y que creía encarnar una derecha con política nacional y no clasista. Eran los falangistas de la Juventud Conservadora.

#### *La Convención presidencial de la derecha*

La pugna que se desarrolló en la derecha a propósito de la Convención para elegir al candidato presidencial comenzó aproximadamente el 9 de febrero de 1938 y terminó el 23 de abril con la proclamación del candidato de los partidos de derecha.

El proceso se inicia cuando el Partido Liberal facultó a su presidente para que comenzara negociaciones con otras fuerzas de derecha con el objeto de preparar una Convención unificada. Para ello se celebraron reuniones con los presidentes del Partido Conservador y Demócrata y se enviaron comunicaciones a los presidentes de Acción Republicana y del Partido Agrario<sup>47</sup>.

Al poco tiempo de lanzada la idea de la Convención de la Derecha, Acción Republicana fijó su posición ante el problema presidencial en una declaración de su presidente, Mariano Puga. En ella se colocaba como condición para apoyar a un candidato a la presidencia que éste planteara en su programa la implantación del salario vital y la participación en el gobierno de las entidades patronales y asalariadas, vale decir, exigía una representación de carácter corporativo. Acción Republicana fue una de las fuerzas que se crearon en la década del treinta intentando competir con los partidos tradicionales de la derecha. Por eso mismo su reacción frente a la propuesta de una Convención única tiene gran interés, en la medida que revelaba reticencia o dudas y que imponía condiciones.

La actitud del Partido Agrario fue otra de las incógnitas de este momento político. ¿Qué tipo de partido era esta pequeña fuerza que en las elecciones de marzo apenas había alcanzado el 2,3 por ciento y dos diputados? Se trataba de otra organización surgida a comienzos de la década del treinta sobre la base de agricultores de la provincia de Cautín. En las elecciones parlamentarias de 1932 consiguió elegir cuatro diputados y en 1934 celebró un congreso donde modificó su naturaleza de partido de propietarios agrícolas, preocupados exclusivamente de la defensa de intereses agrarios de carácter regional, para transformarse en un partido que tenía una fuerte inspiración corporativista. Proponía la existencia de un Senado Corporativo, igual que Acción Republicana; defendía la función social de la propiedad y el reparto de utilidades entre trabajadores y empresarios en proporción al aporte de cada estamento<sup>48</sup>. Se decía que parte de sus bases del sur se inclinarían por Aguirre Cerda.

Finalmente ninguna de estas dos organizaciones participó del acuerdo para la Convención. En ésta existía muy poca audiencia para las posiciones corporativas defendidas por esos partidos. Además se presagiaba la inevitabilidad del triunfo de Ross.

El 23 de marzo de 1938 se firmó el pacto ad referendum que fijaba las condiciones de la Convención. Esta se celebraría el 23 de abril. Para formar parte de la representación de uno de los partidos se debía tener algunas de las siguientes condiciones: ser director general, miembro de la Junta Ejecutiva, congresal o ministro de Estado en ejercicio, alcalde, ex ministro o ex parlamentario, docente universitario, propietario de negocios con las mismas exigencias que para la inscripción como delegado individual o presidente de sociedades de obreros y empleados.

Llama la atención en los acuerdos respecto a la calidad de los delegados, la exigencia de que formen parte de la elite política o de las clases propietarias y el privilegio acordado a los agricultores en la repartición de puestos de inscripción individual (un quince por ciento más que a las categorías más próximas).

Se había creado la sensación, por las denuncias de los jóvenes conservadores y de los partidarios de Maza, de que el rossismo había preparado una Convención ad hoc; se decía que se había usado y se usarían todos los recursos posibles para asegurar el triunfo del candidato “manchesteriano”<sup>49</sup>.

En una comunicación apoyada por Rafael Luis Gumucio, estos escépticos denominaron a la futura Convención un “inútil simulacro”, carente de todo “verdadero carácter nacional”. De ella no podría surgir una candidatura que unificara y armonizara “la voluntad general de la derecha”. Pese a la enorme mayoría de miembros del Directorio del Partido Conservador que votaron en favor de Ross, los jóvenes afirmaban que éstos no reflejaban el “sentir... de los conservadores del país”<sup>50</sup>. Con esas expresiones mostraban

<sup>48</sup> Lía Cortés y Jordi Fuentes, *Diccionario político de Chile*, Santiago, Editorial Orbe, 1967.

<sup>49</sup> FP, 15-3-1938, p. 13.

<sup>50</sup> EM, 5-4-1938, p. 17.

<sup>47</sup> EI, 16-2-1938.

esa tendencia de minoría lúcida y poseedora de la verdad, que estuvo presente desde el origen mismo de la Falange Nacional.

Al poco tiempo los jóvenes conservadores avanzaron un paso más en su escalada, decidiendo no asistir a la Convención de la Derecha. En la extensa polémica que suscitó esa decisión se desarrollaron dos argumentos interesantes. Uno fue esgrimido por Rafael Luis Gumucio. Este llamaba a no concurrir a la Convención, porque Ross representaba una amenaza para el orden constitucional. A su vez el presidente de la Juventud Conservadora decía, con otro lenguaje, lo mismo. Para Ignacio Palma la obstinada insistencia de la mayoría liberal-conservadora en la candidatura de Ross representaba la búsqueda de personalidades fuertes que aseguraran artificialmente la estabilidad de un régimen político que carecía de “alimento espiritual”. La necesidad de encontrar una “garantía de orden” era, para Palma, la misma que había impulsado a algunos conservadores a apoyar en el pasado la dictadura de Ibáñez, renegando de los “valores cristianos”<sup>51</sup>.

Los jóvenes conservadores no fueron escuchados porque la división de proyectos en el seno de la derecha era importante, pero sobre todo porque se creía ciegamente en el triunfo. Nada hacía presagiar una derrota.

La Convención se realizó en la fecha prevista: el 23 de abril de 1938. Unos días antes, el 17 de abril, el Frente Popular había proclamado a Pedro Aguirre Cerda, de manera tal que en el momento de tomar la decisión la derecha sabía que el campo se estructuraba a tres bandas, pues ya existía la candidatura de Ibáñez. Pensaba que ese dato podía considerarse inmodificable y que, por tanto, tenían una clara ventaja frente a la división de los sectores progresistas.

La asamblea derechista, celebrada en el mismo Salón de Honor del Congreso donde una semana antes fue vitoreado Aguirre Cerda, careció de elementos sorpresivos; todo estaba previsto de antemano. En la segunda votación, pues la primera tuvo un carácter ritual, Gustavo Ross obtuvo 1.285 votos de los 1.319 sufragios, es decir, una mayoría absolutamente aplastante.

El largo período de incertidumbre y luchas internas, comenzado formalmente a mediados de diciembre de 1937 con la formación de la “quina” de la Juventud Conservadora, había terminado. El rossismo había logrado un triunfo sin atenuantes.

¿Por qué hicieron oídos sordos a los permanentes llamados a la conciliación, a las advertencias de una derrota o de una crisis? La tesis de la crisis, entendida como amenaza al estado de derecho, fue desoída por los partidarios de Ross porque éstos consideraban que era necesario el gobierno de un hombre fuerte, que especialmente no vacilara frente a los clamores de mayor justicia social.

<sup>51</sup> DI, 10-4-1938, p. 2.

Los grupos que impulsaron la candidatura de Ross desvalorizaron el riesgo de una polarización catastrófica debida al triunfo de su candidato. Todo lo contrario, el Frente Popular era comparado con la “revolución anarquizante de España y Francia”, mientras que la derecha creía ofrecer un porvenir seguro de “evolución dentro de la democracia”<sup>52</sup>.

El asunto principal era que estaban seguros de que ganarían, además los datos en que basaban su cálculo confirmaban esa presunción. Entre esos datos se encontraban los resultados de las elecciones de 1937. Los cambios en la distribución de los porcentajes de votación y de parlamentarios entre las elecciones de 1932 y 1937 se observan en el cuadro N° 1.

**Cuadro N° 1**  
**Resultados electorales en las elecciones de 1932 y 1937.**  
**Evolución de los porcentajes de votación y del número de parlamentarios**

Partidos	Elecciones %		N° Diputados	
	1932	1937	1932	1937
Liberal	18,04	21,28	27	35
Conservador	16,93	20,72	28	35
Agrario	2,04	2,30	4	2
A. Republicana	-	2,50	-	2
Radical	18,20	18,64	31	29
Socialista	7,30	11,16	-	19
Comunista	-	4,16	-	6

Fuentes: *Senado, Oficina de Informaciones para porcentajes de votación*, y Andrés Benavente, “Historia de los partidos políticos”, para diputados.

En conjunto la derecha consiguió el 46,72 por ciento de los votos y el 50,68 del total de escaños con 47 parlamentarios de 146. La votación del Frente Popular alcanzó al 33,96 por ciento de los votos, bastante por debajo de la votación obtenida por la derecha.

El análisis de los resultados muestra una tendencia al crecimiento de las fuerzas de la derecha. Respecto a las elecciones de 1932, ésta subió el 9,73 por ciento en votación y en 11,25 por ciento en representación parlamentaria. Sin embargo, también la izquierda

<sup>52</sup> EI, 23-4-1938, p. 5.

había crecido, no solamente por la participación de los comunistas sino especialmente por el monto de la votación socialista<sup>53</sup>.

Esta elección preliminar fue muy importante por dos razones principales. En primer lugar, porque ella definió las expectativas y cálculos electorales de las diferentes fuerzas, sus proyecciones y esperanzas para los comicios presidenciales de 1938. Los diferentes partidos elaboraron sus estrategias en función de los resultados de 1937, por lo menos hasta las elecciones municipales de marzo de 1938, que significaron una nueva evaluación de la correlación de fuerzas. Entonces los datos fundamentales de la correlación electoral de fuerzas expresada en 1937 no cambiaron, pese a la aparición de un hecho significativo: la baja votación de las colectividades ibaíñistas. Ese dato no fue registrado, suponiendo, lo que era plausible, que el ibaíñismo representaba un fenómeno caudillista que superaba el marco de los partidos sostenedores.

El segundo factor que hizo importantes las elecciones de 1937 era que ellas determinaban el control del Congreso hasta 1941. Aun antes de la elección presidencial la derecha consolidó sus posiciones parlamentarias, consiguió aumentar su cuota de diputados, alcanzando la mayoría. Cualesquiera fuesen los resultados de la elección presidencial de 1938, la derecha tenía asegurada una cuota importante de poder en el Estado.

No puede hablarse entonces de un error de cálculo por parte de la derecha. Las posiciones electorales de la derecha en 1937 y marzo de 1938 y la división de la votación progresista entre dos competidores permitían visualizar un triunfo cómodo. En esas circunstancias no parecía suficiente la alianza de la izquierda intra sistema con el centro, porque ese efecto estaba neutralizado por otro. Lo fundamental era la división del campo popular generada por la emergencia de la candidatura Ibañez.

## 2.- La alianza del Partido Radical con las izquierdas

### A.- LA CANDIDATURA GROVE

El primer obstáculo que debió enfrentar la alianza con los radicales fue el interés de los socialistas por la candidatura de Grove. Este líder encarnaba un proyecto avanzado, representativo del espíritu de la "República Socialista" que, más allá de su carácter efímero, fue el único intento de superación del orden oligárquico a través de una alternativa popular.

<sup>53</sup> Para las votaciones nos hemos basado en *Senado. Oficina de Informaciones*, y para el número de diputados, en Andrés Benavente, "Historia de los partidos políticos", documento inédito, s.f. También Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral en Chile: 1925-1973*, Editorial Jurídica, 1984.

Por otra parte, la postulación de Grove para las elecciones presidenciales de 1938 tenía un significado adicional. Para el Partido Socialista, surgido de la experiencia de 1932, significaba una oportunidad de perfeccionar su institucionalización política, su incorporación dentro del sistema de competencia regulada. El éxito electoral de Grove en las elecciones presidenciales de 1932, cuando obtuvo el 17,32 por ciento, constituyó una demostración de que el régimen proporcionaba oportunidades políticas. A través de una nueva candidatura de su líder, el Partido Socialista pensaba consolidarse, vinculándose con el espíritu antioligárquico de la época, canalizándolo hacia la izquierda.

Pero las pretensiones socialistas ponían en peligro al Frente Popular como alianza presidencial entre la izquierda y el centro. La existencia de un partido intermedio con alta votación en un sistema con polaridad lo instalaba como una entidad que recibía ofertas y presiones bilaterales y que además albergaba expectativas del mismo tipo, porque en ciertas condiciones podía jugar un papel crucial.

Los dos partidos de derecha rechazaban al radicalismo. En parte porque después de las elecciones de marzo de 1937 estaban imbuidos de un espíritu triunfalista, en parte porque eran temerosos de cualquier alianza en la cual tuvieran que hacer concesiones. Al contrario algunos sectores de la izquierda, entre ellos los comunistas, le tendían "puentes de plata". El Partido Radical percibía que podía tener oportunidades con la izquierda, pese a las pretensiones socialistas. Constituían la fuerza electoral más sólida de la posible coalición. En ese terreno tenían una gran ventaja en sus relaciones con la izquierda, la que no existía frente a las relaciones con la derecha. Una alianza con la izquierda significaba, casi con seguridad, un postulante radical a la presidencia. Para los socialistas era muy difícil lanzar una candidatura propia, porque con ese comportamiento se aislaban, favoreciendo el entendimiento radical-comunista.

### B.- LOS INTENTOS POR APARTAR AL PARTIDO RADICAL DEL FRENTE POPULAR

En el Partido Radical el acercamiento a la izquierda y la formación del Frente Popular fue resistida por sectores de derecha. El principal asedio tuvo lugar inmediatamente después de las elecciones de marzo de 1937. La prensa se concertó en una campaña destinada a hacer flaquear a los sectores frente populistas del partido, tratando de demostrar a los radicales que en una situación de polarización era inevitable el triunfo de los extremos a costa del centro.

El discurso de *El Mercurio*, importante intelectual político, estuvo conformado por dos elementos: mostrar el alza de los extremos y poner en evidencia que el electorado había favorecido a los elementos anti frente populistas del partido. El primer argumento fue desarrollado de esta manera: "Han triunfado las corrientes derechistas, liberales y conservadores ven acrecentada su representación..., aumenta sensiblemente la representación

socialista y comunista y decrece la cuota parlamentaria radical”<sup>54</sup>. El segundo elemento fue desarrollado de esta otra manera: la masa electoral progresista había preferido votar por la “extrema izquierda” (comunistas y socialistas), por lo que el Frente Popular no significaba un crecimiento electoral para los radicales<sup>55</sup>.

La estrategia comunicacional de *El Imparcial* tuvo también como interlocutor al Partido Radical. Este diario indicaba que el resultado electoral debía interpretarse como “... un repudio activo de las ideas desquiciadoras con que se ha pretendido agitar el alma colectiva y que se han cristalizado en la acción y en la propaganda de ese heterogéneo e híbrido conglomerado que es el Frente Popular”<sup>56</sup>. En un lenguaje tremendista asociaba al Frente Popular con la “tragedia horrible de España”. Esa alianza, a la cual los radicales habían sido arrastrados, había utilizado durante la campaña una oratoria donde se incitaba a “la violencia y el desorden”. En el mismo estilo dramático terminaba diciendo que “no puede olvidar el país cuántos esfuerzos se han hecho para precipitar a las masas a la fatal lucha de clases para dividir a la familia chilena y hacer más angustiosa nuestra difícil situación económico-social”<sup>57</sup>. Esta manera apocalíptica de semantizar al Frente Popular buscaba provocar efectos sobre los sectores vacilantes del radicalismo, para incidir en una lucha interna que todavía no estaba terminada.

*El Diario Ilustrado* adoptó una estrategia comunicativa menos dirigida hacia el radicalismo y más hacia la propia derecha, tanto para reafirmarla en la posibilidad del triunfo como para prevenirla contra conductas particularistas que podrían, en el futuro, hacerle perder de vista los intereses de clase. El análisis del diario conservador era de franco optimismo; el peligro ya estaba superado, pertenecía al pasado. Las elecciones de marzo de 1937 no eran una “simple escaramuza política al estilo de las que en otro tiempo se libraban en el país”. Estaba en juego una cuestión de “vida o muerte”; el país había estado abocado “al peligro de triunfo de una combinación que, en otras naciones, ha arrasado con los más altos valores de la civilización cristiana, siguiendo las inspiraciones de una ideología nacida en el fondo del Asia”<sup>58</sup>. Ese triunfo, que se presentaba como salvación de la nación, fue obtenido pese a la “dispersión lamentable de las fuerzas del orden” provocada por la aparición de nuevas organizaciones que, como Acción Republicana, pretendían competir con los partidos históricos de la derecha<sup>59</sup>, y pese “a la criminal indiferencia...(de) algunos hombres que, por sus ideas y por su posición, tenían el deber de tomar posiciones en la primera fila”<sup>60</sup>. El triunfo de la derecha en 1937 era celebrado de antemano por el

diario conservador como la “salvación de la barbarie”. También sacaba lecciones de la experiencia, advirtiendo contra el divisionismo y la indiferencia.

El diario liberal *La Nación* también se dirigió a los radicales. Constató la polarización del electorado, el crecimiento simultáneo de la derecha y de la izquierda, mostrando que esos eran los costos que asumía el radicalismo por su “híbrida unión con los partidos de la extrema izquierda”<sup>61</sup>. Se trataba de estimular una pedagogía de la derrota, incentivando las “tendencias realistas” que se suponía que dormitaban aún entre los radicales.

El análisis de la prensa de izquierda, representada por el diario *Frente Popular*, revela una estrategia de acercamiento, a través de un discurso doble, dirigido a la propia izquierda y al Partido Radical. En primer lugar analiza los resultados de 1937 como un triunfo del Frente Popular pese “a las artimañas de la derecha, a pesar del cohecho más desenfrenado”<sup>62</sup>. El discurso orientado hacia el Partido Radical es digno de análisis. La interpretación partía reconociendo el debilitamiento electoral del radicalismo, manifestado en la “pérdida de algunos asientos..., que se consideraban más o menos seguros”<sup>63</sup>. El diagnóstico del periódico *Frente Popular* era que en las provincias donde el radicalismo fue “estrechamente unido con todos los partidos del Frente..., la victoria coronó la jornada”<sup>64</sup>. Al contrario, en aquellas provincias donde los candidatos del radicalismo pertenecían a la tendencia derechista “el partido pagó las consecuencias”<sup>65</sup>.

Además, el diario frentista dio cabida a otro discurso de evaluación global de los resultados menos triunfalista que el reseñado. El reconocimiento de la victoria derechista le servía para llamar a formar un frente muy amplio, que agrupara “en torno a la bandera de la democracia a todos los elementos que... quieren oponer una valla a las pretensiones desenfrenadas y antidemocráticas de la extrema derecha”<sup>66</sup>. La consigna era agrupar el máximo de fuerzas en el parlamento para defender “nuestras exiguas libertades”. Ese discurso, de inspiración comunista, era muy ilustrativo, pues estaba impregnado de rechazo al fascismo. Por lo mismo, buscaba alianzas y frentes aun más amplios y diversificados que los ya conseguidos.

<sup>54</sup> EM, 10-3-1937, p. 3.

<sup>55</sup> EM, ibid, p. 3.

<sup>56</sup> EI, 7-3-1937, p. 5.

<sup>57</sup> EI, ibid, p. 5.

<sup>58</sup> DI, 9-3-1937, p. 3.

<sup>59</sup> DI, 8-3-1937, p.3; DI, 9-3-1937, p. 3.

<sup>60</sup> DI, 9-3-1937, p. 3.

<sup>61</sup> LN, 8-3-1937, p. 3.

<sup>62</sup> FP, 8-3-1937, p. 3. Ese triunfo se expresaba en el aumento de los parlamentarios frentistas, tanto “en número como en calidad” y en el éxito de la corriente genuinamente izquierdista. El diario afirmaba: “Por el marxismo, por la ideología de Marx y Lenin, por los partidos antípodas del fascismo se han pronunciado millares y millares de electores”. El diario aplaudió el éxito electoral del Partido Socialista, el cual se transformó en un poderoso “polo de atracción”. Atribuyó ese crecimiento, entre otros factores, a la derrota de aquel sector socialista que enfocaba de “un modo desacertado, lleno de un extremismo verbal, la realidad chilena”. Ese grupo era la llamada “Izquierda Comunista”, cuyo debilitamiento el diario celebró como la “liquidación de la tendencia trotskista”.

<sup>63</sup> FP, 9-3-1937, p. 3.

<sup>64</sup> FP, ibid, p. 3.

<sup>65</sup> FP, ibid, p. 3.

<sup>66</sup> FP, ibid, p. 3.

El diario radical *La Hora* centró su análisis en la denuncia del cohecho y de los “manejos dolosos”. Contenia dos ideas principales: la invocación moralista sobre “el grado de depravación... a que las derechas habían arrastrado al país”<sup>67</sup>, y la aceptación apesadumbrada de que el “pueblo famélico, agotado por el hambre y las privaciones vendió en gran parte su voto”<sup>68</sup>. Más allá de este discurso autocompasivo y fatalista no había ningún análisis político, ningún cálculo sobre la correlación de fuerzas.

Este análisis de los discursos de la prensa sobre las elecciones de 1937 muestra que la táctica política y la estrategia comunicativa de derechas e izquierdas estaban ambas orientadas hacia el Partido Radical. Era un reconocimiento de que la opción electoral de ese partido constituía una de las claves de la definición de la correlación de fuerzas. Por ello los partidos de derecha y de izquierda lo asumían como principal interlocutor; los primeros tratando de demostrar que eran y serían víctimas de la polarización, los otros argumentando que los derrotados habían sido los “radicales vacilantes”.

Estos resultados reforzarán momentáneamente las tendencias que, dentro del Partido Radical, eran proclives a una alianza con la derecha para las elecciones presidenciales. Estos grupos usaron la táctica de presionar para que la colectividad siguiera participando en los ministerios de Arturo Alessandri. El principal pretexto utilizado era el peligro de que se repitieran los intentos de golpe militar como el de 1936. La preocupación por la continuidad democrática era fuerte y esas aprensiones eran usadas por el Presidente Alessandri, con gran habilidad, para suscitar entre los radicales la responsabilidad política. El efecto buscado era que se mantuvieran en el gabinete.

Sin embargo, la permanencia de los ministros radicales tendía a suscitar crisis dentro del partido. Cuando se discutió la reorganización ministerial del 23 de marzo de 1937 el problema se agudizó, puesto que había tres ministros radicales. En esa ocasión el Presidente mantuvo su costumbre de prescindir del “pase de partido”, haciendo uso de lo que consideraba la prerrogativa presidencial para designar sus ministros. Así, eligió a tres personeros radicales sin consultar al partido. Unos quince días después de la formación del ministerio, el 2 de abril de 1937, el diputado Juan Antonio Ríos pidió a la Junta Central del Partido Radical la expulsión de los ministros de Estado que actuaban en el Gobierno de Alessandri.

No se tomó entonces ninguna decisión sobre ese problema porque estaba pendiente la realización de una Convención Extraordinaria del Partido. La actitud de Juan Antonio Ríos era una escaramuza dentro del juego político. El tema central de ese evento fue la participación del Partido en el Frente Popular.

La discusión sobre ese tema se realizó en el contexto de una situación política en que habían aparecido elementos nuevos: las primeras gestiones para el lanzamiento de la candidatura Ibáñez y la realización en Talca del Cuarto Congreso del Partido Socialista, donde se proclamó la precandidatura presidencial de Grove, fijándose un “programa mínimo presidencial”<sup>69</sup>.

La aparición de las candidaturas de Ibáñez y Grove tuvo lugar en un momento crucial de la lucha interna radical, sumándose a la difusa sensación de descontento que había producido el resultado electoral de marzo. La actitud socialista fue uno de los argumentos de más peso esgrimidos por la corriente antifrentista que lideró Raúl Rettig, pues sembraba dudas respecto al “mejor derecho” que los radicales reclamaban por su carácter de partido mayoritario de la coalición.

González Videla, en sus *Memorias*, hace una narración épica de lo que denomina la “apasionante lucha” de la Convención. Según dice, en ella le tocó defender el voto frentista contra toda la plana mayor del radicalismo, entre ellos el vicepresidente Alfredo Guillermo Bravo, Pedro Enrique Alfonso, que habló en representación de los diputados; Cristóbal Sáez, que lo hizo a nombre de los senadores; Marcial Mora y Raúl Rettig, quien tomó la defensa del voto antifrentista. González Videla, leyendo su pasado político con ánimo de justificación, hace una afirmación que, sin embargo, era real y que constituía la ventaja de los frentepopulistas: “Al margen de este cisma”, dice, “existía un solo pensamiento en la mente de todos los radicales y que los dominaba sin excepción: el de que el próximo Presidente debía ser, y tenía que ser, un radical”<sup>70</sup>.

El problema que planteó la actitud socialista de anticiparse a proclamar a Grove fue superado en la Convención, porque los defensores del Frente Popular consiguieron el aval de ese partido para presentar el hecho como la manifestación de una “aspiración” y no como una condición irrenunciable<sup>71</sup>. El mismo González Videla afirma que Schnake, Grove e Hidalgo, este último el líder de la tendencia trotskista, le habían asegurado el carácter efímero de la postulación socialista<sup>72</sup>.

La posición antifrentista dentro del Partido Radical obtuvo un 29,9 por ciento de los votos, un tercio de los 461 convencionales<sup>73</sup>. Un grupo reducido de militantes con escasa figuración política se retiró del radicalismo, formando el Partido Radical Doctrinario. Entre los marginados no había ningún parlamentario, por lo que esta colectividad no tuvo ningún peso político<sup>74</sup>.

<sup>69</sup> Julio César Jobet, *El Partido Socialista*, Editorial Prensa Latinoamericana, dos tomos, 1972.

<sup>70</sup> Gabriel González Videla, *Memorias*, Editorial Gabriela Mistral, tomo I, pp. 159-168.

<sup>71</sup> J.F. Fernández, *Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular Chileno*, Editorial Ercilla, 1938, p. 54.

<sup>72</sup> Gabriel González Videla, op. cit., p. 168.

<sup>73</sup> EM, 16-5-1937, p. 8; EM, 17-5-1937, p. 5; LH, 17-5-1937, p. 6.

<sup>74</sup> Andrés Benavente, op. cit., Capítulo V-c.

<sup>67</sup> LH, 8-3-1937, p. 3.

<sup>68</sup> LH, 9-3-1937, p. 3.

El voto aprobado por la Convención Extraordinaria ratificó la permanencia del Partido Radical en el Frente Popular, insinuando la necesidad de reestructurarlo “para hacer valer en él la calidad de partido mayoritario”; exigió la renuncia de los ministros radicales y anunció que no apoyaría, por ningún motivo, la candidatura de Carlos Ibáñez<sup>75</sup>.

El 22 de mayo, justamente en el plazo de cinco días estipulado por la Convención, renunciaron los ministros radicales<sup>76</sup>. Sin embargo, ese hecho no cerró el ciclo de la participación radical en el gobierno de Alessandri. Poco tiempo después de que los ministros fueron obligados a renunciar, Juan Antonio Ríos, elegido presidente del partido<sup>77</sup>, declaró que existía buena disposición para reconsiderar las medidas. A mediados de junio Ríos expuso ante la Junta Central su posición favorable respecto al reingreso, aduciendo “razones de Estado”<sup>78</sup>. Sin embargo, reiteró la fidelidad de los radicales al pacto del Frente Popular.

Arturo Olavarría y Alessandri proporcionan, en sus respectivas Memorias, dos relatos diferentes acerca de este intento de reingreso. El primero, en la ocasión secretario general del Partido Radical, afirma que el Presidente, preocupado por la influencia de Ross entre la derecha y buscando promover la candidatura de su fiel ministro de Defensa, Bello Codesido, intentó incorporar a los radicales al gobierno para conjurar las posibilidades de una elección de Ross. Esa operación política estaba avalada, según Olavarría, por los más altos personeros del Frente Popular.

Alessandri, a su vez, describe el intento de ingreso como una maniobra destinada a producir fisuras dentro de la coalición de izquierda, azuzando las desconfianzas socialistas<sup>79</sup>. Cuando el pacto de reingreso estaba por ratificarse, los Partidos Liberal y Conservador pusieron como condición el retiro de los radicales del Frente Popular<sup>80</sup>. Alessandri señala que esta actitud constituyó un grave error político de la derecha. Según él “eso se hubiera obtenido sin pedirlo, a medida que funcionara el nuevo ministerio”<sup>81</sup>. Olavarría relata que el Presidente le había dicho, después del fracaso de la gestión, esta frase profética: “Después de esta incalificable torpeza de mis amigos, me sucederá en la presidencia un candidato del Frente Popular”<sup>82</sup>. Alessandri afirma con melancolía: “Este desgraciado fracaso que cambió el rumbo de la historia de Chile en los últimos años, hizo ya imposible intentar una solución con los radicales”.

<sup>75</sup> EM, 18-5-1937, p. 1.

<sup>76</sup> EM, 23-5-1937, p. 3.

<sup>77</sup> Arturo Alessandri, op. cit., p. 92.

<sup>78</sup> EM, 16-6-1937, p. 8.

<sup>79</sup> Arturo Alessandri, op. cit., p. 92; Arturo Olavarría, *Chile entre dos Alessandri*, Editorial Nascimento, 1962, pp. 337-338.

<sup>80</sup> Arturo Alessandri, op. cit., p. 93; EM, 26-6-1973, pp. 1 y 4.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>82</sup> Arturo Olavarría, op. cit., p. 338.

Los esfuerzos del Presidente estaban destinados a mantener una fórmula de centro-derecha que, al crearle problemas a los radicales con la izquierda, terminara por quebrar el Frente Popular, reordenando el cuadro de las alianzas presidenciales.

El rechazo del expediente por parte de los partidos de la derecha tuvo relación con factores de índole estructural y coyuntural. La derecha de la década del treinta no tenía un proyecto de “desarrollo”, sino un proyecto de “orden” y estaba obsesionada por evitar la vuelta a las situaciones de caos: la inestabilidad política de 1924-1932, el desorden provocado por la crisis económica 1929-1931, los gobiernos débiles o complacientes frente a los huelguistas o a los “instigadores de la agitación”. Las posibilidades de acuerdos con los radicales hubiesen necesitado una derecha partidaria de reformas sociales, aunque fuesen favorables a los sectores mesocráticos. Los fenómenos ocurridos después de 1920 habían dejado como herencia una derecha atemorizada y defensiva.

El otro factor que influyó fue la hostilidad de Ross hacia la participación radical en el gabinete. Aunque la derecha todavía no entraba de lleno en el proceso de selección de sus candidatos, el ex ministro de Hacienda ya estaba abocado a crear una red de apoyos. Ross intuía, creemos que con certeza, que una alianza de radicales con la derecha haría muy difícil su candidatura, aumentando las posibilidades de una fórmula de transición, un candidato con una imagen menos reaccionaria. Pero en esta coyuntura previa las maniobras de Ross tuvieron solo una cierta influencia, ya que todavía éste no había conseguido el control de la directiva liberal ni se había lanzado de una manera expresa en la campaña presidencial.

El factor más importante tuvo que ver con las expectativas que provocó en la derecha la posible candidatura de Ibáñez. Las posibilidades que vieron en esa candidatura nacional-populista, competidora de la del Frente Popular, influyó en los cálculos políticos de la derecha, desde la llegada del ex dictador a Chile (principios de mayo de 1937). Esa esperanza disminuyó el interés por aliarse con el centro radical<sup>83</sup>.

En todo caso, había un problema de fondo que obstaculizaba el plan de Alessandri de atraer a los radicales a su gabinete. Mientras en el Frente Popular los radicales tenían grandes posibilidades de imponer un candidato, en una alianza con las derechas esa opción era remota. Dentro de la coalición de izquierda los radicales eran la fuerza principal y además los comunistas siempre manifestaron su acuerdo de elegir un candidato que no fuera de izquierda. Por lo menos en esta coyuntura previa los radicales nunca tuvieron dudas de que contarían con el apoyo comunista para un candidato radical. El problema era terminar de convencer a los socialistas, que ya habían lanzado a Grove. En las derechas ni liberales ni conservadores dieron ninguna señal de estar dispuestos a apoyar a algún candidato radical. Además, este partido no podía aducir, como frente a socialistas y comunistas, el argumento de su clara supremacía electoral. Aunque los tres partidos eran fuertes, los radicales ocupaban el tercer lugar entre ellos.

<sup>83</sup> Sobre la llegada al país de Carlos Ibáñez, EM, 11-5-1973, p. 6.

Por la suma de todas estas razones los esfuerzos de Alessandri terminaron en el fracaso. Los radicales podían estar dispuestos a participar en el gabinete por razones de Estado o para influir desde dentro en el manejo de las elecciones, pero no estaban interesados en una alianza presidencial con la derecha, porque ésta no igualaba lo que podían conseguir con el Frente Popular.

El énfasis ha sido puesto en el apetito presidencial del Partido Radical. Pero hay otro factor decisivo. Una parte de la derecha estaba entusiasmada por las posibilidades de la “restauración oligárquica”. Con el segundo gobierno de Alessandri se había probado la eficacia de un presidencialismo que aseguraba “orden y progreso”, conteniendo tanto a los militares subversivos como a las masas populares.

Esta actitud de una parte significativa de la derecha predeterminó su proceso decisional, impidiendo que una estrategia como la de Alessandri pudiera tener éxito. La nostalgia derechista de orden favoreció la consolidación de los vínculos entre el radicalismo y las izquierdas. Aunque todavía faltaba que se dilucidaran muchos problemas, entre ellos que se evitara la leve tentación ibañista de algunos sectores de la izquierda o que se neutralizara al “grovismo” de los socialistas, los radicales afianzaron durante 1937 sus vínculos con el Frente Popular, pese a sus coqueteos con el gobierno de Alessandri.

A fines de año se realizó la elección interna del radicalismo, en la cual se enfrentaron Aguirre Cerda y Ríos. En el libro *Chile entre dos Alessandri*, Arturo Olavarría presentó la lucha interna como una continuación del debate que en la Convención Extraordinaria había confrontado a frentistas y antifrentistas. Entonces Ríos había ganado la presidencia del evento aglutinando los votos frentistas<sup>84</sup>. En esa Convención triunfó la línea más avanzada, por lo tanto era de presumir que Ríos ganaría la lucha interna. Pero, en una votación bastante ajustada, el plebiscito significó el triunfo de Aguirre Cerda. Este obtuvo 7.979 votos, con el 54 por ciento, contra 6.836 votos, con el 46 por ciento conseguido por Ríos<sup>85</sup>. Olavarría comenta la paradoja que significó la votación: quien había sido un abanderado del antifrentismo se convertía, de la noche a la mañana, en su adalid<sup>86</sup>.

El resultado de esa votación es revelador de las características políticas que había adquirido el Partido Radical. En la medida que crecía una izquierda socialista, en esa época al amparo del carisma populista de Grove, los radicales se reposicionaban en el campo partidario. Pese a la izquierdización relativa de su discurso después de la Convención de 1931, el Partido Radical consolidó una ubicación intermedia en el espectro político, porque más allá de él estaban el Partido Socialista y el Partido Comunista. En términos relativos, se ubicaba más al centro que en el período parlamentario. Entonces estaba posicionado casi en el extremo del espectro, puesto que el Partido Obrero Socialista no

participaba realmente de la competencia política y el Partido Demócrata tenía menos fuerza y era más cooptable. La nueva posición privilegiada le permitía al Partido Radical aspirar a la presidencia si lograba articular alianzas con su izquierda, sin generar demasiado miedo.

Por eso la elección de Aguirre Cerda, si bien pudo ser vista como una de “esas descomunales sorpresas que en política no deben extrañar”<sup>87</sup>, constituía una decisión racional. La selección del candidato más moderado era un gesto preventivo de antipolarización. El Partido Radical, que se autodefinía dos funciones, la de modernización desarrollista y la de contención o moderación, partía privilegiando la segunda.

La nominación de Aguirre Cerda pone en evidencia la importancia que va a tener para los radicales la realización de políticas de contrapeso, necesarias para mantener su unidad externa o para mejorar el clima político con la oposición de derecha. Desde el inicio el Partido Radical colabora, ejerciendo funciones apaciguadoras, para el éxito de las estrategias defensivas.

#### C.- LA AMENAZA DE LA CANDIDATURA DE IBÁÑEZ

Esta fue una postulación que se puso en marcha con rapidez, anticipándose a las otras. Entre noviembre y diciembre de 1937 se produjeron algunos acontecimientos relacionados con su lanzamiento. El primer partido que entregó su apoyo a Ibáñez fue el Movimiento Nacional-Socialista. Posteriormente se dividió el Partido Socialista, y una parte de él formó la Unión Socialista, la cual posteriormente también apoyó a Ibáñez<sup>88</sup>.

Desde su surgimiento la candidatura de Ibáñez apareció intentando ocupar un hueco en la izquierda. Incluso los nazistas, quienes consideraban superada la dualidad izquierdas-derechas, afirmaban que ante la necesidad de optar elegirían el campo de la izquierda. Estas afirmaciones, que por sorprendentes algunos observadores tendieron a considerar efímeras, se fueron precisando y perfilando en el curso del año 1938. Antes de la proclamación del último postulante, Gustavo Ross, la candidatura de Ibáñez se ha asentado como alternativa a la de Aguirre Cerda.

En los primeros días de enero de 1938 el Presidente Alessandri visitó la Base Aérea de El Bosque, donde, hablando ante los oficiales, afirmó que “impediría por todos los medios” la candidatura presidencial de Ibáñez<sup>89</sup>. Este acto de intervención electoral, que involucra a los militares en problemas políticos contingentes, suscitó una carta respuesta de Ibáñez, publicada el 5 de enero de 1938.

<sup>84</sup> Arturo Olavarría, op. cit., p. 337.

<sup>85</sup> EM, 8-12-937, p. 1.

<sup>86</sup> Arturo Olavarría, op. cit., p. 340.

<sup>87</sup> Ibid., p. 340.

<sup>88</sup> Tomás Moulán e Isabel Torres, *Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha. 1938-1946*, Editorial Flacso, 1986, Santiago, pp. 43-70.

<sup>89</sup> LO, 5-1-1938, p. 5; H, 6-1-1938, p. 26.



En ella Ibáñez atacó duramente la obra del gobierno de Alessandri, diciendo: “La realidad implacable sólo ha dejado de todo el artificio de una decantada reconstrucción nacional, la miseria en los hogares modestos, la mortalidad y la desesperación en las clases desposeídas”<sup>90</sup>. Además, sostuvo su derecho a postular a la presidencia ante la afirmación de Alessandri de que se opondría a su candidatura. Con tono enfático dijo que nadie podría impedirle ser candidato de las fuerzas de oposición “si ellas, unidas en torno a un programa de izquierda constructiva, creyeran en un momento dado que mi nombre puede contribuir al establecimiento en mi patria de una era de honestidad, progreso y de verdadera justicia social”<sup>91</sup>.

Como se observa, esta primera explicación del proyecto es bastante vaga. Una “izquierda constructiva”, cuyos contenidos no se definen, solo puede entenderse en oposición a la “izquierda destructiva”. El 24 de enero el diario ibañista *La Opinión* publicó un editorial titulado “Política frentista y no de centro”, que anticipaba un cambio respecto a esa línea moderada de la “izquierda constructiva”. En él se sostenían las siguientes tesis: a) que en el Frente Popular no estaban representadas todas las fuerzas izquierdistas y que, por el contrario, tenían representación “corrientes que no han estado jamás del lado de la concepción frentista de la política popular”; b) que no hay Frente Popular mientras en él no estén incorporados todos los frentistas y que el General Ibáñez era un candidato de izquierda y no nazista “como maliciosamente se dice”; c) que era necesario aplicar una “política frentista y no de centro”, como la que tenía la actual directiva del Frente Popular.

Ese editorial preanunciaba lo que iba a suceder en la reunión del 26 de enero entre una Comisión nombrada por la Unión Socialista de Chile, encargada de la “elucidación de diversos puntos de carácter doctrinario y de política general” con Ibáñez<sup>92</sup>. Este partido era una colectividad nueva, surgida el 6 de enero de 1938 de la fusión de la Unión Socialista, el Partido Radical-Socialista, el sector ibañista del Partido Democrático y un segmento pequeño del Partido Liberal denominado Liberales Democráticos<sup>93</sup>.

Una conversación con Ibáñez era el requisito formal para que la Unión Socialista de Chile reuniera “los elementos de juicio que... (necesitaba) para pronunciarse próximamente sobre la elección presidencial”<sup>94</sup>. La intención política era que Ibáñez, que había sido proclamado oficialmente por el Partido Nacional-Socialista, se definiera como un demócrata antifascista. Sin ese esclarecimiento público era imposible para la Unión Socialista de Chile, integrada en su mayor parte por militantes que siempre habían estado en posiciones de izquierda, apoyar a Ibáñez.

A la salida de la reunión los miembros de la Unión Socialista de Chile sintetizaron en cuatro puntos la conversación con el candidato. Según los interlocutores, Ibáñez había afirmado: a) que era “antifascista en el terreno político” y que no “aceptaba el fascismo en ninguna de sus formas” y que su concepción del gobierno era democrática; b) que se consideraba frentista y que aspiraba que el Frente Popular fuera “realmente un frente cada día más acentuadamente izquierdista”, agregando que no aceptaba “política de centro ni las combinaciones de esa índole que son funestas para los países”; c) que era “antiimperialista” en el terreno económico; y d) que apoyaba “al heroico pueblo español que bajo las banderas del Frente Popular está defendiendo las más altas conquistas de la civilización”<sup>95</sup>.

Estas declaraciones revelaban una estrategia de construcción de imagen y de ubicación en el espacio electoral diferente de la inicial. El ibañismo ya no pretendía representar a la “izquierda constructiva”, por ende más sensata y moderada. Buscaba ser la “verdadera izquierda”. Ese era el significado de la crítica a la política centrista que los publicistas de Ibáñez empezaron a atribuir al Frente Popular, a causa del predominio radical.

Dos días después Ibáñez publicó una declaración donde ratificó los aspectos esenciales. Algunos fueron, en todo caso, ampliados, como la referencia a la política centrista. Ibáñez afirmó textualmente: “...soy adversario del centrismo. Las llamadas combinaciones de centro han sido durante mucho tiempo causa de atraso y estancamiento nacional. Si en el ambiente semicolonial, anterior a la guerra europea, pudieran ellas prosperar, no es posible admitir que en horas de decisión se piense todavía en transacciones entre las fuerzas dinámicas y activas que representan el progreso y las fuerzas retardatarias de la reacción”<sup>96</sup>.

La entrevista con los dirigentes de la Unión Socialista de Chile y la declaración pública ya comentada eran expresiones de una estrategia comunicativa destinada a competir con el Frente Popular por una imagen izquierdista. Por tanto, no era de extrañar que los publicistas de la candidatura de Ibáñez adoptaran como suya la consigna central de la alianza frente-populista: la lucha contra el fascismo. En los primeros días de febrero, el diario *La Opinión*, a través de un editorial titulado “Salvemos a la oposición para salvarnos del fascismo”, afirmaba la existencia de un “proceso de fascitización” en curso, cuyos indicadores eran la existencia de limitaciones en las libertades de prensa, de palabra y de sindicalización y que derivarían en “el advenimiento de un régimen de tipo fascista semicolonial”, cuya expresión política era Ross<sup>97</sup>.

Esas tesis tenían la función de argumentar la ampliación del Frente Popular para darles cabida a los “sectores de izquierda” que decía representar el ibañismo. Se afirmaba que las “fuerzas del proletariado” agrupadas en la CTCH todavía no tenían capacidad, por

<sup>90</sup> EI, 5-1-1938, p. 3.

<sup>91</sup> EI, *ibid.*, p. 3.

<sup>92</sup> LO, 27-1-1938, p. 1.

<sup>93</sup> LO, 7-1-1938, p. 1.

<sup>94</sup> LO, 27-1-1938, p. 1.

<sup>95</sup> LO, *ibid.*, p. 1.

<sup>96</sup> EI, 29-1-1938, p. 3.

<sup>97</sup> LO, 1-2-1938, p. 3.

sí solas, de determinar el rumbo del Frente Popular. Para asegurar la dirección “intransigentemente opositora” de esa coalición era necesario que la clase obrera hiciera una “alianza estrecha con el sector revolucionario de la clase media, que ha jugado y sigue jugando en Chile un papel decisivo”<sup>98</sup>. En los días posteriores la prensa ibañista continuó la campaña destinada a demostrar que “sin Ibáñez y la Unión Socialista no hay triunfo”.

Sin embargo, pese a que la existencia de dos candidaturas de izquierda favorecía el triunfo de Ross, Ibáñez continuó adelante en su empeño de ser elegido Presidente. El 10 de febrero de 1938 el Comité Central de la Unión Socialista proclamó a Ibáñez. En un escueto comunicado señaló las razones: el arrastre de Ibáñez entre sus militantes, el hecho de que el candidato hubiera reiterado públicamente sus “convicciones frentistas, su devoción a la causa democrática, su repudio al fascismo y al imperialismo”, la seguridad de que Ibáñez representaba “la más alta posibilidad de victoria sobre las fuerzas de la reacción”<sup>99</sup>.

La decisión de la Unión Socialista de Chile fue adoptada pese a que recientemente había fracasado un nuevo intento de ingreso al Frente Popular, aparentemente propiciado por el Partido Comunista. Ese intento fue rechazado, según algunos diarios de derecha, por las “desmedidas pretensiones” de los partidarios de Ibáñez. Estos últimos exigían un veinticinco por ciento de los delegados a la Convención, más que los comunistas y los demócratas y un poco menos que los socialistas<sup>100</sup>.

La actitud irreductible de los partidarios de Ibáñez le planteaba al Frente Popular un grave problema político. ¿Cómo se resolvió? Por un fatal error de los seguidores de Ibáñez, el cual se convirtió para el Frente Popular en un hecho afortunado, de aquellos que tanto apreciaba Maquiavelo. Se trató, como se ha dicho, de una acción incalculable en las condiciones normales de cálculo, o sea con la información existente. Lo incalculable puede modificar las relaciones de fuerza sin que el beneficiado haya hecho nada por obtener ese resultado. En este caso un actor político realizó algo no previsto, que modificó la correlación de fuerzas, representando “buena fortuna” para unos y “mala fortuna” para otros.

Eso es exactamente lo que ocurrió el 5 de septiembre de 1938. Apareció lo fortuito, no por primera ni última vez en nuestra historia política. Lo que no había podido ser resuelto “por el arte de la negociación” lo consiguió “el imprevisible curso de los acontecimientos”<sup>101</sup>.

El 4 de septiembre de 1938 tuvo lugar un animado mitin con que se cerró la campaña de Ibáñez. Alessandri cuenta que recorrió la concentración y que ésta que fue muy concurrida. Afirmo en sus *Recuerdos*: “...la multitud era numerosa y muy superior a lo que yo había pensado y a la que muchos, ocultando la verdad... me habían manifestado”.

El 5 de septiembre unos 60 jóvenes militantes nazistas se tomaron la Universidad de Chile y proclamaron la realización de un golpe de Estado, en apariencia coludidos con sectores militares, que nunca aparecieron. Según la versión de Carlos Droguett<sup>102</sup>, fueron apresados en la universidad y trasladados, ya rendidos, hacia lo que entonces era el edificio del Seguro Obrero. Allí fueron masacrados, varias horas después, por una orden emanada del propio Presidente.

Si los alzados, cuya edad promedio no superaba los 22 años<sup>103</sup>, hubiesen sido detenidos y juzgados, seguramente los efectos de este incidente sobre la elección presidencial no hubiesen sido decisivos. Pero el dramatismo de la ola de sangre, justificada por Alessandri como una consecuente defensa del orden constitucional, fue lo que desencadenó el retiro de la candidatura de Ibáñez y el llamado a apoyar a Aguirre Cerda, posibilitando el ajustado triunfo de éste. La desmesurada actitud del gobierno de Alessandri frente a una caricatura de golpe de Estado posibilitó la derrota del candidato de las derechas.

Las fuerzas políticas defensoras del “orden” no solo fueron incapaces de percibir que la nueva dinámica de polaridad centrípeta le daba una importancia crucial al partido intermedio mayoritario. Además se las arreglaron para destruir el escenario que, aun con ese *handicap*, les daba oportunidades de ganar: el campo de tres fuerzas.

En la práctica la izquierda no fue capaz de resolver la amenaza ibañista. La posibilidad de ampliación del Frente Popular hacia Ibáñez siempre estuvo bloqueada por el rechazo del Partido Socialista. Éste tenía variadas razones para oponerse. En primer lugar, la Unión Socialista, partido de apoyo a Ibáñez, se había formado por una división, dirigida por el diputado Ricardo Latcham. En segundo lugar, Grove e Ibáñez representaban formas de caudillismo que podían competir por los mismos sectores de masas. Aunque Grove había sido descartado para 1938, era una alternativa para el futuro.

Pero además había otras razones que hacían prácticamente imposible la ampliación del Frente Popular. Tanto las candidaturas de Ibáñez como la de Aguirre Cerda no eran negociables. En el caso de Ibáñez, por dificultades de transferencia en condiciones normales de la votación nacistas. En el caso del Partido Radical, porque el candidato de sus filas era la condición del pacto. Además el Partido Comunista estaba incorporado a la III Internacional y como tal aplicaba la línea del “frente antifascista”, la cual no se conciliaba con el apoyo a Ibáñez, uno de cuyos sostenes eran los nazis criollos. En realidad fue la fortuna, por la vía de una acción incalculable que cambió la relación de fuerzas, la que resolvió la *impasse*.

Pero los acontecimientos posteriores, por ejemplo las características que adoptó el gobierno de Aguirre Cerda o las decisiones tomadas para las elecciones de 1942 y de 1946, no se derivan de manera mecánica de esta coyuntura originaria. Ella fue originaria, no originante.

<sup>98</sup> LO, *ibid.*

<sup>99</sup> LO, 11-2-1938, p. 1.

<sup>100</sup> DI, 12-2-1938, p. 2.

<sup>101</sup> Sofía Correa et al., *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico*, Editorial Sudamericana, 2001, Santiago, p. 126.

<sup>102</sup> Carlos Droguett, *Los asesinados del Seguro Obrero: crónica*, Litografía Nuestro Tiempo, 1972.

<sup>103</sup> Sofía Correa et al., *ibid.*, p. 126.

#### D.- LA ELECCIÓN

El censo de 1940 indicaba que la población de Chile alcanzaba a 5.023.000 habitantes y la población con derecho a voto a 1.904.000 ciudadanos. Para la elección presidencial de 1938 había 612.749 inscritos, mucho menos que la población susceptible de participar. Entre 1937 y 1938 la población inscrita había experimentado un alza del 22,42% respecto del número de votantes. Pero ese mismo volumen de inscritos ya existía en la elección municipal de 1938 y no se presentaron cambios decisivos de la correlación de fuerzas.

La abstención fue muy alta, de un 27,5%, y el total de votantes apenas llegó a 443.992. Aguirre Cerda obtuvo el 50,1% con 222.720 votos y Ross el 49,2% con 218.609 votos. Se trata de la elección directa más ajustada de la historia electoral chilena del siglo XX, pues la de 1920 tuvo un carácter indirecto.

El Frente Popular ganó en el Norte Grande y el Norte Chico, en Santiago, Valparaíso y Concepción, en dos provincias agrarias del Sur (Valdivia y Temuco) y en Magallanes. Perdió en todas las otras provincias agrarias, especialmente las del Valle Central. En estas últimas la diferencia de votos fue abrumadora a favor de Ross, como lo fue a favor de Aguirre Cerda en Antofagasta y Magallanes<sup>104</sup>.

Ross y su Comando no aceptaron los resultados y prepararon sus apelaciones a los tribunales electorales. Pero se vieron forzados a desistir por la actitud del Comandante en Jefe del Ejército y del General Director de Carabineros<sup>105</sup>, quienes reconocieron el triunfo de Aguirre Cerda y recomendaron el retiro de las reclamaciones.

Con la confluencia de esta acumulación de hechos fortuitos y sorpresivos comienza una nueva etapa política. Fortuita fue la inesperada asonada nazista del 5 de septiembre, la bárbara represión de la intentona, el apoyo del nazismo a la candidatura del Frente Popular y sorpresiva fue la actitud de los jefes militares ante las reclamaciones de la candidatura Ross. Al contrario de lo que podía suponerse, el alto mando se opuso, por razones de Estado, a la continuación del proceso de cuestionamiento y abrió las puertas para la proclamación de Aguirre Cerda, la primera de las coaliciones de centro-izquierda triunfantes.

### 3.- El funcionamiento de la dominación defensiva: el bloqueo parlamentario

El hecho de que ciertas tareas pendientes de la modernización capitalista, con el cambio de esquema de desarrollo que ello implicaba, fueran abordadas por una coalición de centro-izquierda pone en funcionamiento una modalidad especial de la reproducción

sistémica. Se trata de una fórmula de la intermediación, los grupos con iniciativa política dirigente no son los dominantes, aunque éstos no enfrentan una situación suma cero.

La modalidad estable en el siglo XIX y desde 1891 hasta el Arturo Alessandri de 1920 era que las clases dominantes fueran también dirigentes en el terreno político. El rechazo por los sectores conservadores de los intentos de reacomodo de las modalidades de la dirección y control político de los sectores subordinados realizados por Alessandri en 1920 desencadenó una crisis de representación. Ésta desembocó en un militarismo con rasgos populistas y en la extrema debilidad de los gobiernos civiles (Figueroa y Montero)<sup>106</sup>. El ajuste funcional volvió a ser restaurado por el propio Arturo Alessandri, quien en su segunda administración operó como instrumento de dirección de las clases dominantes, ajustado a sus necesidades y proyectos.

Pero el triunfo de Aguirre Cerda volvió a introducir un desajuste funcional. Quienes ejercían una parte de la función dirigente, desde la presidencia y los ministerios, impulsaron políticas no solo distintas sino rechazadas por la expresión política principal de los grupos dominantes: sus partidos en el parlamento.

La tarea que de hecho asume la coalición de centro-izquierda es la instalación de mecanismos de fomento e intervención, que perfeccionan la industrialización incipiente con apoyo estatal; se instala una "economía mixta". La existencia de empresas estatales no perseguía una socialización general de la economía sino la participación del Estado en empresas donde el capital privado no estaba capacitado, como aquellas que proponía el ministro socialista de Fomento: la producción de cemento, el sector pesquero o aquellas donde los trabajadores eran brutalmente explotados, como el carbón<sup>107</sup>.

Ese fue, por otra parte, el sentido del proyecto de la CORFO. Este impulsa lo que Anibal Pinto llamó con propiedad una "industrialización intencional", que le otorgaba al Estado un "papel programador"<sup>108</sup>. De hecho la coyuntura (también fortuita) que hizo posible que ese proyecto aumentara sus oportunidades de ser aprobado fue el terremoto de Chillán. Esa catástrofe natural requería cuantiosos fondos para la reparación de los daños. Ese hecho le permitió a Aguirre Cerda fundir en uno solo el proyecto de reconstrucción con el de fomento.

El análisis acucioso de Muñoz y Arriagada permite conocer mejor cómo funcionó la representación, y en especial la manera como se ejerció la dominación a la defensiva. En primer lugar, en cada uno de los dos bloques en pugna por el proyecto de CORFO hay una

<sup>106</sup> José Díaz, *Militares y socialistas en los años veinte*, Editorial Universidad Arcis, 2002, Santiago.

<sup>107</sup> Este fue Óscar Schnake. Pedro Ponce Durán, "Óscar Schnake Vergara, fundador y dirigente del Partido Socialista de Chile entre los años 1933-1942", Memoria de Tesis para optar al grado de Magister, Universidad de Chile, Instituto de Ciencia Política, 1990, p. 153. Se trata de uno de los mejores trabajos nacionales sobre la lucha política del período.

<sup>108</sup> Anibal Pinto, *Estado y gran empresa: de la pre-crisis hasta el gobierno de J. Alessandri*, Mimeo, s. f., Santiago.

<sup>104</sup> Marta Infante Barros, *Testigos del treinta y ocho*, Editorial Andrés Bello, 1972, p. 194.

<sup>105</sup> Tomás Moulian e Isabel Torres, *ibid.*, pp. 147-150.

diferencia entre las posiciones de los grupos corporativos y las de los partidos. En un caso entre las organizaciones empresariales y los partidos de derecha, y en el otro, entre los partidos de la izquierda y las organizaciones sindicales campesinas.

Los partidos de la derecha se separan de los grupos de presión del sector, en especial de la SOFOFA. Numerosos artículos de la *Revista Industria* se muestran favorables al proteccionismo y abogan por un régimen especial para la industria, argumentando que por la combinación del padrón oro y del libre comercio siempre los productos importados costarían más barato. Además la insuficiencia de capital y la dimensión del mercado impediría que la industria surgiera por sí misma, sin apoyo<sup>109</sup>.

La SOFOFA es firme partidaria del proteccionismo y la SNA también se manifiesta a favor, sobre todo cuando afecta intereses sectoriales<sup>110</sup>. Pero la SNA hace la salvedad de que nada se saca con intentar que el Estado aumente la riqueza si no se preocupa de fomentar la paz social, lo que significa desmovilizar el campo.

Sin embargo, los partidos de la derecha dan una dura batalla sin matices contra la ley CORFO. La discusión legislativa estuvo regida por las reglas constitucionales válidas para un proyecto presentado en un período extraordinario de sesiones donde el Presidente tiene potestad de iniciativa legal. Debíó comenzar su trámite legislativo en la Cámara por considerar tributos y gastos y, como le fue otorgado urgencia por el ejecutivo, tuvo que ser discutido en el curso de un mes<sup>111</sup>.

El proyecto de ley se salvó de la derrota definitiva en la Cámara por el apoyo de los votos residuales de los pequeños partidos de centro, que le permitieron ganar. Si allí se hubiese rechazado la idea de legislar, la iniciativa quedaba fuera de combate. En vista de esta derrota la derecha cambió de estrategia en el Senado, donde aprobó la idea de legislar. Lo hizo para introducir modificaciones decisivas en la forma de financiamiento, en la conformación del Consejo y en las atribuciones del ente. La última decisión tuvo como objetivo negar la capacidad de la CORFO para aprobar capital de fomento, facultándola solo para presentar proyectos de ley que el Congreso podía transformar en inversiones. El Senado aceptó la ley CORFO con esos cambios, en especial la obligación de consulta al Parlamento. Es decir, aprobó un proyecto desvirtuado que entregaba la decisión sobre inversiones de fomento a un Parlamento donde predominaba la mentalidad *laissez faire*.

El Presidente hizo uso de la facultad del veto para reponer el espíritu originario del proyecto. Se planteó, sin llegar a acuerdo, la discusión sobre la mayoría necesaria para rechazar los vetos. Los partidos de gobierno afirmaban que eran necesarios los dos tercios

y la oposición la mayoría simple. El proyecto finalmente fue promulgado tal como lo deseaba el Ejecutivo. Sin duda hubo un acuerdo extraparlamentario, producto de una negociación. El acucioso relato de Muñoz y Arriagada le da verosimilitud a la tesis de que la CORFO fue negociada por el apoyo gubernamental a la sindicalización campesina<sup>112</sup>.

La diferencia de roles entre los partidos, cuya función es representar los intereses generales de las clases dominantes, y el grupo de presión, cuya función es expresar intereses sectoriales, también contiene una anomalía respecto al modelo racional normativo de representación. Los partidos de la derecha están volcados hacia la preservación de las relaciones sociales del tipo oligárquico, propias de un capitalismo atrasado. Pretenden mantener en el campo una paz sin conflicto, la que solo puede darse con la ausencia del otro como sujeto social.

Este ejemplo muestra que la estabilidad de las coaliciones de centro-izquierda, manifestada en la capacidad de elegir tres presidentes sucesivos, se sostiene sobre una capacidad recíproca de la derecha, la de obtener capacidad de contrabalances. En este caso se trata de la fuerza parlamentaria significativa conseguida en las elecciones de 1937. En esa elección los dos principales partidos de derecha obtuvieron 42% de los votos. Por ese poder parlamentario la derecha pudo optar por una política defensiva durante el gobierno de Aguirre Cerda. Éste le garantizaba éxito en el bloqueo del gobierno y limitaba las posibilidades de imponer reformas sin negociación.

Pero había otro factor que explica el éxito de la fórmula defensiva. Las medidas que aplicó el gobierno de Aguirre Cerda no eran del gusto de la derecha ultraliberal, pero tampoco eran intolerables. A causa del papel asignado al Estado como controlador de la iniciativa privada y como árbitro de las relaciones laborales y por favorecer tendencias expansivas de la legislación social, las iniciativas del gobierno de Aguirre Cerda chocaron con la mentalidad de *laissez faire* de las elites políticas de la derecha. Pero ese gobierno, como lo muestra el caso de la CORFO, fue dúctil y negociador. No pretendía ni sustituir el capitalismo en el corto plazo, ni ser intransigente con las iniciativas de modernización. El dispositivo de dominación defensiva funcionó bien durante el corto gobierno de Aguirre Cerda, aunque los partidos de izquierda no abandonan, en función del presente, sus aspiraciones de futuro. Por lo tanto, no renuncian a la construcción socialista como horizonte e incluso justifican la estrategia actual en términos del futuro.

<sup>109</sup> Óscar Muñoz y Ana María Arriagada, "Orígenes políticos y económicos del Estado empresarial en Chile", en *Revista Ceiplan*, N° 16, 1985, pp. 12-20.

<sup>110</sup> Ignacio Muñoz Delannoy, *Los grupos de poder. La Sociedad Nacional de Agricultura*, Fundación Mario Góngora, 1991, pp. 42-47.

<sup>111</sup> Óscar Muñoz y Ana María Arriagada, *ibid.*, p. 29.

<sup>112</sup> Esa tesis aparece insinuada en Enzo Faletto et al., *Génesis histórica del proceso político chileno*, Editorial Quimantú, 1971, Santiago. También en Almino Affonso et al., *Movimiento campesino en Chile*, Icira, 1970, Santiago.

# CAPÍTULO III

## VARIACIONES DEL MODELO DE DOMINACIÓN DEFENSIVA: 1942-1946

### 1.- Las decisiones para la elección presidencial de 1942

#### A.- EL COMIENZO DEL PROCESO DECISIONAL DE LOS PARTIDOS DE CENTRO E IZQUIERDA

La coalición de centro izquierda tuvo buena fortuna en 1938 al beneficiarse de una acción no calculada provocada por los nazistas criollos. Pero tuvo mala fortuna por la muerte, en noviembre de 1941, del Presidente Pedro Aguirre Cerda, quien había llegado a ese alto cargo en 1938. Este suceso inesperado exigió preparar en forma repentina y rápida una elección presidencial. Frente a esa situación no prevista, los partidos debieron abocarse, por una parte, a analizar el momento político, lo que significaba evaluar el gobierno que terminaba y, por otra parte, a programas y candidatos. Todo ello con dos años de anticipación a lo previsto constitucionalmente. Este fallecimiento prematuro significó que los partidos contaron solo con dos meses para llegar a acuerdos sobre los candidatos, para constituir coaliciones y para desarrollar la campaña.

#### *La situación general de la coalición gobernante*

La alianza política que en 1938 había ganado las elecciones presidenciales con Aguirre Cerda, no se veía después de tres años de gobierno como una alternativa demasiado viable. Puede decirse que estaba, por lo menos, erosionada. Enfrentaba una sumatoria de contradicciones por las diferencias internas a propósito del manejo del gobierno y por las tensiones con la derecha, la cual pugnaba por abortar o minimizar los cambios y prefería paralizar las energías modernizadoras si estas tocaban los intereses latifundistas o se proponían subir salarios, en especial del sector rural. Por otra parte, el proceso inflacionario que se produjo durante el gobierno de Aguirre Cerda, que sin lugar a dudas afectó más que a nadie a los sectores populares, generó numerosos problemas entre el Partido Radical y sus aliados de izquierda<sup>113</sup>.

---

<sup>113</sup> Liliana de Riz, *Sociedad en Chile. De Portales a Pinochet*, Ediciones de la Universidad Autónoma de México, 1979, p. 58.

Las discrepancias ideológicas en la coalición se manifestaron en tres episodios principales. En noviembre de 1940 el ministro de Hacienda y dirigente socialista Óscar Schnake planteó en forma pública una fuerte discrepancia con el Partido Comunista, al cual acusó de posturas populistas, por plantear la necesidad de mayores alzas de salarios. No obstante la dureza de los planteamientos, su organización siguió apoyando al gobierno.

Hacia fines de 1941, un sector socialista que había desde 1939 planteado sus discrepancias con el ritmo lento de las reformas se separó del Partido Socialista para crear un nuevo partido denominado Partido Socialista de los Trabajadores<sup>114</sup>. En la misma época la CTC decidió marginarse del gobierno. Se trataba de una medida destinada a evitar que las discrepancias entre los partidos del Frente Popular pudieran, a su vez, fraccionar a la organización de los trabajadores.

Sin embargo, para las elecciones parlamentarias de marzo de 1941 nuevamente se constituyó una alianza electoral de centro-izquierda, donde se incorporaron radicales, comunistas y el sector mayoritario del Partido Socialista. Pese a las discrepancias surgidas en la coalición, ésta subió considerablemente su votación en las elecciones de 1941 en relación a las parlamentarias de 1937. El año 1941 la izquierda alcanzó el 59,25 por ciento de los votos<sup>115</sup>. Este porcentaje electoral no se había obtenido antes ni se volverá a repetir nunca. En 1937 la coalición de centro-izquierda había obtenido un importante 38,58 por ciento, totalmente esmirriado en comparación con la nueva votación<sup>116</sup>.

De este modo se puede ver que aunque habían surgido en el interior del Frente Popular posiciones discrepantes sobre una serie de tópicos y aunque el proyecto desarrollista de industrialización estaba minado por una tensión básica entre salarios y acumulación, el gobierno seguía logrando un importante apoyo de masas.

Sin embargo, entre marzo de 1941, fecha del gran triunfo parlamentario, y noviembre de ese mismo año, cuando tiene lugar el fallecimiento de Aguirre Cerda, se habían agudizado las pugnas en el interior de la coalición. En julio tuvieron lugar unas elecciones extraordinarias de un diputado por Santiago en las cuales la coalición gubernamental fue dividida en dos listas. Una estaba apoyada por radicales y socialistas, y la otra por los comunistas y el Partido Socialista de los Trabajadores.

Esa pugna y ese clima de desconfianza mutua se reflejaron en el comienzo del proceso decisional para la elección presidencial. Cada partido procedió en forma independiente, la coalición gobernante apareció destruida.

### *La lucha interna en el Partido Radical*

Desde los primeros días de diciembre el Partido Radical se vio abocado a las discusiones internas para definir su candidato. En el acto surgieron tres nombres, cada uno expresión de las diferentes corrientes del Partido.

Para la prensa de oposición este hecho fue registrado como una manifestación concreta de disconformidad en el interior del radicalismo hacia “la política procomunista o socializante” llevada a cabo durante el gobierno de Aguirre Cerda. El análisis planteaba que desde comienzos del régimen del Frente Popular el Partido Comunista había ejercido una influencia decisiva e innegable, provocando mutaciones en el pensamiento del radicalismo. Este había sido impregnado de una “orientación extremista”, la cual representaba serios peligros para la vida del Partido.

Según la prensa de derecha, una de las voces que habían llamado la atención frente a esos peligros había sido la de Juan Antonio Ríos. Este no había sido escuchado por las directivas radicales ni por los sectores profrentistas, pero sí había encontrado eco en los sectores alejados del “ajetreo político de la capital”<sup>117</sup>.

Indudablemente que existían dentro del radicalismo diferentes definiciones sobre su ubicación política. Todas coincidían en definir al Partido como una “fuerza de izquierda”, pero discrepaban en la forma; algunas insistían en su necesidad de autonomía y diferenciación y otros insistían en el acercamiento al Partido Socialista y al Partido Comunista.

Esta última tendencia estaba representada por Gabriel González Videla, quien había sido uno de los principales impulsores de la formación del Frente Popular. Este precandidato representaba la continuación de la política de alianza con las fuerzas de la izquierda y la prolongación del programa del gobierno anterior. Uno de los diarios de la derecha resaltaba, con evidentes intenciones políticas, un discurso de González Videla donde éste explicaba su posición de izquierda, entendida como una defensa de la coalición con socialistas y comunistas (sectores que el diario denominaba “extremistas”) y donde afirmaba que “el pueblo podrá desde el poder mantener sus libertades y dar cumplida realización al programa de izquierda que será mi programa de gobierno”<sup>118</sup>.

Desde el lado opuesto, el diario *El Siglo*, vocero del Partido Comunista, constata el hecho de que los radicales son los primeros en presentar precandidatos, pero critica su ambigüedad, lo que llama “la ausencia de claridad en sus propósitos frente a la actual situación del mundo y del país”. Otro aspecto que critica el diario comunista es la actitud neutral que adoptan los radicales, en circunstancias que se vivían momentos políticos graves. Esa neutralidad aparece como aceptación de una posición de conciliación inaceptable. El diario espera con optimismo que la vuelta al país de González Videla, en esos

<sup>117</sup> DI, 3-12-1941, p. 3.

<sup>118</sup> EI, 1-12-1941, p. 3.

<sup>114</sup> El Partido Socialista de los Trabajadores terminó finalmente incorporado al Partido Comunista.

<sup>115</sup> Adolfo Aldunate, *Las provincias de Chile a través de indicadores. Una infraestructura para los análisis causales y de proceso*, Celade-Elas, 1972. Esta cifra representa la suma de la votación de radicales, socialistas, comunistas, democráticos, radical-socialistas y socialistas disidentes.

<sup>116</sup> Para la votación de 1937 la fuente es la misma. El porcentaje total representa la suma de votos de radicales, comunistas, socialistas y democráticos. Por ello los porcentajes son diferentes de otros que hemos indicado en este texto.

momentos de viaje en el extranjero, permita clarificar esas ambigüedades. En ese momento se depositaba la esperanza de los comunistas, en especial el logro de una amplia “unidad antifascista”.

El segundo de los precandidatos radicales, Juan Antonio Ríos, era considerado una expresión de las tendencias conciliadoras con “los sectores de la oligarquía” y con los “sectores fascistas”. Se dice que este candidato cuenta con el apoyo de los grupos más reaccionarios porque ofrece “orden, seguridad y disciplina”<sup>119</sup>. Esas palabras eran interpretadas como expresiones de un discurso autoritario para el cual las reivindicaciones populares eran consideradas manifestación de desorden y caos. Según el órgano del Partido Comunista, Juan Antonio Ríos debía ser derrotado, puesto que representaba a los sectores de derecha del radicalismo y había formulado públicas declaraciones de carácter antiobrero.

Finalmente, en la lucha interna del radicalismo hubo un tercer candidato. Era Florencio Durán, en ese entonces presidente del Senado. De entre los tres, era el que tenía menor fuerza interna. Siendo menos polémico que los otros precandidatos, sus posiciones conseguían menor cobertura periodística. En el campo interno de fuerzas Durán estaba más próximo a los radicales que apoyaban a Ríos, con los cuales compartía un marcado anticomunismo<sup>120</sup>.

El discurso de los diarios próximos al gobierno de centro izquierda era, por supuesto, diferente de los de las derechas. *La Nación*, por ejemplo, realzaba el hecho de que pese a la gravedad de los acontecimientos, la muerte adelantada del presidente, se hubiese mantenido el orden. Constata la perfecta tranquilidad con que se habían cumplido las diferentes fases del proceso de transmisión del mando, desde el momento en que el Presidente se dio cuenta de que no podía continuar ejerciendo el poder, hasta el momento del fallecimiento y del nombramiento de un vicepresidente. El hecho de que no se hubiera producido ni siquiera un conato de alteración de la normalidad legal era una demostración de la estabilidad que había conseguido el régimen político democrático, diez años antes absolutamente frágil. Según esa prensa, correspondía elegir un sucesor que continuara con la tradición de regularidad constitucional, ya que en una democracia constituida no debían existir “saltos en el vacío, ni acefalías en el gobierno ni anarquías”.

#### *La designación de Juan Antonio Ríos por el Partido Radical*

El domingo 14 de diciembre de 1941 se celebró en todas las asambleas radicales del país la votación para designar al candidato del Partido a la presidencia. En un primer momento los resultados no fueron claros, puesto que tanto Ríos como González Videla se atribuyeron el triunfo. Solamente cuatro días después del evento se despejó la incógnita,

otorgándose oficialmente el triunfo a Juan Antonio Ríos. Esa decisión estuvo cargada de tensiones y conflictos, puesto que la diferencia de votos fue mínima entre los dos postulantes principales<sup>121</sup>. En vista de lo ajustado de los resultados tuvo que entregarse la decisión sobre el elegido y sobre la magnitud de la diferencia a la “apreciación en conciencia del Tribunal Supremo”<sup>122</sup>. El diario gubernamental *La Nación* se refirió del siguiente modo a los hechos: “La decisión del tribunal de honor ha favorecido al señor don Juan Antonio Ríos. Su contendor en la lucha interna, la que fue apasionada y vibrante como todas las acciones que corresponden a un organismo vivo y dinámico, ha acatado disciplinada y caballerosamente la decisión del Tribunal Supremo de su partido y con ello el radicalismo se presenta unido y compacto a la batalla de las urnas”<sup>123</sup>.

El proceso que tuvo lugar en el principal partido de gobierno revela dos hechos importantes. Primero, se trató del triunfo del sector más distante del Partido Comunista y en general de la izquierda. Esos grupos prevalecieron como fuerza dominante dentro del Partido y fueron capaces de imponer su candidato en una elección muy reñida, pese a que el radicalismo necesitaba imperiosamente la votación de toda la izquierda para ganar las elecciones.

El segundo factor está relacionado con el primero. El Partido Radical se sentía, pese a las circunstancias anotadas anteriormente, con la fuerza suficiente para elegir autónomamente su candidato y después solicitar apoyo a las otras fuerzas políticas. En ningún caso se planteó la posibilidad de negociar un candidato con los otros miembros de la coalición. Los radicales tuvieron esta conducta independiente pese a que los socialistas, igual que en 1938, aspiraban a competir por la designación del candidato de la alianza y pese a la opinión del Partido Comunista frente a Ríos<sup>124</sup>.

Solo en una etapa final, vale decir, cuando ya había comenzado la campaña presidencial, solicitaron el apoyo de las otras fuerzas para el candidato que habían designado en la lucha interna del Partido. El Partido Socialista no apoyó inmediatamente al postulante radical. En un principio no estuvo dispuesto a renunciar a su candidato propio, Óscar Schnake.

El Partido Democrático en un primer momento declaró que su posición era propiciar la unidad de la izquierda, puesto que consideraba inconcebible la existencia de candidaturas paralelas en el campo popular. Pero, al poco tiempo, declaró su apoyo a Ríos. El Partido Agrario, que en 1938 había apoyado al candidato de la derecha<sup>125</sup>, decidió en esta oportunidad apoyar al candidato radical, señalando que ofrecía garantías a todos los sectores.

<sup>121</sup> Los resultados fueron los siguientes: Ríos, 14.730 votos; González Videla, 14.222 votos y Florencio Durán, 1.190 votos.

<sup>122</sup> EM, 18-12-1941, p. 23.

<sup>123</sup> LN, 18-12-1941, p. 3.

<sup>124</sup> Como se recuerda, el candidato en 1938 fue Marmaduque Grove, retirado en el acto mismo de la Convención.

<sup>125</sup> El Partido Agrario tenía menos fuerza electoral en 1941 que la que había conseguido en 1937. En esta última ocasión llegó al 2,35 por ciento, mientras que en la primera descendió a 1,72 por ciento.

<sup>119</sup> ES, 5-12-1941, p. 5.

<sup>120</sup> Más tarde, en 1946, Florencio Durán se retiró del Partido Radical para formar el Partido Radical Democrático, del cual fue presidente. Las discrepancias con su partido de origen se debieron a las candidaturas de González Videla y su alianza con los comunistas.

Los falangistas, que en 1938 habían decretado libertad de acción<sup>126</sup>, también entregaron su apoyo a Ríos. De ese modo la coalición estrecha que se había formado en la elección de Aguirre Cerda se amplió hacia el centro y la derecha. Los falangistas ponían énfasis en que su apoyo no debía interpretarse como una adhesión a los radicales o a las posturas de izquierda sino a la idea de un “gobierno nacional” y con un “programa de acción por encima de los partidos”<sup>127</sup>. Esta decisión produjo una pequeña división dentro de la Falange Nacional, puesto que aproximaba demasiado al Partido, cuya raíz mesiánica y alternativista era muy fuerte, a las posiciones de centro-izquierda<sup>128</sup>.

El otro dato importante, relacionado también con la intención de constituir un “gobierno nacional” fue la petición de apoyo a los liberales por parte del candidato radical. Como se verá más adelante con detalle, en ese último partido surgieron tres posiciones: una fue la de llevar candidato propio, tesis promovida por los partidarios de José Maza; otra fue la de apoyar a Ibáñez y, por último, un tercer grupo se inclinó por el candidato radical. Las declaraciones de Ríos de que realizaría cambios en relación al período frentista estimularon a esa última tendencia.

De este modo, consiguiendo una gama amplia de apoyo, quedó consagrada la candidatura de Ríos. Este había sido un fuerte crítico del período frentista y se presentó postulando la necesidad de un “gobierno nacional”.

Sin embargo, todavía quedaba por resolver el apoyo a Ríos de los partidos de la izquierda, socialistas y comunistas.

#### *La candidatura del Partido Socialista: Óscar Schnake*

A mediados de diciembre de 1941 se llevó a cabo un Congreso Extraordinario del Partido Socialista, cuyo tema central fue definir los criterios para las elecciones presidenciales ad portas. La posición mayoritaria fue la de los sectores partidarios de presentar un candidato propio. Los Congresos Regionales, realizados previamente, también se habían pronunciado por esa posición. Solamente la Juventud se mostró contraria a la propuesta aislacionista.

Dos eran los posibles candidatos del Partido: Uno, Marmaduke Grove, que había sido el nombre propuesto por los socialistas en 1938. Pero éste, en el Congreso mismo, declinó postular como candidato. El otro nombre posible, Óscar Schnake, quedó designado en ese evento como precandidato del Partido.

<sup>126</sup> Ver Capítulo II, especialmente “Alineamientos políticos en el campo de la derecha entre la Convención de abril y las elecciones”.

<sup>127</sup> *Ercilla*, 24-12-1941, p. 7.

<sup>128</sup> Esta decisión produjo una pequeña división dentro de la Falange. Renunciaron el diputado por Valparaíso Jorge Ceardi y los ex diputados Fernando Durán y Manuel José Irrarrazabal, quienes se reincorporaron al Partido Conservador.

Schnake era ministro en ejercicio de Fomento, había sido secretario general del Partido y ex senador por Tarapacá y Antofagasta. Su discurso político está centrado en la necesidad de iniciar un gran “movimiento nacional” que unificara a todos los chilenos en la defensa del régimen democrático, por encima de sus propios partidos. Enfatizaba que su “candidatura no tiene ni tendrá ninguna concomitancia con los partidos fascistas, comunistas o grupos que obedezcan a directivas extranjeras”<sup>129</sup>. En su discurso ponía al mismo nivel el fascismo con el comunismo. Sus planteamientos eran una expresión del nivel que habían alcanzado las pugnas entre los dos partidos que competían por la representación política de lo popular.

El Partido Socialista había obtenido el 16,8 por ciento en las elecciones parlamentarias de 1941. Era evidentemente una fuerza importante, pero tenía la dificultad de no encontrar aliados que apoyaran su candidatura. El discurso anticomunista de Schnake obstaculizaba sus relaciones con el otro partido popular, el cual, por otra parte, también estaba muy descontento con Ríos. Los radicales ya habían seleccionado su propio candidato, el Partido Socialista de los Trabajadores estaba en una postura muy próxima al Partido Comunista, los democráticos se inclinaban a apoyar a Ríos, igual que los radical-socialistas. En ese campo de fuerzas, los socialistas con Schnake hubieran enfrentado absolutamente aislados las elecciones presidenciales.

En todo caso, la candidatura autónoma de los socialistas afectaba más que a nadie al candidato radical. Por eso no es extraño que la prensa de esa orientación planteara que si los socialistas levantaban una candidatura propia se produciría fatalmente la derrota de los “candidatos progresistas” en los comicios de febrero. La derecha, quien había quedado en marzo como una fuerza minoritaria, resultaría ganadora en las elecciones.

La candidatura levantada por el Partido Socialista fue atacada por representar una visión política particularista. Efectivamente insistir en esa opción propia implicaba dividir un sector que, aunque tenía discrepancias políticas, eran menores que las diferencias que tenían con Ibáñez, candidato a quien apoyaban diversos sectores de la derecha. Sin embargo, igual que en 1938, los socialistas necesitaban plantearse, en un primer momento, en competencia con el Partido Radical.

#### *La postura del Partido Comunista frente a las elecciones*

A fines de diciembre de 1941 el Partido Comunista realizó su XII Congreso. Uno de los temas centrales de este evento, como el de los congresos regionales y comunales, fue el problema presidencial.

Los comunistas plantearon como primera necesidad lograr una unificación de la clase obrera y del pueblo, “en un vasto movimiento democrático nacional y antifascista, pilar

<sup>129</sup> ES, 7-12-1941, p. 5.



esencial del establecimiento de un gobierno auténticamente democrático”. Para el Partido Comunista ninguno de los dos candidatos propuestos por el radicalismo había dado muestras de estar “en el camino que exige el pueblo”<sup>130</sup>, pero indudablemente Ríos era el que menos se aproximaba a una posición popular.

Al igual que los otros partidos de la izquierda y el centro, el Partido Comunista planteó la unidad y la constitución de un “gobierno nacional”. Los titulares del diario *El Siglo* proclamaron “candidato único exige el pueblo”<sup>131</sup>. En aquel momento político el fascismo constituía una amenaza en un mundo desgarrado por una guerra sin ganador seguro. Por lo tanto, para los comunistas era necesario lograr la unidad para impedir que asumiera el poder un hombre como Ibáñez, quien postulaba un programa anticomunista y era solo “una pantalla de Hitler para asaltar nuestra patria y el continente americano”<sup>132</sup>. Por otra parte, las resoluciones del XII Congreso insistían en que tanto el candidato radical como el socialista habían cometido el error de plantearle al país una opción entre comunismo y anticomunismo, o entre partidarios y enemigos del Frente Popular. Para el Partido Comunista éstas eran falsas opciones, la división real debía ser entre “fascistas y antifascistas, civilización o barbarie, libertad o esclavitud”<sup>133</sup>. Por ello lo único que correspondía en ese momento histórico era la creación de un gobierno nacional que antepusiera ese objetivo fundamental.

Por eso los comunistas, en vez de apoyar a tal o cual candidato o de intentar presentar una opción propia, formularon un llamado a no dejarse engañar por el ibañismo y fomentaron la más amplia unidad posible. En un editorial de *El Siglo* que se titulaba “Ni izquierda ni derecha: unidad nacional antifascista”<sup>134</sup>, plantearon que los comunistas, los socialistas, los democráticos, los radicales, pero también los conservadores y liberales, es decir, todos los partidos, debían impostergablemente unirse en torno a un programa que contemplara la defensa de las instituciones democráticas y las libertades públicas. Para ello debía poner énfasis en los principios esenciales del régimen republicano y dejar de lado los factores de división. Como se observa, el Partido Comunista, influido por las circunstancias de la guerra mundial, planteó un amplísimo “frente democrático”. Ante la amenaza de una candidatura que era vista como expresión del fascismo (la de Ibáñez), los comunistas llamaban a participar contra ella incluso a los partidos de derecha.

<sup>130</sup> ES, 25-12-1941, p. 5.

<sup>131</sup> ES, 24-12-1941, p. 1.

<sup>132</sup> ES, 23-12-1941, p. 5.

<sup>133</sup> ES, ibíd., p. 9.

<sup>134</sup> ES, ibíd., p. 9.

#### *Unidad nacional: idea-fuerza del momento*

Evidentemente que no era casualidad que todas las candidaturas y partidos hicieran referencia, en una forma o en otra, a la necesidad de alcanzar la unidad nacional. En verdad la experiencia europea caracterizada por el avance, primero político y después militar, del fascismo, había demostrado la fragilidad de la democracia.

Sin embargo, tanto los radicales como los socialistas tenían una idea particular de lo nacional y hablaban de un doble peligro dictatorial: el fascista y el comunista o estalinista. Es importante recalcar que los socialistas pusieron un énfasis especial en este último peligro.

Esa idea de “unidad nacional para la defensa de la democracia” había estado presente en 1936 en la formación del Frente Popular y en 1938 en la candidatura de Aguirre Cerda, en oposición a la candidatura pretendidamente populista de Ibáñez. En 1941 esa idea de unidad nacional permanecía vigente, pero en parte había modificado su carácter inicial. Uno de los cambios experimentados era la nítida emergencia de un sentimiento anticomunista, tanto entre los radicales partidarios de Ríos como también en el Partido Socialista.

Estos últimos argumentaban que sus diferencias esenciales con el Partido Comunista derivaban de su carácter de satélite y de su “política dependiente” del PCUS. Los socialistas chilenos enjuiciaban a los soviéticos por tener en materias de relaciones internacionales una “línea zigzagueante”, realizando una política basada más en la conveniencia que en la convicción. Esos sentimientos se mantenían, pese a que la URSS había sido invadida en julio de 1941 y a que sus ejércitos luchaban heroicamente.

Por lo mismo cuesta pensar que las razones principales del anticomunismo de izquierda de los socialistas fuesen los problemas internacionales, entre ellos la acusación de dependencia del Partido Comunista chileno respecto de la III Internacional. Esa se combinaba con otra, la lucha por la representación de los sectores populares y de la clase obrera entre los dos partidos marxistas, es decir un problema de poder y hegemonía que en este período generó conductas de oposición y descalificación que se prolongan hasta 1947, para cambiar de forma en el período de la post guerra.

El Partido Socialista había sido fundado en 1933, surgiendo como una alternativa popular a la representación del Partido Comunista entre los sectores obreros. El Partido Socialista apareció desde sus inicios como una organización cuya identidad requería la diferenciación respecto de la fuerza de izquierda más antigua e inicialmente más afincada en la clase obrera. Especialmente entre 1941 y 1947 vieron como peligrosa una unidad demasiado estrecha con los comunistas.

Por otra parte también había surgido un marcado anticomunismo en el Partido Radical. Es verdad que dentro de este partido había triunfado el ala más derechista, encabezada por Ríos. Pero si los radicales abrigaban temor por la expansión izquierdista, sus principales ataques y celos debían haberse dirigido al Partido Socialista.

El análisis de las elecciones parlamentarias mostraba que los socialistas eran una fuerza mucho más significativa electoralmente que los comunistas. Los primeros tenían el 16,69 por ciento, mientras los segundos solo alcanzaban el 11,80 por ciento. Además, eran los socialistas los que ponían en duda la dirección radical de la coalición, levantando cada vez un candidato propio.

¿Por qué los recelos se vuelcan hacia los comunistas? La evolución histórica mostrará el uso táctico que los radicales realizan respecto al “peligro comunista”. En la derecha chilena empieza a aparecer, ya en 1941, como efecto paroxístico de los gobiernos de centro izquierda, el tema de la peligrosidad comunista. Pese a su política moderada durante el gobierno de Aguirre Cerda y a su tesis de los “frentes democráticos” muy amplios, el fantasma comunista es usado en esta coyuntura para fortalecer la modificación de las políticas defensivas. La estrategia general es sumar al Partido Comunista, en función del cuadro político mundial, a la tesis de la incorporación de los liberales en el gobierno de Ríos.

## B.- EL PROCESO DECISIONAL DE LOS PARTIDOS DE DERECHA

### *La expectativa de la derecha*

La actitud política de la derecha durante el primer mes de la campaña de 1942 fue de cautela. Puso en el centro de su discurso la crítica a la experiencia frentista, debatiéndose ante el problema presidencial con vagas declaraciones de principios sobre “cómo debía ser un buen gobierno nacional”<sup>135</sup>.

Por esos mismos días, y de manera independiente, se comenzó a organizar la candidatura de Carlos Ibáñez. Esta no fue en sus inicios una candidatura de los partidos de la derecha tradicional, pero era inviable si no contaba con su sostén. Ibáñez lanzó su postulación respaldado por un grupo de independientes que, para la ocasión, habían organizado el Movimiento Nacional Ibañista. Esta postulación produjo, tanto entre los conservadores como entre los liberales, una fuerte polarización entre partidarios y opositores.

En ambos partidos las características de los conflictos suscitados por la candidatura de Ibáñez fueron diferentes. La idea de no presentar candidatos separados fue un dato duro en la toma de decisiones. En gran medida la existencia previa de la candidatura de Ibáñez significó para la derecha afrontar un hecho consumado.

A raíz de la proclamación de Ibáñez a mediados de diciembre de 1941, antes de la decisión de la derecha, *El Imparcial* hizo un llamamiento a los presidentes de los partidos Liberal y Conservador para que asumieran “la grave responsabilidad de la desconcertante hora que atravesamos”<sup>136</sup>. Para ese órgano de prensa era indispensable apoyar a Ibáñez,

con el objeto de que el país tuviera “un feliz desenvolvimiento”. Pero todo se mantenía en suspenso hasta que se realizaran las respectivas sesiones de los Directorios Generales de cada uno de los partidos.

La prensa de derecha presionaba a los partidos para que se definieran a favor de Ibáñez. *El Imparcial* afirmaba que había que elegir entre “la acción decidida, unificada y prestigiosa” de proclamar la candidatura del General Ibáñez o “el movimiento claudicante de la libertad de acción, que es la ruina a breve plazo del prestigio de las organizaciones más poderosas que aún tiene el país”<sup>137</sup>.

Mientras Ibáñez explotaba el hecho consumado, la derecha se debatía entre los partidarios y los adversarios del ex dictador y ex candidato populista de 1938.

### *Los debates iniciales del Partido Conservador*

El Partido Conservador se mantenía a la expectativa, esperando llegar a un acuerdo definitivo con el Partido Liberal. La decisión se dilataba porque no existía un consenso en el interior de las colectividades de la derecha sobre cómo afrontar las elecciones presidenciales.

Sin embargo, esto no significaba que el Partido Conservador no tuviera claras las condiciones generales que debía cumplir el candidato de la derecha. Las declaraciones de esta colectividad señalaban con nitidez los requisitos generales. La primera condición que debía cumplir el candidato era su calidad de anticomunista, rasgo esencial “para resguardar la declaración de principios (del Partido) que (rechazaba) en forma perentoria la lucha de clases”<sup>138</sup>. La segunda condición era la conservación de la unidad con el liberalismo, respetando los principios de lealtad que los vinculaban desde que habían decidido marchar “en estrecha unión para cambiar los errores del Frente Popular”<sup>139</sup>. La tercera condición era abstenerse de apoyar a socialistas y a radicales, “por su carácter clasista en un caso y en otro por su abierta concomitancia con elementos revolucionarios”<sup>140</sup>.

Dentro del Partido Conservador había un sector que planteaba la abstención electoral y otro que apoyaba a Ibáñez. Entre esas dos posiciones extremas se levantó la alternativa del candidato propio, proponiéndose el nombre del senador Eduardo Cruz-Coke. Este había sido ministro de Salud en el segundo gobierno de Alessandri, era, además, un destacado científico y un médico preocupado de la salud pública y de los problemas sociales. Siempre había sido considerado un adalid de las posiciones socialcristianas.

En este ambiente de confusión *El Diario Ilustrado*, vocero del Partido Conservador, tomó claro partido. Publicó durante el mes de diciembre de 1941 los discursos pronunciados por

<sup>135</sup> EI, 16-12-1941, p. 5.

<sup>136</sup> EI, *ibid.*, p. 5.

<sup>137</sup> EI, 22-12-1941, p. 5.

<sup>138</sup> DI, 25-12-1941, p. 3.

<sup>139</sup> DI, *ibid.*, p. 3.

<sup>140</sup> DI, *ibid.*, p. 3.

Ibáñez cuando se lanzó como candidato y en los inicios de su campaña. El diario otorgó mucho espacio y grandes titulares a las intervenciones de este postulante, en contraste con el silencio dispensado a las posiciones contrarias, es decir la de los partidarios de Cruz-Coke o de la abstención.

Las pugnas existentes en el Partido no pudieron ser silenciadas; además la prensa de centro y de izquierda les otorgó amplia cobertura. En la reunión del Directorio General del Partido Conservador en el mes de diciembre de 1941 se trató como único punto la posición del partido frente a las elecciones presidenciales. En esa reunión quedaron nítidamente de manifiesto los conflictos, tensiones y posiciones existentes.

Había un sector que estaba claramente por el apoyo a Ibáñez. Encabezaba ese grupo el presidente del partido, Fernando Aldunate. Este representaba a los sectores entre los cuales primaba la mentalidad económica liberal por encima de los enfoques del pensamiento católico, cuyos ejes eran de carácter moral o social. Fernando Aldunate era un abogado relacionado con las empresas mineras y el mundo de las finanzas. Había sido director del Banco Central, de la Compañía Carbonífera Schwager, de la Compañía de Acero del Pacífico y del Banco de Crédito e Inversiones<sup>141</sup>.

Entre los partidarios de Ibáñez en el Partido Conservador había algunos que estaban claramente a favor, pero un número importante lo aceptaba a falta de otra alternativa. Coincidían en que aseguraba ciertas cosas fundamentales, como por ejemplo su rechazo absoluto a la izquierda.

Cuando en la reunión del Directorio General Fernando Aldunate planteó la necesidad de apoyar a Ibáñez, se produjeron reacciones de protesta. Ante ellas el presidente del partido respondió con el argumento de la necesidad, diciendo que “aunque fuera duro, era necesario para el futuro del conservadurismo olvidarse de todos los atropellos y arbitrariedades cometidas por Ibáñez cuando fue Presidente de Chile”.

En oposición a esta postura defensiva, de aceptación del “mal menor” y del hecho consumado, se alzó la voz de Horacio Walker, quien había sido presidente del partido durante las elecciones de 1938<sup>142</sup>. Este planteó abiertamente su rechazo a que los conservadores apoyaran a Ibáñez, puesto que se trataba de “un hombre que presidió el más nefasto de los regímenes”<sup>143</sup>. En sus intervenciones Walker puso de relieve que durante su gobierno no se habían respetado las libertades públicas y ni siquiera la vida humana. Sostuvo que el Partido debía “tener una actitud digna y levantar un hombre de sus propias filas”<sup>144</sup>.

<sup>141</sup> Datos sacados del *Diccionario Biográfico de Chile*. Empresa Periodística Chile, Tercera Edición, 1941-1942.

<sup>142</sup> LH, 23-12-1941, p. 8.

<sup>143</sup> LH, *ibid.*, p. 8.

<sup>144</sup> LH, *ibid.*, p. 8.

Estos debates revelaban las contradicciones existentes dentro del Partido entre los grupos que preconizaban una postura socialcristiana, aduciendo básicamente razones de ética política, y los que estaban dispuestos a apoyar a Ibáñez para luchar contra la “democracia social” de los Frentes Populares<sup>145</sup>. Estos pretendían preservar, por sobre todo, el poder económico vigente y descuidaban totalmente, según sus adversarios, los valores de la tradición del Partido y los principios éticos del catolicismo.

Para los grupos más fieles al espíritu civilista y socialcristiano del Partido Conservador, Cruz-Coke representaba un candidato digno e intachable, con cuyo apoyo mantenían una imagen limpia, aunque tuviera muy pocas posibilidades de éxito electoral.

Es interesante destacar que los sectores más tradicionales del Partido, cuya figura emblemática era Walker, eran menos anticomunistas y tenían una visión paternalista de los sectores populares. Todavía lo consideraba el “pueblo bueno” del sistema de la hacienda. Los otros grupos tenían una mentalidad diferente. Precisamente acudían a Ibáñez porque miraban al pueblo con cuidado y temor, lo consideraban un enemigo.

En todo caso, hasta fines de diciembre de 1941 el Partido Conservador todavía no resolvía el conflicto entre las diferentes líneas: apoyo a Ibáñez, abstención, apoyo a Cruz-Coke. Faltaba una etapa.

#### *Los debates iniciales del Partido Liberal*

Al igual que en la mayoría de los partidos implicados en el proceso electoral, el panorama dentro del liberalismo era de disputa y discrepancias respecto a la posición que debía asumirse en los comicios de 1 de febrero de 1942.

El Partido Liberal y el Partido Conservador habían tenido, desde el fallecimiento de Aguirre Cerda, conversaciones informales para presentar o apoyar a un candidato común. Sin embargo, apenas comenzó el proceso de toma de decisiones empezaron a aparecer obstáculos para la unidad de la derecha. El Partido Liberal, más permeable al entendimiento, recibió una secreta solicitud de apoyo de parte del Partido Radical. Aunque en la prensa aparecen declaraciones negando este hecho, el rumor parece plausible.

El Directorio General celebró a fines de diciembre una reunión para analizar el problema presidencial. En ella quedaron presentados varios votos o proyectos de acuerdo opuestos entre sí. Finalmente, se tomó la decisión de facultar a la mesa directiva para que antes del 31 de diciembre consultara a los partidos afines, principalmente el Conservador, sobre la posibilidad de llevar un candidato propio o uno de transacción, pero que tuviera una clara tendencia anticomunista. A los pocos días se realizó una sesión de la Junta Ejecutiva. En ella se decidió sorpresivamente el apoyo al candidato radical Juan Antonio Ríos.

<sup>145</sup> Liliana de Riz, *op. cit.*

Aparentemente los organismos regulares habían tomado una decisión; sin embargo el problema no estaba resuelto. No todas las tendencias en el interior del Partido se sintieron identificadas plenamente con ese acuerdo de la Junta Ejecutiva. La consecuencia final fue que el Partido no pudo enfrentar totalmente unido las elecciones presidenciales. Cada tendencia apoyó a diferentes candidatos. Al igual que en el Partido Conservador, la postulación de Ibáñez era la que más reacciones provocaba, tanto de adhesión como de oposición.

Uno de los más fuertes contradictores de la candidatura de Ibáñez fue Guillermo Edwards Matte, quien había ocupado cuatro diferentes ministerios durante su administración. Edwards Matte acusó a Ibáñez de haber atropellado permanentemente las libertades públicas<sup>146</sup>. Estas discrepancias, por muy paradójales que pudieran aparecer dadas las responsabilidades políticas compartidas, tenían como antecedentes la campaña de 1938. En esa coyuntura Ibáñez se presentó como una alternativa de “nacionalismo revolucionario”, muy crítica frente a la oligarquía y los partidos de derecha que habían optado por Ross. Entonces Edwards Matte lo acusó de haber girado hacia la izquierda, de haber cambiado su discurso, traicionando los “principios de orden” en que había basado su gobierno. En el duro intercambio epistolar que sostuvieron, el ex ministro le enrostraba al candidato sus opiniones favorables hacia la izquierda. En tono irónico le decía que en su afán de cortejar a la izquierda estaba creando la impresión equívoca que durante su administración no había gobernado “con sus ministros sino con sus deportados”<sup>147</sup>.

A fines del mes de diciembre de 1941 el Partido Liberal se debatía entre diferentes posibilidades y la postulación de Ibáñez representaba una de las tendencias en pugna.

#### *Las posiciones en la derecha en diciembre de 1941*

En suma, se ve que hasta ese momento los dos partidos más importantes de la derecha (el Liberal y el Conservador) enfrentaban una situación que los sobrepasaba. No tenían iniciativa política, actuaban por reacción frente a demandas de afuera. Su alternativa menos mala era apoyar un postulante independiente, que indudablemente no representaba una garantía total y con el cual era difícil negociar. Ibáñez, caudillo personalista y antipartista, lanzó una campaña con un discurso autoritario, anticomunista y nacionalista. La derecha podía sentirse próxima a esas apelaciones, sin embargo Ibáñez no era un personaje inocente, sin historia. Su pasado cercano (presidente entre 1927 y 1931 y candidato en la elección de 1938) evocaba malos recuerdos.

El otro postulante en competencia era Juan Antonio Ríos, quien tampoco daba garantías puesto que representaba la continuidad de la experiencia frentista. Sin embargo, en 1941 el Partido Radical había cambiado su discurso y realizado un giro hacia la derecha.

Pero existían otras posibilidades. Una de ellas era apoyar un candidato surgido de la propia derecha, Eduardo Cruz-Coke. Sin embargo, era un postulante simbólico, incluso sin respaldo total dentro del Partido Conservador y por ende tampoco dentro del Partido Liberal. La otra opción, de la cual se habló en algunos momentos, era la abstención.

Este primer período de la lucha electoral por la sucesión de Pedro Aguirre Cerda muestra que las posibilidades de la derecha de aspirar a la presidencia eran muy limitadas. ¿Qué esperaba realmente? No se hacía la ilusión de revertir la situación, consiguiendo el apoyo radical para algún hombre de sus filas. Lo que esperaba era la oportunidad más decorosa para elegir, entre las opciones existentes, aquella que fuera menos lejana a su propia visión.

Durante todo el mes de diciembre de 1941 los partidos Liberal y Conservador no lograron resolver sus conflictos internos y unificar una posición frente a las postulaciones presidenciales. Al llegar enero de 1942, que era el último mes de la campaña, ambos partidos se vieron presionados y urgidos a definir su posición electoral. No podían continuar en medio de vacilaciones y dudas.

#### *La decisión definitiva de los conservadores*

Durante los primeros días del mes de enero, último mes de la campaña electoral, la prensa de derecha centró su discurso en la necesidad de evitar que se resucitara “en nuestro país la lucha de clases y el izquierdismo fracasado en tres años de la más triste experiencia”<sup>148</sup>. A los pocos días apareció a grandes titulares en *El Diario Ilustrado* la noticia de la decisión de uno de los partidos: “El Directorio General del Partido Conservador por gran mayoría acordó apoyar la candidatura de don Carlos Ibáñez”. En los subtítulos se daban a conocer las razones de la opción: “El Partido no cuenta con elementos suficientes para hacer triunfar una candidatura de sus filas”<sup>149</sup>. Esa forma de presentar la decisión deja palpablemente de manifiesto que había sido tomada en ausencia de una alternativa propia y plenamente satisfactoria.

En la reunión del Directorio General de enero la elección del candidato fue sometida a votación. El resultado fue 90 votos de apoyo a Ibáñez contra 15 irreductibles que mantuvieron su adhesión al candidato conservador Cruz-Coke. Además, se registraron 5 abstenciones. Esta resolución fue comunicada a través de una declaración donde se expresaba, primero, que no había sido posible llegar a acuerdo “en torno a un candidato nacional”; segundo, que dada la proximidad de los comicios, no cabía postergar más el pronunciamiento, por cuanto era urgente comenzar los trabajos para la elección; tercero, insistía en que, al no haber conseguido el concurso de otras colectividades para un candidato como

<sup>146</sup> LH, 24-12-1941, p. 8.

<sup>147</sup> EM, 28-2-1938, p. 15.

<sup>148</sup> DI, 3-1-1942, p. 3.

<sup>149</sup> DI, 6-1-1942, p. 1.

Cruz-Coke, el partido no contaba con elementos suficientes para hacer triunfar “una candidatura salida de sus filas”. La decisión de apoyar a Cruz-Coke hubiese significado, según la declaración, un acto de abstención que representaría negar el apoyo de los conservadores “a la mejor solución del problema dentro de la situación de hecho existente”. Terminaban haciendo una declaración de principios sobre las características del “buen gobierno”. Recalcaban la importancia de tener “un gobierno responsable, formado por hombres capaces, honestos y con experiencia en la administración pública, que (supiera) imponer en la vida de un país un concepto cabal de la disciplina y de la jerarquía”. Agregaban que ese “buen gobierno” debía tener como tarea central “repudiar las organizaciones comunistas, enemigas de la patria” y producir “la armonía de las clases sociales y la unión de todos los chilenos”<sup>150</sup>.

El diario *El Imparcial* escribió sobre este mismo tema un editorial titulado “Unirse ante el enemigo”. En él se reiteraba la idea del peligro de la izquierda. En algunas de sus partes se decía: “El país quiere salvarse de la prepotencia comunista”. Alabando la decisión del Partido Conservador afirmaba que éste había “entendido también de ese modo el peligro comunista”. Con su decisión esa colectividad demostraba que mantenía intacta “su férrea solidez de miras”. El editorialista continuaba diciendo que “la nación toda” aguardaba que el Partido Liberal alcanzara el mismo resultado, “desentendiéndose de prejuicios que no vale la pena considerar”<sup>151</sup>.

*El Imparcial* otorgaba un manifiesto apoyo a la candidatura de Ibáñez. De hecho ese diario expresaba a sectores de la derecha más políticos, por ende más pragmáticos y menos doctrinarios. Ellos defendían inflexiblemente la candidatura de Ibáñez, a diferencia de algunos conservadores que lo aceptaban a falta de otras alternativas viables. En otro editorial *El Imparcial* planteaba sin tapujos su admiración a Ibáñez: “La elección para aspirar a tan elevado cargo recaída en tan distinguida personalidad es un timbre de orgullo para el país y un explícito reconocimiento de sus condiciones de autoridad, honestidad y disciplina de que ha dado señaladas pruebas”<sup>152</sup>.

*El Diario Ilustrado* se expresaba en otros términos; veía a Ibáñez no como una “buena opción” sino más bien como “opción única”. Decía: “En las circunstancias difíciles por las que atravesamos es un deber patriótico deponer diferencias y plegar banderas”<sup>153</sup>. Argumentación característica de una opción defensiva.

<sup>150</sup> DI, *ibid.*, p. 1.

<sup>151</sup> EI, 6-1-1942, p. 5.

<sup>152</sup> EI, 7-1-1942, p. 5.

<sup>153</sup> DI, 6-1-1942, p. 3.

### *La decisión definitiva de los liberales*

A los pocos días de la resolución del Partido Conservador, el Partido Liberal proclamó la candidatura de Ibáñez. Esta decisión también estuvo cargada de conflictos y disensiones.

En la reunión del Directorio General, presidida por Gregorio Amunátegui, se dio cuenta del voto aprobado anteriormente por la Junta Ejecutiva. En ese acuerdo se le recomendaba al Directorio General, máxima autoridad del Partido, el apoyo a la candidatura de Juan Antonio Ríos. Esta recomendación fue puesta en votación y rechazada con los siguientes resultados: 97 votos favorables a Ríos y 118 votos en contra, más 4 votos en blanco. En vista del rechazo a la proposición de la Junta Ejecutiva se realizó una nueva votación para decidir el apoyo a Ibáñez. Los resultados fueron 127 votos a favor, 73 en contra y los mismos 4 votos blancos de la votación anterior. Por consiguiente, el Partido Liberal acordó apoyar a la candidatura de Ibáñez<sup>154</sup>. A raíz de esta resolución, Gregorio Amunátegui presentó su renuncia a la presidencia del partido. Este señaló que no podía estar frente de una colectividad que, a su entender, había tomado “rumbos errados para los destinos del partido y del país”<sup>155</sup>.

El 10 de enero los liberales antiibañistas lanzaron un manifiesto en el que expresaban las razones de su desacuerdo con la decisión partidaria. Planteaban que “a pesar del acuerdo del Directorio General, no podemos apoyar a don Carlos Ibáñez del Campo. No encarna ninguna idea. No se le escoge por sus escasas actividades posteriores a su paso por el gobierno y las cuales son desconocidas, salvo dos o tres intentos de subversión contra gobiernos de derecha y de izquierda. Solo puede buscarse por lo que hizo en la presidencia, en la cual los poderes públicos fueron atropellados y las libertades políticas conculcadas”<sup>156</sup>. Más adelante reafirmaban los principios doctrinarios del liberalismo, diciendo que eran liberales políticos y económicos y que la suprema finalidad debería ser mantener “la forma democrática (de) la reconstrucción institucional de Chile”. Añadían que “las banderas del liberalismo político no (debían) plegarse jamás, por lo que no podríamos entregarnos a una dictadura, aunque el dictador perteneciera a nuestras filas, por eso no podemos apoyar a Ibáñez”. Continuaban diciendo lo mismo que los conservadores ya habían lamentado: “Hubiéramos querido levantar un hombre de nuestras filas o de nuestros aliados. No fue posible obtener un acuerdo”<sup>157</sup>. Terminaban diciendo que la única opción que tenían era apoyar al candidato que se oponía a Ibáñez, Juan Antonio Ríos.

Ese manifiesto produjo un quiebre dentro del Partido Liberal, ya que adhirieron a él diez diputados y cuatro senadores. Entre ellos figuraban el ex presidente del partido,

<sup>154</sup> EI, 7-1-1942, p. 5.

<sup>155</sup> DI, *ibid.*, p. 5.

<sup>156</sup> EM, 11-1-1942, p. 3.

<sup>157</sup> EM, *ibid.*, p. 3.

Gregorio Amunátegui, Fernando y Eduardo Alessandri y numerosos personeros del antiguo sector doctrinario, entre ellos José Maza y Carlos Acharán<sup>158</sup>.

A raíz de este hecho se constituyó una nueva directiva en el Partido Liberal. Esta constató públicamente a los “liberales disidentes”. En ella se les notificaba su marginación de los cargos que tenían en la organización y se hacía ver que su actitud representaba “una abierta rebelión contra la disciplina” y un “acto antidemocrático”<sup>159</sup>. La nueva directiva del Partido Liberal, presidida por Pedro Opazo Letelier, oficializó la marginación de los rebeldes. Estos, a su vez, constituyeron el Movimiento Liberal Antifascista que se integró al Bloque Nacional Democrático que apoyaba la candidatura de Ríos.

#### *Las razones del apoyo a Ibáñez en el discurso derechista*

El centro del discurso de los partidos derechistas en esta coyuntura fue la carencia de alternativa propia. Esa situación trataron de subsanarla apoyando al mal menor, pero fijando la distancia y los límites para no aparecer como incondicionales absolutos de Ibáñez.

La prensa adicta planteaba que el Partido Conservador había establecido con Ibáñez un “compromiso de honor”, según el cual debería proceder “dentro del respeto de la Constitución y de las leyes”<sup>160</sup>. El articulista recordaba que Ibáñez, en su anterior presidencia, “no ajustó sus actos a estas normas y estas columnas (las de *El Diario Ilustrado*) fueron implacables para llamarlo al recto camino”<sup>161</sup>. El articulista continuaba diciendo que Ibáñez había empeñado ante el país “su palabra de ciudadano y soldado”, comprometiéndose a respetar “nuestras instituciones republicanas y con esa plataforma se presenta a solicitar sus sufragios”<sup>162</sup>. El diario advertía que “si esos propósitos no se cumplían, ellos cumplirían con su deber y sus principios”. Es decir, “el Partido Conservador se convertiría en un crítico inflexible”<sup>163</sup>.

Los periodistas de derecha decían que tanto liberales como conservadores habían asumido un “compromiso desinteresado” con Ibáñez. Esta actitud contrastaba con otras combinaciones de partidos, construidas a cambio de la negociación de “ministerios y empleos”<sup>164</sup>.

El discurso de los partidos de derecha destinado a justificar el apoyo a Ibáñez también recalca la necesidad de “conservar lo existente. Los partidos de derecha cumplieron en

la administración Aguirre Cerda el papel de “reguladores indispensables” que buscaban evitar la “inestabilidad y (los) saltos en el vacío”<sup>165</sup>. Además, el Presidente no podía ser la expresión de un grupo determinado, porque si lo era no podría cumplir la misión esencial de “ser árbitro del quehacer nacional”. Por ello debía evitarse un “gobierno de agrupaciones partidarias”. Atribuían a Ibáñez la cualidad de jugar este papel de balanza y ese rol de árbitro, porque estaba dotado “del buen sentido y de la ecuanimidad”<sup>166</sup>.

El discurso de la derecha enfatizaba la importancia de alcanzar un “gobierno nacional” por encima de las “camarillas y de los pactos secretos”<sup>167</sup>. Ibáñez era el hombre adecuado, ya que no pertenecía a ningún partido y había sido “aclamado por la mayoría de los hombres independientes, cansados de la situación a que los había llevado el gobierno del Frente Popular”.

Para los conservadores, que decían defender el interés nacional guiándose por “los principios cristianos”, Ibáñez era “la reacción contra el desorden y el desgobierno” que se habían producido en los últimos tres años<sup>168</sup>.

Para la derecha la necesidad de un “gobierno nacional” volvía a ser, como en 1938, el tópico del momento, aunque su caracterización de un “gobierno nacional” era muy restrictiva. Lo nacional era la restauración del orden, es decir “que la disciplina y el espíritu de trabajo (volvieron) a reemplazar a la anarquía y al desorden que (reinaban) en las actividades públicas y privadas”, y la prescindencia de los partidos<sup>169</sup>.

La otra dimensión de lo nacional, también derivada de la primicia asignada al orden, era el anticomunismo. Esta rechazo adquirió para la derecha en ese momento el carácter de requisito *sine qua non* respecto al apoyo a uno u otro candidato. Ibáñez había declarado explícitamente no solo que “garantizaría el orden y la tranquilidad” sino también que “no permitiría el dominio de tan nefasta secta”, forma despectiva en que se refería a los comunistas<sup>170</sup>. Paradojalmente en 1942 era Ibáñez, quien en 1938 había realizado el discurso de unidad de la izquierda, el que otorgaba garantías de aislamiento y exclusión de los comunistas. Ese giro se lo hicieron notar los sectores contrarios a su candidatura, quienes retomaron los discursos de Ibáñez en 1937 y 1938 para mostrar la falta de solidez y credibilidad de sus afirmaciones. Este había dicho en su campaña presidencial anterior que “cada vez que nuestra oligarquía quiere atentar contra la democracia levanta el fantasma del comunismo”<sup>171</sup>.

<sup>158</sup> Andrés Benavente, op. cit., s. f., Capítulo IV-c.

<sup>159</sup> EM, 17-1-1942, p. 20.

<sup>160</sup> DI, ibid., p. 3.

<sup>161</sup> DI, ibid., p. 3.

<sup>162</sup> DI, ibid., p. 3.

<sup>163</sup> DI, ibid., p. 3.

<sup>164</sup> DI, 15-1-1942, p. 3.

<sup>165</sup> DI, ibid., p. 3.

<sup>166</sup> DI, ibid., p. 3.

<sup>167</sup> DI, 6-1-1942, p. 3.

<sup>168</sup> EM, 7-1-1942, p. 7.

<sup>169</sup> EM, 6-1-1942, p. 5.

<sup>170</sup> LN, 28-1-1942, p. 13.

<sup>171</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Las Fuerzas Armadas y la política en Chile*, Casa de Chile en México, 1984.

### ¿Quién era Ibáñez?

Cuando en 1941 Ibáñez se presentó como candidato independiente a las elecciones presidenciales, tenía ya una larga trayectoria política. Aunque militar de carrera, el mejor modo de definirlo es como un caudillo. Junto con Alessandri son los dos grandes caudillos de la historia política chilena en el período en cuestión. Los únicos con capacidad de desbordar a los partidos, con redes de adherentes diseminadas en todas las organizaciones políticas, capaces de movilizar una masa electoral flotante.

En 1924, siendo mayor de Ejército, participó en el movimiento militar que derivó en la renuncia de Alessandri. Al año siguiente, cuando comenzó la campaña para su retorno a la presidencia, Ibáñez encabezó al grupo de militares que forzó la salida de la Junta de Gobierno, presidida por el general Luis Altamirano. Una nueva Junta asumió el poder hasta la llegada de Alessandri. En ella Ibáñez ocupaba el cargo clave de ministro de Guerra.

En marzo de 1925 Alessandri regresó a Chile después de llegar a un acuerdo con los militares, basado en el propósito común de aprobar una nueva Constitución que terminara con el régimen parlamentario. A los pocos días de la aprobación de la Constitución reaparecieron las diferencias entre los militares y Alessandri. El Presidente se vio forzado a renunciar por las presiones directas ejercidas por Ibáñez, quien operaba como líder de una facción militar. Esta dimisión, antes del término del mandato, inició un nuevo período de inestabilidad política. La causa principal fue la intromisión de las Fuerzas Armadas en la política nacional, de la que se convierten en árbitros decisivos. En ese papel, Ibáñez era la figura clave<sup>172</sup>.

En 1927 se celebró una nueva elección en la cual alcanzó el poder Emiliano Figueroa, considerado por casi todos los historiadores como “un típico representante de los sectores oligárquicos”<sup>173</sup>. Durante ese gobierno, en manos de un Presidente débil y abúlico, Ibáñez siguió ocupando posiciones claves en el ministerio. Continuó como ministro de Guerra y más tarde asumió la cartera de Interior. A raíz de sus continuos enfrentamientos con Ibáñez, Figueroa presentó su renuncia. Ibáñez asumió constitucionalmente la vicepresidencia y convocó a elecciones en las que él fue el único candidato, alcanzando, como era de prever, una abrumadora mayoría.

Su primer gobierno derivó en una abierta dictadura. Se atropellaron los derechos civiles, hubo relegaciones, exilio, persecución sindical y política. Ibáñez pretendía gobernar por encima de los partidos. Realizó una virulenta crítica de éstos y persiguió a sus dirigentes. Fueron deportados o exiliados líderes del Partido Comunista, junto a Santiago Labarca, el ex Presidente Alessandri y dos de sus hijos; el parlamentario liberal Manuel Rivas, el dueño de *El Mercurio*, Agustín Edwards; los senadores Luis Salas Romo, Luis Alberto

<sup>172</sup> Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleedor*, Editorial Fondo de Cultura Económica, dos tomos, 1952, tomo II.

<sup>173</sup> Ver Capítulo II, especialmente la sección “El carácter de la candidatura de Ibáñez”.

Cariola y Rafael Luis Gumucio; los diputados Pedro León Ugalde, Galvarino Gallardo, Pedro Aguirre Cerda y el connotado financista Gustavo Ross.

Sin embargo, en el terreno económico realizó intentos de modernización con una perspectiva desarrollista. Durante su gobierno se le empezó a asignar al Estado papeles vitales en el terreno económico y social. Se promovió una alta inversión fiscal y se fomentaron las obras públicas. Se reorganizó la administración pública, creciendo y consolidándose una burocracia estatal.

En parte, el aislamiento que le acarreo su comportamiento contrario a los partidos favoreció que se expandiera un gran descontento en todas las capas sociales, el que se tradujo en sostenidas críticas públicas y grandes manifestaciones contra el régimen. El descontento existente se multiplicó y agravó por la crisis económica mundial de 1929, la cual en 1930 empezó a afectar duramente a la economía chilena, produciendo una situación prácticamente inmanejable. Ibáñez, viéndose acorralado, solicitó al Congreso autorización para ausentarse del país, entregando el poder al presidente del Senado. El 4 de octubre de 1931 se realizaron elecciones presidenciales, triunfando el abogado radical Juan Estaban Montero.

Siete años más tarde Ibáñez reapareció en el escenario político. En las elecciones presidenciales de 1938 se presentó como candidato apoyado por una combinación política llamada Alianza Popular Libertadora, integrada por la Unión Socialista, el Movimiento Nacional Socialista y los independientes ibañistas. En esa campaña el discurso de Ibáñez fue muy diferente del que podía esperarse de acuerdo a su trayectoria, especialmente por su anterior período presidencial. Criticaba al Frente Popular por ser una “expresión centrista”<sup>174</sup> y por no representar a todas las fuerzas izquierdistas. Se definía como “antifascista, antiimperialista y partidario de las fórmulas de los Frentes Populares”<sup>175</sup>, pese a que criticaba, por restringido, al existente en Chile.

No obstante los giros políticos realizados entre 1927 y 1938 se pueden rescatar dos constantes en el comportamiento de Ibáñez: su pretensión de independencia de los partidos y su caudillismo. El rasgo que mejor permite comprender a Ibáñez es su postura personalista. Se trata de un caudillo que busca sus aliados y elabora su discurso orientado por una racionalidad más estratégica que ideológica. Pero, en todo caso, el discurso ibañista de 1942 fue totalmente diferente del de 1927 y de 1938, así como éstos eran diferentes entre sí.

<sup>174</sup> EI, 29-9-1938, p. 3.

<sup>175</sup> EM, 16-12-1941, p. 21.

#### C.- LA FINALIZACIÓN DEL PROCESO DECISIONAL DE LOS PARTIDOS DE CENTRO E IZQUIERDA

La resolución de los liberales de apoyar la candidatura de Ibáñez, que reforzaba la decisión de los conservadores, produjo de inmediato una fuerte repercusión en la izquierda y en el centro, que hasta ese momento no habían conseguido la unidad. Los radicales percibieron con claridad el peligro que significaba la concreción del bloque derechista en esas circunstancias. Entonces su objetivo fundamental fue lograr la unidad con los sectores de izquierda y con las pequeñas agrupaciones de centro que habían manifestado su apoyo a Ríos. Estas gestiones enfrentaron de inmediato algunos obstáculos. Aunque los falangistas, agrarios y demócratas reafirmaron su adhesión a Ríos, lo hicieron con cláusulas condicionales. En la carta que los primeros enviaron el 7 de enero a Marcial Mora le hacían saber que apoyaban a Ríos y no a otro candidato. Además, le señalaban que ese apoyo se basaba “en el carácter nacional que se daría al gobierno futuro y a la exclusión de todo pacto con el Partido Comunista”<sup>176</sup>.

Buscando superar la división producida por la competencia de las postulaciones de Ríos y de Schnake, los radicales reabrieron las conversaciones con los socialistas. En el intercambio epistolar se planteaba la “necesidad de la unidad para enfrentar el peligro ibañista”. El resultado de las negociaciones fue la renuncia de Schnake y el apoyo del Partido Socialista a la candidatura de Ríos. Esto se produjo el 10 de enero de 1942, a veinte días de las elecciones presidenciales<sup>177</sup>. Los socialistas presentaron su decisión como un “gran esfuerzo por detener a Ibáñez”<sup>178</sup>.

Este acuerdo permitió constituir a mediados de enero el Comité Directivo de la campaña de Ríos, el que estuvo integrado por los partidos Radical, Democrático, Falange Nacional, Agrario más los independientes y un sector del Partido Liberal denominado Liberales Antifascistas.

Sin embargo, no todos los problemas estaban resueltos. El Partido Comunista y el Partido Socialista de los Trabajadores comenzaron nuevamente a levantar la candidatura de González Videla. Sin lugar a dudas que en esa maniobra estaba implicado un sector de los radicales, lo que hizo peligrar la unidad de la organización. La situación no era fácil de resolver, ya que los radicales estaban doblemente tensionados. Por una parte enfrentaban la amenaza de una división con dos candidatos radicales disputando la presidencia; por otra parte, recibían las presiones de algunos de los partidos de centro que apoyaban a Ríos, los que rechazaban llegar a acuerdos con los comunistas.

Los comunistas y los socialistas de los trabajadores desarrollaron la campaña a favor de González Videla sosteniendo un discurso de “unión antifascista”. El temor de la división del partido y del triunfo ibañista, como consecuencia de la desunión de las fuerzas

populares, desarrolló entre los radicales una actitud más flexible. Ella condujo a la búsqueda de un entendimiento con todos los sectores de la izquierda y, más en concreto, con los comunistas, quienes mantenían sus reservas frente al candidato del Partido Radical.

En la segunda quincena de enero se lograron los acuerdos políticos que crearon las condiciones para un acercamiento entre comunistas y radicales. Los primeros concedieron su apoyo a Ríos sobre la base de un programa de doce puntos, concentrados en la defensa de la democracia y de los trabajadores<sup>179</sup>. Respecto al problema del fascismo se incluyó un punto bastante impreciso que decía “en el orden internacional trabajaremos para hacer más estrecha la solidaridad entre los pueblos de toda América y defenderemos unidos la democracia contra cualquier agresión totalitaria”. A pesar de eso se llegó a un acuerdo y el discurso del Partido Comunista se centró en la necesidad de que “todo Chile estuviera contra Ibáñez y el fascismo”<sup>180</sup>. Para completar las formalidades, Ríos envió una carta a la CTC en la cual afirmaba que el “mejoramiento de la clase trabajadora en general debe constituir uno de los fundamentos de todo gobierno sinceramente democrático”<sup>181</sup>.

Quedó de ese modo constituido el denominado “Bloque Nacional Democrático Antifascista”, integrado por un espectro político muy amplio que abarcaba desde un sector de los liberales hasta los comunistas.

Con la resolución de los problemas internos de la coalición de centro-izquierda las elecciones quedaron planteadas a dos bandas. Para llegar a esta situación de bipartición hubo que superar la política de exclusión de los comunistas que impulsaban algunos sectores del radicalismo, algunos nuevos aliados de centro, como los agrarios, los falangistas y los liberales antiibañistas y también, en algunos momentos, los socialistas.

#### D.- LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE IBÁÑEZ

##### *El discurso de Ibáñez en la campaña presidencial de 1942*

El discurso de Ibáñez durante la campaña presidencial de 1942 giró en torno a tres ideas generales. Uno de los ejes centrales fue la crítica al “egoísmo de los partidos”. Les atribuía a éstos un pragmatismo utilitarista que se traducía en su “servil sumisión a exigencias puramente circunstanciales”. Los partidos y los dirigentes nacionales estaban dominados “por la acción oportunista”<sup>182</sup>. Profundizando su crítica a los partidos, Ibáñez sostenía que el poder no podía ser monopolizado por ese tipo de organizaciones, lo concebía como “ampliamente nacional”<sup>183</sup>.

<sup>176</sup> EM, 8-1-1942, p. 20.

<sup>177</sup> DI, 11-1-1942, p. 17.

<sup>178</sup> DI, *ibid.*, p. 17.

<sup>179</sup> ES, 18-1-1942, p. 5.

<sup>180</sup> ES, *Ibid.*, p. 5.

<sup>181</sup> ES, 22-2-1942, p. 5.

<sup>182</sup> DI, 15-12-1941, p. 5.

<sup>183</sup> EM, 22-12-1941, p. 11.



Se declaraba “el candidato de los sin partido”. Las agrupaciones políticas que lo apoyaban eran aquéllas capaces de “subordinar sus ideales doctrinarios al supremo deber de salvar la patria”<sup>184</sup>. Ibáñez presentaba como uno de sus méritos principales no estar vinculado orgánicamente a ningún partido. Estos, y en particular el radicalismo, habían demostrado su “corrupción”. Para consolidarse en el poder no trepidaban en entregarse a “los elementos extremistas”.

Este ruidoso antipartidismo implicaba una crítica muy radical al sistema político existente. Detrás de ella subyacía una visión autoritaria. Ibáñez se lamentaba de la desaparición “del concepto de la jerarquía” y del hecho que la indisciplina corroía “todas las voluntades”<sup>185</sup>.

Coincidiendo con el momento en que los liberales y conservadores acordaron definitivamente su apoyo a Ibáñez, el discurso antipartidos experimentó un pequeño giro. Se acentuó el énfasis en el caos provocado por el Frente Popular más que en una crítica a los partidos en general como provocadores de ese caos. Al sintetizar los objetivos de su programa decía: “Autoridad firme y serena, jerarquía, disciplina, responsabilidad, probidad, justicia, espíritu de trabajo y de sacrificio, he aquí las virtudes que procuraré hacer prevalecer en mi gobierno”<sup>186</sup>. Establecía una particular relación con los partidos, aún con los que lo apoyaban. No estaba ligado por “ningún acuerdo” con ellos, de manera que las adhesiones las esperaba por “amor patrio”, por los “altos y patrióticos propósitos de servir a Chile”<sup>187</sup>.

Otra idea-fuerza presente en el discurso de Ibáñez era el anticomunismo. Obviamente, esa postura satisfacía ampliamente a la derecha, especialmente por la virulencia del discurso empleado por Ibáñez. Este declaraba que “sería inflexible para reprimir hasta exterminarlos los fermentos de disolución que desde hace largos años esterilizan la producción, estimulan las bajas pasiones, subvierten las normas naturales de convivencia y mantienen al país en un estado permanente de agitación y de inquietud”<sup>188</sup>. Es revelador el tono autoritario del discurso ibañista, claramente presente, por ejemplo, en el enunciado “reprimir hasta exterminar”.

La crítica al comunismo como factor de “disolución social” se combinaba con la crítica por ser un movimiento “dirigido desde el extranjero en contra de la nacionalidad”. Por esa doble razón el comunismo debía “ser combatido por todos los medios”<sup>189</sup>. Debían optar entre “renunciar a sus procedimientos” (entre los cuales el principal era “el fomento constante del odio de clases”) o ser privados de espacio político.

<sup>184</sup> DI, 15-12-1941, p. 5.

<sup>185</sup> EM, 11-1-1942, p. 33.

<sup>186</sup> EM, 12-1-1942, p. 6.

<sup>187</sup> EM, 15-1-1942, p. 9.

<sup>188</sup> EM, *ibid.*, p. 33.

<sup>189</sup> EM, 22-12-1941, p.11.

La cuarta idea central del discurso de Ibáñez era la autoasignación del rol de “salvador”. Planteaba que su candidatura representaba “la última y definitiva esperanza de salvación pública”<sup>190</sup>. En el marco de un diagnóstico catastrófico del momento político, decía: “Yo recojo la decepción del pueblo con fuerzas renovadoras, resuelto a transformarla en energía creadora”<sup>191</sup>.

En conexión con esta idea de un “gobierno de salvación”, el período del Frente Popular era visto como un momento de “marcada ineficiencia” que apareció justamente cuando eran más necesarias que nunca “la eficacia y la responsabilidad de los gobernantes”<sup>192</sup>. Ese diagnóstico le permitía reforzar la idea mesiánica de su decisiva “responsabilidad histórica”. Por ejemplo, en un discurso planteaba: “Mi labor esencial será volver al país a la normalidad constitucional que han trastornado los últimos años de acción extremista y desorbitada”<sup>193</sup>. En otra ocasión afirmaba: “Hace más de un mes me puse frente a los acontecimientos que hoy conmueven al país y decidí empuñar la bandera de la unión patriótica”. Existen en su discurso múltiples formas de autoexaltación, recurso expresivo típico de los caudillos.

Pese a que el mundo estaba azotado por la guerra, las referencias a la política internacional eran escasas y casi todas tenían relación con los problemas limítrofes o a la necesidad de oponerse a las presiones externas<sup>194</sup>. Era muy excepcional que aparecieran en su discurso referencias al fascismo. Cuando existían, ese tipo de regímenes eran asimilados al comunismo: “Ningún grupo, ni nacional ni extranjero, podrá implantar en Chile, durante mi período, sistema de política totalitaria o fascista; ni comunismo ni fascismo serán admitidos en la vida cívica del país”<sup>195</sup>.

#### *La significación de Ibáñez*

A partir de mediados de enero de 1942 la situación ya estaba definida: sería una elección a dos bandas. Ríos representaba un espectro político amplio: desde un sector de los liberales hasta comunistas y socialistas. En torno a Ibáñez se agrupaban la derecha (la totalidad de los conservadores y una parte de los liberales) y los ibañistas. Sin lugar a dudas esta segunda candidatura era bastante menos amplia y policlasista. Por tanto, tenía menos posibilidades de triunfo.

Durante los últimos días de la campaña intervino el ex Presidente Alessandri, en una de las proclamaciones finales de Ríos. Su discurso representó un golpe para la

<sup>190</sup> DI, 15-12-1941, p. 5.

<sup>191</sup> DI, *ibid.*, p. 5.

<sup>192</sup> EM, 5-1-1942, p. 13.

<sup>193</sup> EM, 11-1-1942, p. 33.

<sup>194</sup> EM, 29-1-1942, p. 13.

<sup>195</sup> LH, 31-1-1942, p. 7.

candidatura de Ibáñez. Sectores liberales que hasta ese momento apoyaban, sin mucho convencimiento al ex dictador giraron hacia Ríos. En su discurso, realizado en tono dramático, Alessandri decía que “había olvidado los años de injusto exilio..., he perdonado la prisión de todos mis hijos..., he olvidado y perdonado la deportación en masa de todos los miembros de mi familiar. Pero no puedo olvidar como ciudadano las ofensas inferidas a mi patria”. Agregaba esta predicción catastrófica: “Está la república amenazada con el espectro fatídico de la dictadura”. Terminó su discurso haciendo un llamado a “defender la democracia a toda costa y dar apoyo a Ríos”. Alessandri ya había declarado durante la campaña su oposición a la candidatura de Ibáñez. Sin embargo, ese último discurso tuvo efecto entre los liberales.

En realidad, en esta elección los de derecha (es decir, liberales y conservadores) no llevaron candidato propio. Solamente prestaron su apoyo a un postulante que les daba garantías básicas. Vieron en Ibáñez un “buen candidato” porque tenía un discurso anticomunista, negaba la lucha de clases, hablaba de un “gobierno nacional” por oposición a una política clasista y su programa no ponía en cuestión los intereses económicos fundamentales de la clase dominante. Sin embargo, optaron por Ibáñez a falta de un verdadero candidato de derecha. Se trataba de una opción netamente defensiva, básicamente creada para oponerse al candidato de centro-izquierda. El pasado político de Ibáñez, la derecha lo obviaba, pero no podía olvidarlo: “No era el momento de pedir cuentas” porque se necesitaba concitar la máxima unidad.

En todo caso, el candidato apoyado por la derecha obtuvo en 1942 una votación significativa, el 44,04 por ciento contra el 55,96 por ciento de Ríos. Esta cifra debe analizarse tomando en cuenta que una parte de los liberales no apoyaron al candidato designado por la derecha. La gran dificultad de esos partidos en esta elección fue la imposibilidad de mantener la unidad entre ellos y la imposibilidad de lograr alianzas con otros sectores. Entonces, si bien la derecha mantuvo la posibilidad de nuclear una votación importante, sea por mantención de clientelas, por cohecho o presión económica, demostró enormes debilidades para expresar políticamente con eficacia a los sectores dominantes.

El apoyo a Ibáñez mostraba, por otra parte, las tendencias autoritarias aparecidas en la derecha y el prematuro cansancio en la dominación puramente defensiva. El fundamento de esa molestia era la pérdida de fuerza parlamentaria y la dificultad por tanto de operar con la misma modalidad que entre 1938 y 1942.

En las elecciones de 1942 se observó una diferencia importante respecto a las de 1938: se vivió un intenso clima anticomunista, pese a la “gran alianza” y al papel de la URSS en la guerra. Esa actitud, azuzada por la derecha, pero a la que también fueron proclives radicales y socialistas, no dependía del comportamiento político del Partido Comunista. Este había demostrado durante el gobierno de Aguirre Cerda que era una fuerza que valorizaba la estabilidad, que era capaz de posponer sus intereses políticos en función del desarrollo de la alianza y que jugaba un rol articulador. Sin embargo, la

derecha puso en el centro de la campaña de 1942 el anticomunismo, lo que también hicieron los aliados, radicales y socialistas. Un problema: el Partido Comunista había demostrado su capacidad de crecimiento electoral subiendo entre 1937 y 1941, subiendo del 4,16 por ciento al 11,80 por ciento.

## 2.- Otra forma de dominación defensiva: el papel del Presidente, la integración del Partido Liberal y la participación militar

Durante el gobierno de Ríos la derecha debió perfeccionar su arsenal defensivo, pues los resultados de las elecciones parlamentarias de 1941, invalidaron el uso de la fórmula de contención desde el parlamento. ¿Cómo operó esa nueva estrategia?

### A.- LA FORMACIÓN DE LOS MINISTERIOS Y LA POLÍTICA DE ALIANZAS

Entre los gobiernos de Ríos y de Aguirre Cerda existieron algunas diferencias significativas, en el marco de importantes continuidades. Uno de los principales cambios fue la política de alianzas y, más en general, la pauta de relación con las colectividades políticas. Mientras Aguirre Cerda se esforzó por gobernar de acuerdo con los partidos, aceptando, la mayor parte de las veces, las presiones del radicalismo, Ríos fue mucho más presidencialista. Tendió a constituir “gabinetes universales” o con participación mayoritaria de independientes y, a veces, con la significativa presencia de miembros de las Fuerzas Armadas.

La formación de su primer ministerio reveló cuál iba a ser su estilo político durante todo el período. Este gabinete duró desde principios de abril hasta fines de octubre de 1942 y estuvo integrado por cinco radicales, tres socialistas, dos liberales y un democrático. Citando la tesis de la “unión nacional” tendió a sobrepasar por la derecha los marcos de alianza de centro-izquierda, incluyendo en ella a los liberales; pero la mantuvo restringida por la izquierda. Continuó la línea de Aguirre Cerda de excluir a los comunistas del gabinete, pero permitiendo su acceso a puestos públicos menos significativos.

Una severa divergencia con los liberales en octubre de 1942 a propósito del rompimiento de las relaciones con el Eje, produjo la primera reorganización ministerial y la formación de un gabinete radical socialista, con la inclusión de un miembro de las Fuerzas Armadas en el importante Ministerio de Economía<sup>196</sup>. Esta última combinación duró entre

<sup>196</sup> Se mantuvo la exclusión de los comunistas. El Partido Radical ocupó cuatro ministerios (Interior, Defensa, Agricultura y Educación), el Partido Socialista ocupó tres (Obras Públicas, Salud y Tierras), el Partido Democrático uno (Trabajo), las Fuerzas Armadas uno (Economía) y los independientes tres (Relaciones Exteriores, Hacienda y Justicia).

finés de octubre y mediados de enero de 1943, cuando el triunfo del sector “recuperacionista” del Partido Socialista determinó su retiro del gobierno<sup>197</sup>.

Debido a la actitud de los sectores mayoritarios del socialismo, en ese momento dirigidos por Allende, Ríos debió reorganizar su gabinete, sustituyendo a los tres ministros renunciados por dos radicales y un independiente y cambiando al ministro militar. En vez de una coalición del tipo radical socialista se organizó un gabinete con predominio radical y con participación de independientes, reforzándose así la lógica presidencialista<sup>198</sup>.

A principios de junio de 1943, como consecuencia del triunfo del sector “izquierdista” del Partido Radical, fue obligado a renunciar el ministro del Interior. La respuesta de Ríos a la estrategia de presión de su propio partido fue agresiva: formó un gabinete cívico-militar. Este paso político causó sorpresa y pánico. La maniobra fue vista por algunos comentaristas como la manifestación evidente de las tendencias autoritarias del Presidente y por ciertos parlamentarios como “el preludio de una dictadura”<sup>199</sup>. Según otros, menos alarmistas, este ministerio integrado por dos miembros de las Fuerzas Armadas y diez independientes, había sido organizado a la espera de que los partidos reajustaran su mecánica interna y se disciplinaran<sup>200</sup>. Aparentemente esa fue la intención prevaleciente porque tuvo una corta duración. Fue sustituido en septiembre de 1943 por otro gabinete con base política.

Para reemplazar al ministerio cívico-militar Ríos formó una coalición de centro-derecha, convocando a cinco radicales, cuatro independientes, dos liberales y un general como ministro de Defensa<sup>201</sup>. La ausencia de socialistas y de democráticos lo diferenciaba del primer ministerio, el que correspondió efectivamente al tipo de los llamados “gabinetes universales”. La entrada de los liberales, ocupando el puesto clave de ministro de Hacienda<sup>202</sup>, agudizó los conflictos entre el Presidente y el Partido Radical, cuya dirección la seguían ocupando en esa fase los sectores “izquierdistas”. Como consecuencia de esos

conflictos se derrumbó, a principios de octubre de 1944, la coalición gubernamental entre radicales y liberales. En la Convención de enero de ese año el partido gobernante había ratificado su postura izquierdista y rechazado la colaboración con los partidos de derecha<sup>203</sup>. La consecuencia inmediata fue la expulsión de los militantes radicales que se negaron a acatar la orden de abandonar sus carteras. Entre abril y octubre Ríos mantuvo las características de su gabinete, conservando en su puesto a los ministros expulsados.

En vista de que su equipo de gobierno había perdido su base política, Ríos prefirió la formación de un nuevo gabinete de administración, esta vez integrado por siete independientes, un militar en Defensa y dos radicales expulsados, pero eliminando, en un gesto significativo, a los liberales. En marzo de 1945, aprovechando la reciente formación del Partido Socialista Auténtico dirigido por Grove, volvió a integrar un gabinete del tipo de centro-izquierda con la participación de radicales, independientes, democráticos, falangistas, un militar y la nueva colectividad socialista<sup>204</sup>. Se trataba de un gabinete con una base política amplia conseguida por la participación de los falangistas y del socialismo de Grove. Este gabinete acompañó a Ríos hasta el momento en que, ya moribundo, fue reemplazado por Alfredo Duhalde el 17 de enero de 1946.

El 3 de febrero de 1946, durante el interinato de Duhalde, se formó el llamado gabinete del “tercer frente”, el que tuvo una gran significación en la posterior constitución del campo de fuerzas para las elecciones presidenciales. Este gabinete pretendía situarse por encima de “las derechas y las izquierdas”, una línea que había penetrado en el Partido Socialista, en proceso de derechización. Ese ministerio estuvo formado por tres militares, cuatro socialistas, tres radicales minoritarios, un independiente y un democrático<sup>205</sup>. La colaboración de los socialistas en ese ministerio, donde compartieron con los militares la responsabilidad de enfrentar un período de agitación social, está directamente relacionado con el ordenamiento de fuerzas para la campaña electoral que se vislumbraba.

## B.- LOS GABINETES “ADMINISTRATIVOS”

Como se puede observar, Ríos nunca gobernó con ministerios que representaran a la totalidad de la coalición de centro izquierda, del mismo modo que Aguirre Cerda. Pero este mantuvo la importancia de la unidad de radicales con socialistas. Ríos gobernó la mayor parte del tiempo con “gabinetes universales”, de centro-derecha, o “administrativos”, como

<sup>197</sup> Julio César Jobet, *El Partido Socialista*, Editorial Prensa Latinoamericana, dos tomos, 1970. También Alejandro Chelén, *Trayectoria del Socialismo*, Editorial Austral, 1967; Fernando Casanueva y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Editorial Quimantú, 1973, y especialmente el importante libro de Paul W. Drake, *Socialism and populism in Chile, 1932-1952*, University of Illinois Press.

<sup>198</sup> El gabinete estuvo integrado por seis ministros del Partido Radical (Interior, Defensa, Agricultura, Educación y Tierras), uno del Partido Democrático (Trabajo), y cinco independientes (Relaciones Exteriores, Hacienda, Economía, Obras Públicas y Justicia).

<sup>199</sup> Sobre el tema de las relaciones entre Ríos y el Ibañismo, de la cual surgió su imagen de autoritario, ver Florencio Durán, *El Partido Radical*, Editorial Nascimento, 1958; también el manuscrito de Andrés Benavente, op. cit., Capítulo VI-c, s. f, inédito.

<sup>200</sup> Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical*, Editorial Andrés Bello, 1967, p. 231.

<sup>201</sup> Los radicales ocuparon las carteras de Interior, Economía y Comercio, Educación, Obras Públicas y Agricultura; los liberales, la de Hacienda y Tierra.

<sup>202</sup> Ese puesto fue ocupado por Arturo Matte, candidato presidencial de la derecha en 1952 y casado con una hija de Arturo Alessandri padre.

<sup>203</sup> Luis Palma Zúñiga, op. cit., pp. 184-188.

<sup>204</sup> El Partido Radical ocupó cinco ministerios (Interior, Hacienda, Economía, Educación y Agricultura), dos los independientes (Relaciones Exteriores y Salud), dos el Partido Democrático (Trabajo y Justicia), uno el Partido Socialista Auténtico (Justicia), uno las Fuerzas Armadas (Defensa) y otro la Falange (Obras Públicas), cargo en el que fue nominado Eduardo Frei.

<sup>205</sup> Los miembros de las Fuerzas Armadas ocuparon las carteras de Interior, Defensa y Obras Públicas; el Partido Radical, las de Hacienda, Educación y Justicia; el Partido Socialista, las de Agricultura, Salud y Trabajo.

se les denominaba a los formados con predominio de técnicos o independientes. Prácticamente existieron solo dos gabinetes de la centro-izquierda, además con carácter restringido (sin comunistas) y ampliado (con otras fuerzas), que duraron en conjunto un poco más de un año: aquel formado a fines de octubre de 1942 con la participación de los partidos Radical, Socialista y Democrático más independientes y un militar, y aquel organizado en mayo de 1945 con la participación de los partidos Radical, Democrático, falangista y los socialistas de Grove, incluyendo también independientes y un militar. Sin embargo pese al escaso tiempo que Ríos gobernó con coaliciones de centro-izquierda, no privilegió a los partidos de derecha de manera directa, ya que los liberales participaron en los gabinetes por poco más de un año, en posiciones de poder subordinadas.

La tendencia predominante de Ríos fue formar ministerios con una importante presencia de independientes afines y una significativa cuota de militares. De los ochenta y tres ministros de Ríos, treinta y dos fueron independientes y nueve fueron militares en servicio activo, dos de los cuales ocuparon la cartera de Interior<sup>206</sup>.

Las relaciones que Ríos estableció con los partidos estuvieron marcadas por su tendencia a la independencia y la autonomía. Tenía una manera de ver la política que anteriormente se había manifestado en su simpatía por el dictador Ibáñez (1927-1931) y en general por los “gobiernos fuertes”. Inspirado por esas convicciones nunca aceptó órdenes de su partido en aquellos puntos que creyó que vulneraban las prerrogativas presidenciales. En ese terreno actuó de una manera diferente a la de Aguirre Cerda, quien fue mucho más complaciente con el Partido Radical, pese a que también tuvo muchos conflictos con ellos. Dos hechos influyeron en la política coalicional de Ríos: a) que el Partido Radical estuviese liderado por el sector “izquierdista” de González Videla; y b) que el Partido Socialista hubiese decidido, en enero de 1943, retirarse del gobierno.

Ríos gobernó sin una base política estable. No estuvo en condiciones de organizar coaliciones de centro-izquierda relativamente duraderas, desaprovechando la mayoría parlamentaria de la Alianza Democrática. Y tampoco consiguió formar alianzas de centro-derecha que le permitieran realizar un programa definido<sup>207</sup>.

La mayoría parlamentaria de la coalición de centro izquierda no fue utilizada para una política más izquierdista, pese al giro del Partido Radical. El gobierno de Ríos hizo política de contrabalance usando, en parte, la estrategia de colaboración con los liberales (corta pero significativa, en especial desde el punto de vista simbólico), en parte, el papel del Presidente en la formación de gabinetes amplios, a veces armados contra la voluntad del Partido Radical. Una forma nueva de la política defensiva, basada sobre todo en un

presidencialismo desarrollista. Ríos se juega por evitar, con la ayuda de liberales y de personas de su confianza, el sobrepasamiento del modelo modernizador.

### C.- LAS REALIZACIONES DEL GOBIERNO DE RÍOS

Este segundo gobierno radical continuó impulsando la tarea central del período de Aguirre Cerda, la modernización del capitalismo mediante el apoyo del Estado al desarrollo industrial, a la electrificación y al fomento agropecuario. Estos gobiernos, originados por coaliciones de centro-izquierda, en cuyo desenvolvimiento los partidos populares tuvieron grados variables de influencia y participación, jugaron un papel sustitutivo, realizando tareas modernizadoras que los partidos de las clases dominantes no habían asumido.

En particular, en el período de Ríos se dieron pasos decisivos en el desarrollo industrial, especialmente en la creación del sector siderúrgico. En 1942, recién llegado Ríos a la presidencia, formó el Comité del Acero, una comisión mixta integrada por representantes de CORFO y del empresariado; en octubre de 1944 hizo aprobar la ley que concedió exenciones tributarias por veinte años a las empresas que produjeran acero laminado; en el mismo año consiguió un préstamo del Eximbank por casi treinta millones de dólares para la industria siderúrgica, condicionado a que el Estado aportara otros diez millones; finalmente en 1946, durante el interinato de Duhalde, nació la Compañía de Acero del Pacífico, finalizando así un ciclo decisivo en el impulso inicial del desarrollo industrial chileno<sup>208</sup>.

El impulso del gobierno de Ríos a la electrificación fue también muy importante. En 1943 fue creada la ENDESA (Empresa Nacional de Electricidad), institución vital en la construcción de las centrales hidroeléctricas y en la dotación de energía a las ciudades y pueblos, operación sin la cual ni el desarrollo industrial ni los avances relativos en la tecnificación de la agricultura hubiesen sido posibles. En el período se construyeron numerosas centrales hidroeléctricas, entre las cuales sobresalen las de Pilmaiquén y El Abanico.

Asimismo, el gobierno de Ríos fomentó el desarrollo petrolero, tanto los trabajos de prospección, en los cuales el Estado invirtió más de cincuenta millones de dólares de la época, como la formación de la ENAP, labor que culminó en 1946 con el descubrimiento de los primeros pozos.

En la misma línea de modernización capitalista el gobierno de Ríos consagró muchos esfuerzos al fomento agropecuario, especialmente a través del plan lechero, avanzando en la tecnificación de la agricultura y especialmente en la extensión de la educación rural<sup>209</sup>. Sin embargo no se dio ningún paso adelante en materia de sindicalización campesina. Esta siguió siendo un tema tabú.

<sup>206</sup> Fueron el almirante Julio Allard y el almirante Vicente Merino Bielich.

<sup>207</sup> En el gobierno de Aguirre Cerda, cuya duración fue aproximadamente la misma que el de Ríos, participaron 48 ministros.

<sup>208</sup> Luis Palma Z., op. cit., pp. 235-239, y Florencio Durán, op. cit.

<sup>209</sup> Florencio Durán, *ibid.*, ver el capítulo consagrado a la administración de Ríos.

El gobierno de Ríos siguió una línea “desarrollista”. En primer lugar, perfeccionó el modelo de industrialización sustitutiva de importaciones, fomentando la producción manufacturera y el desarrollo de infraestructura (carreteras, ferrocarriles y especialmente electrificación); en segundo lugar readecuó el aparato estatal para aumentar la capacidad de control del Estado y centralizar las decisiones de política económica (creación del Ministerio de Economía y Comercio, formación del Consejo Nacional del Comercio Exterior, organismo mixto integrado por funcionarios estatales y representaciones de los empresarios) y la aprobación de la reforma constitucional que restringía el poder del Congreso en la decisión sobre gastos públicos.

El gobierno de Ríos también desarrolló la otra línea del proyecto inicial de los “frentes populares”, la democratización negociada de oportunidades, especialmente en el campo habitacional. No solamente reorganizó la Caja de la Habitación Popular, además permitió que los fondos acumulados por las Cajas de Previsión pudieran ser utilizados en la construcción de viviendas económicas, en una cantidad cercana a veinte mil unidades. En el campo de la salud, el gobierno de Ríos estableció la Sociedad Constructora de Establecimientos Hospitalarios, la cual jugó un papel importante en el desarrollo de la infraestructura de salud pública.

Finalmente esta administración impulsó la modernización de la educación. Entre otras realizaciones pueden consignarse la formación de las facultades de Arquitectura, Odontología y Química y Farmacia de la Universidad de Chile y la fundación del Liceo Experimental Manuel de Salas<sup>210</sup>.

Como se observa, se continuó en la línea modernizadora y desarrollista que estuvo en el origen de las coaliciones de centro-izquierda, pero en un clima político enrarecido por los conflictos propios del tipo de régimen político. Los antagonismos entre el Presidente y los partidos que manejaban a los parlamentarios ya habían existido en los primeros dos gobiernos regidos por la Constitución de 1925 (Arturo Alessandri y Aguirre Cerda). Pero en este período esos conflictos se agravaron por una serie de causas, entre ellas el giro “izquierdista” del Partido Radical que no congeniaba con la línea presidencial, la deserción del Partido Socialista y el presidencialismo de Ríos, su tendencia a defender las atribuciones del Ejecutivo y a integrar coaliciones que, aunque contaran con poca base parlamentaria, tuvieran una lealtad preferencial con el Presidente más que con los partidos.

Tanto por las realizaciones, por la política de alianzas como por los énfasis discursivos o comunicativos (“Gobernar es producir” en vez de “Pan, techo y abrigo”), el gobierno de Ríos puede ser interpretado como más “desarrollista” que el anterior. Esta circunstancia fue uno de los factores de mediano plazo que definieron la estructuración del campo de fuerzas en el período 1942-1946.

<sup>210</sup> Luis Palma Z., op. cit., p. 238.

### 3.- Las decisiones políticas para la elección de 1946

#### A.- MODIFICACIONES Y REAJUSTES EN EL SISTEMA DE PARTIDOS ENTRE 1942 Y 1946

Para comprender la campaña electoral de 1946 y las decisiones adoptadas por las diferentes fuerzas políticas, es importante tener en consideración tanto las evoluciones y cambios de línea ocurridos en los partidos entre 1942 y la muerte de Ríos como los resultados de las elecciones parlamentarias de 1945, fecha que sirvió como referente de los cálculos políticos de 1946.

En este período se produjeron algunos acontecimientos que modificaron el sistema de partidos, influyendo decisivamente en la constitución del campo de fuerzas. En esta parte se reseñarán sucintamente los principales cambios.

En primer lugar, es importante analizar la situación de la derecha. La elección de Ríos en 1942 marcó un hito en la crisis política de ese conglomerado. En 1938 perdió las elecciones, pero quedó con la esperanza de que esa condición políticamente desmedrada sería efímera y que los desaciertos en que incurriría el gobierno, por la influencia de las tendencias izquierdistas, provocarían el rápido retorno de los “mejores” a la dirección de los asuntos públicos.

Con la derrota de Ibáñez esas expectativas sufrieron un serio revés, el cual se venía vislumbrando desde las elecciones parlamentarias de 1941. En esa ocasión los dos partidos históricos de la derecha descendieron del 42 por ciento, con sesenta parlamentarios, conseguidos en 1937, al 31,2 por ciento, con cincuenta y cuatro parlamentarios<sup>211</sup>.

Ese debilitamiento, importante para los efectos del cálculo y de la imagen política en vísperas de una confrontación fortuita e inesperada, se manifestó en las elecciones presidenciales de 1942. Como se recuerda, no solamente Ibáñez fue derrotado, sino además un sector del liberalismo se negó a apoyar al candidato acordado por las directivas de los partidos Conservador y Liberal<sup>212</sup>.

Cuando Ríos fue elegido, los dos grandes partidos históricos de la derecha parecían enfrentar el peor momento de su crisis de representación. Sin embargo, ya desde la iniciación del gobierno la división del Partido Liberal, ocurrida en la campaña electoral, se convirtió en un hecho favorable, pues tendió un puente de plata entre la derecha y el nuevo Presidente. La gran diferencia entre la situación política del período precedente y la de la fase 1942-1946 fue la existencia de un partido derechista capaz de entrar al gobierno en

<sup>211</sup> Para los datos electorales de 1941 hemos usado la información de Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile 1925-1973*, p. 81, Editorial Jurídica, 1986. La información de ese autor no es perfectamente coincidente con la del libro de Germán Urzúa, *Historia político-electoral de Chile (1931-1973)*, Colección Documentos de Chile, 1986. Este da la cifra de 83 parlamentarios. Ver p. 53.

<sup>212</sup> Ver 2ª parte cap. II.

algunas coyunturas y de seguir una táctica relativamente flexible, aun conservando un discurso muy crítico frente al intervencionismo estatal y a las tentaciones izquierdistas del principal partido gobernante.

En el instante que los partidos derechistas estaban más debilitados en su poderío parlamentario, como fue en el Congreso elegido en 1941, Ríos llevó al gobierno a los liberales o a independientes cercanos a la derecha. En la práctica, operó una lógica de compensación que buscaba reforzar la estabilidad del sistema, otorgándole a la derecha más oportunidades que las que le correspondía de acuerdo a la fuerza electoral del momento. Se negó a usar la mayor fuerza parlamentaria para intensificar las reformas sociales y puso énfasis en la modernización.

Esta política le confirió al Partido Liberal el papel de mediador o de puente. Aparece con un rostro abierto, capaz de atenuar las dinámicas de polarización. Esos disfraces favorecen el olvido del discurso reaccionario que tuvo la derecha en la elección presidencial de 1942, en especial los sectores que se juegan por Carlos Ibáñez. En el gobierno de Ríos el Partido Liberal empieza a urdir la red de relaciones con el Partido Radical, que van a servirle en 1947, cuando lidera el viraje represivo.

Al mismo tiempo, durante el período 1942-1946 ocurre otro hecho sintomático, el doble proceso de división y de descomposición política del Partido Socialista. En marzo de 1942 se celebró el 7º Congreso Ordinario, en el cual sufrieron una derrota las tesis sustentadas por Schnake sobre el “gobierno nacional” y también su política anticomunista. Si bien Marmaduque Grove fue reelegido como secretario general, el Congreso se pronunció por la colaboración con el Partido Comunista, considerado como una fuerza indispensable para los procesos de cambio y democratización<sup>213</sup>.

Un año después, en enero de 1943, se reunió el 8º Congreso del Partido Socialista. En ese evento se eligió a Salvador Allende como secretario general y se decidió el retiro del gobierno. Había triunfado la corriente “depuradora”, cuya base principal eran los jóvenes, especialmente de Santiago, y su líder, Raúl Ampuero<sup>214</sup>. Sin embargo, la corriente “colaboracionista” se retiró momentáneamente del partido intentando ejercer presión sobre los “jóvenes turcos”. En marzo consiguió una transacción, obligando a los “depuradores” a aceptar una dirección colegiada. Éstos, para evitar la ruptura del partido, aceptaron renunciar a sus prerrogativas de mayoría. En agosto de 1943 se realizó un Congreso Extraordinario en el que se ratificó la política de no participación en el gobierno y se reeligió a Allende como secretario general.

En el 9º Congreso de julio de 1944 se consumó la ruptura del Partido, encabezada por Marmaduque Grove. Ese evento fue decisivo en el desarrollo del Partido Socialista en los últimos años del período de Ríos. Como consecuencia se fundó el Partido Socialista

Auténtico, encabezado por Grove y cuya directiva quedó formada, ante otros, por Eliodoro Domínguez, Enrique Arriagada Saldías, ex ministro de Ríos, y Jorge Cash<sup>215</sup>.

En ese mismo Congreso Bernardo Ibáñez reemplazó a Salvador Allende como secretario general del Partido Socialista mayoritario, cambio clave en el proceso de derechización de la organización entre 1945 y las elecciones de 1946. Se decidió mantener la línea de oposición al gobierno, pero conservando la alianza político-electoral con radicales, comunistas y democráticos. Después de las elecciones parlamentarias de marzo de 1945, los socialistas, influidos por los resultados y por el peso interno de los sectores anticomunistas, se lanzaron en la política del “tercer frente”<sup>216</sup>. En un Congreso Extraordinario de marzo de 1945, inmediatamente después de los comicios, los socialistas decidieron romper la Alianza Democrática y acentuar la autonomía respecto del Partido Comunista. Esa política los llevó a colaborar con Duhalde en los primeros meses de 1946.

El Partido Comunista experimentó en ese período algunos cambios interesantes. La invasión de la Unión Soviética por los nazis el 22 de junio de 1941 había eliminado uno de los factores más importantes de conflicto con los socialistas chilenos y reforzado la confiabilidad de la línea de “unión nacional”. La tesis de una alianza muy amplia era estimulada por la posibilidad concreta de que Hitler ganara la guerra. Sin embargo, a fines de 1945, unos meses después de la capitulación de los ejércitos alemanes, se realizó el 9º Congreso del Partido Comunista, que modifica ciertos énfasis de la línea anterior. En él se criticó la política desplegada por la izquierda y los propios comunistas durante los gobiernos radicales, decidiéndose corregir lo que se denominó “tendencias oportunistas” o “seguidistas”<sup>217</sup>. Se planteó la necesidad de la participación comunista en los ministerios, de modo de neutralizar “las vacilaciones de los sectores burgueses” y llevar adelante con empuje el programa de cambios. El período de entendimiento y colaboración, cuyo gesto culminante había sido la disolución de la Internacional en 1943, había quedado atrás. El movimiento comunista internacional se preparaba para una política menos conciliadora, de fuerte tono antiimperialista. En el terreno estratégico la tesis central era la incapacidad de los sectores burgueses para defender una política de efectiva democratización y la necesidad de una dirección popular en ese proceso.

El cambio del Partido Comunista es reforzado por la derechización y desintegración socialista, por la incorporación del Partido Socialista de los Trabajadores, ocurrido en 1944<sup>218</sup> y por los resultados de las elecciones de 1945. En esas circunstancias el peso del

<sup>213</sup> Julio César Jobet, op. cit., Tomo I.

<sup>214</sup> Paul W. Drake, op. cit., pp. 270-277.

<sup>215</sup> Julio César Jobet, op. cit.; Lía Cortés y Jordi Fuentes, op. cit., Editorial Orbe, 1967.

<sup>216</sup> Este tema será más desarrollado en la parte de este libro destinada al análisis de la Vicepresidencia de Duhalde.

<sup>217</sup> Partido Comunista de Chile, “Informe del Comité Central al X Congreso”, 1965; Luis Corvalán, *Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*, Editorial Arauco, 1972.

<sup>218</sup> Entre los principales dirigentes de ese partido se encontraban César Godoy Urrutia y Orlando Millas.

Partido dentro de la izquierda era mayor en 1946 que en 1942, durante las negociaciones de la candidatura de Ríos, y mayor aun que en la formación del Frente Popular.

Durante el período post electoral 1942-1946 el Partido Radical realizó dos importantes convenciones, en las cuales se ratificó el carácter de “izquierda” y “progresista” de esa colectividad. La primera de ellas tuvo lugar a fines de enero de 1944, aprobándose un voto de mayoría que exigía terminar toda colaboración gubernamental con la derecha y recomendaba formar gabinetes de centro izquierda o en su defecto exclusivamente radicales. Incluso Raúl Rettig, uno de los líderes de la minoría, decía “nada con las derechas”. Y continuaba su elocuente perorata proponiendo que la convención adoptara un acuerdo mediante el cual “se inhabilitara a todo dirigente radical que bajo cualquier pretexto, pactara con los partidos de derecha”. El punto de discusión consistía, según Rettig, en definir con precisión cuál era la verdadera derecha<sup>219</sup>. Ese tipo de argumentación demuestra la vigencia de algunos consensos progresistas dentro del radicalismo de la época. Por lo tanto, la apertura hacia el liberalismo que había realizado Ríos tenía que argumentarse como la formación de una coalición de centro, requerida por “la defensa de la democracia”.

A fines de enero de 1946 se realizó la XVI Convención Ordinaria del Partido Radical, cuya finalización estuvo marcada por los sucesos de la Plaza Bulnes. En ella volvieron a imponerse los sectores izquierdistas, los que emitieron una declaración de principios en la cual se decía que “sólo una democracia económica fundamentada en un régimen socialista, en que los medios de producción dejen de ser propiedad individual y sean reintegrados a la comunidad, puede asegurar el pleno desarrollo de la personalidad humana”. El voto político aprobado decía que el régimen democrático no se realizaría plenamente “mientras no se (estableciera), conjuntamente con los derechos políticos, el sistema económico socialista” y planteaba la necesidad de reagrupar a todas las fuerzas de izquierda<sup>220</sup>. Distancia entre la palabra y la acción gubernamental.

Más tarde, cuando la campaña presidencial ya estaba desencadenada, un grupo anticomunista, liderado por Florencio Durán, se separó del Partido Radical para formar el Partido Radical Democrático.

La otra modificación del sistema de partidos ocurrida en el período fue la formación del Partido Agrario Laborista, hecho acontecido en 1945 por la fusión del Partido Agrario y la Alianza Popular Liberadora. Este conglomerado sostuvo el principio funcional de organización del régimen político e inmediatamente después de su fundación presentó como candidato a Jaime García Moreno en una elección complementaria a senador por Cautín.

<sup>219</sup> Luis Palma Z., op. cit., pp. 186-188, y Raúl Rettig, *En defensa de la doctrina radical*, Ediciones Continente, 1944.

<sup>220</sup> Partido Radical, *XVI Convención Nacional Ordinaria*, p. 47, Editorial La Salle, 1946.

Este contó con el apoyo de liberales y conservadores, enfrentando al candidato de la Alianza Democrática.

#### B.- LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS DE 1945

Las elecciones parlamentarias de 1945 constituyeron un momento clave en el desarrollo de la lucha política del período. Los cambios ocurridos en la correlación de fuerzas desde las elecciones de parlamentarios de 1941 se manifestaron visiblemente en esa ocasión y, a su vez, los resultados provocaron una serie de cálculos y expectativas que se tradujeron en divisiones de partidos o realineamientos políticos que tuvieron efectos importantes en las elecciones presidenciales de 1946. En el cuadro N° 2 se presentan datos electorales de los principales partidos en las elecciones parlamentarias de 1941 y de 1945.

Cuadro N° 2

Votación expresada en porcentajes de los principales partidos en las elecciones de 1941 y de 1945

Partidos	1941	1945
Partido Conservador	17,2	23,6
Partido Liberal	14,0	17,9
Partido Radical	21,9	19,9
Partido Socialista	16,8	7,2
Partido Socialista Aut.		5,6
Partido Comunista	11,8	10,3
Falange Nacional	3,4	2,6
Partido Democrático	4,3	4,8
Partido Agrario*	1,7	1,9
Alianza Popular Lib.*	0,5	1,4

Fuente: Ricardo Cruz-Coke, *Historia Electoral de Chile, 1925-1973*.

Los resultados de la elección de 1945 arrojaron interesantes señales para los estratagemas políticos. Ríos ya había sido reemplazado momentáneamente por su ministro del Interior<sup>221</sup>, todavía no se avizoraba una elección presidencial a corto plazo. Pese a eso, los

\* Esos dos partidos se fusionaron después de las elecciones parlamentarias para formar el Partido Agrario Laborista.

<sup>221</sup> Luis Valencia Avaria (compilador), *Anales de la República*, Tomo I, pp. 450-451, Imprenta Universitaria, 1951.

resultados de las elecciones generales de parlamentarios conmovieron el ambiente político y precipitaron algunos realineamientos importantes.

La recuperación electoral de la derecha fue el primer dato destacable. Como ya lo hemos señalado, en 1941 los liberales y conservadores habían sufrido una fuerte baja, acumulando apenas el 31,2 por ciento de los votos en vez del 42 por ciento de la elección de 1937. En 1945 ambos partidos conquistaron el 41,5 por ciento de los votos, recuperando la fuerza previa a las elecciones presidenciales de 1938.

El otro dato importante fue la distribución de las pérdidas. Si bien los radicales y los comunistas bajaron levemente sus votaciones previas, los grandes perdedores fueron los socialistas. El tronco histórico, del cual se había escindido en 1941 el Partido Socialista de los Trabajadores y en 1944 el Partido Socialista Auténtico, bajó casi un 10 por ciento, del 16,8 de 1941 al 7,2 de 1945. Como consecuencia de esta fragmentación y debilitamiento socialista, los comunistas pasaron a ser la fuerza principal de la izquierda; además demostraron, en un contexto de debilitamiento general de los partidos de la Alianza Democrática, que tenían una importante capacidad de retención de la votación conseguida en una coyuntura de ascenso como había sido la de 1941.

La nueva relación de fuerzas, con un crecimiento electoral de la derecha combinado con el debilitamiento del socialismo y con la estabilidad comunista y radical, tuvo efectos para las elecciones presidenciales de 1946.

Las elecciones de 1945 consolidaron el predominio de conservadores sobre liberales, que en el campo electoral existía desde 1932. En esa ocasión habían competido cuatro partidos con denominación liberal, los cuales solo sumaron el 17,2 por ciento de los votos, mientras en 1925 el Partido Liberal había alcanzado el 23,5 por ciento<sup>222</sup>. En 1937 ya el liberalismo estaba unificado, pero los conservadores siguieron manteniendo un leve predominio. En las elecciones de 1945 la ventaja conservadora se acentuó, llegando a su punto más alto desde los comicios de 1937<sup>223</sup>. Ese dato también jugó un papel en los enfrentamientos internos del campo derechista para las elecciones de 1946.

#### C.- LA VICEPRESIDENCIA DE DUHALDE Y LOS SUCESOS DE LA PLAZA BULNES

El 17 de enero de 1946, Ríos debió abandonar definitivamente la Presidencia, por razones de salud, asumiendo el Ministerio del Interior Alfredo Duhalde. Según algunos autores, este político, nacido en la provincia de Osorno, compartía con Ríos no solo su condición de provinciano sino también el presidencialismo y el rechazo por las posiciones “socializantes” que había adoptado el radicalismo en las últimas convenciones<sup>224</sup>.

A los pocos días de haber asumido Duhalde su mandato interino, enfrentó una manifestación popular en adhesión a los trabajadores salitreros. El Consejo Directivo de la CTCH, encabezado por el socialista Bernardo Ibáñez, había convocado un mitin en la Plaza Bulnes, autorizado por la Intendencia. Una serie de hechos confusos y nunca suficientemente aclarados produjeron cinco muertos y alrededor de setenta heridos, entre los cuales también había algunos carabineros baleados o apedreados.

Al conocerse la matanza se organizó una nueva concentración en el mismo lugar. En ella los dirigentes de la CTCH anunciaron que estudiarían la posibilidad de convocar a un paro nacional de protesta. Un diario reportó de esta manera las palabras de Bernardo Ibáñez: “Expresó que el pueblo debía castigar a los responsables y que había llegado el momento que se hiciera respetar, yendo hasta la conquista del poder si era necesario”<sup>225</sup>.

Casi simultáneamente se realizaba en La Moneda una reunión extraordinaria del gabinete. En ella Eduardo Frei presentó su renuncia al Ministerio de Obras Públicas, como protesta por la represión del mitin de la Plaza Bulnes. El Vicepresidente Duhalde nombró como ministro del Interior al almirante Merino Delich y como ministro de Obras Públicas al Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea; asimismo declaró el estado de sitio en todo el país.

Al día siguiente se realizó el paro nacional acordado por la CTCH. Según testimonios de la época, la ciudad de Santiago amaneció desierta, sin locomoción colectiva y con el comercio prácticamente cerrado. La huelga general había sido un éxito en la capital y en las principales ciudades del país. Sin embargo, en el mismo día, los dirigentes de la CTCH entraron en negociaciones con el gobierno, haciéndole ver su disposición de detener la huelga. Al mismo tiempo la Alianza Democrática empezó a discutir la formación de un gabinete con participación de radicales y socialistas. La condición puesta por el gobierno para aceptar las reivindicaciones de CTCH y el reajuste ministerial fue la suspensión inmediata del paro general<sup>226</sup>.

El paro general, que había sido masivamente obedecido, derivó, apenas iniciado, en negociación política. Los objetivos salariales y de mejores condiciones de trabajo fueron abandonados por la promesa de la participación ministerial del Partido Socialista. Los comunistas fueron partidarios de continuar adelante con el paro hasta que el gobierno aceptara la plataforma de la CTCH y se resolviera la situación de los sindicatos salitreros disueltos<sup>227</sup>.

De hecho el 2 de febrero hubo un paro parcial que afectó principalmente a los ferrocarriles, los cuales fueron puestos bajo control militar. El mismo día juró el nuevo gabinete integrado por cuatro militantes socialistas, entre ellos Humberto Mendoza, quien había liderado las posturas más críticas frente a la participación ministerial.

<sup>222</sup> Ricardo Cruz-Coke, op. cit., p. 79.

<sup>223</sup> En 1937 la ventaja conservadora fue +0,6%, en 1941 fue de +3,2 y en 1935 fue de +5,5.

<sup>224</sup> Florencio Durán, op. cit., p. 4.

<sup>225</sup> EM, 29-1-1946, pp. 1 y 20.

<sup>226</sup> EM, 30-1-1946, p. 13; EM, 31-1-1946, pp. 9 y 11.

<sup>227</sup> EM 2-2-1946, p. 9; ES, 2-2-1946, p. 1.



El 4 de febrero Bernardo Ibáñez, secretario general de la CTCH, declaró que el paro convocado para esos días por el sector comunista estaba totalmente desvirtuado. Según él, “tenía un carácter político” y no poseía base seria “desde el momento que el actual gobierno se (había) comprometido a resolver los problemas económicos-sociales”. El secretario general accidental del Partido Socialista, Agustín Álvarez Villablanca, fue más allá. Afirmó que su colectividad se había visto obligada a participar en el gobierno “para salvar al país de una guerra civil desatada por la acción del Partido Comunista”. Asimismo, informó que se había ordenado a los militantes abstenerse de participar en el paro convocado por la “mayoría comunista de la CTCH”<sup>228</sup>.

Estas acusaciones a los comunistas, sospechosos de querer convertir el paro en un instrumento insurreccional y de estar azuzando una guerra civil, no se compadecían con la realidad. Pero ellas eran reveladoras de la mentalidad anticomunista de la dirección socialista, especialmente de Bernardo Ibáñez y de Álvarez Villablanca. Para los comunistas el paro general estaba vinculado, no a la insurrección, sino a una negociación política para la formación de un gabinete de la Alianza Democrática. La declaración de la Comisión Política del Partido Comunista, también sobreactuada, señala que la masacre de la Plaza Bulnes formaba parte de un plan destinado “a destruir el régimen democrático y asaltar el poder para imponer a sangre y fuego una tiranía del tipo fascista en concomitancia con el GOU argentino”<sup>229</sup>. La solución para esa situación pintada de manera tan paranoica, era sin embargo simple. Consistía en la formación de un gabinete de la Alianza Democrática, en lo posible con participación de los comunistas, orientado a realizar la plataforma democratizadora de la CTCH. Incluso el Partido Comunista aceptaba su exclusión de esa fórmula, siempre que el ministerio “enfrentara los problemas del pueblo”<sup>230</sup>. Pascual Barraza, en ese entonces secretario regional de Santiago, decía: “Para solucionar hoy mismo la crisis de gabinete, el partido ha aceptado apoyar la realización del programa de la Alianza por un gabinete sin comunistas, pero continuará planteando la necesidad de su participación directa en él”<sup>231</sup>.

Aparentemente existió por parte de Duhalde la promesa de constituir un gabinete negociado con la Alianza Democrática y en el cual también participarían los falangistas y los socialistas. Sin embargo, finalmente, se impuso la decisión de formar un ministerio integrado por socialistas, radicales minoritarios y militares<sup>232</sup>. Se dijo que esta fórmula había sido impuesta por el Partido Socialista, con la oposición de Salvador Allende<sup>233</sup>. En ese contexto, la CTCH decidió, inmediatamente después de conocida la formación del

nuevo ministerio, continuar adelante con el paro general suspendido el 31 de enero. El acuerdo del Consejo Directivo Nacional fue realizar una paralización por etapas, para llegar el 4 de febrero a la huelga general<sup>234</sup>. Sin embargo algunas federaciones, en especial aquéllas en que tenía influencia el Partido Socialista, se abstuvieron de participar, alegando la politización del conflicto.

El 8 de febrero el Consejo Directivo de la CTCH decidió suspender el paro nacional, luego que las autoridades acogieran algunas de las peticiones de los trabajadores, entre ellas algunas relacionadas con los trabajadores del salitre y la derogación del estado de sitio<sup>235</sup>.

Esta huelga general, relativamente prolongada pero en ningún caso “insurreccional”, deterioró las frágiles relaciones entre socialistas y comunistas. Desde la formación misma del Frente Popular esos vínculos estuvieron siempre plagados de contradicciones pese a que ambas fuerzas formaron parte de las coaliciones que eligieron a Aguirre Cerda y a Ríos.

Esta agudización coyuntural de conflictos con el Partido Comunista favoreció la implementación de la línea del “tercer frente”, dominante en el Partido Socialista desde el Congreso Extraordinario de mayo de 1945. Esta línea puede analizarse como el intento más serio de definir una estrategia reformista de parte del Partido Socialista<sup>236</sup>.

En el 9º Congreso de 1944 se apoderó de la dirección del partido un grupo que intentó definir una estrategia autónoma frente al Partido Comunista, inspirándose en las corrientes populistas, entonces en boga en América Latina. Desde el mismo origen del Partido ese sector había representado una de las tendencias que constituían la multiforme familia socialista. Básicamente ella pretendía la definición de un programa de cambios, de alcance anticapitalista pero diferente del propiciado por el socialismo marxista. A principios de 1946 el liderazgo de esa corriente nacional-populista fue asumido por el secretario general de la CTCH, Bernardo Ibáñez, ex comunista, conectado con el sindicalismo norteamericano. A diferencia de otros momentos en que la corriente populista-reformista representó un punto de vista de izquierda, por ejemplo criticando las debilidades de la política de las coaliciones de centro-izquierda, en esta ocasión se impuso la versión más derechista, caracterizada por un virulento anticomunismo, influido por la nueva situación internacional.

La coyuntura política generada por los sucesos de la Plaza Bulnes, la realización del paro nacional de los primeros días de febrero de 1946 y la formación de un gabinete con participación de militares y socialistas, tuvo una influencia muy decisiva en la constitución del campo de opciones para las elecciones presidenciales de 1946.

<sup>228</sup> EM, 4-2-1946, p. 7. Bernardo Ibáñez era también secretario general en propiedad del Partido Socialista.

<sup>229</sup> ES, 30-1-1946, pp. 1 y 6.

<sup>230</sup> ES, 31-1-1946, p. 5; ES, 1-2-1946, pp. 1 y 5.

<sup>231</sup> ES, 31-1-1946, p. 5.

<sup>232</sup> El gabinete completo incluía además un democrático. Ver Luis Valencia Avaria (compilador), op. cit., Tomo I, p. 455.

<sup>233</sup> ES, 3-2-1946, p. 1.

<sup>234</sup> ES, 2-2-1946, p. 1.

<sup>235</sup> ES, 8-2-1946, p. 1.

<sup>236</sup> Paul W. Drake, op. cit., pp. 277-278.

#### D.- EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Se ha dicho que después de la invasión de la Unión Soviética por las tropas nazis en julio de 1941, desapareció un importante factor de conflictos entre el Partido Comunista y sus aliados en las coaliciones de centro-izquierda, especialmente los socialistas. A fines de septiembre de 1939 el Partido Socialista había hecho pública una violenta declaración sobre el pacto germano-soviético, en la cual se acusaba a los soviéticos de coludirse con Hitler en el reparto de Polonia y de haber traicionado la lucha democrática<sup>237</sup>.

Por lo tanto, durante el período de Ríos las relaciones entre comunistas y socialistas no debieron estar tan interferidas por problemas internacionales. El clima de entendimiento generado por la coalición antifascista se prestaba para ello, a lo cual se agregaban las reiteradas pruebas de flexibilidad y realismo que los comunistas proporcionaron durante todo el período comprendido entre 1938 y 1945. La disolución de la Tercera Internacional, en 1943, también debió haber contribuido a mejorar las relaciones entre los socialistas y comunistas chilenos, dado que la disyuntiva internacionalismo versus latinoamericanismo los había separado en el pasado. Sin embargo, en la práctica, todo eso no favoreció una mejor aceptación del Partido Comunista. Más bien al contrario, la posición comprometida con la lucha antifascista de los comunistas chilenos fue uno de los factores que explicaron la actitud reticente de Ríos para solicitar su apoyo en la campaña presidencial de 1942, puesto que éste siempre se inclinó por una actitud neutralista.

Los factores internacionales que influenciaron la política socialista de la época fueron muy complejos y tuvieron relación con la situación de incertidumbre de la inmediata posguerra. En la ocasión que los socialistas reingresaron al gobierno, en febrero de 1946, el mundo vivía una tensa ambigüedad. Con la rendición de Alemania en mayo de 1945, se había desencadenado la lucha por el poder en Europa, pero en los países liberados por el ejército soviético todavía no existían “democracias populares” sino “gobiernos de coalición” con participación comunista. En Italia y Francia, en cuya respectiva liberación habían tenido un papel importante los “partisanos” o los “maquis” comunistas, también se habían instalado y todavía permanecían gobiernos de “unidad antifascista”, bajo el liderazgo de De Gasperi y De Gaulle, respectivamente. Además, hasta mediados de agosto de 1945 la guerra no estaba totalmente terminada porque se seguía combatiendo en el frente japonés. Todo esto influía en la actitud política de Estados Unidos hacia la Unión Soviética y de pasada en la situación chilena<sup>238</sup>.

Sin embargo, estos cambios en el escenario mundial no fueron los únicos factores internacionales que influyeron en la política del “tercer frente”, ni siquiera fueron los más importantes. En esa época habían surgido en Latinoamérica una serie de experiencias

nacional-populistas como el varguismo brasileño y el peronismo argentino. Esos dos movimientos cabían dentro del enfoque “tercerista”, puesto que pretendían realizar cambios de contenido popular y antiimperialista, pero rechazaban el marxismo y los sistemas socialistas de los países del Este e intentaban ser equidistantes en la lucha de las grandes potencias.

La antigua ilusión socialista de buscar un “camino propio” para su revolución, especialmente viva entre los sectores de tradición populista o “tercerista”, encontró un importante referente en esas experiencias sudamericanas, un ejemplo de superación práctica de la alternativa capitalista versus socialismo colectivista. Tanto los cambios producidos por el término de la guerra y las amenazantes conjeturas sobre el futuro como las experiencias populistas en América Latina influyeron en el Partido Socialista, favoreciendo la política del “tercer frente”.

Sin embargo, es muy interesante constatar que esos factores internacionales no influyeron en la conducta del Partido Radical para las elecciones de 1946. Su situación en el campo político no le dejaba mucho margen de maniobra. En la medida que la derecha no se interesaba por ofrecer oportunidades, los radicales debían mantener su esquema de alianza de centro izquierda, aunque no contaran con los socialistas.

#### E.- EL PROCESO DECISIONAL DE LA DERECHA: LA CONVENCIÓN

##### *Las esperanzas iniciales*

El 1 de julio de 1946, a menos de una semana de la muerte del Presidente Ríos, los partidos de la derecha habían conseguido ponerse de acuerdo sobre la realización de una Convención para elegir candidato en las elecciones que se realizarían el 4 de septiembre de ese mismo año. Desde varios puntos de vista el acuerdo conseguido representaba un gran éxito.

La celeridad de la decisión les permitía a los autodenominados “partidos de orden” obtener una ventaja sobre la coalición de centro-izquierda, todavía dividida y fragmentada. Además, los liberales y conservadores habían conseguido integrar a la Convención al recién creado Partido Agrario Laborista, combinación de elementos venidos del nacionalismo y del ibañismo. Esa incorporación permitía conjeturar que la candidatura de la derecha recogería la votación de esos sectores de impredecible comportamiento, pero que podían ser decisivos en caso de una elección estrecha. La incorporación a ese campo político de los partidos que habían acompañado a Ibáñez permitía una simplificación del cuadro político y un probable enriquecimiento de la votación derechista.

El acuerdo político para convocar a la Convención, que se realizaría el 6 de julio, fue completado con la elaboración de un detallado reglamento. Este precisaba desde las puertas de entrada que deberían usar los convencionales o la forma de utilización de las tribunas

<sup>237</sup> Julio César Jobet, op. cit., Tomo I, pp. 137-138; Heraldo Muñoz, “La política exterior de Chile” en Heraldo Muñoz et al., *Temas socialistas*, Vector, 1983.

<sup>238</sup> Fernando Claudin, *La crisis de la Internacional Comunista*, Tomo I, Editorial Ruedo Ibérico, 1968.

del Salón de Honor del Congreso hasta el número de votaciones diarias y el quórum para ser nominado candidato<sup>239</sup>.

El aspecto más importante del reglamento fueron las normas respecto a las votaciones. Se establecía que habría series, formada cada una por seis votaciones. En las tres primeras podría participar cualquier candidato, pero en la cuarta votación solamente participarían quienes habían conseguido los tres primeros lugares en la ronda anterior, y en la quinta y sexta quienes hubiesen obtenido las dos más altas mayorías en la cuarta. Para ser nominado candidato se exigía quórum calificado del 65 por ciento de los votos válidamente omitidos. A partir de la cuarta votación de cada serie serían considerados como no emitidos los votos asignados a otros nombres que los aceptados por la reglamentación. Las normas permitían la posibilidad de bajar el quórum al 60 por ciento de los votos válidamente emitidos. La decisión debía tomarla, sin apelación posible, una Comisión Especial.

El acuerdo político firmado entre los partidos les asignaba a conservadores y liberales la cantidad de 425 convencionales cada uno, mientras que los agrario-laboristas tenían derecho a nombrar 150 participantes. La paridad entre los dos partidos históricos significó un triunfo de los liberales en la negociación política, puesto que éstos tuvieron en 1945 una votación más baja. La ventaja de los conservadores había sido en 1937 de 0,6, en 1941 de 3,2 y en 1945 de 5,5, lo cual significaba que los liberales experimentaron en ese período un deterioro progresivo de su poderío electoral<sup>240</sup>.

El análisis de las normas de las votaciones llama la atención por las rigideces que crean. El quórum aprobado, 650 ó 600 convenciones de un total de 1.000, exigía que alguno de los partidos “grandes” renunciara a postular su candidato o que perdiera un número considerable de votos propios. Un postulante liberal o conservador necesitaría atraer 225 votos más que la totalidad de los convencionales de su partido. Esto significaba que la alianza entre un candidato de los “grandes” y el Partido Agrario Laborista no bastaba para asegurar la proclamación, puesto que juntarían como máximo 575 votos y no 650 ó 600 en caso de rebaja del quórum. Este sistema permitía el control de la Convención por parte de los partidos “grandes” y, al mismo tiempo, dificultaba enormemente la posibilidad de acumular la votación necesaria, a menos que un partido “grande” cediera en sus pretensiones o perdiera el control de sus convencionales. La alianza entre un “grande” y el partido “chico” requería de un suplemento de votación que debería desviarse del otro “grande”. El sistema de votaciones estaba calculado para impulsar una negociación triangular en caso de un acuerdo “chico” / “grande”.

<sup>239</sup> DI, 2-7-1946, pp. 1 y 7; EM, 2-7-1946, pp. 13 y 19. En la Secretaría de la Convención fueron nombrados, además de Víctor Santa Cruz, Héctor Correa Letelier por el Partido Conservador, Alejandro Hales por los agrario-laboristas y Ventura Marín por los liberales. En la comisión organizadora fueron nombrados Maximiano Errázuriz por los conservadores, Mariano Puga por los agrario-laboristas y Álvaro Orrego por los liberales.

<sup>240</sup> Ver cuadro N° 2.

Sin embargo, esta rigidez fue subvalorada por los comentaristas y por los dirigentes políticos en el corto tiempo transcurrido entre la adopción del acuerdo interpartidario y la inauguración de la Convención. En esas semanas la prensa de derecha demostró un franco optimismo, pese a que se sabía desde el principio que competirían cinco postulantes en la elección (Cruz-Coke por los conservadores, Francisco Bulnes, José Maza y Arturo Alessandri por los liberales, y Jaime Larraín por los agrariolaboristas)<sup>241</sup>.

Los artículos que se publicaron en los días subsiguientes al del acuerdo fueron interesantes, especialmente por el diagnóstico que contenían sobre la situación nacional. En ellos se hablaba de la necesidad de salvar al país de la corrupción, esto es, “de las garras de la desorganización administrativa, de la deshonestidad alarmante... y de la irritante acción de los organismos estatales para impedir el esfuerzo individual”. Se agregaba que el gobierno no tenía “otra mira que el socialismo de Estado”, el cual no podía “imperar en un país como el nuestro, enemigo de las doctrinas exóticas y solo deseoso de un progreso general, libre de marxismo”<sup>242</sup>.

Se hablaba del período comenzado en 1938 como “ocho años de increíbles desórdenes”, una fase de “orgía económica”, de “privilegios e intervenciones desastrosas”. Estas expresiones revelaban la opinión de la derecha sobre el intervencionismo estatal<sup>243</sup>. Se afirmaba que el país vivía una “atmósfera de ergástulo”, forma metafórica para decir que se había transformado en un lugar de esclavos, a causa del control económico ejercido por el Estado<sup>244</sup>. Para algunos el balance de los últimos años se resumía en productores agobiados por “huelgas injustificadas e ilegales” y “por pesadísimas cargas tributarias destinadas a aumentar una enorme burocracia, a costear viajes suntuosos y comisiones inútiles”<sup>245</sup>.

Los artículos periodísticos eran casi unánimes en la crítica de los últimos gobiernos. Se mostraban esos años como “tiempos infaustos”, infecundos, negándose importancia al esfuerzo desplegado a favor del sector manufacturero, o al desarrollo de condiciones de infraestructura necesarias para su expansión, por ejemplo la electrificación, o a la expansión de la asistencia técnica y el crédito estatal para los inversionistas privados, o a la creación de la Corporación de Fomento de la Producción, a las ventajas tributarias y arancelarias concedidas a los productores.

En los días previos a la inauguración de la Convención de las derechas la Confederación de la Producción y del Comercio, entonces presidida por Jorge Alessandri, publicó en la prensa una extensa declaración sobre temas económicos de actualidad y sobre el momento político. En ese documento se decía que el proceso inflacionario constituía “el más

<sup>241</sup> DI, 2-7-1946, p. 1.

<sup>242</sup> EI, 1-7-1946, p. 5.

<sup>243</sup> DI, 2-7-1946, p. 3.

<sup>244</sup> EM, 6-7-1946, p. 3.

<sup>245</sup> EI, 1-7-1946, p. 5.

grave de los problemas de la hora”, dado que era causa de intranquilidad social y provocaba una “descapitalización cada día mayor”. Según el análisis, el agravamiento experimentado en los últimos años se debía a la “política de aumentos jornales en porcentajes que excedían el mayor costo de la vida”. Especial mención se hacía a las medidas de carácter social que significarían mayores gastos para los empresarios, como el desahucio obrero y el pago de los domingos y feriados, proyectos que en ese entonces se estaban discutiendo en el Congreso. El documento afirmaba que la legislación social debería regirse por consideraciones económicas más que por lo que los autores denominaban el “aspecto sentimental y humano”<sup>246</sup>.

La declaración, firmada por todos los presidentes de las organizaciones empresariales de la Confederación, reflejaba también las opiniones de la derecha sobre las políticas de protección de los salarios y de mejoramiento de la legislación social que, junto con el fomento industrial, habían llevado a cabo los gobiernos radicales. Eran posturas tremendistas, silenciaban el papel de la centro izquierda en el impulsar el desarrollo hacia dentro. Estas opiniones, aparecidas días antes de la Convención, permiten comprender las limitaciones que la derecha tenía en materia de alianzas y en particular su dificultad de vincularse con sectores de centro, aun con aquellos que buscaron una opción de centro-derecha, intentando apoyar –como se verá más adelante– a Duhalde.

Tremendismo combinado con optimismo. En los días previos a la realización de la Convención la prensa adicta contrastaba la unidad de la derecha con la fragmentación de las izquierdas. Se decía que en los autodenominados “partidos de orden” no habían caído “en la confusión que provocan los personalismos”. Al contrario, la izquierda estaba “anarquizada”<sup>247</sup>. También se afirmaba que en la derecha había “tranquilidad y optimismo”, en tanto en la izquierda había incertidumbre. Se pronosticaba que si no deponían sus actitudes “para unir fuerzas”, la derecha ganaría “sin mayor esfuerzo”<sup>248</sup>.

En ningún momento la prensa de los “partidos de orden” pensó que la Convención podría fracasar. La tónica era que un evento que reunía a los “partidos que han sido sostenedores del orden constitucional y de la evolución dignificadora y progresista de la patria” se caracterizaría por el patriotismo<sup>249</sup>. Raúl Marín, en una proclama dirigida a los convencionales de la derecha, afirmaba que la Convención significaba un momento de esperanza porque pueblos de “historia milenaria” habían debido “reconquistar con las armas en la mano y a costa de mucha sangre un gobierno digno de ejercer la autoridad y de ser respetado”. La referencia era a la guerra civil española, considerada un hito civilizador. Según el articulista, la Convención representaba una gran oportunidad histórica porque el país venía “ya de vuelta”, confesando su error de 1938. Esa posibilidad de reconquistar

“gobierno legítimo” no era posible despreciarla: “No pueden esos partidos, por cuestiones de nombres, por intereses de hombres, defraudar a la nación”<sup>250</sup>.

Ese mismo tono triunfalista y esperanzado se repite en los artículos y comentarios publicados a propósito de la inauguración de la Convención, el 6 de julio. Un escritor entusiasta, quien firmaba con la rúbrica R, decía que la Asamblea Inaugural “enorgullecía al país”, especialmente por la atmósfera, “un fervor patriótico, casi místico, contagioso y vibrante” que se advertía en la concurrencia. Según el lírico observador, se mezclaban en ellas “grandes figuras de la política, viejos estadistas y modestos artesanos; hombres destacados de las finanzas y de los negocios al lado de modestos obreros provincianos”. Ese clima vibrante suscitó en el escritor “el recuerdo de la patria vieja, lejana y gloriosa, terrea en sus principios y limpia en sus actitudes”. La asamblea fue pintada como un momento de refundación<sup>251</sup>. Esto era posible porque el país había obtenido, según las palabras de Raúl Marín, la “madurez total”. “Como los pueblos no experimentan con las desgracias ajenas, había sido necesario vivir los gobiernos de izquierda”<sup>252</sup>. “La desgracia ajena”, otra obvia referencia emotiva a la guerra civil española.

El discurso inaugural, pronunciado por Joaquín Prieto Concha, presidente del Partido Conservador, tuvo la misma tónica. La idea central era que el pueblo se había recuperado de sus sueños y de sus alucinaciones, que había meditado “en el silencio de su hogar, presionado por el alza continúa de las subsistencias, por la ineficacia de su salario, por el despotismo de los sindicatos”. Junto con el pueblo había meditado también la clase media, cada día más pauperizada. Según el orador, de esa meditación colectiva había surgido una convicción unánime: “Cayó hecha pedazos la imagen falsificada de la división de los partidos en clases sociales”<sup>253</sup>.

La Convención empezó con un gesto alentador, el acuerdo en un orador común. Como dijo el mismo Prieto Concha al comenzar su discurso, con ello los partidos ofrecían “un ejemplo anticipado de su completo acuerdo y lealtad”. “Somos los mejores”, afirmaba, “y debemos conducirnos como se conducen los mejores”<sup>254</sup>. Sin embargo, las esperanzas se fueron debilitando con el correr de los días, hasta terminar destruidas.

### *El bloqueo de la Convención*

Desde la primera votación los convencionales aparecieron divididos entre cinco candidatos: un conservador, un agrario-laborista y tres liberales. ¿Quiénes eran y qué representaban cada uno de esos postulantes? Algunos de los candidatos, como Jaime Larraín y José Maza, fueron descritos al tratar la elección 1938.

<sup>246</sup> EM, 4-7-1946, p. 23.

<sup>247</sup> EI, 1-7-1946, p. 5.

<sup>248</sup> EM, 2-7-1946, p. 13.

<sup>249</sup> EM, 6-7-1946, p. 3.

EI, 6-7-1946, p. 4.

DI, 7-7-1946, p. 3.

EI, 6-7-1946, p. 4.

LN, 7-7-1946, pp. 1 y 20.

Ibid., p. 1.

El candidato conservador Eduardo Cruz-Coke era un médico que había elaborado algunas importantes leyes de medicina social, que tuvo un papel relevante en el desarrollo de la investigación médica y que además fue nombrado ministro de Salud a fines del gobierno de Arturo Alessandri<sup>255</sup>. Cruz-Coke representó un caso excepcional de político, pues desempeñó paralelamente un papel significativo en el campo científico. Por su actuación en la docencia y en la organización de la investigación biológica se ha hablado de él como “un promotor de la ciencia moderna en Chile”<sup>256</sup>. En el campo político había pasado del Ministerio de Salud al Senado, saltándose la carrera tradicional que comenzaba como diputado o como regidor. Era un político dotado de un gran carisma, quien representaba en su partido a las tendencias avanzadas de orientación socialcristiana.

Los tres postulantes en que iba dividido el liberalismo representaban líneas bastante claras de diferenciación. José Maza había sido precandidato en 1938, representando las posiciones más avanzadas dentro del Partido Liberal de la época, aunque no había podido competir seriamente contra Gustavo Ross<sup>257</sup>. En 1946 todavía expresaba a los sectores liberales partidarios de la necesidad de reformas sociales.

Francisco Bulnes Correa había sido presidente del Partido Liberal, era un importante abogado y empresario con intereses muy diversificados, repartidos en la agricultura, la banca, las compañías de seguros, la minería y la industria<sup>258</sup>. Diputado entre 1921 y 1927, estuvo ausente del Congreso hasta que en 1945 fue elegido senador en una elección extraordinaria. Se definía a sí mismo como un partidario de la “unidad de los partidos históricos”, por tanto como un liberal abierto a la posibilidad de apoyar, en caso de necesidad, a un candidato conservador. Aparentemente, representaba a las posiciones más derechistas del Partido Liberal, el equivalente de los “manchesterianos” en la elección de Ross. Sus adversarios lo criticaban porque no podía conseguir el apoyo de sectores de centro o de electores que habían apoyado anteriormente a Aguirre Cerda o Ríos<sup>259</sup>.

Arturo Alessandri era el tercer candidato del Partido Liberal. Este viejo político, que como se sabe, había sido ministro, diputado, senador, dos veces Presidente, era una figura que iba más allá de su colectividad política y que incluso trascendía a los partidos de la derecha. Se decía que representaba la mejor posibilidad de atraer alguna votación radical y de encarnar una opción de centro-derecha. Sin embargo, desde su primera presidencia había tenido relaciones muy conflictivas con los conservadores que, aunque se habían atenuado en su segunda administración, todavía representaban una herida sin cicatrizar.

<sup>255</sup> Lía Cortés y Jordi Fuentes, op. cit., Editorial Orbe, 1967.

<sup>256</sup> Hernán Courard, “Notas sobre el desarrollo de la biología en Chile. 1750-1959”, *Material de Discusión* N° 85, Flacso, p. 32.

<sup>257</sup> Ibid., pp. 53-61.

<sup>258</sup> *Diccionario Biográfico de Chile*, Séptima Edición (1948-1949), Empresa Periodística de Chile.

<sup>259</sup> DI, 2-7-1946, p. 4.

A estos candidatos liberales hay que agregar a Jaime Larraín García Moreno, incluido en 1938 en la quina de la Juventud Conservadora<sup>260</sup>. Era candidato del Partido Agrario Laborista y seguía planteando la representación funcional, lo que lo transformaba en un derechista atípico.

La primera serie de seis votaciones se llevó a efecto el 7 de julio. La inicial solo tuvo un carácter simbólico, puesto que los convencionales votaron, en general, por los presidentes de sus respectivos partidos. En la segunda votación participaron 993 convencionales, por lo que para ser proclamado era necesario obtener 643 sufragios. La primera mayoría la obtuvo Cruz-Coke con 384 votos, seguido por Jaime Larraín con 222, Francisco Bulnes con 196 y Arturo Alessandri con 158 votos. En la segunda serie los liberales perdieron 39 votos, que derivaron hacia Jaime Larraín. Los conservadores sacaron 40 votos menos que su cuota partidaria, los cuales también se sumaron a Jaime Larraín. Este último candidato obtuvo 72 votos más que los 150 convencionales de su partido<sup>261</sup>.

En la tercera votación de esta primera serie quedaron eliminados Francisco Bulnes y José Maza, circunscribiéndose la lucha a Cruz-Coke, Larraín García Moreno y Alessandri. Después de la cuarta votación, solamente quedaron en competencia Cruz-Coke y Arturo Alessandri. En las dos últimas votaciones del día el candidato conservador consiguió complementar la totalidad de su cuota partidaria ganando respectivamente 11 y 10 votos por encima de ese total<sup>262</sup>.

Entre el 8 y el 9 de julio se repitieron las votaciones. En ellas se mantuvo el predominio relativo de Cruz-Coke sobre los otros candidatos, pero sin que lograra la totalidad de los votos de los convencionales de su partido y sin que lograra los sufragios requeridos.

Este día fue importante, aunque no hubo cambios esenciales en el desarrollo de las votaciones. Se desencadenó un “bochornoso incidente” entre los partidarios de Cruz-Coke y Arturo Alessandri. La prensa relata que, al ingresar el ex presidente al Salón de Honor, “elementos infiltrados” entre los simpatizantes del candidato conservador profirieron “expresiones injuriosas” y “promovieron un incidente de tal magnitud que hubo necesidad de que intervinieran fuerzas políticas para ponerle término”<sup>263</sup>. Aparentemente, los injuriosos enrostraron a Alessandri las muertes del Seguro Obrero<sup>264</sup>. El ex presidente amenazó con retirarse de la Convención, recibiendo todo tipo de excusas y explicaciones. Este incidente seguramente reactivó los viejos resquemores de Arturo Alessandri hacia los conservadores, con los cuales se había enfrentado tan duramente entre 1920 y 1924.

Se caracteriza a Jaime Larraín en el acápite consagrado a la quina de la Juventud.

Los 79 votos que perdieron conservadores y liberales se distribuyeron así: 72 votos para Larraín y 7 votos en blanco.

LN, 8-7-1946, p. 17; EM, 8-7-1946, p. 1.

EM, 10-7-1946, p. 21.

LH, 10-7-1946, p. 3.

Todavía ese día algunos diarios de derecha proyectaban una imagen positiva de la Convención, pese al “bochornoso incidente” y a la esterilidad de tres días de incesantes votaciones. El diario conservador decía que la Convención había proporcionado “un edificante espectáculo de civismo, de cultura política y de normas democráticas” y reiteraba la esperanza de que pronto se alcanzarían “los resultados que toda la nación anhela y espera”<sup>265</sup>.

La cuarta serie de votaciones se realizó el 10 de julio. Lo sucedido ese día fue clave. En las tres primeras votaciones se había mantenido la tendencia de los días anteriores, con Cruz-Coke en el primer lugar pero sin que lograra aglutinar la totalidad de los votos conservadores. A partir de la cuarta votación, Maza y Bulnes llamaron a apoyar a Cruz-Coke, según se dijo sin pacto previo. En las dos últimas votaciones del día el candidato conservador obtuvo 529 y 526 votos, respectivamente<sup>266</sup>. A su vez Arturo Alessandri llamó a apoyar a Jaime Larraín, obteniendo éste 412 y 429 votos, respectivamente.

Parecía vislumbrarse una solución a través del apoyo a Cruz-Coke de una parte importante de los convencionales liberales. Los partidarios del candidato conservador, quien despertaba un entusiasmo inusual entre las parsimoniosas huestes de su partido, habían vitoreado la decisión de Bulnes y de Maza, con la esperanza de que significara un paso definitivo. Esa noche el candidato hizo a ambos una visita de cortesía en sus respectivas casas. El transcurso de la Convención había demostrado la capacidad de movilización de los partidarios de Cruz-Coke y la adhesión, casi fanática, que despertaba<sup>267</sup>.

Sin embargo, en los días siguientes las esperanzas se diluyeron. La quinta serie tuvo lugar el 11 de julio. En ella funcionaron para todas las votaciones las mismas alianzas que se habían presentado los días anteriores. Los resultados demostraron que el bloqueo continuaba, pese a la aprobación de la rebaja del quórum<sup>268</sup>.

En la primera confrontación de la nueva serie Cruz-Coke estuvo más cerca que nunca del triunfo, consiguiendo 543 votos, en circunstancias que el quórum era de 577 votos. Pero en las siguientes rondas Arturo Alessandri logró recuperar algunos votos que había perdido pero sin detener la dispersión de sus adeptos, los que siguieron apoyando a Jaime Larraín<sup>269</sup>. Este no podía ganar a menos que consiguiera el apoyo de los partidarios de Bulnes y de Maza, pero era capaz de impedir que Cruz-Coke triunfara. El objetivo de Alessandri parecía ser, más que su propio triunfo, impedir la proclamación de Cruz-Coke.

En la sexta serie de votaciones, celebrada el día 12 de julio, fracasó la operación de elegir a Cruz-Coke con el apoyo de parte de los votos liberales. Los convencionales liberales y agrario-laboristas decidieron votar en blanco en las votaciones de la mañana, con el

objetivo de ganar tiempo. En las negociaciones que tuvieron lugar en la noche del 11 y en la mañana del 12 de ese mes los dirigentes liberales intentaron conseguir el apoyo de los agrario-laboristas para Arturo Alessandri. Pero esas gestiones fracasaron. Si se hubiese producido la unidad liberal en torno al ex Presidente y esta postulación hubiese contado con apoyo adicional, se habría desbloqueado la situación. Pero eso no ocurrió.

En las votaciones de la mañana Cruz-Coke punteó de nuevo, pero quedando por debajo de la cuota de convencionales de su partido. El 13 de julio se desarrolló la séptima y última serie de votaciones de la Convención. La pauta se mantuvo. Cruz-Coke sacó el mayor número de votantes pero sin conseguir los sufragios necesarios. No hubo voluntad política de llegar a un acuerdo. El Partido Conservador mantuvo su apoyo a Cruz-Coke, pese a que no alcanzó la cifra señalada. Los liberales no estuvieron en condiciones de inclinar la balanza ni a favor de un candidato liberal, contando con los votos de los agrario-laboristas, ni a favor de Larraín García Moreno movilizándolo sus votos, ni menos a favor de Cruz-Coke, pese a que consistentemente obtuvo la primera mayoría. La Convención estaba fracasada.

#### *La suspensión de la Convención*

Al terminar la séptima serie de votaciones se hizo evidente la situación sin salida. José Maza declaró que el fracaso se debía a la “torpeza e intransigencia de otros sectores”, sin precisar si se refería a los conservadores o a los agrario-laboristas. Advirtió que la situación era irremediable y que con ello la derecha cometía un grave error.

En la tarde del día 13 los parlamentarios conservadores se habían reunido para analizar la situación, sabiendo ya que las votaciones de la tarde no resolverían nada. Tomaron la decisión de mantener la candidatura Cruz-Coke porque ésta “contaba con la primera fuerza de votos dentro de la Convención”<sup>270</sup>. Al día siguiente *El Diario Ilustrado*, en una pequeña columna firmada por el diputado Raúl Irrarrázaval, formuló muy claramente las razones de esta actitud: debía reconocerse el mejor derecho de los conservadores porque era el partido más fuerte de la derecha y del país, porque su candidato producía unidad interna y tenía gran popularidad fuera del partido y, finalmente, porque los conservadores siempre habían cedido el paso a otros candidatos<sup>271</sup>.

Pese a que la situación estaba prácticamente consumada, el diario *El Imparcial* (independiente de derecha) publicó un editorial donde hacía un último llamado a la cordura y sensatez de los dirigentes políticos. Se titulaba “Horas gravísimas de severas reflexiones” y afirmaba que en la Convención se había reunido “la elite de Chile”, “los más grandes valores de nuestra política”, “estadistas de primera fila; luchadores de nuestras jornadas cívicas y una juventud entusiasta y animosa”. Se habían juntado, decía el articulista, “para asegurar los destinos de Chile”, “para iniciar una era de verdadera reconstrucción

<sup>265</sup> DI, 10-7-1946, p. 3.

<sup>266</sup> El día anterior la Comisión Organizadora decidió disminuir de seis a cinco el número de votaciones de cada serie.

<sup>267</sup> DI, 11-7-1946, p. 1.

<sup>268</sup> DI, 11-7-1946, p. 1.

<sup>269</sup> EM, 12-7-1946, p. 7.

<sup>270</sup> LN, 14-7-1946, p. 1.

DI, 14-7-1946, p. 1.

nacional”. Con un lenguaje donde se mezclaban la esperanza con la irritación conminaba a los “más destacados elementos cualitativos de nuestra ciudadanía” a asumir sus responsabilidades y a “abatir todo sentimentalismo ante la consideración del daño que significaría para la República el fracaso de la Convención”. El editorialista afirmaba apasionadamente: “No; eso no puede ser ni será”<sup>272</sup>.

Sin embargo el diario, en la misma edición, anunciaba la suspensión indefinida de la Convención, después de ocho días de funcionamiento y de una seguidilla de 38 votaciones. En la mañana se habían reunido los dirigentes de los partidos convocantes y después de largas deliberaciones habían decidido suspender el evento. El escueto comunicado emitido decía lo siguiente: “En vista que el sistema de votaciones establecido para el funcionamiento de la Convención Presidencial que ha estado celebrándose, no ha logrado el objeto de designar candidato, las directivas de los partidos Liberal, Agrario Laborista y Conservador han resuelto suspender la Convención sin perjuicio de nuevos acuerdos que entre dichos partidos pudieran celebrarse en relación con la elección de Presidente de la República”<sup>273</sup>.

El presidente del Partido Conservador declaró que se trataba de “buscar una fórmula más viable” en vista de la inoperancia del sistema de votaciones. Aseguró que su partido no escatimaría “sus esfuerzos para llegar a una solución armónica”. A su vez Alessandri formuló “sus fervientes votos para que se llegue luego a la designación de un candidato”. El presidente del Partido Liberal hizo una taxativa declaración: “Los partidos no han fracasado, lo que no respondió fue el sistema de las votaciones establecido bajo el apremio de las circunstancias”. Como todos los demás, afirmó que todavía era posible encontrar un nuevo procedimiento “para reemplazar al que no llevó al resultado que se perseguía”.

El mismo día 14 de julio se reunió la Junta Ejecutiva del Partido Conservador con los convencionales. En el discurso pronunciado por el presidente se decía que el partido había “dado al país el espectáculo de nuestra magnífica disciplina y organización política”. Subrayó que “tenían el mejor hombre” y que habían recibido peticiones, entre otras de la Juventud, para proceder a proclamar a Cruz-Coke. Instó a los convencionales a tener confianza en la Junta Directiva.

Bernardo Larraín, preocupado de la unidad, criticó la “intransigencia de la directiva”. Respondió Luis Gutiérrez Alliende, vinculado desde los tiempos de la Juventud Conservadora de 1938 a la corriente social cristiana. Dijo que la responsabilidad del fracaso de la Convención no podía volcarse sobre el Partido Conservador, que se había respetado la libertad de voto de los convencionales conservadores y que Cruz-Coke representaba “un movimiento renovador acerca de lo que se entiende por derecha en todo el mundo”. “En el mundo –dijo– las masas se acercan y robustecen a los partidos que ofrecen soluciones

cristianas al problema social”, como era el caso de Francia e Italia con Bidault y De Gasperi. Los oradores siguientes apoyaron los conceptos de Gutiérrez. Finalmente habló el candidato, quien dijo que “lo que se ha llamado intransigencia no es otra cosa... que espíritu nuevo con que darle vida a nuestro régimen de decadencia”<sup>274</sup>.

Las promesas de que se buscarían fórmulas de arreglo eran bien intencionadas pero irreales. Los incidentes de la Convención habían deteriorado las relaciones entre los partidos y multiplicado las mutuas suspicacias. Arturo Alessandri declaró a la prensa: “Fuimos invitados a esta Convención para elegir un candidato y no para imponer a determinada persona”. Agregó estas palabras, cuyo contenido revelaba sus apasionamiento: “La actitud de los conservadores nos permite suponer lo que sería un gobierno de este partido. Pretenden imponer una época portaliana sin tener un Portales y en circunstancias que el Portales que tienen no le llega al tobillo al verdadero”<sup>275</sup>.

Tenía razón el articulista radical del diario radical *La Hora* cuando, con estilo sardónico, realizó el siguiente balance: “Con esto ha terminado una Convención de partidos de orden en la que no ha habido ni orden ni candidato ni doctrina ni convención”<sup>276</sup>. Se realizaron todavía otros esfuerzos por salvar la situación. Ellos fueron la convención de parlamentarios y el Tribunal de Honor. Los dos fracasaron.

#### *Los últimos esfuerzos*

El 24 de julio de 1946 se reunió el Directorio General del Partido Conservador y proclamó la candidatura de Cruz-Coke, solicitando el apoyo de los liberales y los agrario-laboristas. La declaración emitida recordaba que desde hacía 85 años, cuando la fusión liberal-conservadora eligió Presidente de la República a José Joaquín Pérez, “el Partido Conservador ha venido prestando su generoso apoyo para elegir a todos los presidentes liberales que ha tenido el país”<sup>277</sup>.

El voto aprobado en el directorio del Partido Conservador contenía un último punto que hizo resurgir las esperanzas y dio lugar a agitadas gestiones de arreglo. Allí se afirmaba que “como una última manifestación del propósito del Partido Conservador de llegar a una solución de armonía... la proclamación acordada surtirá efecto a partir del sábado próximo”<sup>278</sup>.

Ese mismo día el Directorio General del Partido Liberal proclamó la candidatura de Arturo Alessandri el 24 de julio, el mismo día de la proclamación de Cruz-Coke.

<sup>272</sup> DI, 14-7-1946, p. 3.

<sup>273</sup> EI, 14-7-1946, p. 5.

EI, 14-7-1946, p. 1.

DI, 14-7-1946, p. 8.

EI, 15-7-1946, p. 5.

EI, 23-7-1946, p. 3.

EI, 25-7-1946, p. 5.

En todo caso ambas colectividades aceptaron participar de un Tribunal de Honor, intento desesperado de conseguir un acuerdo. El presidente del Partido Conservador propuso un cambio respecto a la indicación del Partido Liberal. Este había propuesto un quórum de cuatro, lo que significaba usar el principio de mayoría. El Partido Conservador planteó un quórum de cinco, lo que dificultaba la decisión<sup>279</sup>.

El 29 de julio, a las once de la mañana, se reunió el Tribunal de Honor, formado por tres representantes de los dos partidos históricos y uno de los agrariolaboristas<sup>280</sup>. Después de casi siete horas de discusiones el Tribunal de Honor suspendió sus sesiones sin llegar a ningún acuerdo. Según el acta establecida, los representantes conservadores no estuvieron dispuestos a transar la candidatura de Cruz-Coke, “la única, según ellos, que... daba seguridad de triunfo a la derecha en los próximos comicios”. Los representantes de los otros partidos no compartieron este punto de vista y propusieron abrir discusiones sobre otros nombres, incluyendo algún correligionario de Cruz-Coke. Los representantes conservadores estimaron “inoficioso seguir considerando el asunto”<sup>281</sup>.

En la noche el presidente del Partido Liberal habló por cadenas de radios, culpando a los conservadores del fracaso de las gestiones de unidad. “Los liberales –afirmaba el presidente del partido– procedimos con mucha más amplitud de criterio, como consta del acta del Tribunal. Nuestros representantes propusieron varios nombres de distinguidos servidores del país, pertenecientes al Partido Liberal y Agrario Laborista y también otros pertenecientes al propio Partido Conservador”. En tono melancólico concluyó: “Todo fue en vano”.

Al día siguiente el presidente del Partido Conservador asumió la defensa de su colectividad revelando algunos hechos desconocidos. Según Prieto Concha, el 14 de julio en la mañana había recibido la información de que los agrario-laboristas habían decidido, por “razones patrióticas”, apoyar a Cruz-Coke. Simultáneamente el presidente del Partido Liberal lo notificó de la suspensión de la Convención. Prieto Concha contó que “había suplicado” a su homólogo liberal la realización de las votaciones de ese día, pero éste se había negado. El presidente del Partido Conservador calificó el incidente como un “últimátum”, recibido “en el momento mismo en que Cruz-Coke podía ser consagrado candidato por la Convención”. Finalmente, se preguntaba: “¿Qué motivos tan graves podrían existir para repudiar con determinación inquebrantable la figura... de un hombre, precisamente... el más popular, el que pedían los gremios, los obreros, la masa popular?”<sup>282</sup>

<sup>279</sup> DI, 25-7-1946, pp. 1 y 8.

<sup>280</sup> EM, 29-7-1946, p. 25.

<sup>281</sup> El lugar de reunión fue un departamento del Hotel Carrera. Algunos de los asistentes fueron Héctor Rodríguez de la Sotta y Eduardo Irrarrázabal por el Partido Conservador; Gregorio Amunátegui y Gustavo Rivera por el Partido Liberal, y Osvaldo de Castro por el Partido Agrario Laborista. Sobre este último la prensa informa que era militante liberal.

<sup>282</sup> EM, 30-7-1946, pp. 17 y 23.

En realidad, ¿por qué esta oposición tan tenaz? Varios factores actuaron en contra de Cruz-Coke, quien pretendía desbordar el campo de la derecha. El primer elemento importante fue la tradición de laicismo y anticlericalismo de los dirigentes del liberalismo, cuya base filosófica era el positivista del siglo pasado.

El segundo elemento fue el programa de Cruz-Coke, inspirado en los principios del social cristianismo<sup>283</sup>. Las pretensiones de renovación del candidato y su constante referencia a las experiencias de Italia y Francia, esos intentos de “humanización del capitalismo” que ya empezaban a perfilarse, no eran compatibles con el cerrado punto de vista de las dirigentes liberales y de las principales organizaciones empresariales.

El tercer elemento fue la oposición por parte de Arturo Alessandri. La actitud del ex Presidente tuvo que ver, como se ha indicado, con problemas del pasado. Entre 1920 y 1924 los conservadores se opusieron al gobernante reformador sin renunciar a ningún medio; esa oposición que terminó en el golpe militar de 1924<sup>284</sup>. Esos viejos resquemores, apaciguados por la colaboración conservadora durante el segundo gobierno, fueron reactivados por la tenacidad con que ese partido sostuvo a Cruz-Coke, oponiéndose a los intereses políticos del viejo caudillo. A éste debió parecerle una irreverencia que otro político derechista, especialmente si era conservador, pretendiera disputarle los favores de la masa. Además, la familia Alessandri tenía un gran peso tanto en el Partido Liberal como en la derecha. El padre había sido en dos oportunidades Presidente y en otra elección había sido derrotado por Juan Esteban Montero; además era senador en ejercicio y presidente del Senado. Sus hijos Fernando y Eduardo eran senador y diputado, respectivamente, y su hijo Jorge dirigía la organización empresarial más importante.

La existencia de conflictos no era un dato nuevo en las relaciones entre conservadores y liberales. Al ser partidos que disputaban un mismo espacio político, sus relaciones se habían caracterizado siempre por tensiones y antagonismos basados en la necesidad de diferenciación y en la mutua competencia. El elemento original de la situación fue que los conservadores decidieron rechazar el veto contra sus pretensiones presidenciales, rechazo basado en la presunción de que la confesionalidad del partido restringía las posibilidades de triunfo. Los conservadores actuaron con la convicción de que era su momento y que tenían un candidato competitivo.

La unidad de los conservadores en torno al candidato se debió más al deseo de aprovechar esa oportunidad política que a un acuerdo total con el ideario socialcristiano. Convertidos desde 1932 en la primera fuerza electoral del sector y teniendo un candidato carismático planearon exigir sus “mejores derechos”. La respuesta fue negativa.

DI, 31-7-1946, pp. 1 y 10.

<sup>284</sup> EM, 4-7-1946, p. 23. Jorge Alessandri era el presidente de la Confederación y Hernán Videla era presidente de la Sociedad Nacional de Minería.



### *La candidatura de Duhalde o un intento de alianza de la derecha con el centro*

Coincidiendo con la suspensión el 14 de julio de 1946 de la Convención de los partidos de derecha se empezó a hablar de la posibilidad de constituir en torno a Duhalde, entonces Vicepresidente de la República, una candidatura de carácter “nacional”. Ella contaba al principio con el apoyo de los “radicales disidentes”, del Partido Socialista y de algunos sectores del fragmentado Partido Democrático. Los sostenedores de esa postulación creían que se podrían agrupar, en torno a Duhalde, “elementos de alta valía de las actividades productoras y de distintas ideologías políticas”<sup>285</sup>. Se planteaba que su candidatura pretendía evitar los riesgos de una polarización y buscaba “evitar (los) trastornos de las actividades nacionales que siempre acompañan a contiendas cívicas enconadas cuando dos fuerzas divergentes se empeñan por llegar al poder”<sup>286</sup>.

El sector político que impulsaba con más fuerza esta alternativa era el Movimiento Democrático Radical. Inicialmente no se organizaron como partido separado, esperando el desarrollo de los acontecimientos políticos. Esto significa que esperaron el surgimiento de una candidatura con una base “nacional” que agrupara desde radicales hasta socialistas y que, incluso, pudiera convertirse en un polo de atracción para los liberales. El Vicepresidente Duhalde llenaba los requisitos para llegar a ser el líder de un movimiento de ese tipo. En todas las ocasiones en que el Presidente Ríos había debido abandonar el cargo, sea por viaje o por enfermedad, lo había sustituido. Después de su muerte asumió en propiedad la Vicepresidencia. Era, sin la menor duda, el heredero político del estadista recién fallecido. Compartía con éste, además del ideario radical, un profundo y visceral anticomunismo y la tendencia a defender las prerrogativas presidenciales en contra de lo que ambos identificaban como las exageradas intromisiones de los partidos.

Este avezado político, que había tenido un efímero paso por el Ejército, era abogado, agricultor y también hombre de negocios<sup>287</sup>. Su actuación como vicepresidente, en el afiebrado período de comienzos de 1946, le había permitido atraer a los debilitados socialistas, a quienes incorporó al ministerio, y le había granjeado las simpatías de los “partidos de orden”. Entre los personeros del Partido Radical era el único que tenía posibilidad de constituir una alianza que compitiera en amplitud con la que apoyaba a González Videla.

<sup>285</sup> La primera elección de mandatario bajo el régimen presidencialista fue en 1925, cuatro días después del plebiscito presidencial. En ella ganó Emiliano Figueroa, del Partido Liberal Democrático, contra el candidato populista José Santos Salas. La derecha actuó unida pero el mandato fue interrumpido por intervención militar. En 1927 no hubo una elección competitiva, ya que Ibáñez fue candidato único. En 1931 se realizó una elección competitiva, pero la derecha se dividió entre Juan Esteban Montero (radical) y A. Alessandri, que en esa ocasión se ubicaba más a la izquierda. En 1932 la votación derechista se fragmentó entre Alessandri, quien contó con el apoyo radical (54,8%), el conservador Rodríguez de la Sotta (13,8%) y el liberal Enrique Zañartu (12,5%).

<sup>286</sup> EI, 14-7-1946, p. 1.

<sup>287</sup> Ibid.

A los pocos días de ser publicados los primeros rumores sobre la posibilidad de que Alfredo Duhalde fuera candidato, se concretó su proclamación por parte del Movimiento Democrático Radical, el Partido Socialista y una fracción del Partido Democrático. Todavía, sin embargo, los partidos de derecha estaban intentando llegar a acuerdos, pese al fracaso de la Convención. En ese momento la fórmula propuesta era la realización del cónclave de parlamentarios<sup>288</sup>. Es interesante constatar que los partidarios de Duhalde no esperaron el término definitivo de las negociaciones entre liberales, conservadores y agrario-laboristas. Lanzaron su ofensiva electoral cuando todavía las directivas de “los partidos de orden” hacían esfuerzos por conseguir un candidato que representara a las fuerzas participantes en la Convención.

La proclamación de Duhalde por parte del Partido Socialista constituyó un hecho político muy significativo. El Comité Central se reunió el 17 de julio y escuchó, en primer lugar, a Gabriel González Videla. Según la información de prensa, en esa reunión “reinó un ambiente de cordialidad”. Los miembros del Comité Central socialista expresaron su aprecio al candidato diciendo que “reconocían en él a un político de alta valía y a un espíritu abierto a las inquietudes y aspiraciones de la clase obrera”. Pero, pese a los elogios tributados al candidato radical, los socialistas proclamaron a Alfredo Duhalde. En la misma ocasión designaron a una comisión electoral de seis miembros, entre los cuales figuraba Salvador Allende<sup>289</sup>. Hay contradicciones en la información existente respecto al consenso para proclamar a Duhalde. Mientras *La Nación*, diario adicto al Vicepresidente, señalaba que éste fue proclamado por unanimidad, otras informaciones hablaron de una votación dividida<sup>290</sup>.

La postulación de Duhalde representa un intento de redefinir las coaliciones que desde 1938 triunfaron en las elecciones de presidente. En 1946 el sector mayoritario del Partido Radical intentó crear el mismo tipo de coalición de centro izquierda, exitosa en 1938 y 1942, para apoyar a González Videla. Pero no lo logró porque el Partido Socialista estaba dirigido por un grupo que tenía un proyecto de tipo social demócrata. En sustitución de este tipo de alianza el sector minoritario del partido gobernante, agrupado en el Movimiento Democrático Radical, intentó formar una coalición “nacional” que debía abarcar desde sectores de derecha hasta sectores de izquierda<sup>291</sup>.

Para cumplir este objetivo, luego de la proclamación de Duhalde por los partidos Socialista, Movimiento Democrático Radical y Democrático, los dirigentes de esa precandidatura solicitaron el apoyo del Partido Liberal. Esa colectividad decidió dejar en suspenso la petición esperando que se dilucidaran una serie de incógnitas, entre ellas la

<sup>288</sup> *Diccionario Biográfico de Chile*, op. cit.

<sup>289</sup> LN, 18-7-1946, p. 9; LH, 19-7-1946, p. 1.

<sup>290</sup> LN, 18-7-1946, p. 9.

<sup>291</sup> Paul Drake, op. cit., pp. 277-281.

relativa a las negociaciones todavía no terminadas, entre los partidos participantes en la Convención de la derecha (liberales, conservadores y agrario-laboristas)<sup>292</sup>.

El manifiesto que firmaron los partidos que patrocinaban la candidatura de Duhalde enfatizaba dos ideas centrales: la “energía” con que el candidato enfrentó la “anarquía” sembrada por “algunos sectores políticos” y la capacidad que tuvo entonces de formar una coalición amplia de partidos en pro de una “democracia constructiva”, su eslogan para el futuro<sup>293</sup>.

Aproximadamente una semana después de la proclamación de Duhalde por parte de socialistas, de los “minoritarios” radicales y de una fracción democrática comenzaron oficialmente las gestiones de formación de una alternativa del tipo “tercer frente”, esto es, de una alianza en que participarían fuerzas de izquierda, derecha y centro. El 26 de julio se reunieron algunos dirigentes liberales, de entre los cuales la figura más importante era el senador José Maza, con personeros del Movimiento Democrático Radical. De esas reuniones surgió una fórmula concreta que los disidentes radicales propusieron a liberales y agrario-laboristas. El procedimiento consistía en formar otro “tribunal de honor”, integrado por seis liberales, cuatro radicales democráticos y tres socialistas, tres agrario-laboristas y dos democráticos. Esta instancia debería pronunciarse entre Duhalde, Larrain García Moreno y Arturo Alessandri<sup>294</sup>. Aunque el Movimiento Democrático Radical<sup>295</sup> flexibilizó su proposición, aceptando disminuir su representación en la “Convención chica” de cuatro a tres representantes, las gestiones fracasaron el 31 de julio. Los radicales democráticos no podían aceptar otro candidato porque se les desarmaba la coalición del “tercer frente”; a su vez los liberales no estaban en condiciones de apoyar a un candidato de otro partido.

El 2 de agosto Duhalde aceptó la candidatura a la presidencia, pronunciando un discurso-programa. Defendió su gestión gubernamental y en particular su actitud ante los acontecimientos de la Plaza Bulnes y ante la huelga general decretada por la CTCH, coyuntura en la que –según Duhalde– el Partido Comunista estuvo a punto de “derribar las instituciones”.

Afirmó que “los sucesos ocurridos a fines de enero... no fueron fortuitos sino que obedieron a un plan calculado para precipitar el desenlace de la cuestión presidencial de modo subversivo y en pugna con la verdadera voluntad del país”. Duhalde sostuvo una actitud de franca beligerancia frente al Partido Comunista, llegando a afirmar que “la nación (debía) levantarse en contra de los cómplices de esa secta internacional”.

<sup>292</sup> Sobre las conexiones entre el sindicalismo norteamericano y Bernardo Ibáñez ver Paul Drake, op. cit., pp. 271-272.

<sup>293</sup> EL, 18-7-1946, p. 1.

<sup>294</sup> LN, 19-7-1946, p. 1.

<sup>295</sup> EM, 25-6-1946, p. 27.

En el terreno programático Duhalde se presentó como un continuador del estilo de desarrollo instaurado en 1938 con el triunfo de Aguirre Cerda, sosteniendo la necesidad de un fomento industrial apoyado en el Estado, la urgencia de modernizar la agricultura (dentro de los límites de las relaciones sociales existentes) y la necesidad de abaratar el crédito bancario. El Vicepresidente caracterizó su candidatura como de “avanzada social”, planteándose como el continuador legítimo de los gobiernos de centro-izquierda. Criticó la posición de los partidos de derecha respecto a la esterilidad de los ocho años de gobierno radical, pues había sido un período constructivo. Terminó su discurso afirmando que la única alianza posible y sólida era aquélla que había sostenido su mandato desde principios del año 1946<sup>296</sup>.

Dos importantes diarios de derecha, *El Diario Ilustrado* y *El Imparcial*, se lanzaron en picada contra Duhalde, sosteniendo que su candidatura representaba la continuidad de los “programas de izquierda” planteados en 1938 y 1942. El órgano conservador sostuvo que nada de lo ofrecido por el candidato servía “para hacer gobierno” y que no había hecho otra cosa que “repetir promesas y aspiraciones que ya oímos a los anteriores candidatos de izquierda”. Para los conservadores, el programa ofrecido por Duhalde representaba la continuación de la experiencia que había traído consigo “el estagnamiento de la producción, con la ola de huelgas ilegales, con el recargo inmoderado de impuestos y gravámenes, con la intervención estatal exagerada y arbitraria”. Para el diario conservador, Duhalde había marchado, sin darse cuenta quizás, “en la misma línea opresora de la iniciativa particular y de los legítimos derechos de las industrias”<sup>297</sup>.

El diario *El Imparcial*, que expresaba a sectores liberales relativamente moderados, afirmaba, más o menos, lo mismo. Según ese órgano de prensa “ambos candidatos radicales –el uno en íntima camaradería con la secta moscovita, antichilena por definición, y el otro haciendo protesta de su anticomunismo “(eran) entrambos... los continuadores del Frente Popular”, una coalición que había producido la desintegración moral y material de Chile. El editorial de *El Imparcial* representaba un llamado a no dejarse engañar por las promesas de Duhalde, el cual representaría un “continuismo devastador”<sup>298</sup>.

Como se ve, la derecha estaba marcada por la experiencia de las coaliciones de centro-izquierda. Ella veía al Partido Radical como provocador del “intervencionismo estatal” agobiante, como una fuerza que había contribuido a la desintegración nacional, que había promovido el desorden (permitiendo las huelgas ilegales) y que había favorecido la demagogia. Los partidos de derecha no apreciaban la intervención estatal como política de modernización burguesa, lo que era expresivo de su mentalidad. No perciben que las coaliciones de centro izquierda, calificadas como devastadoras o diabólicas, colaboraban en

LH, 2-7-1946, p. 1.

EM, 3-8-1946, p. 1; LH, 3-8-1946, pp. 1 y 14; LN, 3-8-1946, pp. 1 y 3.

DI, 4-8-1946, p. 3.

la dominación defensiva, la cual aseguraba la reproducción del sistema en lo fundamental, pero con transacciones que no eran apreciadas por la elite dominante. Ello porque esa elite defendía los intereses de un bloque que, por ejemplo, se negaba a realizar políticas sociales en el campo o le atribuía al alza de salarios solo aspectos negativos, sin captar que en una importante proporción, estimulaba, por lo menos por un momento, la demanda interna.

A su vez, la actitud de rechazo de los comunistas hacia Duhalde era comparable a la de ciertos sectores de la derecha. Duhalde era visto como un candidato antiobrero. Lo demostraba la masacre de la Plaza Bulnes, la disolución de sindicatos, el alza de los artículos de primera necesidad (como el azúcar). Había participado activamente en “andanzas contra el gobierno de... Pedro Aguirre Cerda” desde el Ministerio de Defensa y, finalmente, había sido miembro de la Asociación de Amigos de la Alemania Nazi.

Según *El Siglo*, la afinidad del grupo minoritario del radicalismo con “lo más oscurantista de la oligarquía, con los grandes terratenientes semif feudales” era “un hecho que (saltaba) a la vista”<sup>299</sup>. La declaración oficial del Partido Comunista, realizada a través de la Comisión de Prensa y Propaganda del Comité Central, repetía las mismas ideas con dos agregados: acusaba a Duhalde de preparar el terreno para un golpe de Estado en caso de que ganara González Videla y denunciaba a los dirigentes socialistas que habían apoyado al Vicepresidente como “elementos trotskistas”<sup>300</sup>. *Vade retro Satanas!* Con ese epíteto se acababa la discusión.

El 11 de agosto se conoció la renuncia de Arturo Alessandri a su candidatura sobre la base de un pacto de reciprocidad con Duhalde. Esto permitió a la Junta Ejecutiva del Partido Liberal proclamar la candidatura de Fernando Alessandri, en el entendido de que existía un acuerdo explícito de Duhalde para proceder de esa manera<sup>301</sup>. Un cúmulo de malentendidos o un cúmulo de maniobras. Duhalde había escrito una carta en que autorizaba a su ministro de Hacienda, Pablo Ramírez, a negociar el retiro de su postulación. Esa misiva, dada a la publicidad un poco tiempo después, autorizaba efectivamente al ministro a retirar su candidatura y a sumar sus fuerzas a las de Fernando Alessandri<sup>302</sup>.

Sin embargo, inmediatamente se supo que Duhalde afirmaba haber sido víctima de un engaño. Esos rumores hicieron que inicialmente Fernando Alessandri se negara a aceptar la proclamación liberal, ya que los partidos del llamado “tercer frente” insistían en mantener la candidatura de Duhalde.

Esas colectividades, en un manifiesto publicado el 13 de agosto, calificaron el retiro de la postulación del Vicepresidente como una “in calificable maniobra” y afirmaron

taxativamente que los partidos involucrados carecían de toda información. En esa declaración se presentó la versión que más tarde haría pública, con mayores detalles, el propio afectado: había confiado al ministro Ramírez una gestión personal y privada, cuyos límites habían sido sobrepasados por el representante<sup>303</sup>. Al mismo tiempo, los partidos decidieron mantener su apoyo a Duhalde, por ser el único candidato al que estaban en condiciones de apoyar como bloque. Dijeron que tomaban esa decisión aunque el Vicepresidente les había pedido que, pese a las deslealtades cometidas, cumplieran “con las estipulaciones de la carta”. Su carácter había sido desvirtuado por el ministro Ramírez, pero Duhalde, por razones inexplicables, se sentía comprometido<sup>304</sup>.

Al poco tiempo los partidos del llamado “tercer frente” debieron aceptar el carácter definitivo de la decisión de Duhalde, toda vez que éste reasumió la Vicepresidencia al día siguiente de la declaración de los partidos que lo apoyaban<sup>305</sup>. Los radicales democráticos intentaron, como último esfuerzo, proponer a los liberales cinco nombres de los partidos del “tercer frente” para que éstos eligieran de esa quina. Los postulantes que se mencionaron fueron Arturo Olavarría, Bernardo Ibáñez, Florencio Durán, Manuel Cifuentes y Manuel Barth, es decir, los presidentes de los cuatro partidos, más Olavarría, quien había sido nombrado generalísimo de la campaña de Duhalde.

Pero en realidad el intento de conseguir una alternativa de centro-izquierda con participación de liberales, que fuera competitiva a la de González Videla, había fracasado. *El Siglo* tenía razón cuando tituló: “Se derrumba el tercer frente”<sup>306</sup>. La postulación de Duhalde representó un intento de enfrentar a la coalición radical-comunista con una alianza “abierto”, que involucraba desde socialistas hasta liberales.

#### *La candidatura de Cruz-Coke*

Como se ha dicho, la derecha gastó un largo período tratando de alcanzar la unidad e intentando presentar un candidato único en las elecciones que se avecinaban. Los liberales y conservadores habían soportado con pesar la experiencia de los dos gobiernos de centro-izquierda, período que calificaban de caótico y estéril. Para asegurarse el triunfo y recuperar el control del ejecutivo necesitaban ponerse de acuerdo.

Con la proclamación unilateral en julio de 1946 de la candidatura de Cruz-Coke se cerró una etapa, quedando de manifiesto las tendencias que dividían a la derecha. Como se ha visto, el Partido Conservador se sentía, después de muchos años, con el “legítimo derecho” de exigir la proclamación de su candidato como representante de los sectores dominantes. Esa legitimidad se basaba en que los conservadores habían apoyado varias

<sup>299</sup> ES, 18-7-1946, p. 3.

<sup>300</sup> ES, 18-7-1946, p. 3.

<sup>301</sup> ES, 8-7-1946, pp. 1 y 9.

<sup>302</sup> EM, 12-8-1946, p. 12.

D, 15-8-1946, p. 1.

EM, 13-8-1946, p. 49.

EM, 26-7-1946, p. 25.

EM, 15-8-1946, p. 25.

veces a los candidatos liberales. Ahora les correspondía a éstos entregar su apoyo a un candidato que aparecía con posibilidades de convocar a sectores distintos de la derecha histórica.

En la situación política de 1946 la unificación de la derecha estaba condicionada al sacrificio conservador, pero ese partido por una vez estaba dispuesto a torpedear la unidad. Adopta una actitud irreductible. En primer lugar, ese partido no se sentía aislado, ya que aspiraba a contar con el apoyo de la Falange Nacional y creía que el innegable carisma de Cruz-Coke le permitiría aumentar su influencia electoral. Por tanto, los conservadores no solo luchaban por un candidato de sus filas, además exigían que éste fuera Cruz-Coke, dificultando con este pie forzado cualquier posible avance en los acuerdos con los liberales.

El diario *La Hora*, ligado a los radicales “minoritarios”, criticaba sin contemplaciones la actitud de “intransigencia e inconcebible obstinación” del Partido Conservador, por no aceptar la proposición liberal de cambiar a Cruz-Coke por otro conservador, como Héctor Rodríguez de la Sotta u Horacio Walker.

Las relaciones entre los dos partidos estaban cruzadas por tensiones, difíciles de reconciliar en ese momento. Cruz-Coke encarnaba una opción presidencial válida dentro del mundo cultural y político de los católicos, con pocas resonancias en el universo laico y anticlerical del liberalismo doctrinario. Como se ha dicho, el Partido Conservador tenía esta vez un candidato válido, contaban con una figura nacional, que podía concitar el interés de otras fuerzas políticas.

Inmediatamente después de la proclamación de Cruz-Coke, el propio *El Diario Ilustrado* planteaba que las otras fuerzas de derecha, en particular el Partido Liberal, desconocían la realidad interna del partido Conservador y no eran capaces de captar “la evolución sufrida en el interior del partido”. La tenacidad con que defendían la candidatura de Cruz-Coke no respondía a “causas accidentales y pasajeras, sino que obedecía a causas profundas”<sup>307</sup>. Esas causas profundas, que se cristalizaron en la candidatura de Cruz-Coke, era el surgimiento de una nueva visión de la sociedad.

La postulación de Cruz-Coke representaba a los sectores socialcristianos. A los pocos días de lanzado el nombre del candidato conservador comenzaron a llegar las adhesiones desde ese campo. Una de las más importantes fue la carta enviada por Rafael Luis Gumucio al senador Horacio Walker, donde planteaba “la voluntad de volver a las filas del partido” Gumucio se había retirado totalmente del Partido Conservador en 1942, por sus discrepancias respecto al apoyo a Carlos Ibáñez en las elecciones presidenciales de ese año. Su actitud representaba una postura de principios, puesto que se opuso a votar por un ex dictador.

<sup>307</sup> EM, 16-8-1946, p. 17; LH, 16-8-1946, p. 19.

El ex senador Gumucio era una figura relevante del campo socialcristiano. En su carta expresaba muy bien la posición de “conservantismo progresista”. Decía: “Las magníficas posiciones recientes del partido que, por una parte, ha mantenido con altivez su independencia y, por otra, siguiendo una invariable tradición se ha adaptado a las necesidades cambiantes al designar de candidato y entregar su bandera a... Eduardo Cruz-Coke, cuya palabra responde a los ecos de renovación que hace resonar la filosofía católica en Europa”<sup>308</sup>.

Casi simultáneamente la Falange Nacional acordó apoyar la candidatura de Cruz-Coke. Las razones que se adujeron fueron muy parecidas a las que señalaba Rafael Luis Gumucio. El motivo central estaba contenido en esta frase de la resolución acordada por el todavía pequeño conglomerado: “En atención a que ve en esta campaña y en su eventual gobierno serias posibilidades de obtener que los cristianos aceptemos lealmente hacer una nueva política, capaz de garantizar la confianza popular por un sincero sentido nacional y socialcristiano”<sup>309</sup>.

Sin embargo el apoyo de la Falange Nacional a Cruz-Coke fue bastante disputado y controvertido, llegándose a aprobar por la mínima diferencia de dos votos. Finalmente, el sector que propiciaba el apoyo a la “alternativa socialcristiana, logró imponerse a la tendencia que estaba por apoyar a la candidatura de González Videla, entre cuyos partidarios se contaban Frei y Leighton.

Los términos en que la Falange aceptó apoyar a Cruz-Coke no tenían nada que ver con las concepciones tradicionales del Partido Conservador. Seguramente como un modo de conciliar los puntos de vista de las tendencias opuestas, la Falange tomó el acuerdo de exigir del Partido Conservador y de su candidato que realizaran una campaña y posteriormente un gobierno orientado en lo social “a acelerar el proceso de ascensión del proletariado a una mayor participación en los beneficios de la economía y a una mayor participación en el poder político mismo”<sup>310</sup>. Los falangistas hacían mucho hincapié en el carácter nacional y no derechista de la candidatura de Cruz-Coke; por propiciar un gobierno socialcristiano ella se ubicaba más allá de la derecha y de la izquierda. Afirmaban que sería un gobierno “no capitalista, nacional y no derechista”<sup>311</sup>.

También se sumaron a la candidatura de Cruz-Coke el Partido Liberal Democrático, que si bien no era muy numeroso, tenía alguna fuerza en la provincia de Valparaíso. A finales de agosto la tendencia liberal-democrática sacó un manifiesto en el que dieron a conocer su posición frente a las elecciones. En esa declaración pública afirmaron que apoyarían a un candidato que se identificara con los ideales de “renovación evolutiva y democrática”<sup>312</sup>.

DI, 4-8-1946, p. 3.

DI, 4-8-1946, p. 1.

DI, Ibid., p. 6.

EL, 5-8-1946, p. 3.

LII, 5-8-1946, p. 1.

Por esa misma fecha el Partido Conservador solicitó, sobre bases muy particulares, apoyo al Partido Socialista. El texto decía en una de sus partes: “De acuerdo con las nuevas tendencias que inspiran la acción política, social y económica del Partido Conservador, reflejo obligado de un movimiento de carácter universal, el Gobierno del Dr. Cruz-Coke será un gobierno de avanzada social”: Más adelante agregan: “Después de haber sido rota por el propio Partido Socialista la vieja y falsa concepción política que dividía la opinión ciudadana entre izquierda y derecha”, al buscar la formación de un “tercer frente” y propiciar un “movimiento nacional”, los conservadores se sienten con derecho a pedir el apoyo socialista porque pretenden postular un programa de “avanzada social”<sup>313</sup>.

Junto a la carta enviada por el Partido Conservador a los socialistas, en la cual aclaraban las razones doctrinarias por las que solicitaban su apoyo, realizaron también una oferta verbal de tres carteras ministeriales en el futuro gobierno conservador. Estas gestiones no tuvieron éxito. El Partido Socialista no entregó su apoyo a la candidatura de Cruz-Coke.

Es indudable que la candidatura de Cruz-Coke revelaba cambios, por lo menos en el estilo y en la forma de concebir la política por parte del centenario Partido Conservador. Esta fuerza ocupaba, como consecuencia de las posiciones adoptadas a lo largo de muchos años y por su imagen política tradicional, el espacio más a la derecha dentro del sistema de partidos. No obstante el año 1946 los conservadores optaron por una nueva estrategia electoral. Es cierto que en toda competencia por votos los discursos contienen una cuota de retórica para seducir. Pero los nuevos contenidos estuvieron relacionados con significativos cambios de la manera de vivir la fe cristiana en el mundo que se experimentan en Europa, especialmente Francia, y que se empiezan a extender hacia otras comarcas del mundo católico.

Con ocasión de la petición de apoyo del Partido Conservador al Partido Socialista, el presidente de la colectividad afirmó: “Nosotros los conservadores estamos sinceramente empeñados en una campaña para cumplir la doctrina socialcristiana, tal como se entiende y aplica hoy en los países más adelantados y progresistas de Europa”<sup>314</sup>. Más adelante se insistía que la doctrina socialcristiana constituía la “razón de ser” del Partido Conservador, olvidando los años de lucha en contra de la Falange y el pensamiento de Maritain. Quizás para no hacer tan ostensible esa amnesia el presidente de la colectividad decía que la vocación socialcristiana de los conservadores se había “acentuado después de la guerra universal, con el influjo incontenible de las nuevas ideas y conceptos que de ella han emergido”. Con respecto a la propuesta de alianza hecha al Partido Socialista se argumentaba que “en Bélgica, Holanda, en Dinamarca, en Italia y en otros países los partidos católicos y cristianos se han aliado con partidos socialistas para poder cumplir parte de este programa de mejoramiento de las clases más necesitadas”<sup>315</sup>.

El social cristianismo de los conservadores, se ubicaba en una perspectiva muy diferente, más aún, opuesta a la de los “socialistas colectivistas”. Condenaba los excesos del capitalismo, en la medida que éste anteponía la riqueza y el lucro a los intereses del hombre, pero también se oponía al régimen socialista, donde “no había libertad, según decían, porque el Estado controlaba todo”. El social cristianismo se ubicaba en una posición alternativa frente a esos sistemas. Propiciaban, según sus palabras, “el predominio del espíritu sobre la materia..., la colocación del capital al servicio del hombre y no la reducción de este a la esclavitud de aquél”<sup>316</sup>.

Este discurso tenía como destinatario a los sectores capitalistas que explotaban “en forma desmedida” a los obreros. Se conminaba “al fabricante industrial o al comerciante” a que estuviera dispuesto “a socorrer con la protección de sus utilidades... al capital humano”<sup>317</sup>.

Es evidente que estas recomendaciones eran muy parecidas a las propiciadas por el Papa León XIII en la Encíclica *Rerum Novarum* a fines del siglo XIX y ratificadas en la *Quadragesimo Anno* en 1931. Estos textos habían planteado que debía crearse entre capitalistas y trabajadores un “sistema armónico” en el que ambas partes participaran de los beneficios de la producción<sup>318</sup>.

Es bastante típico de la época, y especialmente de los planteamientos de la derecha, la aspiración de un programa nacional que estuviera “por encima de la derecha y de la izquierda”. Cruz-Coke no era una excepción. Sin embargo, lo interesante del programa de los conservadores de la época era cómo definían la “candidatura nacional”.

En una declaración oficial le asignaban a Cruz-Coke la cualidad de rodearse de los “mejores”. Lo “nacional” consistía, en ese contexto, en buscar a los “hombres técnicamente preparados, honestos y patriotas que sin duda los hay, tanto en el Partido Liberal como en el Partido Socialista, en la Falange o en el nuestro”. Agregaba la declaración: “El asesoramiento de esos hombres, invitándoles al gobierno, tiene como objetivo tratar de buscar soluciones próximas para problemas angustiosos que es imprescindible remediar, saliendo de los estrechos límites en que hasta aquí se ha debatido la política criolla”<sup>319</sup>.

En otro artículo se proporciona otra de las características de lo nacional. Se afirmaba que Cruz-Coke había sido atacado tanto por la extrema derecha como por la extrema izquierda. Esto demostraría que el candidato estaba por encima de “las falsas divisiones de izquierda y derecha”, pero tampoco estaba ubicado, según decía, en “lo que se da por llamar posición de centro y que equivale a un equilibrio de fuerzas heterogéneas, resultado de compromisos y componendas de escritorio”. Es interesante esta visión conservadora del centro como agregado inorgánico. Lo nacional no consistía en situarse en el centro

<sup>313</sup> LH, 6-8-1946, p. 1.

<sup>314</sup> EM, 20-8-1946, p. 21.

<sup>315</sup> EM, 21-8-1946, p. 19.

El, 7-8-1946, p. 3.

DI, 7-8-1946, p. 3.

Ibid.

Ibid.

sino, más bien, en “tomar de la derecha y la izquierda lo mejor y aprovecharlo, sin claudicar a sus principios”<sup>320</sup>.

En consonancia con este discurso sobre lo “nacional”, la candidatura de Cruz-Coke se planteaba como una “cruzada de renovación nacional” en la cual podrían unirse, sin exclusiones, “todos los hombres con fervor de salvar al país”. Como se puede ver, esta candidatura era afín con el mesianismo y la visión de la política como salvación que se puede observar entre los jóvenes conservadores que en 1938 lucharon contra Ross y que después crearon la Falange<sup>321</sup>.

En este mismo contexto se ubica otro de los grandes énfasis de la candidatura de Cruz-Coke: la necesidad de la renovación. Se plantea sin ambages que el proyecto estaba sustentado en la experiencia europea: “No podemos mirar con indiferencia los nuevos rumbos que toma la experiencia en el Viejo Mundo”. Por lo menos entre los conservadores, no hay referencias como modelo a la política norteamericana, ni siquiera a Roosevelt. Pero la pretensión renovadora también está vinculada a un discurso reactivo-defensivo, que ya aparece entre las elites políticas de la década de los veinte: la renovación es necesaria para evitar la revolución: “No se dan cuenta de que los que se niegan a mirar la realidad cara a cara son precisamente los que dan oportunidades para que los extremismos prosperen y lleguen a dominar en los países”<sup>322</sup>.

Este discurso, que enfatiza el peligro de la revolución y que plantea el carácter de alternativa y de dique de contención de la candidatura de Cruz-Coke, se desarrolla especialmente al final de la campaña. Su contenido es alarmista. La finalización de la guerra y la visualización de nuevos problemas explican el tono.

Los conservadores argumentan contra la utilización de que, según ellos, ha sido víctima el pueblo durante los sucesivos gobiernos radicales. En contraste con la miseria del pueblo se había ido creando “una burocracia compuesta de parientes y favoritos”, en cuya gestación participan, según Cruz-Coke, los falsamente llamados “partidos populares”.

Contra ese ambiente de corrupción clientelística, que no favorecía a los sectores populares, la candidatura de Cruz-Coke se alza con la consigna de la “verdadera democracia moderna”, en la que se exige “el dominio del espíritu sobre los intereses transitorios y fugaces de la materia”, lo cual implica la lucha contra la corrupción demagógica. Decía el candidato: “Las casas de los trabajadores se construyen con leyes y honestidad”<sup>323</sup>.

Se puede decir que la candidatura Cruz-Coke tuvo tres rasgos definitorios. El primero es la aspiración de estar sobre las izquierdas y las derechas, lo que también intentaban

Duhalde y Bernardo Ibáñez con su política del “tercer frente”. La crítica a la antigua derecha tiene como blanco al liberalismo manchesteriano que había sido la ideología dominante de un sector importante de la derecha, incluyendo –durante una época– al Partido Conservador.

Esta ideología que justificaba la búsqueda del lucro y las desigualdades como efectos del mercado, había llevado a la derecha a desatender a los sectores populares y también a los sectores medios, con las “funestas consecuencias” de que esos grupos sociales se habían orientado hacia los radicales y hacia la izquierda. Esos partidos eran “falsos representantes de los pobres” porque, en realidad, aplicaban una “política de compadrazgos”.

La segunda característica del discurso de Cruz-Coke era la voluntad de renovar las formas tradicionales de expresión de la derecha, tomando como modelo y referente la experiencia europea y justificando la necesidad de cambios en la inevitable urgencia de prevenir la avalancha revolucionaria.

El tercer rasgo que define la candidatura conservadora es su orientación socialcristiana, influida por la doctrina social de la Iglesia. Las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* sirven como argumento y sustento doctrinario de la visión más social que asumió el mundo católico en esa época, tomando como modelo Francia e Italia.

Es muy importante indicar que ese aspecto del discurso de Cruz-Coke es el que recibe mayores críticas de parte de otros sectores de la derecha, por cuanto se le ve como una interpretación demasiado izquierdista de las nuevas corrientes del catolicismo.

#### *La división de la derecha: la candidatura de Fernando Alessandri*

Después de un largo proceso de negociaciones complejas el Partido Liberal se decidió por Fernando Alessandri, en la práctica un candidato de transición entre los grupos, tendencias y caudillos internos. Este postulante reunía una serie de condiciones ventajosas tanto para los liberales como para el mundo empresarial. Formaba parte de una “familia dinástica”, pero despertaba menos resistencia que su padre, Arturo Alessandri. Abogado y político de larga trayectoria, era considerado como un hombre serio y responsable; en su boca era creíble el discurso tecnocrático.

La candidatura de Fernando Alessandri surgió como producto del fracaso de Alfredo Duhalde y de Arturo Alessandri. El primero buscó crear una candidatura “nacional” que incluyera de socialistas a liberales; el segundo especuló con que la magia de su nombre atraería una votación que sobrepasaría largamente el aporte liberal. En todo caso, la postulación de Fernando Alessandri solamente surgió después del fracaso de las otras postulaciones. No hubo asesinato político del padre.

<sup>320</sup> LN, 22-8-1946, p. 12.

<sup>321</sup> EI, 30-8-1946, p. 4.

<sup>322</sup> Isabel Torres Dujisin, “La mentalidad de la elite política chilena en 1919”, *Documento de Trabajo* N° 278, Flacso, 1981.

<sup>323</sup> DI, 31-8-1946, p. 3.

La pretensión con que se lanza la candidatura de Fernando Alessandri fue constituir un bloque parecido al que se había organizado en torno a Alfredo Duhalde y más amplio aún, como una opción diferente de las típicamente derechistas. A mediados de agosto el diario *El Imparcial* escribió, con grandes titulares, que Fernando Alessandri era el “único candidato de centro”<sup>324</sup>.

Al principio las organizaciones que habían postulado a Arturo Alessandri resolvieron decretar la libertad de acción, pero fue solo un acto ritual, porque a continuación procedieron a proclamar la candidatura del nuevo postulante del Partido Liberal. La resolución en que se dio cuenta de la postulación decía que habían resuelto proclamar a Fernando Alessandri porque consideraban que esa candidatura representaba “la misma seguridad de buen gobierno que constituyó el fundamento de la proclamación de Arturo Alessandri”<sup>325</sup>.

Firmaron esa declaración los presidentes de los partidos que habían apoyado al anterior candidato liberal, entre los cuales sobresalía Marmaduke Grove, en representación del Partido Socialista Auténtico. La excepción estaba constituida por un sector minoritario del Partido Democrático. Este grupo decidió apoyar la candidatura de González Videla en vez de la de Fernando Alessandri.

El Partido Socialista Auténtico sacó una declaración en la cual se decía que la “personalidad de Fernando Alessandri, al igual que la de Arturo Alessandri (era) garantía de un gobierno democrático, nacional, popular y progresista”. En vista de esa apreciación, decidieron proclamar la candidatura del postulante liberal<sup>326</sup>.

Asimismo apoyaron a Fernando Alessandri los agrario-laboristas, cuyo candidato presidencial había sido hasta entonces Jaime Larraín. Este partido estuvo en conversaciones con el bloque que apoyaba a Duhalde, sin llegar a ningún acuerdo. Este barajó por un corto tiempo la posibilidad de una candidatura propia para inclinarse, finalmente, por Fernando Alessandri.

El sector del Partido Liberal liderado por José Maza también entregó su apoyo a esta candidatura. El telegrama enviado por Maza llamaba a la unidad: “Producida la combinación de centro que buscábamos por la fusión de las fuerzas de... Duhalde y Arturo Alessandri..., rogámosle unir férreamente a correligionarios y amigos, llamando a los cruzcokistas a las filas...”<sup>327</sup>.

La gran defección fue la negativa del Partido Socialista. Los partidos que habían participado con los socialistas en la formación del “tercer frente”, intentaron ampliar la base de apoyo de la candidatura de Fernando Alessandri. Para ello escribieron al Partido

<sup>324</sup> EM, 12-8-1946, p. 4.

<sup>325</sup> EI, 11-8-1946, p. 5.

<sup>326</sup> EI, 11-8-1946, p. 5.

<sup>327</sup> EI, 43-8-1946, p. 3.

Socialista, solicitándole que reconsiderara los acuerdos de proclamar una candidatura propia. Sin embargo, los intentos de ampliación hacia la izquierda fracasaron. Con el apoyo socialista la candidatura de Fernando Alessandri hubiese tenido el carácter de “un bloque nacional”, de una coalición del tipo “tercer frente”.

A esta coalición de partidos se sumó la adhesión de Carlos Ibáñez. El diario *El Imparcial* destacó esa decisión en los términos siguientes: “En un generoso arranque de hidalguía y patriotismo el gobernante de 1925 a 1931 ha echado a la espalda enojosos recuerdos y se ha puesto sin vacilaciones ni reservas a la tarea de obtener que el hijo de su famoso émulo llegue al poder supremo”<sup>328</sup>. Por su parte Ibáñez declaró en el momento de entregar su adhesión: “Hago votos para que en esta hora incierta nos unamos todos alrededor de una gran aspiración nacional de paz y progreso”. Inmediatamente después agregó: “He resuelto apoyar la candidatura de... Fernando Alessandri porque el país exige un período de recuperación, bajo un régimen de auténtico contenido nacional”<sup>329</sup>.

Fernando Alessandri no era solamente el candidato que lograba unificar a las diferentes tendencias del partido formado por Lastarria a mediados del siglo pasado, también era y se sentía como el heredero de una tradición familiar y del pensamiento liberal. En una entrevista periodística afirmaba: “Quiso la providencia deparar a mi padre, a través de sus instrumentos humanos, la satisfacción de que ese candidato fuera carne de su carne y sangre de su sangre, heredero de sus doctrinas y convicciones políticas”<sup>330</sup>. Es decir, se veía a sí mismo como un continuador de la política de su padre, formado en la cultura y el pensamiento liberal. El hecho de no ser un hombre de partido le permitía presentarse como un político moderno, imbuido de una línea clara de pensamiento, pero poseedor, al mismo tiempo, de un discurso pragmático. Alessandri planteaba en sus discursos un gran recelo y desconfianza frente a los “largos y hermosos programas”, los cuales no pasaban de ser, según él, “frases sin contenido y desprovistas de toda posibilidad de realización”<sup>331</sup>.

El postulante liberal buscaba construir una imagen de centro, ser una candidatura “equidistante de la izquierda y la derecha”. El diario *El Imparcial*, quien apoyaba activamente esa postulación afirmaba: “...Alessandri (representaba) para la opinión pública un desiderátum, alejado de extremos odiosos y de pasiones descontroladas que (afectaban) por igual a la candidatura conservadora de la extrema derecha y a la radical de la extrema izquierda”<sup>332</sup>.

Fernando Alessandri tenía un discurso de rechazo a las promesas y a la retórica. Decía que al revés de los que hacían “juegos de palabras” y promesas que no se cumplían, él planteaba un programa “realizable”: “El país pide hechos y no poéticas

LH, 13-8-1946, p. 1.

EI, 23-8-1946, p. 4.

EM, 23-8-1946, p. 5.

LN, 15-8-1946; p. 3.

Ibid., p. 5.

combinaciones de sonido”<sup>333</sup>. Ibáñez, al apoyar la candidatura de Fernando Alessandri, puso el mismo énfasis: “No hacen falta grandes proyectos que solo suscitan episodios entusiastas y caen después en el olvido o se esterilizan en la incapacidad de gobiernos desprovistos de espíritu público y responsabilidad”<sup>334</sup>.

Se trataba de una candidatura con un doble principio de negación: la “demagogia izquierdista” de González Videla y el “populismo católico” de Cruz-Coke. Al intentar conseguir una imagen de centro eludía presentarse como lo que básicamente era, una candidatura muy ligada a los sectores empresariales.

#### F.- LAS OTRAS CANDIDATURAS

El análisis de las candidaturas en elecciones competitivas requiere tomar en consideración la organización sistémica del campo político. Las posiciones de los candidatos y también las oportunidades y posibilidades de cada uno están recíprocamente determinadas, forman parte de un tramado.

El foco central de atención de este relato han sido las laboriosas negociaciones de la derecha para decidir entre las candidaturas de Cruz-Coke y Arturo Alessandri, luego el relato de los intentos de lanzar a Alfredo Duhalde con una “candidatura nacional” para mostrar luego como se conforman finalmente con la candidatura tibia de Fernando Alessandri.

Pero para entender el resultado de la elección en su complejidad es indispensable referirse al campo total de fuerzas en competencia. Ni los procesos decisionales que tuvieron lugar dentro de la derecha ni el perfil de las candidaturas finales de liberales y conservadores se entienden cabalmente sin referencia a las postulaciones rivales en la fase decisional y a las candidaturas finales de González Videla y Bernardo Ibáñez.

#### *La candidatura de González Videla*

El problema político más importante que enfrentó esta postulación en la fase decisional fue la negativa socialista de repetir el mismo tipo de coaliciones que habían permitido el triunfo de Aguirre Cerda y Ríos.

Como es habitual, las razones de esa negativa no pueden deducirse del análisis de los discursos. Agustín Álvarez Villablanca, subsecretario general del Partido Socialista y líder del giro a la derecha, comentaba la decisión tomada a fines de agosto de 1945, de retirarse de la Alianza Democrática, con argumentos “izquierdistas”: la oposición a la política “antipopular y derechista del gobierno de Juan Antonio Ríos”, la exigencia de que la coalición aprobara un programa que representase “la transformación económica y social

de Chile y un cambio total en la política de gobierno”, la crítica a la política de “unión nacional” de los comunistas, la afirmación de que la Alianza Democrática fue “pusilánime para luchar contra la derecha”<sup>335</sup>.

Esta decisión estuvo determinada por un conjunto complejo de factores, entre los cuales pueden mencionarse los siguientes: a) cambios en la situación internacional, entre ellos el término de la guerra mundial, la lucha entre las grandes potencias por el control de Europa y el auge del populismo en América Latina; b) la lucha interna por el control del movimiento sindical, la que provocó grandes fricciones con los comunistas; c) las frustraciones provocadas en el socialismo por su participación en los gobiernos de coalición con el centro, especialmente por las divisiones producidas en 1939 (Partido Socialista de Trabajadores) y 1943 (Partido Socialista Auténtico).

El Partido Socialista rechazó apoyar a González Videla en una reunión de su Comité Central del 17 de julio de 1946, procediendo en la misma ocasión a proclamar la postulación de Duhalde. Esto ocurrió pese a que, como se ha dicho, el candidato radical le envió una carta oficial al Partido Socialista en la cual le pedía formalmente su apoyo. El argumento central de esa misiva era el siguiente: “Creo firmemente que en Chile no es posible, en estos instantes, reunir las fuerzas políticas en otras agrupaciones que no sean las que se han enfrentado en estos últimos años: izquierdas y derechas”<sup>336</sup>.

Esta actitud del Partido Socialista significó objetivamente un aumento de la capacidad negociadora del Partido Comunista. Al negarse los primeros a formar parte de la coalición de centro-izquierda, los segundos se volvieron una fuerza indispensable, a cuyas demandas era necesario ceder si se quería enfrentar con posibilidades de éxito la contienda electoral.

Esa circunstancia explica que el Partido Comunista pudiese “izquierdizar” su línea táctica en el Congreso de diciembre de 1945. Allí realizó una crítica al “seguidismo” respecto de los partidos burgueses y extremó sus exigencias programáticas, lo que no fue óbice para que constituyera una alianza exclusiva con el Partido Radical. Ese margen de maniobra tenía que ver con la voluntad de poder de González Videla. Él estaba dispuesto a presentarse incluso con esa alianza, en un momento en que la guerra fría estaba comenzando.

La proclamación de González Videla se realizó, sin ningún tropiezo, el 21 de julio de 1946 en una Convención en que participaron los partidos Radical, Comunista y una fracción del Partido Socialista Auténtico encabezada por Asdrúbal Pessoa. En ese momento los partidos de derecha todavía estaban discutiendo fórmulas alternativas, después del fracaso de su propia Convención.

<sup>333</sup> LN, 15-8-1946, p. 3.

<sup>334</sup> Ibid.

EM, 28-8-1946, p. 3.

Agustín Álvarez Villablanca, *El tercer Frente*, Publicaciones del Partido Socialista, 1946.



Inmediatamente después de su proclamación, González Videla invitó a la Falange a apoyar su candidatura. Esa invitación, considerada “peregrina” por *El Diario Ilustrado*<sup>337</sup> representaba un gesto destinado a desbloquear el tradicional clivaje doctrinario existente en la política chilena, la clásica división entre laicos y creyentes. En su comunicación a la Falange, González Videla argumentaba que el eje de la diferenciación se había desplazado al ámbito económico-social, por lo cual los problemas doctrinarios de índole religiosa ya no eran problemas controvertidos que justificaran las políticas defensivas de “unidad de los católicos” y la imposibilidad de colaboración entre católicos y radicales.

Pero la importancia de la invitación del candidato de la Alianza Democrática sobrepasaba con largueza ese problema, porque planteaba en la práctica el tema de la colaboración entre católicos y comunistas. Hay que considerar que en los primeros meses de la posguerra se habían organizado en Francia e Italia gobiernos antifascistas de “unidad nacional” donde habían participado los militantes católicos del MRP de Bidault o los cristianos de De Gasperi con los comunistas de Thorez y Togliatti. Existían, por tanto, precedentes y una cierta atmósfera posbélica que todavía privilegiaba la cooperación y la unidad y la necesidad de construir un mundo donde tuvieran vigencia los grandes valores por los cuales se había combatido. Esa atmósfera ya estaba resquebrajándose por la dura realidad de la lucha por la hegemonía mundial, pero todavía quedaban de ella algunos retazos.

En todo caso la Falange decidió, después de una dura confrontación interna, apoyar la candidatura de Cruz-Coke. La tesis de pronunciarse a favor de una alternativa socialcristiana, planteada por Garretón y Tomic, se impuso sobre la tesis de Leighton y Frei, partidarios de una alianza de centro-izquierda.

La candidatura de González Videla tuvo una base política más estrecha que la de Juan Antonio Ríos en 1942. Este último había sido apoyado por los socialistas y por los falangistas. Los primeros optaron por la candidatura propia de Bernardo Ibáñez y los segundos por el apoyo a Cruz-Coke.

El apoyo comunista a González Videla estuvo condicionado a la aprobación de un programa que debía reunir dos requisitos: superar el “seguidismo” y realizar la política de “unidad nacional”, por tanto representar “las posiciones de la clase obrera y de los sectores de la burguesía nacional más consecuente”<sup>338</sup>. La tenacidad con que los comunistas lucharon por la que la alianza tuviera un programa y su capacidad para forzar a los radicales a aceptarlo eran una consecuencia de los problemas producidos por la defección socialista, la cual convertía el apoyo comunista en un factor decisivo.

El poder político que tenían los comunistas, como consecuencia del proceso de desintegración socialista y de su defección de la alianza de centro-izquierda, se manifestó en la elaboración del programa. Este tuvo el típico corte desarrollista y democratizador de las

plataformas de centro-izquierda, pero con algunos agregados significativos. Como en otros programas de este tipo de coaliciones, se prometía preocuparse de los derechos económicos-sociales, perfeccionar la democracia política y fomentar la industrialización. Un aspecto interesante que este programa proponía era la formación de un Consejo de Economía Nacional, con participación “igual y directa” del capital, del trabajo y del Estado. Este órgano debería estudiar “una nueva organización de la economía del país”<sup>339</sup>.

Lo más atractivo del programa eran las promesas de nacionalización de los seguros, gas y energía eléctrica y la demanda de una reforma agraria.

En todo caso, el dato más importante en esta elección fue el hecho de que la candidatura de centro-izquierda era más amenazante para la derecha que lo que habían sido las de Aguirre Cerda o Ríos, tanto por la composición de la alianza como el contenido del programa. Sin embargo esas fuerzas no lograron su unidad.

#### *La candidatura de Bernardo Ibáñez*

El Partido Socialista adoptó, el 19 de agosto de 1946 la decisión de proclamar la candidatura de su secretario general, Bernardo Ibáñez. Este acuerdo fue tomado aproximadamente una semana después que se conociera la renuncia de Alfredo Duhalde. Es decir, el Partido Socialista optó por nominar a un candidato de sus filas solamente después que fracasó la opción de apoyar un candidato del sector “minoritario” del radicalismo.

Es decir, el grupo que había conquistado el poder dentro del Partido Socialista buscó, por todos los medios, realizar la política llamada del “tercer frente”, que se tradujo, en la práctica, en el distanciamiento de los comunistas para intentar una alternativa autónoma de transformaciones sociales. En el complejo cuadro de la política chilena de ese período los socialistas tenían como únicos aliados posibles a los sectores escindidos del Partido Radical, contrariados por la alianza de éstos con los comunistas y, con mayor dificultad, a algunos grupos progresistas del liberalismo. El fracaso de la candidatura de Duhalde se debió justamente a la voluntad de los liberales, los cuales, aun en medio de sus divisiones y pugnas de liderazgo, no se resignaban a renunciar a su candidato propio.

En vista de ese cuadro electoral y para conservar su deteriorada unidad interna los socialistas lanzaron su candidatura autónoma. Esta actitud fue muy bien recibida por la prensa de derecha, por cuanto significaba una merma de la coalición radical-comunista<sup>340</sup>. Es interesante señalar que el Partido Liberal e incluso el Conservador hicieron llamados a los socialistas para que se sumaran a la candidatura de Cruz-Coke o bien a la de Alessandri.

<sup>337</sup> ES, 16-7-1946, p. 5.

<sup>338</sup> DI, 1-8-1946, p. 3; DI, 2-8-1946, p. 3.

ES, 14-8-1946, p. 5.

Luis Corvalán, *Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*, Editorial Austral, 1972.

Las cartas en que ambos partidos de derecha pedían la colaboración socialista demostraban el valor que le asignaban al apoyo de ese partido. Como es obvio, ambas colectividades afirmaban que estarían dispuestos a realizar gobiernos de “avanzada social”<sup>341</sup>.

En la declaración en que el Partido Socialista dio cuenta de su decisión, valoró los esfuerzos que se hicieron para crear en torno a Duhalde un movimiento político de “histórica significación”, que hubiera sido la realización de la política del “tercer frente”, al cual denominaba un “intento de reagrupación de los sectores populares” al margen de sus partidos tradicionales y como movilización de los “hombres de trabajo”.

La declaración insistía en que la postulación de Bernardo Ibáñez representaba la confirmación de la línea de autonomía respecto de los comunistas, partido al cual señalaba como culpable de la división de la izquierda y del movimiento sindical. Paradojalmente afirmaban que la razón de la división fue la política comunista de “unión nacional”, la que era una línea de alianzas amplias, abierta a los sectores de “burguesía nacional”<sup>342</sup>.

Esta candidatura autónoma, mantenida contra viento y marea, era necesaria para conservar la unidad del Partido, aunque evidentemente no iba a ser capaz de retener la votación socialista.

#### G.- LOS RESULTADOS ELECTORALES

En las elecciones realizadas el 4 de septiembre de 1946, Gabriel González Videla logró la mayoría relativa con 192.207 sufragios, lo que representaba el 40,23% de la votación. La segunda mayoría relativa fue conseguida por Eduardo Cruz-Coke con 142.207 sufragios (29,81 por ciento) y la tercera por Fernando Alessandri con 131.023 (27,42 por ciento). Bernardo Ibáñez apenas obtuvo 12.114 sufragios con un 2,54 por ciento<sup>343</sup>.

Tres elementos resaltan en el análisis de la votación a nivel nacional. El primero de ellos es la alta votación obtenida por cada uno de los candidatos de la derecha. La suma de los porcentajes muestra que si hubiesen asociado sus fuerzas, seguramente habrían triunfado sobre González Videla. La votación obtenida por ambos candidatos fue la más alta conseguida por la derecha desde hacía mucho tiempo. Por de pronto, fue más alta que las votaciones obtenidas en 1932, 1938 y 1942.

Pero como las votaciones divididas de ambas candidaturas derechistas fueron muy equilibradas, González Videla obtuvo con cierta facilidad la primera mayoría relativa. Tanto Cruz-Coke como Alessandri fueron capaces de movilizar una gran masa de votantes,

ninguno de los dos fue un candidato simbólico. Eso constituyó otra razón de la tercera derrota de la derecha.

El segundo hecho importante fue el relativo deterioro de la votación de la coalición de centro-izquierda que apoyaba a González Videla. Aguirre Cerda obtuvo en 1938 el 50,47 por ciento de los votos y Ríos el 55,96 por ciento en 1942. El candidato radical-comunista solo consiguió el 40,23 por ciento. Una merma significativa respecto de 1942, momento culminante de la votación de las coaliciones. La disminución alcanzó al 15,73 por ciento a nivel nacional.

Si se suman las votaciones de cada uno de los candidatos derechistas en las diferentes regiones se observa que, con excepción del norte, fue superior en todas las zonas geográficas a la de González Videla, con resultados aplastantes en el centro y en el sur, como se observa analizando el cuadro N° 3.

**Cuadro N° 3**  
**Votación sumada de Alessandri y Cruz-Coke a nivel nacional**  
**y por zonas geográficas, expresada en porcentaje**

Zonas	F. A.	C. C.	Total
Norte	20,52	16,15	36,67
Metropolitana	22,11	36,99	59,10
Centro	29,45	35,60	65,05
Centro-Sur	28,56	26,04	54,60
Sur	39,97	22,57	65,54
Nacional	27,42	29,81	57,23

Fuente: Dirección del Registro Electoral.

<sup>341</sup> EM, 28-8-1946, p. 4.

<sup>342</sup> LN, 25-8-1946, p. 5.

<sup>343</sup> Ibid.

El crecimiento de la votación derechista en las elecciones de 1946 se expresa, en toda su magnitud, comparándola con los resultados de 1938 y de 1942:

Cuadro N° 4

Comparaciones de la votación derechista en las presidenciales de 1938, 1942 y 1946 a nivel nacional y por zonas geográficas en porcentajes

Zonas	1938	1942	1946
Norte	37,20	27,41	36,67
Metropolitana	44,63	49,54	57,44
Centro	66,66	52,96	65,07
Centro-Sur	52,59	37,91	54,60
Sur	39,14	43,01	62,54
Nacional	49,40	44,04	57,23

Fuente: Dirección del Registro Electoral.

El tercer acontecimiento resaltante en esta elección fue la merma de la votación socialista. Bernardo Ibáñez obtuvo apenas el 2,54 por ciento. La suma de la votación de González Videla más la de Ibáñez disminuye solo levemente la disminución señalada en la votación de centro-izquierda.

La relativa precariedad del triunfo de González Videla y la alta votación derechista seguramente influyeron en las negociaciones para obtener el apoyo que González Videla necesitaba para la ratificación por el Congreso Pleno.

#### H.- UN BALANCE DE LA SITUACIÓN

Este estudio minucioso de los procesos decisionales permite responder alguna de las dudas y sorpresas que plantea esta elección. ¿Cómo es posible que los partidos de derecha, quienes habían perdido dos elecciones anteriores y que además tenían una visión catastrófica de los años de los gobiernos radicales, fueran divididos a esta elección crucial?

Esta situación era complicada por un doble motivo. En primer lugar, porque desde hacia ocho años los partidos de derecha, principales representantes políticos del bloque oligarquía-burguesía, tenían una participación desmedrada en el Ejecutivo y estaban obligados a aceptar la aplicación de un modelo capitalista que criticaban como inhibidor de la iniciativa privada. En segundo lugar, porque en la elección de 1946 postulaba una alianza radical-comunista con un programa bastante avanzado y con un candidato que, desde la

formación misma del Frente Popular, había representado las posiciones izquierdistas dentro de su partido.

El problema de fondo, que explica la división y el triunfo de González Videla, son las pugnas de proyecto que existían en la derecha de la época. Por una parte, se produjo una especie de “rebelión conservadora”, después de muchos años en que este partido había aceptado apoyar a los candidatos liberales o a postulantes independientes. Sobre la base de que la presentación de un candidato conservador podría reavivar las polémicas laicismo-catolicismo, los postulantes de ese partido habían sido postergados. En esta ocasión decidieron exigir sus derechos. Hasta entonces habían aceptado el argumento que se enajenaría una parte de la votación de derecha, de tradición positivista, y agnóstica o anticlerical.

Sin embargo, como se ha visto, Cruz-Coke representaba para los conservadores un candidato que sobrepasaba el espacio partidario y que tenía tanto una imagen como un programa de carácter socialcristiano. Es importante anotar que Cruz-Coke no cobró fuerzas dentro de ese centenario partido católico, en cuya dirección los latifundistas tenían un fuerte peso, por el solo poder de su carisma. Los conservadores estaban viviendo una evolución, influidos por la aparición en la Europa de la posguerra de partidos socialcristianos, preocupados de la justicia social y de realizar reformas que impidieran el avance comunista. Hay que recordar, para reproducir el clima cultural, que esta posición ideológica había adquirido legitimidad por su colaboración decisiva en la lucha contra el fascismo, en competencia directa con los comunistas. Por ello la postura socialcristiana del Partido Conservador representaba también una opción defensiva, uno de cuyos objetivos era evitar, a través de cambios y reformas, el auge comunista.

En todo caso, Cruz-Coke constituía una oportunidad política que los conservadores no habían tenido desde hacía mucho tiempo. Su programa planteaba una postura de modernización con un énfasis en la “humanización” del capitalismo más que una postura tecnocrática, posición típica de los candidatos derechistas. Ese posicionamiento la hacía muy compatible con la atmósfera ideológica de la posguerra.

La candidatura de Fernando Alessandri fue, al contrario, el fruto de laboriosas transacciones en el seno del liberalismo. Pese a su esfuerzo por presentarse como una opción de centro, se trataba de una candidatura que no sobrepasaba el típico discurso derechista, con sus consignas de orden, eficiencia, crítica al intervencionismo estatal, defensa de la iniciativa privada. Aunque Fernando Alessandri era apoyado por coalición relativamente amplia, sus esbozos programáticos eran mucho menos concretos que los que presentó Ross en 1938 y no tenía el tono modernizante de éste. La candidatura de Fernando Alessandri carecía de perfil, en comparación con la de Cruz-Coke. Se notaba claramente que era el resultado de laboriosas negociaciones políticas. El mismo postulante era un hombre sin brillo político, el opuesto de la personalidad seductora de Cruz-Coke.

En frente de estas dos candidaturas y apoyado por una coalición radical-comunista estaba otro personaje con resonancia y perfil, Gabriel González. La coalición radical-comunista era visualizada por la prensa derechista y por la propaganda de los candidatos de esa tendencia como una “máxima amenaza”. Sin embargo, la unidad contra él no pudo producirse.

Cruz-Coke era, desde varios puntos de vista, un candidato inaceptable para los liberales. Estaba, en primer lugar, la hegemonía que éstos habían ejercido dentro de la derecha en materia de opciones presidenciales, conseguida manejando el argumento de la sensibilidad anticlerical y del rechazo a los “pechoños”.

Efectivamente, los liberales aceptaban, con mucha dificultad, perder su papel de partido predominante en la derecha, cualidad que se derivaba de su mayor capacidad de articulación con otras fuerzas, por ejemplo los agrario-laboristas, los grupos minoritarios del radicalismo e incluso con el propio Partido Radical. No en vano los liberales habían participado en los gabinetes de Ríos. Aspiraban por tanto a conservar el privilegio político de haber provisto la mayor parte de los candidatos presidenciales de la derecha desde José Joaquín Pérez en adelante. El liberalismo, aun dividido entre grupos y facciones competitivas, reencontraba su unidad cuando se trataba de exigir sus mejores derechos. En la división de 1946 hay, por tanto, una decisiva disputa por el poder en el campo de las derechas. Se expresa en la férrea decisión de los liberales de no cederles el liderazgo de la derecha a los conservadores y el deseo de éstos de aprovechar la oportunidad política que les proporcionaba contar con un líder de gran arrastre personal, afamado científico y que tenía un discurso apropiado para la época.

Pero la razón más profunda era el conflicto de proyectos. Aunque los liberales buscaban el acuerdo con sectores no derechistas, como los agrario-laboristas, o con grupos radicales, su proyecto era liberal-burgués, básicamente inspirado en las posiciones de las organizaciones empresariales. El mismo rechazo a presentar un programa y las acerbas críticas a la retórica estaban dirigidas no solamente contra González Videla, sino también contra Cruz-Coke, el cual tenía un discurso populista.

El rechazo liberal de apoyar a Cruz-Coke, pese a que éste ganó todas las votaciones de la Convención y a que representaba una profunda renovación, revela las reticencias de una parte importante de la derecha frente a la propuesta socialcristiana. El Partido Liberal, que era un partido más típicamente burgués que el Partido Conservador, marcado por las evoluciones del catolicismo, no acepta apoyar a Cruz-Coke. El argumento real era porque éste constituía una opción demasiado avanzada, pero recubría su negativa con una crítica desde el centro a la candidatura de Cruz-Coke, al cual acusaba, entre otras cosas, de reaccionario, de iluminado y de “beato”. La verdad es que el programa de Cruz-Coke representaba una renovación muy importante de los planteamientos tecnocráticos de la derecha. El énfasis lo colocaba Cruz-Coke en los temas de integración social a través de la justicia redistributiva más que en los postulados liberales, de crítica a la intervención estatal, que reflejaban una visión atomística de la sociedad.

Desde el punto de vista de la derecha, lo más resaltante de la coyuntura electoral fue que éstas en la plenitud de su poderío electoral, dejó pasar la oportunidad de derrotar a un adversario al que consideraba el continuador maximalista de los gobiernos que habían provocado la decadencia nacional. Una suerte de actitud suicida que, en realidad, no refleja una sicopatología colectiva, sino la profundidad de las pugnas tanto de poder como de proyecto.

Al mismo tiempo estas elecciones revelaron la existencia de una fractura entre los partidos de izquierda. Las luchas de poder y de proyectos entre socialistas y comunistas también llegaron a un punto culminante. La coyuntura electoral de 1946 fue un momento de debilitamiento de los bloques tanto de izquierda como de derecha.

Nos encontramos pues frente a una coyuntura crucial, como lo fue la de la elección de 1938. Un momento en que las decisiones de los actores (en ese primer caso la tozudez de la mayor parte de los dirigentes derechistas para imponer la candidatura de Ross, en este caso la actitud irreductible de ambos candidatos, especialmente de Cruz-Coke) empujan la historia hacia ciertos derroteros, cerrando algunos caminos, abriendo otros. Si la derecha hubiese ido unida en esta elección, probablemente se habría modificado el curso político posterior. Contaba con un tipo de líder político que nunca más tuvo, en el cual se mezclaban algunos de los elementos carismáticos y populistas de Arturo Alessandri, las cualidades intelectuales de un gran científico y la imagen de ser una “personalidad superior”. Cruz-Coke representaba, además, la posibilidad de realizar una política renovada, de carácter social cristiano que quizás le hubiese permitido a la derecha recuperar su perfil hegemónico, al contar con un proyecto que en la época se llamaba neocapitalismo o “capitalismo humano”. Tal vez en esas circunstancias la derecha hubiese contado con un referente ideal o normativo, con una propuesta alternativa que le hubiese evitado deslizarse en el pragmatismo.

El éxito de Cruz-Coke probablemente hubiese creado una corriente socialcristiana surgida desde dentro del Partido Conservador y no desde fuera, como fue lo que ocurrió posteriormente, cuando la Falange Nacional, con un pequeño grupo de conservadores socialcristianos, formó el Partido Demócrata Cristiano.

Sin embargo, primó en una parte importante de la derecha, en este caso el Partido Liberal, una doble lógica negativa. Hicieron primar sus intereses inmediatos de poder por encima de los intereses estratégicos generales de clase. Hicieron primar la lógica empresarial corporativa, aquella expresada en aquel manifiesto de la Confederación de la Producción y del Comercio en el cual esta organización rechazaba la ley de la “semana corrida”, por tanto se negaba a aceptar las propuestas de humanización “transformista”<sup>34</sup> que contenía el programa de Cruz-Coke.

<sup>34</sup> Esta palabra del léxico gramsciano se refiere a cambios de continuidad, que no alteran esencialmente el sistema social.

Este es un rasgo característico de una parte importante de la derecha. Antes de asumir un programa de reformas sociales prefirió correr el riesgo de una derrota en manos de la coalición radical-comunista. El hecho de que el programa avanzado fuera formulado por el representante del partido más vinculado a la oligarquía latifundista y a la Iglesia era el argumento justificatorio de la resistencia de los liberales y de sus aliados. Pero el problema de fondo fue que la candidatura de Fernando Alessandri representaba al liberalismo burgués, expresado por las organizaciones empresariales.

La candidatura de Cruz-Coke presagiaba una serie de acontecimientos que tendrían lugar más tarde, por ejemplo la división del Partido Conservador en 1949, dando lugar a la formación de un Partido Conservador Social Cristiano, y más tarde a la transformación de la Falange en Partido Demócrata Cristiano, dentro del cual se absorbió lo que quedaba de la corriente socialcristiana.

El triunfo de González Videla puso en evidencia los problemas y contradicciones que enfrentaban los partidos representativos de los grupos empresariales y de los sectores defensores del capitalismo liberal. En 1938 y 1942 su conservadurismo programático los aisló del centro político, representado por el Partido Radical, el cual era reformador y estatizante. Pero en 1946 el problema fue otro, como se observa a través de la descripción de los complejos procesos de decisión interna de los partidos: dentro de las colectividades de derecha surgieron dos proyectos diferentes. Eso permitió el triunfo, electoralmente evitable, del candidato de la coalición radical-comunista. Esta situación era amenazante para los sectores dominantes, tanto por el programa que el candidato había planteado como por la presencia comunista en el gobierno.

Como se puede deducir del análisis del proceso decisional de la derecha para las elecciones presidenciales de 1946 a veces la política toma caminos que dejan de lado las premisas de un cálculo razonable. El término de la guerra mundial, con los ejércitos soviéticos llegando hasta Berlín, modificó totalmente el clima de “gran alianza” que desde 1941 había primado. La Unión Soviética utiliza el poderío de sus tropas y el aura producida por su comportamiento heroico en las luchas militares para posicionarse políticamente en Europa, para salir de su aislamiento y crear una zona de contención. Los otros países triunfadores tratan de evitar por todos los medios los avances soviéticos y buscan debilitar el prestigio de los partidos comunistas de Francia e Italia, cuya popularidad se había reforzado por la conducta de sus militantes en la resistencia. Incluso ya en 1946 se empieza a expandir el temor de una tercera guerra mundial, magnificado por la propaganda británica y estadounidense.

Pero en la coyuntura electoral de 1946 la consideración de esos datos de la política internacional no tuvo impacto visible en las decisiones de los actores. Estos pasaron por encima de ellos. El Partido Radical (al final y después de muchas idas y venidas) hizo caso omiso del clima anticomunista que surgió en su propio partido e incluso entre los

socialistas y también obvió los cambios subjetivos producidos por la nueva correlación de fuerzas a nivel mundial. En el momento de la elección Estados Unidos había bombardeado Japón y se hablaba del peligro comunista y, en relación con este, de la posibilidad de una nueva guerra.

#### 4.- Las tareas asumidas por las coaliciones de centro-izquierda: un balance

En el momento de la elección de Aguirre Cerda en 1938 ya era bien conocida la política belicista y antipopular de los fascismos europeos, desde 1923 en Italia y desde 1933 en Alemania. Por lo tanto era un momento político en el cual la consigna de los frentes antifascistas tenía credibilidad y vigencia, pese a que este tipo de coalición sirvió para justificar la guerra civil de España y los problemas que enfrentó Francia<sup>345</sup>.

En todo caso es sorprendente que una coalición de ese tipo haya ganado tres elecciones presidenciales en Chile, además por la forma cuasi empatada en que terminó la primera contienda. Más anómalo aun es que Aguirre Cerda en 1938 haya podido asumir el gobierno sin resistencia militar. Al contrario, puede decirse que llegó a la presidencia con la complicidad militar. Los altos oficiales que intervinieron para disuadir a Ross de presentar las reclamaciones que quizás hubiese ganado, por la composición de los tribunales electorales, no estaban vinculados al ibañismo. Todo lo contrario. Uno de los que tuvieron una influencia decisiva fue el General Director de Carabineros, quien cumplió la orden de masacrar a los jóvenes nazis<sup>346</sup>.

Para extremar la paradoja, el tipo de gobiernos con participación de la izquierda y del radicalismo se prolongó hasta 1947, nueve años que fueron decisivos en el desarrollo del capitalismo chileno, tanto por las realizaciones como por los límites.

Una explicación posible del carácter “productivo” de las coaliciones de centro izquierda reside en que la crisis del modelo de desarrollo chileno no tenía solución, en esa coyuntura histórica, dentro del esquema liberal ortodoxo en que alineaba la mayor parte de la elite política dirigente de las derechas.

Como ha mostrado Óscar Muñoz en varios trabajos, existe desarrollo industrial en Chile a fines del siglo XIX, antes de la gran crisis de 1929 y, por supuesto, antes de los gobiernos de centro izquierda. No solo su magnitud no es insignificante, sino que el proceso de formación de capital se realiza trasladando hacia el sector industrial excedentes generados por la elite económica en el comercio, la banca y la agricultura<sup>347</sup>.

345 Carlos Bascuñán, *ibid.* Este texto examina el proceso de formaciones de Frentes Populares tomando en consideración el “gran viraje” de la III Internacional y las experiencias de España y Bulgaria, además de la de Chile.

346 Tomás Moulán e Isabel Torres, *ibid.*

347 Óscar Muñoz, “Estado e industrialización en el ciclo de expansión del salitre”, en *Revista Ceiplan* N° 196.

Pero pese a que esos datos cambian ciertos análisis carentes de matices, no modifican el diagnóstico básico. No solo primaba un modelo de “desarrollo hacia fuera”, además había una actitud y una ideología *laissez faire* que se había consolidado como una especie de mentalidad de la elite política. Esa estrategia de desarrollo pudo funcionar durante el período del auge primario-exportador basado en el salitre, pero no servía en absoluto para impulsar una modernización diversificada del capitalismo chileno, cuyo modelo de desarrollo hacia afuera estaba en crisis desde el término de la primera guerra mundial, por efecto de la sustitución del salitre, agravada después por la desarticulación del comercio internacional generado por la gran crisis mundial de 1929.

La tarea histórica de estabilizar un modelo de desarrollo capitalista que combinara la emergente economía cuprífera con la industrialización intensiva, necesitaba de nuevos actores protagonistas. Requería de elites gobernantes que creyeran en un Estado activo, que se jugaran por impulsar desde arriba la industrialización. Ese papel cae en manos de las coaliciones de centro-izquierda, entre otros factores, a causa del bloqueo ideológico de la mayoría de las elites políticas de las clases dominantes y por la fuerza neutralizadora de la combinación de intereses ligados al latifundio<sup>348</sup>.

La cuestión importante es que las elites gobernantes de recambio que consiguieron el gobierno en 1938 estaban preparadas desde el punto de vista de ideológico para realizar una política de sustitución de la estrategia de desarrollo y para crear condiciones de una imbricación sólida entre una economía exportadora de materias primas mineras y una economía industrial, apoyada en el Estado. El Partido Radical de fines de la tercera década del siglo pasado había transitado desde el liberalismo individualista a un social-liberalismo<sup>349</sup>.

Gabriel González Videla, quien fue tanto un impulsor entusiasta de las políticas de coalición con la izquierda como el destructor de ellas, comentaba esa evolución en estos términos: “...Después de cuarenta años en el transcurso de los cuales (el Partido Radical) fue una entidad de tendencia netamente individualista, ha pasado a ser una colectividad que reconoce al Estado el derecho de intervenir y controlar la producción y el consumo en el país”. Y agregaba, cayendo en un exceso retórico: “El Partido se ha convertido ahora al socialismo de Estado y reconoce la lucha de clases”<sup>350</sup>.

La coalición de centro izquierda era portadora de un programa que fue, en el fondo, más desarrollista que democratizadora. Era una alianza formada por un Partido Radical de carácter policlasista, con predominio de las capas medias entre sus cuadros dirigentes

<sup>348</sup> Timothy R. Scully, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, Cieplan-Notre Dame, 1992, p. 125-127.

<sup>349</sup> Florencio Durán, *El Partido Radical*, Editorial Nascimento, 1958. Éste fue presidente del Partido Radical durante la administración de Aguirre Cerda.

<sup>350</sup> Jorge Guzmán, *Gabriel González Videla*, Imprenta y Litografía Universo, 1946, pp. 53-54.

y con participación en ellas de dirigentes sindicales urbanos y de propietarios agrícolas y dos organizaciones políticas de base popular, los partidos Comunista y Socialista. El primero tenía una ideología laica y positivista y un programa desarrollista y estatizante<sup>351</sup>. Los otros dos eran partidos de orientación marxista, uno de ellos vinculado a la III Internacional. Ambos partidos de izquierda planteaban el socialismo como forma ideal de organización social. En Chile no había tenido lugar la diferenciación entre un tipo de izquierda socialdemócrata y otra revolucionaria, ambas lo eran. Este es un dato importante para entender la política chilena hasta la década de 1980.

En verdad nada forzaba al sector de izquierda de la elite de recambio a permanecer en posiciones realistas y posibilistas. Ella pudo haber adoptado un camino distinto, tomando una orientación maximalista, que hubiese colocado obstáculos al desarrollo del capitalismo chileno, como lo hizo durante la “república socialista”. Esa actitud hubiese abierto otro camino a las clases populares, en vez de comprometerlas en la modernización del capitalismo.

Pero socialistas y comunistas habían sufrido una evolución particular. Los comunistas venían saliendo de un período que sus propios historiadores han llamado izquierdista<sup>352</sup>. Los socialistas se habían constituido en torno al ideario de la “república socialista”. En una declaración de principios de 1933, recién fundados<sup>353</sup>, afirmaban la necesidad de una “dictadura de trabajadores” porque “la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no (era) posible”.

Sin embargo, socialistas y comunistas participaron, de una forma u otra, en gobiernos de coalición con el centro, con un programa que no sobrepasaba las reformas dentro del capitalismo. Ambas fuerzas formaron parte de una coalición desarrollista, que se adecuó a las reglas constitucionales de procedimientos, al “juego democrático”. ¿Cómo se produjo esta rápida evolución desde las posturas “izquierdistas” del VI Congreso de la Internacional o desde las afirmaciones de la declaración de principios de los socialistas en 1933 hasta las posiciones realistas de la coalición de centro izquierda?

Conviene hablar primero de la evolución comunista. Los cambios ocurridos en la línea de esa organización entre 1933 y 1935 fueron el efecto de una combinación de factores internos y externos. Entre los internos tuvo una gran influencia el aislamiento que había quedado el partido por la aplicación de la línea “izquierdista” de la Tercera Internacional. En un período de efervescencia, donde se produjeron situaciones y oportunidades inesperadas como la “república socialista” y la emergencia del “grovismo”, los comunistas se mantuvieron prácticamente al margen. Permanecieron fieles a la tesis de la revolución

Peter G. Snow, *Radicalismo chileno*, Editorial Francisco de Aguirre, 1972.

Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, Santiago, Editorial Austral.

Boletín Internacional Socialista, Declaración de Principios, junio-julio 1983, N° 1, p. 8.

obrero-campesina que conduciría a la dictadura del proletariado y se aferraron a la consigna “clase contra clase” como esquema de alianzas<sup>354</sup>.

La rigidez de esa línea favoreció el surgimiento de los socialistas como otra alternativa en la izquierda y también estimuló el desarrollo de una tendencia crítica dentro del partido, la tendencia de Hidalgo, la cual finalmente se escindió. Ese grupo separado encontró en la “república socialista” y en la candidatura de Grove de 1932 los espacios y oportunidades que necesitaba para adquirir cierto peso político<sup>355</sup>.

En 1933 el balance de la línea “izquierdista” era crítico, pues algunos acontecimientos en que se intentó materializarla no tuvieron éxito, como la rebelión de la escuadra en septiembre de 1931<sup>356</sup> y las movilizaciones de Copiapó. Por tanto había situaciones internas que impulsaban al cambio.

Pero los factores principales tuvieron relación con influencias externas. En verdad el cambio de línea comienza con la Conferencia Nacional de julio de 1933<sup>357</sup>. En ella se sustituye la revolución socialista como objetivo inmediato y se afirma el carácter previo de una etapa democrática burguesa, derivada de la situación semifeudal y semicolonial de Chile. Sin embargo, pese a la importancia de la modificación reseñada, el viraje de 1933 fue incompleto. No estuvo acompañado de un cambio de la política de alianzas. Se siguió afirmando que el carácter dirigente lo debía asumir el bloque restringido de obreros y campesinos, sin participación decisiva de los sectores de la pequeña burguesía o de la burguesía nacional.

Solo después del VII Congreso de la III Internacional realizado en 1935 los comunistas lanzaron la consigna de la “unidad de todas las fuerzas democráticas y progresistas”. Allí se completó el giro iniciado en 1933<sup>358</sup>.

La constitución en 1933 del Partido Socialista fue un elemento importante para las decisiones tomadas entre 1937 y 1938 y que desembocaron en la candidatura de Aguirre Cerda. Este partido se formó como una coalición de grupos socialistas con orientaciones distintas que abarcaban desde el anarco-sindicalismo hasta el trotskismo y la socialdemocracia, y en torno a liderazgos, entre los que sobresalía el de Grove. La vocación de poder estatal de esos grupos se manifestó en su participación en la “república socialista”.

<sup>354</sup> Sexto Congreso de la Internacional Comunista, Cuaderno de Pasado y Presente, 1977. Ver especialmente el artículo de Milos Hayek, “La táctica de la lucha clase contra clase”.

<sup>355</sup> No conozco una buena monografía global sobre Hidalgo y su tendencia. La información que se encuentra en Elías Lafferte, *Vida de un comunista*, Editorial Austral, 1972, y Luis Corvalán, *Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*, Editorial Austral, 1972, representa el punto de vista oficial de los comunistas. Ver también Olga Ulianova, “La figura de Manuel Hidalgo en los archivos de la Internacional Comunista”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (compiladores), *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, 2000, pp. 189-210.

<sup>356</sup> Patricio Manns, *La revolución de la escuadra*, Santiago, Ediciones B, Chile, 2001.

<sup>357</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, Editorial Austral, 1972.

<sup>358</sup> Luis Corvalán, op. cit., pp. 92-100 y capítulo VIII.

Ese estilo se desplazó hacia la lucha por la candidatura Grove en las negociaciones por el candidato presidencial de 1938 y la candidatura Schnake en 1942.

Los socialistas no fueron la fuerza dirigente en la constitución del bloque de centro-izquierda. Más bien se incorporaron con reticencias. Esa actitud demostraba que su vocación de poder tenía un sesgo alternativista y estaba imbricada con el miedo a la contaminación, un purismo que conducía a desconfiar sistemáticamente de las tentaciones de la “colaboración de clases”. También pone en evidencia de forma temprana que la propensión a diferenciarse de los comunistas, constituyéndose como alternativa revolucionaria diferente, es un rasgo constitutivo básico del Partido Socialista. Al final los socialistas se incorporaron a la alianza y jugaron en ella papeles importantes, hasta la elección de 1946.

Comunistas y socialistas afirmaban la necesidad de una “revolución democrática”, concebida como etapa previa para la construcción del socialismo. Esa visión estratégica compartida permitió que ambas fuerzas vieran el período de las coaliciones de centro-izquierda como etapa necesaria en la trayectoria de la revolución socialista.

Con la constitución de las alianzas de centro izquierda comenzó una larga fase de estatalidad en la política de la izquierda. Este fenómeno singular, la institucionalización estable de las izquierdas marxistas dentro del sistema de reglas constitucionales y de la política de reformas, fue facilitada por el hecho de que el sistema generó oportunidades de acceso real al poder estatal. Las dos izquierdas, que habían girado de la política del frente de “clase contra clase” o del golpe de Estado populista revolucionario, no se vieron arrinconadas en un estéril y frustrante juego de perdedores. Al contrario, a través del sistema de alianzas pudieron convertirse rápidamente en fuerzas gobernantes.

En el programa de la izquierda que se involucra en la alianza con el Partido Radical figuraba la realización de una “revolución democrático burguesa”. Estas coaliciones ¿realizaron ese programa en los casi diez años de gobierno conjunto? La respuesta es negativa.

Las coaliciones de centro izquierda abordaron tareas importantes que estaban pendientes, entre ellas modificar la orientación del modelo de desarrollo capitalista “hacia afuera” para reemplazarlo por un modelo “hacia dentro”. Pero dejaron sin abordar importantes reformas indispensables para asegurar una expansión capitalista más plena y una mayor democratización política. Promovieron el crecimiento industrial movilizando el apoyo del Estado pero no produjeron una “revolución capitalista”; generaron una relativa mayor igualdad de oportunidades pero no una “revolución democrática”. Algunas de las reformas no fueron ni siquiera abordadas, otras fueron explícitamente transadas.

Las grandes tareas postergadas, cuya realización hubiese significado una revolución democrático-burguesa “desde arriba” fueron el desarrollo capitalista de la agricultura (lo que implicaba guerra al latifundio ineficiente y negociación colectiva en el campo), la nacionalización de las riquezas básicas y el perfeccionamiento del régimen electoral. Las coaliciones de centro izquierda representaron “reformismos incompletos”, puesto que

dejaron a medio camino los cambios que hubiesen permitido una mayor modernización y democratización.

Es importante analizar el problema de las transformaciones agrarias, especialmente aquellas que tienen relación con la capacidad negociadora de los trabajadores. A diferencia del ciclo salitrero que se orientaba hacia el mercado externo, la industrialización, en especial en sus fases tempranas, se orienta exclusivamente al mercado interno. El bajísimo ingreso promedio de los trabajadores rurales conspiraba sin duda contra la magnitud de ese mercado, el cual estaba en la práctica fragmentado.

Pero la correlación de fuerzas al nivel político impidió que ese problema y otros vinculados al desarrollo capitalista del campo fuesen abordados, postergando el asunto hasta la década de 1960. Cuatro factores tuvieron influencia directa: a) el gran poderío de las derechas en las elecciones pluripersonales, lo que les permitía una gran influencia en las decisiones parlamentarias, b) los lazos del Partido Radical con empresarios agrícolas, que aunque no eran latifundistas del Valle Central, igual se oponían a la sindicalización, c) el hecho de que los discursos sobre las reformas agrarias se hicieran en un lenguaje que repelía a los empresarios y a la derecha, pues enfatizaban la justicia más que la modernización capitalista, d) la dominante urbana de las preocupaciones políticas de las izquierdas, que las llevan a desvalorizar la importancia del sindicalismo campesino.

Las coaliciones de centro izquierda asumen tareas de desarrollo capitalista que debieron ser abordadas por el bloque dominante. Éste no las podía enfrentar y tampoco dejó que fueran abordadas por la coalición de centro izquierda. Como se ha dicho de manera reiterada, por ser la industrialización para el mercado interno la forma posible del “desarrollo hacia adentro” era muy necesario enfrentar el retraso rural, como condición de unificación del mercado. Pero ese es el quid de la cuestión, ser moderno de esa manera era imposible para el bloque dominante. Hasta la segunda mitad de la década de 1960 los latifundistas ineficientes fueron protegidos. Entre 1965 y 1970 el Partido Nacional siguió evitando la reforma agraria y, sin entender la lógica de desarrollo capitalista, siguió rechazando la sindicalización campesina.

## CAPÍTULO IV

### LA MODALIDAD DE DOMINACIÓN REPRESIVA: 1948-1958

#### 1.- El problema global

Mirando la historia política chilena en el largo plazo se observa una semejanza entre la situación de 1946-1947 y la situación 1970-1973, pese a lo cual no cumplió ningún papel de advertencia. La primera constatación es bastante gruesa. En momentos en que la democracia ofreció oportunidades a una izquierda con pretensiones de transformación termina por producirse un cambio restrictivo del sistema de dominación. Entre los dos momentos hay una diferencia esencial. En 1947 la sustitución de la dominación defensiva por un esquema represivo se realiza a través de un conducto legal, sin necesidad de recurrir a un golpe de Estado o a la imposición de un estado de excepción. En 1973, en una situación de mucho mayor amenaza para el sistema capitalista, el cambio de la modalidad significó un golpe de Estado y la instalación de una dictadura duradera. Esta mirada conecta dos cabos de la historia política chilena de esa parte del siglo XX (1932-1973) y permite poner atención en la fragilidad de la tradición democrática.

El triunfo de González Videla significó el ingreso de los comunistas a la dirección de tres ministerios, en un gabinete del tipo “unión nacional”. Incluía también a liberales en posiciones importantes junto con radicales, quienes ocuparon la mayor parte de los puestos<sup>39</sup>. Pero esta luna de miel tuvo cortísima duración. En 1947 los comunistas fueron expulsados del gobierno y el radicalismo protagonizó un drástico giro a la derecha. La Ley de Defensa Permanente de la Democracia dictada en 1948 proscribió al Partido Comunista e impidió a sus militantes elegir y ser elegidos. Las fuerzas perdedoras de la elección movilizaron al Partido Radical y al Presidente para la tarea de reprimir de manera legal. Mediante este medio la derecha consigue pasar a la ofensiva.

¿Cómo se explica ese cambio de situación? Los factores que generaron la coyuntura propicia para la liquidación de las alianzas de centro-izquierda y para el viraje del radicalismo fueron múltiples. Entre ellas se pueden destacar las presiones del Partido

<sup>39</sup> El primer gabinete de González Videla estuvo compuesto por tres comunistas, cuatro radicales, un independiente y tres liberales. Los comunistas ocupaban las carteras de Obras Públicas, Agricultura y Tierras, mientras que los liberales ocupaban las carteras de Justicia, Defensa y Salud.



Liberal, las maniobras de Estados Unidos, quien se había sumergido en la política de la “guerra fría”, y la construcción de una cierta imagen de los comunistas como “fuerza amenazante y peligrosa”.

Por otra parte el Partido Comunista chileno y el movimiento comunista internacional vivían al final de la guerra y al comienzo de la nueva etapa un momento particular, que era consecuencia del éxito y de los límites de la política anterior. En 1947 la línea política interna se debió ajustar a las denuncias de “seguidismo”. Aunque ellas tuvieron como blanco a Earl Browder, secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos, pusieron en tensión la línea estratégica global, la del movimiento mundial y la de los diferentes partidos. Por ello, en Chile, el Partido Comunista en vez de moderar su táctica para adecuarla a la atmósfera, siguiendo el modelo realista usado en otras ocasiones, la “izquierdizó”. Haciendo caso omiso de la efervescencia anticomunista buscó, a través de las acciones de masas, forzar la realización del programa acordado con González Videla en el período electoral<sup>360</sup>. A poco de comenzar su etapa de participación ministerial se desplegó una ola de huelgas, entre ellas una larga paralización de las minas de carbón y una huelga de la locomoción colectiva. Estas fueron alentadas por los comunistas, pese a que formaban parte del gobierno<sup>361</sup>. Esa fórmula se tradujo en un gran éxito electoral para el Partido Comunista en los comicios municipales de 1947, en las cuales se empujó cerca del 18 por ciento. Pero se trató de una victoria a lo Pirro. Esa peligrosidad electoral y ese desborde en la movilización de masas jugaron el papel de la excusa. Pero, pese a la hostilidad que se había construido, a través de la incesante propaganda, había preparado el terreno González Videla necesitaba para justificar el violento viraje.

Con la aprobación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia en 1948, la derecha tuvo posibilidad de enfrentar dos problemas cruciales: i) aumentar la capacidad coercitiva para contener las movilizaciones populares y excluir de la competencia política a uno de los “partidos antisistema”; y ii) generar condiciones favorables para solucionar el problema de aislamiento respecto al centro, que habían enfrentado en las elecciones de 1938, 1942 y 1946.

Sin embargo, justamente en ese terreno más estratégico, el proyecto experimentó los principales fracasos. Aunque se produjeron acercamientos entre el radicalismo y la derecha y ésta aumentó su participación ministerial, la fase de exclusión política no sirvió para estabilizar un bloque entre ella y el centro. En parte, ello es atribuible a que en 1952 se interrumpió el ciclo de presidentes radicales, disminuyendo la importancia del centro al interior del sistema político. También en parte se debió a que las ya señaladas limitaciones políticas de la derecha dificultaban su entendimiento con un partido como el Radical, de naturaleza policlasista, sometido por tanto a la necesidad de satisfacer una

gama muy amplia de intereses. La incapacidad de la derecha de separarse de los intereses empresariales inmediatos y privilegiar una lógica del desarrollo capitalista por encima de las reivindicaciones y las exigencias de corto plazo de las fracciones políticamente más representadas (como los latifundistas) le hacía difícil conectarse con los partidos intermedios para entrar en una dinámica de reforma.

Además, si bien la exclusión de los comunistas y las medidas de control del movimiento obrero eliminaban uno de los problemas políticos que la derecha enfrentaba dentro del sistema de competencias, no eliminaban la vigencia del principio representativo. Por tanto, seguía operando una lógica de legitimación: las diferentes opciones políticas debían competir entre sí para imponerse. ¿Cómo se puede interpretar el sentido del “cierre político”, vale decir, la disminución del pluralismo? ¿Se trató de un simple intento de eliminar el “peligro comunista” o de una tentativa mucho más de fondo, destinada a adaptar el funcionamiento del sistema político a las exigencias del desarrollo capitalista dentro de un mercado mundial en proceso de reajuste después de la guerra?

El sentido potencial era producir esa compatibilización entre régimen político y desarrollo capitalista. Pero en verdad esa lógica estratégica no llegó a ensayarse con continuidad. El “cierre político” y las medidas coercitivas que limitaban la acción del movimiento obrero no fueron usadas para implementar un programa sistemático de contrarreformas de carácter burgués.

La experiencia puso de relieve nuevamente la incapacidad política de la derecha. Aún con las condiciones excepcionales otorgadas por la legislación represiva, no aspiró a impulsar un proyecto orgánico de reestructuración capitalista. Entre 1948 y 1950 se puso en práctica un programa de estabilización, dirigido por Jorge Alessandri como ministro de Hacienda, el cual no abordaba reformas estructurales. Se trataba de una propuesta típicamente empresarial, que definía las alzas de salarios como principal factor inflacionario<sup>362</sup>. En 1950, es decir, cuando el país estaba entrando en la dinámica electoral, el programa empresarial y “estabilizador” fue reemplazado por uno de corte semipopulista, orientado hacia la activación económica. El gabinete que lo llevó a cabo, denominado de “sensibilidad social”, realizó un movimiento pendular hacia políticas económicas de corte más redistributivo. Esos ciclos eran característicos y habitualmente correspondían a necesidades electorales. Por las exigencias de la competencia política electoral es comprensible que el intento de 1948-1950 haya resultado de corta vida.

¿Quién estuvo a la cabeza de este giro desde las políticas de estabilización? El ministro de Hacienda fue Carlos Vial Espantoso, un empresario conocido por su orientación

<sup>360</sup> Elías Lafferte, *Vida de un comunista*, Santiago, Editorial Austral,

<sup>361</sup> Sofía Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2001, p. 182.

<sup>362</sup> Ricardo Ffrench-Davis, *Políticas Económicas en Chile, 1952-1970*, Ediciones Nueva Universidad, 1983, y también Tomás Moulian, “Desarrollo Político y Estado de Compromiso. Desajustes y Crisis Estatal en Chile”, *Estudios de CIEPLAN* N° 8; Marisol Gómez, “Los Empresarios Manufacturados frente al proyecto de modernización industrial de Jorge Alessandri”, Tesis de grado, Instituto de Sociología Universidad Católica, 1983.

social cristiana. La lectura de sus libros, editados dos años después de su paso por el ministerio, revelan que tenía un programa socialcristiano de carácter orgánico, sistemático y progresista. En uno de sus libros Vial realiza el siguiente diagnóstico: “Han pasado 28 años y cabe preguntar: ¿seguimos a la cabeza del mundo en adelanto social? Nada de eso... Así se producen hoy día los siguientes hechos negativos en contra del trabajador modesto: no tiene sueldo vital mínimo, no tiene reajuste anual por año, no tiene gratificación, salvo en determinadas industrias, no tiene aumentos trienales, no tiene asignaciones familiares..., no tiene subsidio de cesantía”<sup>363</sup>. Pone énfasis en la necesidad de una mejor distribución de ingresos, en la necesidad de desarrollar la legislación social, en especial para favorecer a los trabajadores más débiles, predica a favor del desarrollo de la vivienda popular<sup>364</sup>.

Al colocar a Carlos Vial en el Ministerio de Hacienda, González Videla se acerca a la vertiente socialcristiana, insinuando una trayectoria posible del período de dominación represiva. Abandona el uso de la represión como instrumento para la aplicación de políticas de contención inflacionaria por la vía de los salarios, lo que –a grandes rasgos– representó el gabinete de Jorge Alessandri. Se atreve a incursionar en una modalidad progresiva, en la cual la represión política se combina con una política social más o menos integrativa, preocupada de la suerte de los asalariados más pobres. A la postre Carlos Vial se retira sintiéndose traicionado. La vía abierta se trunca. La fase represiva dirigida por los radicales desde el gobierno se termina.

La derecha volvió a cometer un error estratégico. Sus representantes y los dirigentes del empresariado, dejándose llevar por su tecnocratismo, pusieron énfasis en cambios en la economía antes de intentar redefinir primero las alianzas futuras. La derecha perdió así la oportunidad de constituir con el Partido Radical una alianza presidencial, que quizás hubiese modificado el resultado electoral de 1952.

En vez de esa opción de centro-derecha, que habría requerido probablemente apoyar a un candidato radical, se optó por Arturo Matte, representante típico de los hombres de negocios vinculados a la política.

La derechización del radicalismo, provocada por la disputa con los comunistas en 1947, abrió la posibilidad de que conservadores y liberales se resituaran en el campo de fuerzas. Sin embargo, esta oportunidad fue desperdiciada: se prefirió la alternativa autónoma de carácter acusadamente empresarial, a la formación de un gran bloque con el centro, en contra del ibañismo.

En ese momento se le presentó a la derecha la posibilidad de intentar la constitución de una alianza de gobierno con objetivos estratégicos. Estos pudieron estar orientados a eliminar las trabas que la legislación social y, en general, los incipientes procesos de

democratización social habían colocado al desarrollo capitalista “ideal”. Era el momento de pensar en un programa orgánico de contrarreformas, aprovechando la derechización del Partido Radical, marcado además por su oportunismo político.

Como se observa, el cierre político represivo resolvió en un primer momento los efectos de la “amenaza comunista” poniendo fuera de la ley al partido que controlaba el movimiento sindical y que en 1947 había alcanzado cerca del 18%. Pero en la medida que no se eliminó totalmente el régimen representativo de competencia entre partidos, siguió siendo baja la capacidad de desempeño de la derecha, porque esta permaneció sin ser capaz de formular políticas de alianzas. Por esta limitación desaprovechó la posibilidad de parar a Ibáñez, de nuevo candidato en 1952.

## 2.- Los discursos de la Ley de Defensa de la Democracia

Es interesante leer parte de lo que se dijo en la discusión de este decisivo proyecto de ley, cuya aprobación marca un giro en la modalidad de ejercicio de la dominación. La discusión de este proyecto dividió al Partido Conservador y también al Partido Socialista<sup>365</sup>.

Al contrario, el Partido Liberal tuvo un compartimiento unificado en la discusión de Ley de Defensa de la Democracia (en adelante LDD). Casi todos los emisores de discurso del Partido Liberal desecharon las posturas que denominan inocentes y sensibleras, aquellas que atribuían la existencia del comunismo a las desigualdades de ingreso o más en general a la situación social. Francisco Bulnes Correa, quien hizo en el Senado el discurso principal a nombre del partido, dijo que “las desigualdades son inherentes a la condición humana”, que aparecen en todos los tiempos y en todos los regímenes y se deben a “que Dios no dio a todos los hombres la misma inteligencia o la misma fuerza moral...”.

Según su visión la amenaza del comunismo no era económica era política. El comunismo chileno debía ser considerado un instrumento del imperialismo soviético que, aprovechando el “candor” de los demócratas, se había apoderado de media Europa. Por tanto el peligro comunista ponía en jaque “los valores espirituales y morales de nuestra civilización occidental, fundada en los principios eternos de los conceptos cristianos”. Esta idea es reforzada diciendo que “el comunismo práctico de la Rusia soviética es una nueva amenaza de invasión de Occidente por Asia”.

Esa asimilación del partido chileno al soviético y la caracterización de la URSS como nación imperialista están en el centro del análisis de los liberales. Hernán Videla Lira en

<sup>363</sup> Carlos Vial Espantoso, *Cuaderno de la realidad nacional*, Santiago, Editorial Pacífico, 1952, p. 26.

<sup>364</sup> *Ibid.*, pp. 31-32, 37-40.

<sup>365</sup> Teresa Pereira, *El Partido Conservador 1930-1965. Ideas, figuras y actitudes*, Fundación Mario Góngora, Santiago, 1994, pp. 223-232

su discurso en el Senado afirma “no creo que haya chileno que desee para nuestra Patria los tristes días que ha vivido Checoslovaquia”.

Ladislao Errázuriz afirma (reconociendo la paradoja) que “la mejor manera de defender la libertad es aprobando esta ley que la cercena”. Los comunistas en todo el mundo, “títeres de las directivas comunistas”, no juegan limpio. “Se encaraman al gobierno e implantan la más odiosa de las tiranías”. La referencia empírica es la situación de Europa del Este, en especial el caso reciente de Checoslovaquia.

A su vez, José Maza, con un tono de consejero constitucional que evita entrar en la polémica, afirma que el votante comunista no cumple con la condición necesaria de poseer libertad para emitir su sufragio, porque “tal vez contra su deseo íntimo” va a obedecer a una directiva internacional. Maza pone en duda el carácter “nacional” del votante comunista. Esa sería la razón para privarlo de la ciudadanía.

Al contrario de lo que ocurrió en el Partido Liberal, la postura frente a la LDD generó un enconado debate en el Partido Conservador, porque Horacio Walker planteó (de la misma forma que Eduardo Cruz Coke) la inconstitucionalidad de la cláusula de eliminación de los votantes comunistas. A este motivo legal agrega uno político, la ineficacia de esta nueva ley para contener al comunismo. La razón es su carácter ilegítimo.

Eduardo Cruz-Coke también se pronunció en contra. En la parte más sustancial de su discurso augura: “Se ha creído que por medio de una ley de represión generalizada, se podría liquidar a un adversario tan sutil como el comunismo. Sin embargo este proyecto no es anticomunista sino ocasionalmente. Mañana con cambiarle una palabra a éste u otro artículo, no sería difícil hacer de este proyecto de ley, un proyecto anticatólico, antimason”<sup>366</sup>. El ex candidato presidencial realiza una crítica general, pues advierte en contra de cualquier reducción del pluralismo, realizada a nombre de la “defensa de la democracia”.

Radomiro Tomic, en un discurso pronunciado en la Cámara de Diputados a nombre de la Falange Nacional, afirma que su partido no votará a favor de la LDD porque perjudicará a las personas de los comunistas y “favorecerá el derecho del comunismo en Chile”. Además agrega de manera acusatoria: “¿Con quién vais a estar con vuestro proyecto. ¿Con quiénes marchareis codo a codo en vuestro método, ¿Queréis saberlo?, vuestro método es el método del señor Franco, que no es ejemplo de democracia”. Afirma además que es falso que en Chile se este preparando una situación como la de Checoslovaquia, el fantasma que González Videla y los radicales echaron a correr para justificar su voltereta. Usando su tono profético dice: “¡Cuidado! La solidaridad entre los pobres, la solidaridad ante el sufrimiento humano de los inocentes puede hacer más

<sup>366</sup> Eduardo Cruz Coke, Cámara de Senadores, Sesiones Ordinarias, 15 de junio de 1948. También citado en Teresa Pereira, *Ibid.*

hacia el comunismo perseguido que todo lo que podrían hacer los propagandistas y agitadores comunistas en 10 años”<sup>367</sup>.

Una importante pieza crítica contra la política de González Videla fue el discurso de Marcelo Ruiz Solar, presidente del Partido Radical Democrático, quien estuvo en contra del apoyo a González Videla. Fustiga la inconsecuencia del mandatario: “Resulta paradójal oír estas expresiones en boca de un mandatario de una nación que atraviesa por la más honda crisis institucional de su historia en los momentos en que bajo la máscara de legislar en defensa de la democracia, se intenta destruir los fundamentos mismos del régimen democrático, vale decir, la libertad e igualdad que consagra nuestra Constitución...”. Agrega que las actividades que el presidente denomina subversivas no han tenido “otro motivo ni otra causa” que la agitación que promoviera él mismo cuando era candidato: “El que halagó y dio alas al comunismo, el que solicitó y recibió sus votos, se alza vibrante en su apostasía de hoy...”<sup>368</sup>

En contraste con el gesto de dignidad del Partido Radical Democrático, un grupo del Partido Socialista, encabezado por Juan Bautista Rossetti y Bernardo Ibáñez apoyó la LDD y fueron expulsados, formando el Partido Socialista de Chile. El miembro de ese sector Armando Mallet se incorporó al gabinete denominado de Concentración Nacional (1948-1950) con el cargo de Ministro de Educación<sup>369</sup>.

### 3.- Las elecciones presidenciales de 1952

En 1952 llegó Carlos Ibáñez al gobierno en elecciones competitivas, después de dos intentos anteriores frustrados. Esta experiencia populista (un caudillo antipartidario que habla a nombre de lo popular) fue efímera, ya que no se prolongó más allá de 1958 ni como gobierno ni como tendencia política orgánica. Pero, en aspectos importantes, esa experiencia modificó el sistema político y partidario. Como gobierno tuvo múltiples caras, aplicó políticas de sellos diferentes y hasta opuestos.

Esta experiencia puede ser vista como una etapa de transición entre la política de la década de los cuarenta y la de la década de los sesenta. El primer período se caracterizó por el papel político dirigente del centro radical, el predominio de políticas coalicionales y la existencia de una bipartidización de tendencias (centro-izquierda versus derecha) sin polarización.

<sup>367</sup> Radomiro Tomic, “Comunismo, capitalismo y democracia”, Cámara de Diputados, 11 de mayo de 1948.

<sup>368</sup> Marcelo Ruiz Solar, “La ley frente a lo que es puramente doctrinario o mental, tiene señalada una sola función para el legislador de una democracia”, Cámara de Diputados, 25 de mayo de 1948.

<sup>369</sup> Julio César Jobet, *Historia del Partido Socialista de Chile*, Santiago, Ediciones Documentas, 1948, pp. 199-201.

El segundo período se caracterizó por la ausencia de proyectos duraderos, con capacidad de obtener más de una oportunidad de gobierno, por la baja de la propensión coalicional y por la tendencia a aplicar proyectos globales de cambio sin construir alianzas amplias.

Los dos momentos señalados compartían, pese a sus diferencias, algo en común. La política giraba en torno a los partidos, fuerzas organizadas con proyecto y, algunos de ellos, con una larga duración histórica. El gobierno de Ibáñez se situó entremedio de esos momentos. En su período, al contrario, los partidos se debilitaron. Fue un momento de conflictos entre un líder y el sistema institucional de decisiones políticas conformado por los partidos y el Parlamento.

Se analizan en el texto los siguientes aspectos: a) una visión sucinta de la situación socioeconómica en el período pre-electoral, b) las elecciones presidenciales de 1952, tratando de captar la lógica y los factores desencadenantes del triunfo de Ibáñez; c) las diferentes políticas aplicadas por su gobierno, buscando mostrar los factores que explican el erratismo, la variabilidad y el proceso de descomposición de los últimos años; d) la reorganización del campo político, donde se muestran las variaciones de la correlación de fuerzas reveladas por la elección de 1957 y e) el significado histórico de ese momento transicional.

#### A.- LA SITUACIÓN SOCIOECONÓMICA EN EL PERÍODO PREELECTORAL: 1950-1952

El análisis de la mayor parte de los indicadores económicos del período previo a las elecciones de 1952 muestra una situación de crecimiento. Esa constatación es especialmente significativa, porque muestra que el fenómeno ibañista no es la respuesta directa a un deterioro económico. En el período 1940-1949 el crecimiento anual del producto geográfico bruto fue de 3,9 por ciento. Posteriormente, en el período 1950-1959 se produjo una pequeña bajada, al 3,5 por ciento. Dentro de un decenio de debilitamiento de la velocidad de crecimiento de la economía, la fase pre-electoral 1950-1952 se caracterizó por crecimientos más elevados que los de la segunda mitad de la década (1955-1959)<sup>370</sup>. Entre 1950 y 1952 el crecimiento promedio anual del producto geográfico fue del cuatro por ciento, pese a que al inicio, entre 1950 y 1951, se produjo una pequeña caída, compensada por el crecimiento muy fuerte del año inmediatamente posterior.

A su vez entre 1950 y 1952 la variación porcentual del ingreso por habitante<sup>372</sup> alcanzó al 3,6 por ciento anual. Este porcentaje, si bien menor que el del producto, es muy significativo porque en el período previo, entre 1948 y 1950, el ingreso por habitante había caído. En el primer año de referencia alcanzó a 452 escudos por habitantes, mientras en 1949 alcanzó a 433 escudos por habitante.

<sup>370</sup> Universidad de Chile, Instituto de Economía, *La economía chilena en el periodo 1950-1963*, Santiago, Editorial Universitaria, 1963.

<sup>371</sup> El ingreso por habitante o per cápita es la suma de las rentas de todos los residentes, sociedades y organizaciones gubernamentales divididas por el número de habitantes de un país determinado.

Sin embargo, la situación era muy sombría en un campo tradicionalmente influyente sobre el comportamiento político, la inflación. En el trienio 1950-1952 el alza de precios fue alto en comparación con los años previos. En 1949 alcanzó al 16,2 por ciento, subiendo al 22,3 en 1951 para bajar levemente en 1952 al 21,6 por ciento<sup>372</sup>.

La tendencia alcista de la inflación representaba una señal de alerta, que contrarrestaba el optimismo que podía derivarse del análisis de otros indicadores, como el ingreso y el producto. Sin embargo, la situación de los salarios era positiva. En los tres años indicados el sueldo vital<sup>373</sup> creció más que el costo de la vida. En 1950 los primeros crecieron un 25,0 por ciento contra un 16,2 por ciento de la inflación; en 1951 crecieron un 22,9 por ciento contra 22,3 por ciento de la inflación, mientras que en 1952, año crucial por la proximidad de las elecciones, subieron un 30,0 por ciento mientras el costo de la vida se elevó al 21,6 por ciento. Lo importante de resaltar es que detrás de la expansión del producto, del ingreso por habitante y de los salarios se estaba incubando una situación inflacionaria. La aparente bonanza escondía el recrudescimiento –todavía semi escondido– de la enfermedad crónica de la economía chilena de esos años: la inflación. Sin embargo, el trienio 1950-1952 no fue crítico desde el punto de vista económico. No había una situación de pauperización con estancamiento ni tampoco una hiperinflación declarada<sup>374</sup>.

Sin embargo, en la sociedad estaban emergiendo condiciones para un cambio político. En la génesis de ese fenómeno los factores económicos jugaban un papel pero expresados como factores políticos. Las situaciones y los procesos tenían implicancia en la medida que eran asumidos por actores visibilizadores, que les daban resonancia y los integraban en el campo general de la lucha política. Los principales eran los líderes políticos y en especial los partidos políticos.

#### B.- EL CLIMA IDEOLÓGICO

Efectivamente ciertos sectores vivían un clima de desencanto y de frustración. Entre 1938 y 1947 había primado, con altos y bajos, un proyecto político que representaba la combinación de la industrialización capitalista apoyada por el Estado con una relativa democratización política y social. Con el viraje del radicalismo en 1947 el partido gobernante entró en una política zigzagueante (entre 1948 y 1950 aplicó un plan económico de estabilización, para realizar, entre 1950 y 1952, una política económica mucho menos drástica, guiado por el objetivo evidente de recuperar poderío electoral). Ese partido había adquirido

<sup>372</sup> Ver las estadísticas sobre inflación, ingreso por habitante y producto geográfico publicadas en el *Ibid.*, Anexo Estadístico. Ellas permiten formarse una visión de conjunto del período más largo (1940 para adelante).

<sup>373</sup> El sueldo vital era fijado por ley y se consideraba como un ingreso mínimo de sobrevivencia de un grupo familiar.

<sup>374</sup> Anibal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Santiago, Editorial Universitaria 1962, p. 137 y pp. 122-198.

una imagen de oportunismo, corrupción y manejo clientelístico del Estado. Había perdido prestigio favoreciendo el surgimiento de un acentuado sentimiento antipartidos.

El desencanto frente a las formas de hacer política a través de los partidos afectaba en primer lugar al Partido Radical. Pero también contribuyó a ese desprestigio la actuación de la derecha y de la izquierda legal.

La primera mezclaba sin tapujos la política con los negocios o no era capaz de aparecer sustentando una posición “más allá” de sus intereses inmediatos. La izquierda estaba debilitada, tanto por la ilegalización de los comunistas (1948) como por las reiteradas divisiones de los socialistas<sup>375</sup>.

La suma de estos factores y de otros, conduce a identificar acción partidaria con corrupción, tendencia a la transacción sin principios, aprovechamiento del Estado en función de conseguir posiciones de poder. Pero este sentimiento de decepción iba acompañado de otros dos, la sensación de que era urgente introducir cambios con contenido popular y un sentimiento antioligárquico. La crítica a los partidos no existía desligada de una exigencia de cambios democratizadores y de un cuestionamiento a las clases dominantes consideradas como oligarquía, como clases que no tenían capacidad modernizadora, que estaban imbuidas de un espíritu de superioridad aristocrática y que sustentaban su poder político más en el poder económico o el control de las elecciones que en la capacidad de competencia política<sup>376</sup>.

Por estar combinada con la reivindicación de cambios y con el sentimiento antioligárquico, el desencanto de los partidos no tuvo en ese momento un significado reaccionario. Más bien lo contrario, sirvió como vehículo de una nueva tentativa de cambios y reformas, el ibañismo.

#### C.- EL ELEMENTO CLAVE DE LA CORRELACIÓN DE FUERZAS

El elemento que definió la correlación de fuerzas en la elección presidencial de 1952 fue la imposibilidad del centro dominante (el Partido Radical) de construir alguna alianza relevante. Aunque logró unirse con algunos pequeños partidos de centro (entre ellos la Falange Nacional), no pudo convencer a la única tendencia que tenía, en esa coyuntura, la fuerza electoral como para inclinar la balanza. Esa corriente eran los partidos de derecha. Esa reticencia, aunque reflejaba elementos endémicos, era comprensible en esta coyuntura, puesto

que el Partido Radical estaba desacreditado. Pero ese descrédito también tenía relación con el hecho de que González Videla no encontró ayuda política para darle un contenido sustantivo al período represivo. Si ese gobierno hubiese usado la LDD para reformular las estrategias de desarrollo, pero no en la dirección pedida por el empresariado y, en su momento, por algunos líderes burgueses como Ross, sino en una dirección de compromiso (desarrollo capitalista y legislación social) quizás el desprestigio del Partido Radical pudo haber sido superado, porque iba más allá de la pura negación.

Pero además, la falta de una entente entre la derecha existente y el Partido Radical se explicaba por la existencia de límites a la pendulación. Más allá de momentos o episodios había desacuerdos profundos entre el partido de centro y los representantes políticos de las fuerzas dominantes. El desacuerdo era sobre las condiciones del desarrollo capitalista en Chile. El radicalismo, aun cuando diera bandazos hacia la derecha, era partidario de la intervención del Estado en la economía y de políticas de democratización social (leyes de protección de los trabajadores, ampliación de la educación, mejoramiento de la previsión y de la salud pública, vivienda popular). Las derechas, con excepción de algunos segmentos modernos, eran partidarias de limitar la intervención del Estado en la economía a los papeles de fomento, eliminando las funciones de control. Además miraban con desconfianza las políticas de democratización social y sobre todo la movilización organizada de los trabajadores (sindicalización, negociación colectiva, huelga). Tenían la obsesión del orden y rechazaban los conflictos sociales. Como se pudo ver, el Partido Radical podía actuar como fuerza de freno un tiempo no muy prolongado. Por lo mismo era difícil que fuera capaz de encabezar contrarreformas.

El asunto es que la derecha podía empujar el programa estabilizador de 1948-1950 y no el 1950-1952. Por ello volvió a inclinarse por una fórmula de camino propio, porque no veía compatible combinar políticas de desarrollo capitalista con políticas de democratización social. Su aspiración era retroceder a la situación anterior a los frentes populares, un desarrollo capitalismo sin políticas de transacción<sup>377</sup>. Cuando el Partido Radical patrocina el Estado de excepción constitucional no estaba enterrando el Estado de compromiso para empujar un capitalismo duro. Solo estaba anulando el “sobrepasamiento” de la democracia (huelgas subversivas) y su transformación en “democracia popular”. Estaba evitando el fantasma de Benes, esa era –por lo menos– su excusa. Pero no era capaz de permanecer mucho tiempo en esa posición<sup>378</sup>.

<sup>375</sup> En ese caso concreto nos referimos a la ruptura del Partido Socialista en un ala partidaria de la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia y de la colaboración con González Videla (Partido Socialista de Chile) y un ala que se mantenía fiel a los principios tradicionales del Partido Socialista (Partido Socialista Popular). Este último se volvió a dividir en 1951, con ocasión del apoyo a Ibáñez. Ver Julio César Jobet, *Historia del Partido Socialista de Chile*, Editora Documentas, 1987.

<sup>376</sup> Tomás Moulán e Isabel Torres Dujisin, “La evolución histórica de la derecha”, *Documento de Trabajo* N° 22, CED, 1985.

<sup>377</sup> Ibid.

<sup>378</sup> Es el Primer Ministro checoslovaco cuya renuncia abrió el paso al control comunista.

#### D.- LA CANDIDATURA DE CARLOS IBÁÑEZ (1952)

La lucha electoral, realizada en el marco de una democracia controlada y restringida, con funcionamiento de la LDD, se dirimió entre cuatro candidaturas presidenciales: Carlos Ibáñez (el incesante), apoyado por los partidos Socialista Popular, Agrario Laborista y fuerzas independientes; Pedro Enrique Alfonso, apoyado por los radicales, los falangistas y socialcristianos; Arturo Matte, apoyado por conservadores, liberales y otras fuerzas menores, por último Salvador Allende, candidato del Partido Socialista de Chile y del Partido Comunista.

En esa distribución de fuerzas los pronósticos favorecían claramente a la derecha. Tomando en cuenta los resultados de la elección general más cercana, la de parlamentarios de 1949, se podía hacer un pronóstico aproximado para los tres candidatos principales. Arturo Matte reunía una votación esperada del 40,82 por ciento contra el 32,11 de Alfonso, su perseguidor más cercano. A Ibáñez la voz de las cifras le pronosticaba apenas el 16 por ciento.

Este último postulante, Carlos Ibáñez, fue una de las personalidades más singulares de la política chilena del siglo XX, especialista en trayectorias zigzagueantes. Varias veces se pronosticó su muerte política. Pero en 1952 estaba de nuevo en el escenario. Ninguno de los partidos considerados históricos apoyaba a Ibáñez. Entre las fuerzas organizadas solamente contaba con dos colectividades, el Partido Socialista Popular y el Partido Agrario Laborista.

El primero era una de las tendencias en que se había dividido el Partido Socialista durante el gobierno de González Videla. Representaba al sector que quería mantener al partido como alternativa revolucionaria, aunque con una línea específica diferente a la de los comunistas. Con ocasión del apoyo a Ibáñez, la organización enfrentó una nueva división, liderada por Allende.

La argumentación para apoyar a Ibáñez de la mayoría del Partido Socialista Popular era que éste constituía un candidato con arrastre de masas populares. Era necesario incorporarse a esa corriente para darle, desde dentro, una dirección verdaderamente progresista. En un continente en que las experiencias de populismo tenían todavía vigencia, los socialistas populares buscaban un camino. Ya no querían verse mezclados en alianzas con el radicalismo y deseaban tener una línea autónoma respecto a los comunistas. Caminando en esa dirección creyeron encontrar en Ibáñez un caudillo populista.

El Partido Agrario Laborista era también una organización pequeña, en la cual convergían sectores bastante heterogéneos, entre ellos antiguos nazistas o miembros de la Alianza Popular Libertadora, la organización que había apoyado a Ibáñez en 1938. El punto de unidad de los elementos diversos que componían el partido era su adhesión a Ibáñez. Como se ha dicho, su ideario contenía críticas al funcionamiento del régimen político que se traducían en propuestas de carácter más o menos corporativistas. La principal de ellas era propiciar la existencia, junto a la Cámara política, de una Cámara funcional que reemplazara al Senado.

Junto a esas organizaciones, el ibañismo convocaba a una gran cantidad de independientes o personalidades de otros partidos, atraídos por el candidato. Este siempre había tenido la capacidad de hacer abandonar sus tiendas de origen a una gran cantidad de políticos. La capacidad de convocatoria del discurso ibañista se basaba en su concordancia con el clima ideológico predominante. El eje de la sensibilidad política del momento era el antipartidismo combinado con la aspiración de producir cambios de contenido popular y con la crítica a la oligarquía. Tocando esas fibras el ibañismo logró aprovechar a su favor la atmósfera de desencanto y de frustración. Usando consignas populistas, que prometían la solución del hambre, del analfabetismo, de la falta de vivienda, se conectó con las aspiraciones de parte de las masas populares. Desde 1948 éstas habían visto estrecharse sus canales de acceso al campo político, por la división del movimiento sindical y por el debilitamiento de los partidos de izquierda.

El programa de gobierno ofrecido por Ibáñez estaba muy influenciado por los postulados programáticos del socialismo popular. Algunas medidas propuestas fueron la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, el rechazo del Pacto Militar con Estados Unidos, la reforma electoral, el apoyo al desarrollo orgánico del movimiento popular, todas ellas de contenido progresista. El otro elemento básico de la imagen política de Ibáñez fue la de autoridad fuerte, con capacidad realizadora. Se le presentaban como alguien que sabría superar la ineficacia y las estériles querellas de los partidos tradicionales. Utilizando la metáfora de la “escoba” se presentaba como el purificador, alguien que iba a impedir la corrupción y la vinculación de los negocios con la política.

El programa de Ibáñez era calificado de “nacional-popular”, siguiendo la moda del peronismo. En esa apelación se intentaba conjugar y combinar las dos vertientes doctrinarias disímiles de los partidos que apoyaron a Ibáñez: el nacionalismo y la idea de intereses generales comunes a todos los componentes de una entidad territorial, que era uno de los ejes del pensamiento agrario-laborista, y la invocación de lo popular de la tendencia socialista.

#### E.- LAS OTRAS CANDIDATURAS

Contra Carlos Ibáñez, para la ocasión disfrazado de nuevo de izquierdista, se presentaron cuatro candidatos cuyo perfil será analizado sucintamente.

La postulación de Salvador Allende fue más importante por sus proyecciones a futuro que por su significación en el momento electoral. Para todos era claro que no tenía posibilidades de triunfo. Su principal sentido fue representar un rechazo, desde la izquierda, al ibañismo. Además se trató del primer intento de crear una alternativa “pura”, sin alianzas con organizaciones de centro. Fue el primer ensayo de una línea que después se transformaría en permanente.

A través de esta candidatura Allende se convirtió en la expresión de una izquierda que aspiraba a conseguir un “gobierno propio” y también adquirió carácter de figura nacional. Aunque había sido ministro de Pedro Aguirre Cerda, no era todavía conocido en todo el país. Hasta entonces su ámbito de influencia había sido el Parlamento, la dirigencia política y su región (Valparaíso). La campaña le permitió recorrer el país y conectarse directamente con el mundo de las provincias.

La opción asumida por Allende, dar una batalla perdida para encarnar una alternativa de izquierda que agrupaba al Partido Socialista de Chile y al Partido Comunista ilegalizado, lo convirtió en uno de los pilares de la futura unidad socialista-comunista, por tanto en un “adelantado” de lo que iba a ser la política del FRAP desde su fundación en 1956.

A su vez, Pedro Enrique Alfonso era un político con larga trayectoria en el radicalismo. Ministro de los gobiernos de centro-izquierda, siempre representó en el partido las posiciones más derechistas. Había jugado un papel importante en el momento de la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia, convirtiéndose en un colaborador cercano a González Videla.

Le tocó ser candidato presidencial cuando el partido no pudo armar una alianza con posibilidades de triunfo. Sobre su postulación pesó la imagen de oportunismo, transacciones sin principios y corrupción que había caído sobre el partido, especialmente después del viraje hacia la derecha de 1947. Su objetivo real no fue ganar sino mantener una parte de la votación del partido. Trató de impedir que ésta le fuera arrebatada por las candidaturas que, en el curso de la campaña, fueron proyectando una imagen de triunfo, especialmente Ibáñez y Matte. En esta contienda el radicalismo pagó el precio de sus catorce años de gobierno y del desdibujamiento de su proyecto progresista del período de centro-izquierda.

Arturo Matte era un importante empresario, integrante de la principal familia dinástica de la derecha, los Alessandri<sup>379</sup>. Aunque había tenido participación política, la mayor parte del tiempo estuvo dedicado a los negocios. Había ocupado el cargo de ministro de Hacienda (1943-1944) y había llegado recién al Senado en 1950 en una elección extraordinaria por Santiago. Su rasgo distintivo era ser un empresario de éxito, muy conectado con las organizaciones patronales y con conocimiento del manejo de organizaciones económicas complejas. La selección de Matte es reveladora de la mentalidad política de la derecha, la cual la impulsa a un síndrome de repetición. Prefiere a un empresario neto, vinculado a la gran empresa industrial y a los intereses financieros, que a un dirigente con mayor peso político, por ejemplo a alguien como Jaime Larraín, quien junto a un grupo anti-ibañista había abandonado el Partido Agrario Laborista para refundar el Partido Agrario en 1951.

Este último, aunque también era empresario, siempre había luchado por constituir una opción de derecha con una imagen más nacional. Sin embargo la selección de Matte

como candidato no presentó dificultades internas. La derecha se sentía de antemano triunfadora. Por otra parte, Matte realizó una campaña muy dinámica y muy moderna para su época, por lo que la ilusión del triunfo se mantuvo hasta el final.

#### F.- UN ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

Sin embargo el 4 de septiembre de 1952 la certidumbre del triunfo se trocó en amarga derrota. Arturo Matte, que pensaba sobrepasar el cuarenta por ciento, apenas consiguió el 27,8 por ciento de los votos. Pedro Enrique Alfonso ni siquiera logró repetir la votación del Partido Radical en 1949, alcanzando apenas al 20 por ciento. Allende, quien no tenía expectativas de triunfar, obtuvo un 5,5 por ciento, demasiado poco para quien pretendía ser el representante “puro” de los sectores populares. Ibáñez arrasó con la “voz de las cifras” y con las posiciones electorales adquiridas, consiguiendo el 46,8 por ciento de los votos, un porcentaje muy alto si se toma en cuenta el número de candidatos.

Por primera vez en la historia electoral chilena las mujeres participaron en una elección presidencial. Entre ellas Ibáñez ganó holgadamente, obteniendo un 43 por ciento contra un 31,9 por ciento de Matte. Sin embargo el arrastre de Carlos Ibáñez entre los hombres fue aún mejor, ya que alcanzó el 48,4 por ciento. Es efectivo que Ibáñez obtuvo un excelente resultado entre las mujeres, pero no ganó por esa causa, como se ha sostenido<sup>380</sup>. La razón principal de su triunfo fue la reorientación del voto masculino.

El análisis somero de la votación por provincias muestra que Ibáñez ganó en el Norte Grande; en las zonas de mayor concentración industrial como Santiago, Valparaíso y Concepción; en algunas provincias agrarias del Centro como O’Higgins, Talca, Linares; en todas las provincias agrarias del Sur, desde Bío-Bío hasta Llanquihue; en Aysén y Magallanes. Matte se impuso en Coquimbo y en las provincias agrarias más tradicionales como Colchagua, Curicó, Maule y Ñuble.

Es decir, la derecha no solamente perdió una elección presidencial, además realizó la *performance* más baja de su historia en este tipo de eventos. También perdió el control de algunos feudos electorales, que había manejado hasta entonces a través de caciques que manipulaban el voto campesino. Además, aunque obtuvo entre las mujeres una votación un poco mejor que entre los hombres, la incorporación de éstas a la plenitud de derechos electorales no significó en esa ocasión un efecto conservador neto.

<sup>379</sup> M. Góngora, op. cit., 1981, p. 123; Mariana Aylwin et. al., op. cit. 1985, p. 249.

<sup>380</sup> Mariana Aylwin et. al., Ibid., 1985.

## 4.- El gobierno de Ibáñez: 1952-1958

### A.- LAS CONSTANTES

Entre 1952 y 1958 personalidades políticas de diferentes sellos dirigieron o tuvieron influencia en los ministerios o fueron convocados para organizarlos. El poder de los partidos políticos que habían apoyado a Ibáñez bajó o subió, según las variaciones de la situación política, incluso algunos de los que estuvieron en la aventura electoral de 1952 abandonaron al gobierno. Pero esos cambios no modificaron lo que había sido la esencia del populismo ibañista.

En medio de todas las variaciones de hombres o de influencias partidarias hubo elementos que representaron lo constante. Lo que definía en el discurso a esa sensibilidad política era la pretensión de favorecer a los trabajadores, de controlar a los “clanes económicos”, de aumentar la intervención del Estado, de favorecer la autoridad presidencial, de criticar “los excesos del Parlamento”, de preocuparse más por el crecimiento que por la inflación. Pero lo que la definía en la realidad era el liderazgo personalista, la imposición de la voluntad del presidente y su círculo por encima de los partidos. Ibáñez hizo girar la política en torno a sí, sin favorecer alguna forma de continuidad orgánica.

### B.- LOS PRIMEROS MESES DEL GOBIERNO: DESDE NOVIEMBRE DE 1952 A LAS ELECCIONES DE ABRIL DE 1953

El primer ministerio fue muy heterogéneo, puesto que en él estaban representadas las principales tendencias del “ibañismo”. Los “ministerios claves”<sup>381</sup> fueron llenados de la siguiente manera: a) Interior fue ocupado por Guillermo del Pedregal, independiente y representante típico de la denominada “burguesía nacional”; b) Hacienda fue ocupado por Juan Bautista Rossetti, también independiente, partidario de Ibáñez desde 1938 cuando abandonó el Partido Socialista; c) Economía fue ocupado por Edecio Torreblanca, miembro de un pequeño partido ibañista denominado Unión Nacional y antiguo amigo del Presidente; d) Trabajo fue ocupado por Clodomiro Almeyda, militante del Partido Socialista Popular.

El resto de los ministerios fueron atribuidos a un independiente (Salud), a dos agrario-laboristas (Obras Públicas y Agricultura), a una militante del Partido Femenino (Educación), a un miembro del Partido Nacional Cristiano (Tierras), a un integrante del Partido Radical Doctrinario (Relaciones), a otro del Partido Democrático (Justicia), y a un militar en servicio activo (Defensa).

Se observa en este gabinete una heterogeneidad pero dentro del marco del “nacionalismo popular” que propiciaban los principales partidos de apoyo. Junto a moderados como Rossetti formaban parte del equipo ministerial una personalidad de izquierda con un proyecto muy definido (Almeyda) y también Del Pedregal, que representaba una posición intermedia. La falta de influencia decisiva de algún partido demuestra el deseo de Ibáñez de mantener el control directo de las acciones políticas.

Durante los primeros meses la acción del gobierno, presionada por la proximidad de las elecciones parlamentaria, se planteó tres objetivos: a) conseguir por parte del Parlamento Facultades Extraordinarias para dictar una legislación económica que aumentara el control público sobre la actividad económica y permitiera sancionar drásticamente los negociados y la especulación; b) favorecer la expansión económica, a través de políticas de redistribución de ingresos y de democratización social, junto; y c) favorecer la organización de los trabajadores, política especialmente impulsada por el Partido Socialista Popular y por el Ministro Almeyda. Esa acción se concretó en febrero de 1953 con la formación de la Central Única de Trabajadores (CUT)<sup>382</sup>.

Con la aprobación de las Facultades Extraordinarias Ibáñez pudo realizar, en estos primeros meses, algunas importantes reformas económicas. Las principales fueron: a) la decisión de crear el Banco del Estado, lo que permitía al Estado actuar directamente sobre el mercado crediticio y de captación de ahorro; b) el aumento de las atribuciones del Banco Central para ejercer control sobre el crédito; c) la decisión de crear INACO, organismo estatal que tenía la finalidad de intervenir sobre el comercio interno; y d) la formación de la Superintendencia de Abastecimiento de Precios que reemplazó a otros organismos de control de precios y de fiscalización del comercio<sup>383</sup>.

En el terreno político es importante señalar que Ibáñez resistió las tentaciones autoritarias de aquellos consejeros que querían empujarlo a prescindir del Congreso, aprovechando el enorme éxito electoral de las presidenciales de 1952 y el desconcierto y debilitamiento de los partidos tradicionales. En vez de éstos se decidió a tramitar en el Congreso las Facultades Extraordinarias que necesitaba.

En el terreno económico resalta el hecho de que en lo inmediato, entre noviembre de 1952 y abril de 1953, la inflación se mantuvo moderada. No se produjo de inmediato un alza de precios. La situación fiscal ya era apremiante en el momento de llegar Ibáñez al Gobierno, puesto que el presupuesto aprobado tenía déficit. Para agravar la situación en febrero de 1952 se firmó el armisticio de Corea. A consecuencia de esto cayó el precio del cobre y el problema de las finanzas públicas se tornó aún más difícil. Se trataba de la agudización de una situación que produciría inflación en el corto plazo<sup>384</sup>. Chile se

<sup>381</sup> El término “ministerios claves” ha sido tomado de Marcelo Cavarozzi, “The Government and the Industrial Bourgeoisie in Chile 1938-1964”, California University, Tesis de Doctorado. Se refiere a aquellos que tienen relación con la conducción política (Interior), con la económica (Hacienda, Economía y Minería) y la social (Trabajo).

<sup>382</sup> Jorge Barria, *Historia de la CUT*, Santiago, Editorial PLA, 1971.

<sup>383</sup> Ricardo Ffrench-Davis, *Políticas económicas en Chile 1952-1970*, Ediciones Nueva Universidad, 1973, p. 123.

<sup>384</sup> *Ibid.*, pp. 158-162.



acercaba, por efecto de una caída proyectada para largo plazo de la demanda y del precio relativo del cobre, a una crisis de carácter estructural.

### C.- LAS ELECCIONES DE ABRIL DE 1953

Los primeros meses del gobierno no solamente estuvieron dedicados a las luchas parlamentarias para conseguir Facultades Extraordinarias. También los partidos, tanto antiguos como nacidos en torno al “ibañismo”, debieron abocarse a la preparación de las elecciones de marzo de 1953, en las cuales se definía la composición del Congreso.

En las elecciones de 1949 habían participado alrededor de 18 partidos, entre los cuales solamente cinco obtuvieron más del cinco por ciento de la votación, mientras catorce obtuvieron representación parlamentaria. Sin embargo, los cinco partidos que concentraban la mayor votación obtuvieron 120 de los 147 parlamentarios elegidos. Se trataba de un sistema electoral que permitía la proliferación de partidos en los actos electorales pero generando una fuerte concentración del poder parlamentario.

En las elecciones de 1953 diecinueve partidos obtuvieron representación parlamentaria, habiendo participado en las elecciones más de veinticinco organizaciones. Se produjo una mayor dispersión de los votos porque siete colectividades alcanzaron más del cinco por ciento y además solo una acumuló más del quince por ciento. En 1949 tres partidos estuvieron por encima de ese porcentaje, sumando en su conjunto el 60,8 por ciento de los votos. Además los partidos que consiguieron porcentajes superiores al cinco por ciento solamente sacaron 107 diputados en comparación con los 120 de 1949. Es decir las elecciones de 1953 produjeron una estructura de partidos mucho más fragmentada de la que existía en 1949, en la cual ya se había empezado a manifestar ese fenómeno.

Pero el cambio principal de las elecciones de 1953 fue el debilitamiento de los partidos históricos (radicales, conservadores y liberales), los cuales sufrieron una merma considerable de su votación. En 1949 esas tres fuerzas habían concentrado más del sesenta por ciento de la votación, mientras que en 1953 apenas consiguieron llegar al treinta y tres por ciento. El partido que emergió en 1953 como el de mayor fuerza fue el Agrario Laborista, seguido entre las colectividades ibañistas por el Partido Socialista Popular, quien obtuvo alrededor del siete por ciento de los votos.

### D.- EL AUGE DE LA PARTICIPACIÓN SOCIALISTA POPULAR: ABRIL DE 1953 HASTA SEPTIEMBRE DE 1953

En abril de 1953 el Presidente reorganizó su gabinete, como reacción inmediata a las elecciones. Los “ministerios estratégicos” quedaron a cargo de Osvaldo Kock en Interior, pariente del general Ibáñez; de Felipe Herrera en Hacienda, socialista popular; de Rafael

Tarud en Economía, del ala progresista del Partido Agrario Laborista; de Enrique Monti, socialista popular, en Trabajo, y de Clodomiro Almeida, socialista popular, en Minería.

Los otros ministerios fueron repartidos entre tres agrario-laboristas (Educación, Agricultura y Obras Públicas), dos independientes (Relaciones y Salud), un democrático del pueblo (Justicia), un nacional cristiano (Tierras) y un militar en servicio activo (Defensa).

Como se observa, la mayor parte de los ministerios claves fueron asignados a miembros del partido mayoritario (Agrario Laborista) y del socialismo popular. Con excepción de Almeyda, los ministros escogidos pertenecían al ala más moderada del socialismo. Pese a esto la influencia del partido izquierdista asustó a los empresarios y molestó a la facción más derechista del “ibañismo”.

El ministro de Economía Felipe Herrera implementó un plan llamado de “emergencia económica”. Sus objetivos fueron devaluar el peso, para enfrentar los problemas de balanza de pagos que amenazaban a la economía por efecto de la caída del precio del cobre; reducir el gasto público y mantener el poder adquisitivo de los asalariados. Para conseguir el último objetivo se realizó un alza del quince por ciento de los salarios más bajos y del diez para los superiores y se amplió la cobertura de la asignación familiar para los obreros, además de crearse un fondo de indemnizaciones por años de servicio<sup>385</sup>. Además se intentó congelar los precios al nivel de julio de 1953, utilizando para ello los órganos de control estatal del comercio interno que se habían reorganizado en los primeros meses de la administración. Esta plataforma económica despertó fuertes resistencias empresariales. Pero su principal problema residió en el alza desenfadada de las tasas de inflación que se desencadenó desde julio. Entre ese mes y septiembre se acumuló la inflación de un año normal, el 22,8 por ciento.

El triunfo del candidato de la oposición en unas elecciones complementarias de senador por Santiago precipitó la caída del gabinete. La aplastante derrota del gobierno permitió a Ibáñez encontrar una excusa para cambiar un gabinete que era resistido por los empresarios y por los grupos derechistas del gobierno. Entre estos últimos empezaba a cobrar cuerpo la idea de buscar apoyo de los partidos Conservador y Liberal para realizar una política de estabilización<sup>386</sup>.

Con la caída de este ministerio el Partido Socialista Popular no tuvo más participación en el gabinete. Se terminó el período de “coalición ancha”, que juntaba partidos ibañistas con organizaciones de izquierda<sup>387</sup>. El diseño populista comenzó la declinación, previa a su crisis a fines de 1955. El ala que buscaba aplicar con más consecuencia esa estrategia

<sup>385</sup> R. Ffrench-Davis, *ibid.*, 1973, pp. 192-199, y M. Caravozzi, *ibid.*, 1975.

<sup>386</sup> En esa elección complementaria se enfrentaron Luis Quinteros Tricot, socialista antiibañista, apoyado por toda la oposición, contra varios candidatos ibañistas (Pedro Fonca, Mamerto Figueroa, María de la Cruz y Jorge Berguño). Los votos sumados de todos ellos hubieran permitido el triunfo de un abanderado ibañista, pero por una cantidad exigua de votos. Un enorme retroceso desde marzo de 1953.

<sup>387</sup> Marcelo Cavarozzi, *op. cit.*, 1975, p. 250.

había dejado de tener responsabilidades directas en el Ejecutivo. Para apoyarla solo quedaba el heterogéneo Partido Agrario Laborista, que era más nacionalista que populista<sup>388</sup>.

#### E.- LA CRISIS DEL POPULISMO IBAÑISTA: OCTUBRE DE 1953-DICIEMBRE DE 1955

En octubre se organizó una nueva fórmula de gobierno. En este gabinete los “ministerios estratégicos” estaban todos ellos ocupados por independientes. En Interior continuó Osvaldo Kock; en Economía y Hacienda ingresó Guillermo Del Pedregal; en Trabajo se incorporó por primera vez al gabinete Óscar Herrera, ex militar y abogado, que más tarde dirigiría la aplicación del plan de estabilización propuesto por la Misión Klein Saks; en Minería ingresó Francisco Cuevas Mackenna, que estuvo más tarde vinculado a las campañas presidenciales de Allende en 1958 y 1964 y que fue presidente de la Sociedad Nacional de Minería. En la composición de este gabinete llama la atención el papel importante de personeros ligados al mundo empresarial, exponentes típicos de esa “burguesía nacional” que algunos sectores del ibañismo buscaban movilizar en la dirección de los cambios.

Los restantes ministerios fueron repartidos entre dos agrario-laboristas (Agricultura y Obras Públicas), dos independientes (Educación y Salud), un nacional cristiano (Tierras) y un democrático del pueblo (Justicia).

Con la inflación ascendente, acelerada durante la gestión de Felipe Herrera, Del Pedregal necesitaba restablecer un clima de confianza, especialmente con los empresarios. Para ello cambió algunos aspectos de la política crediticia que habían impuesto los socialistas populares, eliminó la reajustabilidad de los salarios y prometió revisar ciertas leyes que castigaban los delitos económicos. De todas maneras, Del Pedregal debió aplicar una importante alza de salarios, en parte para satisfacer las presiones gremiales y en parte porque deseaba evitar que se produjera una seria parálisis de la actividad económica (alta inflación con estancamiento). Este plan económico no logró combatir las alzas de precios, sólo logró evitar que la inflación mensual continuara subiendo. Consiguió estabilizarla en un 4,2 por ciento mensual, lo que llevó la inflación anual a un verdadero record de 72,2 por ciento<sup>389</sup>.

Desde marzo de 1954 la política económica aplicada, incapaz de enfrentar el alza constante de la vida, debió enfrentar una serie de movimientos huelguísticos. El gobierno aplicó las disposiciones de la Ley de Defensa de la Democracia, culpando a los comunistas de ser los organizadores de los conflictos. En 1954 la CUT organizó su primera huelga general.

<sup>388</sup> El Partido Agrario Laborista se fundó en 1945 por una fusión del antiguo Partido Agrario con la Alianza Popular Libertadora, que era un movimiento ibañista, entonces con muy poca significación política. El partido empezó a tener un gran crecimiento desde 1946, cuando todavía estaba bajo el liderazgo de Jaime Larraín García Moreno. Un grupo del que formaban parte Larraín y Julián Echavarrí se retiró apoyando a Matte. Ver Lía. Cortés y Jordi Fuentes, op. cit., 1967.

<sup>389</sup> El hecho de que se pueda clasificar como logro de Del Pedregal la estabilización de la inflación en un 4,2 por ciento mensual demuestra que se trataba de un proceso, en ese entonces, nuevo de inflación desatada.

Sus objetivos fueron luchar por mejores salarios, por la inamovilidad en el empleo y contra la Ley de Defensa de la Democracia.

Se extendió la sensación de una crisis económica sin solución y resurgieron las presiones para aplicar programas más estabilizadores, que contuvieran la inflación reduciendo los salarios.

La agitación gremial, las dificultades para contener la inflación de la política económica, crearon las condiciones para que casi se produjera un viraje político que pudo tener importantes consecuencias. Ibáñez tomó iniciativas para intentar quebrar la psicosis de crisis. Llamó a Eduardo Frei para que organizara un gabinete de técnicos y grandes personalidades políticas. Este pidió plenos poderes para elegir los ministros y definir un plan de acción global y coherente. La Falange autorizó a Frei para que aceptara la misión. Cuando parecía que el viraje se produciría, el Partido Agrario Laborista, dirigido por Rafael Tarud, bloqueó las conversaciones, haciendo fracasar el proyecto.

Estas gestiones fueron muy favorables para la imagen de Frei Montalva. Este adquirió ante la opinión pública la estatura de un estadista, capaz de plantear un programa moderno y soluciones innovadoras, que superaban el esquema ya probado de la expansión económica con efectos inflacionarios o de la estabilización sobre la base de la congelación de salarios.

Pero el fracaso de la iniciativa Frei Montalva condujo a formar un nuevo gabinete con Jorge Prat en Hacienda, que algunos estudiosos del período han llamado de “populismo autoritario”<sup>390</sup>. Jorge Prat era un político vinculado a una tendencia hasta entonces muy marginal en la vida política chilena: el nacionalismo de derecha. Los primeros atisbos de esta tendencia surgieron en el país alrededor de 1900 agrupando a personalidades como Francisco Antonio Encina o Guillermo Subercaseaux. En la década de 1930 tuvieron expresión política a través del nazismo liderado por González von Marées, movimiento que abortó con la intentona golpista del 5 de septiembre de 1938.

Después del triunfo de González Videla apoyado por los comunistas, Jorge Prat emergió a la vida política pública, dirigiendo la revista *Estanquero*. Las principales ideas fuerza de esa publicación fueron el rechazo de la división entre izquierdas y derechas, la afirmación de una “esencia nacional” unificadora, situada por encima de la división en clases e intereses contrapuestos, la predica de un anticomunismo violento, pasional y represivo, la defensa de una política económica proteccionista y de activa intervención estatal. Se repetían en la publicación, con tono atenuado por la derrota del fascismo, algunos temas de esa corriente, como el elogio de los gobiernos fuertes o la defensa del orden como valor supremo e incluso el rechazo de las emigraciones extranjeras, consideradas como factor contaminante de la raza<sup>391</sup>.

<sup>390</sup> Marcelo Cavarozzi, op. cit., 1976, pp. 256-259.

<sup>391</sup> Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionalismo e ibañismo*, Universidad Católica Blas Cañas, Serie de Investigaciones, N° 8, 1995.

Esos nacionalistas dispersos en diferentes tiendas o que permanecían el margen de la política encontraron en el ibañismo un cauce de expresión. Entre ellos estaba Jorge Prat, crítico de los partidos tradicionales de derecha y feroz anticomunista, quien vio en el gobierno de Ibáñez el espacio para sus ideas de nacionalismo desarrollista. En los primeros años fue encargado de organizar el Banco del Estado mediante la fusión de varios organismos de crédito, lo que significó el retiro de los depósitos fiscales de la banca privada, por lo que Prat se enfrentó con el sector financiero<sup>392</sup>.

Fue ministro de Hacienda en un gabinete donde los otros “ministerios estratégicos” se repartían entre un general en servicio activo (Interior) y tres independientes con muy poco perfil político, situados en Economía, Trabajo y Minería. Su programa combinaba un plan de estabilización muy estricto con la formación de nuevos organismos de gestión económica de orientación corporativa en los cuales participarían trabajadores, empresarios y funcionarios estatales. El programa antiinflacionario comprendía la eliminación de los reajustes equivalentes al alza de costo de vida, la eliminación de las huelgas legales y la imposición del arbitraje para resolver los conflictos salariales.

Este plan contaba con el apoyo de los empresarios pero no logró pasar la valla del Congreso. El gabinete de Prat duró demasiado poco para que pudiera perfilarse su política global. Lo que sí es claro es que los proyectos presentados al Congreso no conservaban casi nada del populismo ibañista, solo el énfasis en el papel contralor del Estado. Lo que mejor expresaba la concepción nacionalista del orden social era la propuesta de un órgano tripartito de consulta sobre las políticas económicas (Junta de Estabilización Económica). Con Prat la preocupación populista de conservar la capacidad de compra de los salarios y de mantener contentos a los trabajadores fue desplazada por la preocupación antiinflacionaria. Su intento de imponer el arbitraje para impedir la paralización de faenas es expresivo de un nacionalismo autoritario, que supone al poder político como un juez equitativo con capacidad de preservar el bien común. Por ello pretendía entregarle a la autoridad la facultad de dirimir los conflictos entre trabajadores y empresarios.

El rechazo por parte del Congreso de las facultades económicas demandadas por el Ejecutivo hizo caer al gabinete donde Prat era ministro de Hacienda. Después de él los agrario-laboristas volvieron a participar en los puestos claves de gabinete: Interior, Economía, Minería y Hacienda y un militar en Trabajo.

<sup>392</sup> Jorge Prat es una figura política atípica respecto a los políticos tradicionales. Luego de un efímero paso por el Partido Conservador, donde llegó a ser presidente de la Juventud, se convirtió en adalid de las tendencias nacionalistas. Se trataba, sin embargo, de un nacionalismo que era corporativista y anti-liberal en lo político, e intervencionista, proteccionista y defensor de las “fronteras económicas” en lo económico, bastante más rígido que el nacionalismo conocido durante la dictadura militar.

Este gabinete, pese a la presencia de un militante del ala izquierda del Partido Agrario Laborista en Economía (Rafael Tarud), representó el final de la crisis del período populista.

Tres razones conspiraron para ello: a) la alta inflación; b) las movilizaciones obreras crecientes que llevaron al gobierno a aplicar medidas represivas y c) las divisiones del ibañismo y del Partido Agrario Laborista entre un ala que se orientaba a buscar apoyo sindical y otra que buscaba acercarse a la derecha.

Se aproximaba el momento del gran viraje. La inflación había llegado entre 1953 y principios de 1955 a niveles alarmantes. ¿Dónde buscar apoyo para una política de estabilización? Los partidos ibañistas que aun permanecían en el gobierno no servían para esa tarea porque su pretensión era generar políticas de compromiso, que simultáneamente satisficieran a trabajadores y empresarios nacionales. Su concepto de armonización de intereses los hacía muy inadecuados para aplicar políticas drásticas.

#### F.- EL VUELCO A LA DERECHA: EL PROGRAMA DE LA MISIÓN KLEIN-SAKS. ENERO DE 1956-JUNIO DE 1958

##### *Razones del viraje*

No parece difícil explicar por qué Ibáñez debió inclinarse hacia políticas de estabilización y a buscar el apoyo parlamentario en la derecha. Basta recordar que existía una situación de alta inflación y que la desintegración del Partido Agrario Laborista entre un grupo opositor al gobierno y un grupo partidario, le impedía a Ibáñez confiar demasiado en él<sup>393</sup>. Tampoco podía mirar hacia el centro radical ni hacia la izquierda, las cuales estaban preocupadas de las elecciones parlamentarias de 1957 y, además, no eran partidos dispuestos a afrontar una batalla contra la inflación. La derecha era la única alternativa. Ibáñez definió su actitud diciendo “busco apoyo donde puedo encontrarlo”<sup>394</sup>.

Además no hay que menospreciar la existencia de una tendencia, dentro del heterogéneo ibañismo, que desde muy temprano estuvo buscando el entendimiento con la derecha. La encabezaban René Montero y Luis Correa Prieto, quienes encontraron en el presidente del Partido Conservador, Juan Antonio Coloma, un interlocutor interesado. Las condiciones económicas, sociales y políticas de fines de 1955 y principios de 1956 produjeron la acumulación de presiones que eran necesarias para un vuelco tan importante.

<sup>393</sup> El Partido Agrario Laborista dirigido por Julio von Mullenbrock se orientó hacia la oposición, mientras un grupo seguía apoyando al gobierno. Las dos fracciones usaban el nombre de Partido Agrario Laborista, situación que fue zanjada en noviembre de 1951 por el Registro Electoral a favor del grupo anti-ibañista.

<sup>394</sup> E, N° 1079, p. 8.

### *Objetivos y medidas del programa estabilizador*

La operación de contratación de la misión Klein-Saks empezó a principios del año 1955, cuando la dirección del gabinete estaba en manos de los agrario-laboristas. Según se dice la administración barajó dos alternativas, una fue contratar una comisión asesora francesa dirigida por Pierre Mendes France; la otra, una misión norteamericana que había trabajado en Perú desde 1950<sup>395</sup>. Ella había colaborado con el gobierno dictatorial de Odría y tenía excelentes relaciones con el Fondo Monetario, lo que permitía pronosticar que la Misión permitiría asegurar un acceso más fluido al crédito externo.

La Misión realizó un diagnóstico sobre el carácter del proceso inflacionario, atribuyéndolo al excesivo nivel de demanda. Esta hipertrofia tenía dos causas principales, según el diagnóstico de la Misión: el alto nivel del gasto público y las restricciones estatales al funcionamiento del “mercado libre”. En función de ese diagnóstico se propusieron cuatro grandes objetivos: a) la reducción de la demanda y del gasto público; b) la reducción de la intervención estatal; c) la reorganización de la Administración Pública; y d) la expansión de las exportaciones y el aumento del crédito externo<sup>396</sup>.

El plan propuesto por la Misión representó un paquete de medidas de contención y ordenamiento combinado con medidas de reorganización del sistema económico. El programa global iba mucho más lejos (en sus intenciones) que el programa ortodoxo 1948-1950, dirigido por Jorge Alessandri durante el gobierno de González Videla.

Con la finalidad de reducir la demanda y el gasto público se propuso un alza de salarios inferior al alza del costo de la vida durante 1955 (50% de la inflación de ese año), la eliminación de los reajustes automáticos de remuneraciones, una reducción de los gastos fiscales y una elevación de los impuestos, especialmente de los suntuarios.

Para reducir la intervención del Estado se propuso una eliminación gradual de los controles administrativos sobre los precios, la suspensión de los subsidios a las empresas de utilidad pública y el alza de los precios de esos servicios. A su vez se buscaba actuar indirectamente sobre los precios fomentando la competencia con productos importados. También se propuso una tasa de cambio libremente fluctuante, eliminándose las cuotas y subsidios que entraban, según el diagnóstico de la Misión, el comercio exterior chileno. Permaneció provisoriamente el control sobre el mercado de divisas.

Con el objetivo de reorganizar la administración pública, en el marco de una racionalización y de un descenso del gasto público, se propuso eliminar agencias fiscales y reducir su personal. Esta medida, como la mayor parte de las anteriores, contradecía tajantemente un elemento que había identificado a la “mentalidad política” ibañista, su confianza en el Estado como regulador de desigualdades y como órgano de control económico.

Para la expansión de las exportaciones y el aumento del crédito externo se confiaba básicamente en las medidas tomadas respecto a la liberalización del comercio exterior, en un conjunto con medidas específicas destinadas a fomentar la inversión extranjera, como la ley del Nuevo Trato del Cobre y la negociación de un estatuto para la inversión extranjera<sup>397</sup>.

También se puso en práctica un mayor control de la expansión del crédito bancario, que era la medida menos ortodoxa del paquete<sup>398</sup>.

No fueron aplicadas todas las políticas planteadas por la Misión. El conjunto programado significaba una fuerte reorganización liberal de la economía pero con una distribución teóricamente contrabalanceada de ganancias y pérdidas entre trabajadores y empresarios. Sin embargo, el programa efectivo cargó gran parte del peso de la estabilización sobre los trabajadores<sup>399</sup>.

Uno de los principales aspectos no ejecutados del programa fue la implementación de medidas de control de la evasión tributaria y recolección de nuevos impuestos. Los empresarios reaccionaron denunciando persecución y entramamiento de la “iniciativa privada”.

### *El significado del programa y sus resultados*

Es sumamente significativo que haya sido el gobierno de Ibáñez, electo por promover medidas de defensa de los trabajadores, el que aplicó este drástico programa estabilizador de claro contenido ortodoxo y además apoyado por la derecha.

Aunque desde 1948 existían los recursos represivos extraordinarios que proporcionaba la LDD y la izquierda estaba debilitada, no había existido una fuerza política o social capaz de implementar un programa de contenido plenamente capitalista que impidiera la lenta erosión de las bases de sustentación de la industrialización sustitutiva, la cual se hizo muy visible con el término de la guerra de Corea (1952). Un decantamiento de ese complejo conjunto de fuerzas que formaban el ibañismo permitió ese experimento radical. Pero dado que los ejecutores de la política económica no estaban estrechamente vinculados al gran capital y a los grupos empresariales más representativos, era comprensible que se produjeran fricciones, desencantos y dificultades de comunicación.

En todo caso, la política de la misión Klein-Saks representó un intento serio de liberalización de la economía chilena. Ibáñez, un activo propulsor de la intervención del Estado como receta del desarrollo capitalista, tuvo su momento de incentivador del mercado. Una coalición entre sostenedores internos de las políticas ortodoxas recomendadas por el Fondo Monetario Internacional, los partidos de derecha y un sector del ibañismo, permitieron

<sup>395</sup> Ricardo Ffrench-Davis, op. cit., 1973, p. 25, y Anibal Pinto, op. cit., 1962.

<sup>396</sup> Instituto de Economía, op. cit., 1963; Marcelo Caravozzi, op. cit., 1975.

<sup>397</sup> Marcelo Caravozzi, *ibid.*, 1975, pp. 257-277, y Ricardo Ffrench-Davis, *ibid.*, 1973, pp.26-28.

<sup>398</sup> Ricardo Ffrench-Davis, 1973, *ibid.*, p. 29.

<sup>399</sup> Anibal Pinto, *Ni estabilidad ni desarrollo. La política del Fondo Monetario Internacional*, Santiago, Editorial Universitaria, 1960.

que se aplicaran estas recetas ortodoxas, con bastante tenacidad y constancia: el programa duró tres años. El apoyo del Fondo explica, en parte, lo sostenido del esfuerzo.

El programa de la misión Klein-Saks significó un intento de aplicar recetas monetaristas para detener la inflación junto con políticas de liberalización de los precios y del comercio exterior. Su lógica debería llevar a la larga hacia un modelo de desarrollo diferente al de la industrialización sustitutiva de importaciones con fomento estatal<sup>400</sup>.

La aplicación del programa tuvo éxito en impedir la acentuación de la espiral inflacionaria. En 1956 la inflación había llegado al 56,1 por ciento, mientras en 1957 descendió al 26,8 por ciento y en 1958 al 25,9 por ciento. Sin embargo, al programa se le criticó porque se centraba en los “mecanismos de propagación” de la inestabilidad (factores monetarios) sin poner atención en los factores estructurales. Por ello esas recetas conseguían solo una estabilidad aparente (eliminando los brotes de alta inflación, como los del año 1955) pero a costa del desarrollo económico y del nivel de vida de los asalariados<sup>401</sup>. Ese era por lo menos el dictamen de la corriente estructuralista<sup>402</sup>.

#### G.- EL VIRAJE A LA IZQUIERDA: LA COLABORACIÓN DEL GOBIERNO CON EL BLOQUE DE SANEAMIENTO DEMOCRÁTICO

##### *La formación del Bloque de Saneamiento Democrático*

En los primeros días de marzo se realizó una elección extraordinaria por un importante distrito de Santiago<sup>403</sup>, el que sirvió como test sobre las posibilidades de los futuros candidatos presidenciales. El triunfo del abanderado de Jorge Alessandri sobre los representantes de las otras fuerzas significó una advertencia respecto de la capacidad de movilización electoral del candidato de la derecha<sup>404</sup>.

La consecuencia política de estos resultados electorales no se hizo esperar. El 27 de marzo se firmó un pacto parlamentario entre las fuerzas que apoyaban a Frei (Partido Demócrata Cristiano, Partido Agrario Laborista y Partido Nacional), a Allende (Partido Socialista, Partido Comunista, Partido del Trabajo, Partido Democrático Popular) y a Bossay (Partido Radical, Partido Democrático y Partido Socialista Democrático). Sus objetivos fueron: a) impulsar una reforma electoral que mejorara la representatividad del sistema político; b)

derogar la LDD, con lo cual se legalizaba la acción del Partido Comunista; y c) eliminar las consejerías parlamentarias que era una institución que se había prestado para muchas críticas porque vinculaba a parlamentarios en la dirección de las empresas públicas o mixtas. Con esta composición y objetivos se creó el Bloque de Saneamiento Democrático.

##### *La Reforma Electoral propuesta: sus objetivos y el proceso de aprobación*

Hasta 1958 existía en Chile un sistema electoral de carácter proporcional, con emisión por cada candidatura de los boletines de voto, con pactos múltiples entre partidos y con posibilidades de ser elegido por “chorreo” de votación, por tanto en ocasiones con escasa votación propia. La primera característica facilitaba el cohecho o compra de votos y la segunda permitía a los partidos realizar alianzas provinciales, variables según sus intereses y posibilidades. Por tanto, las alianzas no eran de carácter nacional ni definidas según aproximaciones políticas de carácter programático. De esa forma era posible que un mismo partido se aliara en una provincia con la derecha y en otra con el centro o la izquierda.

El hecho que ni la inscripción ni el voto fuesen obligatorias explicaban el bajo número de personas mayores de veintiún años y alfabetos que estaban inscritos. En 1953 éstos alcanzaban a un poco más de un millón de electores. Esa cifra representaba un bajo porcentaje de la población elegible<sup>405</sup>.

Por tanto se trataba de un sistema electoral con escasa participación y con fallas de funcionamiento que permitían la compra de votos, además de la anarquía de las alianzas políticas. Este sistema (someramente descrito) fue reformado en 1958 con la colaboración del Bloque de Saneamiento Democrático y del gobierno de Ibáñez. Para evitar la obstrucción de la reforma por parte de la derecha el presidente prefirió el proyecto de un diputado demócratacristiano, Jorge Rogers, al proyecto del Director del Registro Electoral. Este último todavía no había iniciado el trámite parlamentario y que por tanto era fácil presa de las maniobras obstruccionistas.

Así fue aprobado en tiempo record (17 de mayo de 1958) el proyecto de reforma electoral cuyas principales disposiciones eran las siguientes: a) confección de una célula única, emitida por el Registro Electoral, con lo cual se hacía prácticamente imposible la compra de votos y el control de sufragios; b) la prohibición de los pactos a nivel provincial y la exigencia de pactos nacionales refrendados por las directivas máximas y conocidos ciento veinte días antes de los comicios; c) el castigo al cohecho con prisión inmutable; y d) la revalidación de los borrados<sup>406</sup>. Se iniciaba una nueva etapa en la historia electoral de

<sup>400</sup> Aníbal Pinto, *ibid.*, 1960.

<sup>401</sup> *Ibid.*

<sup>402</sup> Osvaldo Sunkel.

<sup>403</sup> Era el Tercer Distrito de Santiago.

<sup>404</sup> Es necesario recordar que el régimen político chileno no estaba plagado de este tipo de test electorales que operaban como señales preventivas. Algunas tuvieron gran incidencia para las elecciones presidenciales o para provocar cambios políticos. Uno fue esta elección complementaria, la otra fue el “naranjazo” de comienzos de 1964, el cual impulsó a la derecha a apoyar a Frei.

<sup>405</sup> Se le llama población elegible a la población mayor de veintiún años que sabe leer y escribir. Hasta 1949 esa categoría no incluía a las mujeres para las elecciones presidenciales. Atilio Boron, *op. cit.*, en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, Diciembre de 1972, N° 3.

<sup>406</sup> En realidad se dan cifras diferentes sobre el número de borrados. Algunos hablan de veinte mil y otros de cuarenta mil. En todo caso lo importante es que la Ley de Defensa de la Democracia no solamente proscibía la política al partido sino también a sus militantes (derecho de voto y derecho de ser elegido).

Chile, la cual produjo, reforzada desde 1962 por otras disposiciones, una explosión de la participación electoral que tendría incalculables consecuencias.

#### *La derogación de la Ley de Defensa de la Democracia*

El otro objetivo del Bloque de Saneamiento Democrático fue la derogación de la ley que ilegalizaba al Partido Comunista y que eliminaba a sus militantes de los registros electorales, prohibiéndoles elegir y ser elegidos.

Los acontecimientos principales del proceso de aprobación de la ley fueron el conflicto surgido por la iniciativa del gobierno de reemplazar la Ley de Defensa de la Democracia por una Ley de Seguridad del Estado y el intento, realizado por la derecha, de hacer participar a la Iglesia en el conflicto político suscitado por la iniciativa de legalización de los comunistas.

El primer problema se suscitó porque el proyecto enviado por Ibáñez al Congreso reemplazada la Ley de Defensa de la Democracia por otra ley que declaraba ilícitos a los partidos que se “subordinaban a intereses extranjeros”. El Bloque de Saneamiento Democrático rechazó en el Parlamento ese proyecto con lo cual Ibáñez retiró la urgencia para su discusión. Eso significaba que la legalización del Partido Comunista se ponía en peligro o se empantanaba. Para ejercer presión sobre el Bloque, Ibáñez hizo algo más, procedió a vetar las disposiciones de la reforma electoral que permitían la inmediata revalidación de los votantes borrados. El Bloque negoció con Ibáñez llegándose a acuerdo en un proyecto que mantenía la fórmula de ilegalización en caso de colusión con potencia extranjera. Finalmente el 2 de agosto se aprobó la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia.

Esto ocurrió pese a los intentos de la derecha, especialmente de los conservadores, de utilizar la influencia de la Iglesia. Ellos buscaron que el Cardenal Caro pronunciara un dictamen que obligara a los diputados católicos a votar en contra. Sin embargo el Cardenal Caro evitó pronunciarse e incluso le restó legitimidad a una publicación equívoca sobre el tema de la *Revista Católica*<sup>407</sup>.

Cuando el proceso de lucha por la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia estaba en sus momentos más álgidos se produjeron los sucesos de Hungría. Ellos permitieron un rebrote de las desconfianzas frente a los comunistas, el desarrollo de duras polémicas entre éstos y los socialistas, que tuvieron como escenario la CUT y los diarios *El Siglo* (comunista) e *Izquierda* (socialista). Esas polémicas recrudecieron a propósito del fusilamiento de Inre Nagy. Los comunistas, pese al interés que habían mostrado por conseguir crear un clima favorable a su legislación, no tuvieron dudas en apoyar a la Unión Soviética

<sup>407</sup> Esto significó la evidencia de que se fraguaban cambios importantes en la Iglesia, los cuales se concretaron en la década del setenta. El artículo de la *Revista Católica* planteaba que ningún católico podía colaborar con el comunismo, reiteración de una vieja postura. Pero en el contexto político podía interpretarse en contra de la Falange Nacional.

y al PCUS, pese a que la invasión debilitaba el impacto producido en todo el mundo por el XX Congreso de 1956 y por el proceso de desestalinización.

En medio de esta lucha política entre el Bloque y el Ejecutivo, se realizó una Sesión Plenaria de la Comisión Política del Partido Comunista. El informe planteó la necesidad de reagruparse para parar a la derecha. La fórmula propuesta era una alianza FRAP-PR en torno a Allende pero se mostraba abierto a buscar otras fórmulas<sup>408</sup>. Es posible que esta señal haya tenido influencia. En todo caso ella es expresiva de la línea aperturista del Partido Comunista en política interior.

#### H.- LAS TENDENCIAS GOLPISTAS EN EL GOBIERNO DE IBÁÑEZ

El pasado político de Ibáñez (como se sabe, dictador entre 1927-1931), su discurso antiparlamentario y su posición favorable a los “gobiernos fuertes” hicieron temer que durante su mandato hubiese amenazas serias para la estabilidad del régimen democrático. Sin embargo, Ibáñez resistió a las insinuaciones de algunos de sus consejeros para que cerrara el Parlamento y se apoyara sobre los grupos militares adictos. Los dos momentos en que las tendencias golpistas adquirieron fuerza fueron en la formación de la Línea Recta en 1955 y en los sucesos de abril de 1957.

El período entre enero y diciembre de 1955, cuando gobernaban los agrario-laboristas y se preparaba *sotto voce* la colaboración con la derecha, ha sido llamado “el nadir”. Nadir es el punto más bajo en el recorrido de un cuerpo celeste. En efecto, el año 1955 fue el peor momento de la crisis que socavaba la economía e inquietaba a la sociedad chilena.

En ese contexto surgió un grupo militar de apoyo a Ibáñez que se denominó la Línea Recta. Ese grupo era la continuación de Los Pumas de 1952, facción militar organizada para asegurar la elección de Ibáñez en el Congreso Pleno. De él formaron parte el general Abdón Parra, quien fue ministro de Defensa largo tiempo y de Interior durante un lapso corto; el general Eduardo Yáñez, ministro del Trabajo, y el mayor Benjamín Videla, quien tendría un papel preponderante en la fase derechista. Se dice que esa facción militar inspiró la política de “ibañización” del Ejército, actuando como grupo de presión que se enfrentaba con el mando regular. Algunos autores dicen que en 1954 no consiguió sus objetivos, más bien al contrario. La Junta Calificadora de oficiales propuso el paso a retiro de una serie de militares vinculados a Los Pumas<sup>409</sup>.

A comienzos de 1955 se organizó la Línea Recta, justo en el momento en que a Ibáñez casi no le quedaban cartas de recambio para resolver la situación de crisis. En primeros días de febrero de 1955 el presidente se reunió con oficiales de la Línea Recta y analizó con ellos un memorando que contenía proposiciones políticas. En esa reunión coroneles que estaban

<sup>408</sup> A. Benavente, op. cit., s.f.

<sup>409</sup> Donald. Bray, op. cit., 1961, cap. 8.

por pasar a retiro criticaron a sus superiores. La autoridad oficial fue sobrepasada. Pese a los intentos de silenciar el *affaire*, éste estalló a la luz pública. Se produjo un debate en la Cámara y la unánime condenación de toda la dirigencia partidaria a la intervención organizada en la política de grupos militares organizado con carácter faccional<sup>410</sup>.

Con esta revelación se canceló la posibilidad de una aventura golpista o de la actuación de sectores militares organizados como grupos de presión programática, al estilo de los militares que en 1924 impusieron al Congreso la aprobación de algunos proyectos de ley muy importantes, acicateados por el propio Ibáñez<sup>411</sup>. El presidente, según algunos, no quiso y, según otros, no pudo transformarse en dictador o gobernante autoritario. Contra el éxito de esa posibilidad conspiraron tanto el desarrollo institucional que habían adquirido las Fuerzas Armadas, donde primaban las lógicas de largo plazo de carácter profesional, por encima de las lógicas de la coyuntura política, como la debilidad de los partidos que entonces apoyaban a Ibáñez.

#### I.- LOS SUCESOS DEL 2 DE ABRIL DE 1957

Desde fines de enero de 1957 la FECH había lanzado una campaña de movilización en contra de las alzas de la locomoción colectiva y, más en general, contra la política de estabilización. Las alzas de precios en el año 1956 habían alcanzado al 65,8 por ciento, mientras que los reajustes aprobados a fines de enero habían sido del 25 por ciento para el sector público<sup>412</sup>. Se había formado un caldo de cultivo: una situación económica deteriorada, un gobierno con una imagen de ineficiencia, con divisiones de los partidos que lo apoyaban. Además, el movimiento sindical y especialmente los estudiantes universitarios, liderados por dirigentes demócratas cristianos, aparecían como fuerzas con voluntad de movilización.

A fines de marzo la FECH organizó una campaña de protestas por las alzas de la locomoción colectiva y el encarecimiento de la vida que derivó, por un encadenamiento complejo de circunstancias, en la asonada del 2 de abril.

La movilización estudiantil fue violentamente reprimida por Carabineros, con un saldo de tres muertos y bastantes heridos. El gobierno ordenó detener a los dirigentes de la CUT y del Partido Comunista, los cuales no habían sido las fuerzas impulsoras de la movilización.

Entre el 30 y el 31 de marzo se realizaron intentos de negociación entre Salvador Allende y el Ministerio del Interior. Incluso una amplia gama de fuerzas políticas, entre los cuales

había desde liberales hasta izquierdistas del FRAP, suscribieron un documento donde se pedía la derogación de las alzas y la libertad de los detenidos. Esa decisión venía a apoyar las gestiones conciliadoras.

En esas circunstancias se produjo un mitin, reprimido por parte de Carabineros, con la muerte de una manifestante. Tuvo como consecuencia el llamado a paro del FRAP con la expresa recomendación de no salir a la calle. No obstante el 2 de abril se desencadenó el pillaje del centro de la ciudad ante la súbita desaparición de la fuerza pública<sup>413</sup>. La cifra oficial de muertos fue 21<sup>414</sup>. El gobierno obtuvo del Congreso una ley que le otorgaba Facultades Extraordinarias.

La interpretación más común sobre este episodio dice que fue el resultado de una lucha entre tendencias dentro del gobierno. Cuando se produjeron los incidentes promovidos por los universitarios, un grupo de consejeros de Ibáñez habría impuesto la línea dura. Ese grupo sería responsable del fracaso de la negociación entre el Ministerio del Interior y Allende. Ese sector además habría generado las condiciones para el pillaje del 2 de abril, incluso dejando a la ciudad sin protección policial y favoreciendo la llamada “acción del lumpen”. Después de los sangrientos sucesos se dice que ese grupo habría impulsado a Ibáñez a cerrar el Congreso, en vista de las dificultades encontradas para la aprobación de las Facultades Extraordinarias. Pero el presidente se mantuvo dentro de la legalidad. Su protesta simbólica fue la renuncia a las atribuciones que había conseguido con tanto esfuerzo en el Parlamento. Esa actitud produjo ira<sup>415</sup>.

Finalmente debió renunciar el ministro del Interior, Benjamín Videla, atrapado en una típica provocación, la destrucción por parte de la policía de la imprenta del Partido Comunista<sup>416</sup>.

## 5.- Las elecciones de 1957: la reorganización del campo político

#### A.- LOS PARTIDOS DEL CAMPO IBAÑISTA ENTRE 1953 Y 1957

En 1953 los resultados de las elecciones generales de parlamentarios mostraron una caída de los partidos históricos y la aparición de una serie de colectividades de carácter ibañista, que parecían tener mucho futuro. La situación cambió entre 1953 y 1957. Durante el gobierno de Ibáñez no se pudo constituir una alianza que sostuviera las promesas de

<sup>410</sup> Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, “Nacionalismo, ibañismo, Fuerzas Armadas, Línea Recta y el ocaso del populismo”, en *Contribuciones Científicas y Tecnológicas, Área de Ciencias Sociales y Humanidades* N° 116, noviembre 1997, pp. 21-25.

<sup>411</sup> Mariana Aylwin et al., op. cit., 1985, p. 116.

<sup>412</sup> Universidad de Chile, op. cit., 1963.

<sup>413</sup> E, N° 1144, 1957. Existe una minuciosa descripción y análisis de estos acontecimientos en la tesis doctoral de Pedro Milos, *Los movimientos sociales de abril de 1957 en Chile. Un ejercicio de confrontación de fuentes*, Louvain-la-Neuve, 1996, tres tomos.

<sup>414</sup> Pedro Milos, *ibid.*, p. 829.

<sup>415</sup> Donald Bray, op. cit., 1961.

<sup>416</sup> Pedro Milos, *ibid.*, pp. 457-462.

la elección presidencial de 1952 y de la parlamentaria de 1953. El retiro prematuro del Partido Socialista Popular de las funciones gubernamentales en noviembre de 1953, las divisiones del Partido Agrario Laborista y la desunión de los pequeños partidos ibañistas dejan al Presidente sin un apoyo orgánico sólido. Al retirarse los socialistas populares no solamente se desintegró la “coalición ancha” del origen, además Ibáñez perdió el apoyo de la colectividad más disciplinada y dotada de un programa político coherente.

Esta incapacidad de los partidos del campo ibañista para promover políticas de larga duración explican el reajuste de 1957. Lo que pudo ser una reestructuración profunda del sistema de partidos, que diera lugar a nuevas correlaciones de fuerza de carácter estable, fue una tormenta de verano. Algunos de los partidos dominantes de 1953, como el Agrario Laborista, estaban en 1957 en proceso de desintegración y decadencia electoral. El ibañismo había perdido su fuerza propia y sus principios de identidad política; el electorado empezaba a reconocerse de nuevo en las tendencias tradicionales del campo político, el centro, la derecha o la izquierda.

## B.- ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

Los resultados de las elecciones de 1957 revelaron importantes cambios de la correlación de fuerzas establecida en 1953: a) el resurgimiento de los partidos históricos (conservador, liberal y radical); b) el debilitamiento del ibañismo; y c) el comienzo de la trayectoria ascendente de la Democracia Cristiana.

Como ya se ha dicho, en 1953 los partidos tradicionales soportaron un desastre electoral (bajaron del 60,8 por ciento al 39,92), víctimas del clima de anti-partidismo y de la adhesión al “hombre fuerte”, pero en 1957 lograron remontar de manera parcial<sup>417</sup>. La recuperación de los partidos históricos fue diferenciada. Los radicales se ubicaron en 1957 al mismo nivel que antes del ibañismo, alrededor del 20 por ciento. Resurgieron con la misma fuerza que en sus mejores momentos electorales, el terremoto ibañista no les dejó huellas ni marcas. Sin embargo, los partidos de la derecha, liberales y conservadores, no alcanzaron en 1957 el nivel electoral de 1949. En esa última elección habían obtenido el 39,09 por ciento con 66 diputados entre 147. En los comicios de 1957 llegaron al 31,57 por ciento, acumulando 53 diputados<sup>418</sup>. En porcentaje de votación perdió más de un siete por ciento respecto a 1949 y en número absoluto de parlamentarios disminuyó en trece.

A su vez el ibañismo se desintegró. Las únicas fuerzas que todavía sobrevivieron, los agrario-laboristas o los socialistas populares, tenían otras significaciones políticas además de la adhesión a Ibáñez. En todo caso, aún esos partidos estaban en el umbral de

repartirse entre la Democracia Cristiana, la izquierda y la derecha o de retornar al tronco originario. El primer proceso ocurrió con los agrario-laboristas, los cuales ya no existieron bajo ese nombre en las elecciones de regidores de 1960, el segundo ocurrió con los socialistas populares.

En las elecciones de 1957 emergió una nueva fuerza electoral, la Falange Nacional, el principal partido social-cristiano. Hasta entonces, no había tenido ningún peso numérico. En las elecciones de parlamentarios de 1945, 1949 y 1953 había conseguido elegir tres diputados en cada una. En 1957 se empujó hasta casi el diez por ciento del electorado y obtuvo diecisiete diputados. Un enorme salto adelante. Pero ¿se trataba de un alza momentánea, como la del ibañismo, o de un proceso orgánico de crecimiento? La respuesta solo se conoció más adelante<sup>419</sup>.

En 1957 la izquierda todavía no demostró toda su capacidad electoral. Los dos partidos socialistas alcanzaron un diez por ciento de los votos. El desarrollo cualitativo alcanzado con la creación del Frente de Acción Popular en 1956 todavía no se manifestaba en poderío electoral. Conspiraban contra ello la ilegalización de los comunistas y la permanencia de la división socialista.

## 6.- Las reorganizaciones partidarias a fines del período de Ibáñez

A finales del gobierno de Ibáñez, entre 1956 y 1958, se produjeron algunas importantes reorganizaciones del cuadro partidario: a) la formación del FRAP (1956); b) la división del Partido Agrario Laborista; c) la formación del Partido Demócrata Cristiano; d) la reunificación del socialismo; y e) la reaparición legal del Partido Comunista. Estas reestructuraciones (formación de alianzas, divisiones o unificaciones) prepararon el cuadro político para las elecciones presidenciales de 1958.

### A.- LA FORMACIÓN DEL FRAP

A principios de 1956 la CUT convocó a un paro nacional como protesta contra la política económica, especialmente los planes de congelación de salarios que buscaba implementar la Misión Klein-Saks. Ese paro no tuvo el éxito que había tenido el de 1955<sup>420</sup>. Como consecuencia de las medidas represivas dictadas por el gobierno de Ibáñez, entre ellas la detención del Presidente de la CUT, se produjo un acercamiento político entre los partidos de izquierda, el radical y el principal partido socialcristiano (la Falange Nacional).

<sup>417</sup> Adolfo Aldunate, *Las provincias de Chile a través de indicadores: una infraestructura para los análisis causales y de proceso*, Santiago, Celade-Elas, 1972, y Banco de Datos Electorales, FLACSO.

<sup>418</sup> Arturo Valenzuela y Alexander Wilde, “El Congreso y la redemocratización en Chile”, en *Alternativas*, N° 3, 1984, p. 17.

<sup>419</sup> En realidad la respuesta se conoce en las elecciones posteriores de 1963, donde el Partido Demócrata Cristiano (ex Falange Nacional) se transformó en la primera fuerza política nacional.

<sup>420</sup> Crisoóstomo Pizarro, “Hacia una interpretación global de la evolución de la huelga en Chile”, University of Glasgow, Tesis de Doctorado, s. f.



Esa fue la situación que, después de casi dos meses de negociaciones y algunas decantaciones, dio lugar al nacimiento de una alianza política estable entre los partidos de la izquierda chilena, llamada el Frente de Acción Popular (FRAP).

En su proceso de constitución se enfrentaron dos tesis, cada una de las cuales era parte integral de una visión estratégica global. Una de las tesis era la del “frente amplio”, una coalición que agrupara a los partidos de izquierda, al partido radical y la Falange, denominadas por sus sostenedores “fuerzas por los cambios de contenido democrático y anti-imperialista”. Esa línea era defendida por los comunistas. La tesis opuesta fue patrocinada por los socialistas. Consistía en formar una coalición de “partidos obreros” con exclusión del radicalismo, entonces la principal fuerza electoral del país y de la Falange. Finalmente se impuso la fórmula de la coalición estrecha de “partidos populares”. Pero en su definición programática el Frente adoptó una plataforma de cambios de naturaleza democrática y anti-imperialista.

Después de la experiencia de los “frentes populares” y de la dura lección de la ilegalización de los comunistas, la izquierda logra constituir una alianza política-programática. Sin embargo, cuando ella se formó no parecía destinada a tener una larga duración. Los dos partidos principales, el comunista y el socialista, planteaban visiones diferentes sobre el camino de la “revolución chilena”. El primero, reforzado por las decisiones del XX Congreso del PCUS sobre las formas pacíficas de transición al socialismo, le asignaba un papel importante a las “burguesías nacionales” y a los partidos intermedios durante una larga fase de lucha en que el núcleo del programa de cambios seguiría siendo la modernización y democratización de la sociedad chilena. El Partido Socialista postulaba la necesidad de una plataforma más avanzada, de un camino menos gradual aun antes de la revolución cubana. Surgía de su doble experiencia traumática, algunos momentos de los frentes populares y el ibañismo. Las fuerzas “intermedias” ya habían demostrado, según los socialistas, su carácter reaccionario.

Al poco tiempo la disidencia china y la revolución cubana incorporaron al debate de la izquierda el tema de la lucha armada. Por todo ello, en 1956 nada presagiaba que el FRAP duraría hasta 1969 cuando se amplió para formar la Unidad Popular, pese a las polémicas públicas entre socialistas y comunistas sobre problemas estratégicos<sup>421</sup>.

#### B.- LA DIVISIÓN DEL PARTIDO AGRARIO LABORISTA

Esta fuerza política apareció en el panorama político chileno en 1945 y se fortaleció en 1949, como consecuencia del proceso de reconstitución de los partidos que provocó la reaparición de Ibáñez como posibilidad electoral. En esa colectividad se agruparon sectores del antiguo Partido Agrario, que era una fuerza con implantación entre los

<sup>421</sup> Un ejemplo es la polémica socialista-comunista que comenzó en marzo de 1962 (Partido Comunista-Partido Socialista, 1962).

productores agrícolas del sur con fuerzas ibañistas dispersas y una amplia gama de nacionalistas sin partido<sup>422</sup>. En las elecciones parlamentarias de 1949 surgió como una fuerza electoral significativa, alcanzando más del ocho por ciento de la votación. Con el aluvión ibañista de 1953 se transformó en la primera fuerza electoral, con un poco más del quince por ciento de la votación.

Sin embargo, no pudo soportar el desgaste del gobierno de Ibáñez. Se demostró que su fuerza provenía de la adhesión al caudillo y que carecía de arrastre propio. Las posiciones nacionalistas y los remedios corporativos no eran la razón de su salto hacia adelante en 1953. En las elecciones de 1957 sufrió una fuerte caída, aunque fue la única colectividad ibañista que logró un porcentaje superior al cinco por ciento. Sin embargo, el hecho de que bajara entre una elección a otra desde 35 a 10 diputados favoreció una erosión de las lealtades políticas. En un momento de competencia con pérdida electoral predecible, las diferentes personalidades que componían el partido empezaron a buscar diferentes acomodos. En relación a las elecciones presidenciales de 1958, las de 1957 demostraron que Ibáñez no tenía heredero político.

Inmediatamente después de los sucesos del 2 de abril de 1957, Ibáñez reorganizó su gabinete dándole participación al Partido Agrario Laborista en los ministerios de Interior, Salud y Tierras. Sin embargo la directiva del partido prohibió a sus militantes la aceptación de puestos ministeriales. Esta actitud provocó la división de la organización, entre un grupo que buscaba reubicarse en el espacio político y otro que momentáneamente siguió apoyando a Ibáñez. La principal figura de la primera corriente era Julio von Mulenbrock, posteriormente diputado liberal, y la personalidad más resaltante de la segunda era Rafael Tarud, quien con posterioridad llegó a ser presidente del FRAP<sup>423</sup>.

#### C.- LA FORMACIÓN DEL PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO

El 28 de julio de 1957 terminó el proceso de fusión entre la Falange Nacional y el Partido Conservador Social Cristiano. Este último partido se había escindido del tronco conservador tradicionalista en 1949. El factor mediato fue el desencanto de los grupos social-cristianos frente a la posibilidad de reorientar la línea del partido, el factor inmediato y gatillante fue la discusión de la Ley de Defensa de la Democracia, en la cual algunos líderes socialcristianos como Cruz-Coke tuvieron una posición contraria. Sin embargo, este nuevo partido no logró conseguir un espacio. En 1953 obtuvo un poco más del cuatro por ciento de la votación, mientras en 1957 alcanzó una votación insignificante. Pese a eso no todos los miembros del Partido Conservador Social Cristiano aceptaron la fusión con la Falange, algunos prefirieron volver al tronco originario.

<sup>422</sup> Lía Cortés y Jordi Fuentes, op. cit., 1967.

<sup>423</sup> Andrés Benavente, op. cit., s. f.

Con la formación del Partido Demócrata Cristiano surgía una fuerza que desde 1957 hasta 1965 experimentó un crecimiento electoral constante y espectacular. Se trata de un partido intermedio que rompió con los rasgos tradicionales de ese tipo de fuerzas: la tendencia aliancista y la pendulación política. Esta actitud era perfectamente acorde con el carácter de la Democracia Cristiana, combinación de partido policlasista desde el punto de vista de las bases electorales y de partido ideológico-doctrinario de raíz cristiana, con pretensiones de poseer un proyecto alternativo al del capitalismo liberal y al del socialismo colectivista.

#### D.- LA REUNIFICACIÓN DEL SOCIALISMO

El socialismo chileno había sufrido en 1948 una fractura política importante. Con motivo de la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia y de la colaboración con el gobierno de González Videla el socialismo se dividió en dos partidos, el Socialista Popular y el Socialista de Chile. En el primero permaneció la mayoría de los dirigentes históricos; además siguió definiéndose como una corriente revolucionaria, de orientación marxista y que aspiraba a la sustitución del capitalismo. El otro partido representaba a la tendencia más reformista y anticomunista, liderada por Bernardo Ibáñez, secretario general de la CTCH y candidato presidencial del socialismo en 1946<sup>424</sup>. Con motivo de la proclamación de Ibáñez como candidato presidencial por el Partido Socialista Popular se separó un grupo liderado por Salvador Allende. Ese sector ingresó al Partido Socialista de Chile, produciéndose un paradójico cambio de su línea. Desde entonces ese grupo político se definió por su actitud de acercamiento con los comunistas, con los cuales formó en 1951 el Frente del Pueblo. Esta coalición fue la que proclamó a Salvador Allende candidato presidencial, para competir contra Ibáñez.

Los socialistas populares participaron de los ministerios desde noviembre de 1952 hasta mediados de 1953. En 1955 retiraron definitivamente su apoyo al gobierno entrando en 1956 al Frente de Acción Popular (FRAP).

En julio de 1957 se reunificaron los dos sectores socialistas, después de casi diez años de división. El nuevo partido reafirmó la línea del “socialismo revolucionario”, el rechazo a la colaboración con las colectividades centristas y, una actitud crítica pero de colaboración con el Partido Comunista. Se desarrolló la tesis del “Frente de Trabajadores”, con lo cual los socialistas, aún permaneciendo en el FRAP, tenían una concepción de la revolución discrepante de los comunistas, cuya política de alianzas era más abierta.

#### E.- LA REAPARICIÓN DE LOS COMUNISTAS

Este partido había tenido, durante todo el período de la ilegalidad, una línea de lucha por cambios democráticos, expresada en la táctica de la recuperación de la legalidad a través de alianzas y de reformas legales. De hecho, entre 1949 y 1950 fue separada del partido una tendencia izquierdista, el “reinosismo”, acusada de querer aislarlo del resto de las fuerzas políticas, de predicar el boicot electoral y de propiciar una línea de sobreapasmamiento de la legalidad. La versión de los militantes afectados es –por supuesto– diferente. Según ellos su lucha estaba dirigida en contra de la “derechización” del programa que tuvo lugar en 1950.

Entre 1948 y 1958 el Partido Comunista no se transformó en una fuerza anti-sistema, pese a estar ilegalizado. Perseguido, privado de sus vinculaciones con las instituciones estatales, por tanto con muy poca posibilidad de realizar funciones mediadoras, con un acceso bloqueado al movimiento sindical, mantuvo con firmeza la línea de lucha política contra la ilegalización y de rechazo de las tesis insurreccionales.

En 1956, momento en que ya estaba saliendo a la superficie pese a que se mantenía la ilegalidad, su actitud fue clave para la formación del FRAP. En esa ocasión demostró que estaba dispuesto a ceder en muchos aspectos con tal de conseguir la unidad de la izquierda. En 1958 contribuyó a la candidatura de Allende, pese a que en las primeras votaciones de la Convención del Pueblo votó por Guillermo del Pedregal, antiguo ibañista y típico exponente de la “burguesía nacional”. Con ello demostraba su voluntad de construir “coaliciones anchas” y también su capacidad de ceder en aras de la unidad de la izquierda.

Este Partido Comunista, que había logrado superar la ilegalidad sin caer en políticas aventureras, que demostraba constantemente su apertura al mismo tiempo que su voluntad unitaria, que se estaba relegitimando por las esperanzas suscitadas por la “desestalinización”, obtuvo una votación significativa en la primera confrontación electoral en que pudo competir. En los comicios municipales de 1960 consiguió un 9,6 por ciento de los votos, casi tanto como los socialistas (10,2 por ciento). En 1961 ya consiguió superarlos, tendencia que se mantuvo hasta 1971<sup>425</sup>.

## 7.- El movimiento obrero entre 1952-1958

La agudización de los conflictos políticos entre socialistas y comunistas durante los años 1945-1946; más tarde las querellas producidas durante el corto período de participación comunista en el gobierno de González Videla, terminaron por completar la desarticulación al movimiento sindical. Entre 1943 y 1953 la actividad sindical fue muy

<sup>424</sup> Julio César Jobet, op. cit., 1970.

<sup>425</sup> En 1961 el Partido Comunista obtuvo el 11,3 por ciento y el Partido Socialista el 10,7 por ciento.

escasa, solamente se detectaron una docena de movilizaciones significativas<sup>426</sup>. Pero ya en 1948 comenzó un lento proceso de reorganización. En ese año se formó la Confederación de Empleados Particulares de Chile (CEPCH) y en 1951 se constituyó la Confederación Nacional de Trabajadores del Cobre. También se creó un organismo federado de las diversas categorías de empleados, llamada la Junta Nacional de Empleados<sup>427</sup>.

A todas estas organizaciones les cupo un papel importante en la formación, a principios de la década del cincuenta, de la Comisión Nacional de Unidad Sindical. Más o menos después de un año de discusiones, negociaciones, y trabajo organizativo se formó la Central Única de Trabajadores (CUT). Su Congreso constituyente se realizó en abril de 1953. En él estuvieron representados 35 federaciones y sindicatos nacionales a través de más de dos mil delegados. Participaron trabajadores de todas las tendencias desde comunistas y socialistas hasta radicales, falangistas, trotskistas y anarquistas. Estos últimos no eran una fuerza insignificante, ya que obtuvieron un poco más del diez por ciento de los votos emitidos. Se calcula que en el congreso fundacional los radicales y los demócrata cristianos tenían un poco menos del siete por ciento de los delegados cada uno<sup>428</sup>. La declaración de principios aprobada en el Congreso tuvo una clara marca marxista. En ella se decía, entre otras cosas: “Mientras subsista el capitalismo en cualquiera de sus formas el Estado será un instrumento de explotación”.

La CUT fue formada en un momento de plena vigencia de la LDD, en el inicio del gobierno de Ibáñez, cuando era ministro del Trabajo, el socialista popular Almeyda. Las relaciones de la CUT con el gobierno estuvieron plagadas de ásperos incidentes. Clotario Blest recuerda que los trabajadores tuvieron duros enfrentamientos con los ministros del sector económico, aún con aquéllos que tenían posiciones políticas progresistas como el socialista Felipe Herrera y Guillermo del Pedregal<sup>429</sup>. En 1954 el gobierno se querelló contra el secretario general de la CUT invocando la Ley de Defensa de la Democracia y consiguió su encarcelamiento. La CUT decretó un paro nacional, el cual se realizó pese al desistimiento del gobierno. Fue la primera huelga general llamada por la nueva confederación, su bautismo de fuego.

En 1955 Ibáñez intentó crear una confederación paralela, llamada Federación Nacional de Trabajadores Independientes. Ese intento tenía vinculación con la crisis política que se vivía y, especialmente, con los esfuerzos de algunos grupos de potenciar el “populismo autoritario”, lo cual implicaba capacidad de conexión tanto como de manejo del movimiento sindical<sup>430</sup>.

En julio de ese mismo año tuvo lugar otra huelga general, la segunda organizada por la CUT desde su fundación. Este paro nacional se fue preparando de manera progresiva al calor de la lucha por una bonificación compensatoria para todos los trabajadores. Fue precedido por algunas huelgas parciales desarrolladas por sectores de empleados bancarios, y de los trabajadores de Huachipato. El paro general se realizó el 7 de julio y unánimemente fue considerado como un movimiento de gran magnitud. *El Siglo* habló de más de un millón quinientos mil huelguistas. La cifra es imposible de verificar, pero el hecho es que la ciudad se paralizó, especialmente porque los chóferes de la locomoción colectiva se plegaron al movimiento, en el cual también participaron algunos comerciantes minoristas<sup>431</sup>.

Las demandas que planteaban los trabajadores eran básicamente de carácter económico. Se referían a las alzas de precios de los artículos de primera necesidad, a la bonificación compensatoria, al salario vital obrero, a la escala única de sueldos para el sector estatal, a la nivelación de pensiones, etc. Pero además el pliego planteaba algunas demandas de carácter político, entre las cuales la principal era la derogación de la LDD.

Pese a que las demandas concretas tuvieron básicamente un carácter reivindicativo, tanto el memorando entregado al Presidente de la República como las entrevistas del Secretario General de la CUT, Clotario Blest, las incluían en un programa general de cambios, dentro del cual se señalaba la reforma agraria, la nacionalización del cobre, las modificaciones del régimen crediticio y la participación de los trabajadores en la dirección de los organismos económicos del Estado<sup>432</sup>.

En la discusión sobre la duración del paro de 1955 se enfrentaron dos tendencias. Una, defendida por socialistas populares y anarquistas, planteaba un paro indefinido; la otra, defendida por comunistas, socialistas de Chile, radicales y falangistas propiciaba un paro por veinticuatro horas. Esta última posición fue aprobada por el Consejo de Federaciones, en una votación bastante estrecha. Los socialistas populares, pese a la derrota de sus posiciones, lanzaron un paro indefinido. Para realizarlo contaron con el apoyo de una serie de sindicatos del sector transporte, tales como ferroviarios, marítimos y chóferes de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado<sup>433</sup>. La huelga general de julio de 1955 fue importante por varias circunstancias: la capacidad de movilización demostrada por la CUT; la actitud asumida por los sectores políticos partidarios de un paro indefinido, los cuales desconocieron los acuerdos regulares y la lógica unitaria con que actuaron los otros sectores.

En 1956 la CUT llamó a otro paro nacional, precedido por una serie de huelgas limitadas, para protestar contra la política antiinflacionaria de la Misión Klein-Sacks. Esa huelga general tuvo mucho menor éxito que la de 1955, en gran medida porque el Partido Comunista

<sup>426</sup> Crisóstomo Pizarro, op. cit., s.f., p. 202.

<sup>427</sup> Jorge Barría, op. cit., 1971; Crisóstomo Pizarro, *ibid.*, s.f., pp. 202-204.

<sup>428</sup> Jorge Barría, *ibid.*, 1971, pp. 88.

<sup>429</sup> Maximiliano Salinas, *Clotario Blest. Vida de un dirigente*, Ediciones Paulinas, 1980, pp. 138-140.

<sup>430</sup> *Ibid.*, 1980, p. 146.

<sup>431</sup> Crisóstomo Pizarro, op. cit., s.f., pp. 285-305.

<sup>432</sup> Crisóstomo Pizarro, *ibid.*, s.f.; pp. 287-288.

<sup>433</sup> *Ibid.*, p. 296.

estuvo contra la propuesta de convocatoria indefinida que había lanzado Clotario Blest. Ibáñez utilizó la LDD para encarcelar a los dirigentes<sup>434</sup>. También a fines de octubre de 1956, la CUT organizó un mitin en la Plaza Artesanos para protestar por la represión ejercida contra los trabajadores salitreros a mediados de septiembre, para protestar contra la política de estabilización y pedir la derogación de la LDD y de la llamada circular Kock-Yáñez, que permitía restringir la acción del movimiento sindical.

En mayo y abril de 1957 se realizaron una serie de movilizaciones en protesta por el alza del costo de la vida. Ellas culminaron en la gran protesta del 2 de abril de 1957. Aunque, como se ha dicho, la CUT no tuvo un papel central en esos acontecimientos sus dirigentes fueron perseguidos y relegados<sup>435</sup>.

En 1958 Clotario Blest propuso la creación de un “Frente Unido de Defensa de la Clase Trabajadora”, en el cual debían participar la CUT y los partidos populares. A propósito de la votación en el Congreso Pleno para dirimir la elección presidencial de 1958, llamó a apoyar a Salvador Allende en el Congreso Pleno en contra de Jorge Alessandri, quien había logrado la primera mayoría. Esas opciones adoptadas por Blest, como secretario general de la CUT, ya se dejaban vislumbrar las diferencias que en 1959 lo separarían de los partidos de izquierda.

En el Congreso de la CUT de ese año los partidos del FRAP propiciaron el cambio de la declaración de principios de 1953, la cual había definido como objetivos de la CUT la lucha contra el régimen capitalista y la construcción de una “democracia del pueblo”. La declaración de principios sustitutiva de 1959 fue elaborada para salvaguardar el carácter pluralista de la CUT y conservar su representatividad, ante la amenaza de los demócrata cristianos de retirarse<sup>436</sup>.

Caminando a contracorriente de esta necesidad, Clotario Blest formula un discurso “izquierdista”: acentúa su crítica al legalismo y propicia acciones directas de masas<sup>437</sup>. No es extraño entonces que haya sido sustituido por un cuadro partidario, el socialista Óscar Núñez. El carismático líder tira de una de las hebras, aquella que se inspira en la reciente revolución cubana, aquella que critica la ambigüedad de los partidos centristas, cuando las hebras son dos. En 1958 los resultados de las elecciones presidenciales vuelven a valorizar el camino electoral, provocando esperanzas en la posibilidad de un “gobierno popular”

## 8.- Balance del período de Ibáñez (1952-1958)

Este nuevo paso de Ibáñez por la presidencia está marcado por lo efímero. Las elecciones de 1957 revelan una reafirmación del eje institucional-partidario, con la consiguiente relegitimación simbólica de los partidos que habían sido triturados en las elecciones de 1952 y 1953.

Una atmósfera de desencanto produjo espacio para la aparición de un caudillo que prometía un “gobierno fuerte”, con “carácter nacional” y la limitación de los excesos del “partidismo exacerbado”. El caudillo crítico de las instituciones, que apela a las masas contra los partidos fue uno de los ejes de la política chilena del siglo XX. Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez representaron esa dimensión. Fueron líderes que asociaban la “crisis social” a la decadencia provocada por la politiquería. En esos momentos la personalidad del caudillo es colocada por encima de ideologías o programas. Se busca generar adhesiones que se basan menos en la aprobación razonada del programa que en la vinculación con cualidades o valores personales.

Carlos Ibáñez en 1952 representó la reaparición del caudillo que pone en jaque a los partidos, aprovechando el clima de ilegitimidad provocado por el gobierno de González Videla. Pero el ibañismo de 1952 debilitó a los partidos pero no los aniquiló para reemplazarlos, como en Argentina, por un movimiento caudillista de masas. Todo lo contrario, ese ibañismo se desintegró, en parte porque el líder no fue capaz de dotar al conjunto caleidoscópico de sus partidarios de una identidad que produjera unidad. Arrastrado por los vaivenes de la coyuntura Ibáñez pasó de una política a otra, sin tener éxito en rescatar algunas ideas-fuerzas que operaran como principios simbólicos de continuidad. Ibáñez fue consumido por la administración política, por la batalla coyuntural, por el arbitraje perpetuo entre grupos, camarillas y tendencias. Se trató de un caudillo que fue incapaz de “instucionalizarse”, de crear el movimiento que le diera continuidad.

Así, el paradójico legado político del ibañismo fue haber producido condiciones para una reestructuración de largo plazo del sistema de partidos, ya analizado en este texto. El espectro político de la década del sesenta se fue creando entre 1953 y 1957, cuando aparecieron sus primeras expresiones. Después de Ibáñez se volvió al primado del eje institucional, al tiempo de los partidos, los cuales se consolidaron hasta convertirse en la “columna vertebral” de la política chilena<sup>438</sup>.

Por otra parte, el gobierno de Ibáñez inicia la serie de búsquedas políticas incesantes que comenzaron en 1952 y caracterizaron la totalidad del período que termina en 1973. Hasta el golpe militar se suceden experiencias políticas distintas, sin que ninguna lograra estabilizarse como fue el caso de los gobiernos radicales (1938-1952).

<sup>434</sup> Jorge Barria, op. cit., 1963, pp. 103 y 283-285; y Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, México, Ediciones Era, 1974, p. 232.

<sup>435</sup> Maximiliano Salinas, op. cit. 1980, p. 157.

<sup>436</sup> Jorge Barria, op. cit., 1963, pp. 364; Maximiliano Salinas, op. cit., 1980, pp. 169-171.

<sup>437</sup> Miguel Silva, *Los partidos, los sindicatos y Clotario Blest*, Santiago, Mosquito Ediciones, 2000.

<sup>438</sup> Manuel Antonio Garretón, *El proceso político chileno*, Ediciones FLACSO, 1983.

Después del intento nacional-populista de Ibáñez comenzó la serie ininterrumpida de proyectos diferentes que no logran reproducirse. Uno tras otro se suceden ensayos políticos trascendentes pero de corta duración: entre 1958 y 1964 el intento tecnocrático-conservador de Alessandri, entre 1964 y 1970 el reformismo avanzado de Frei y entre 1970 y 1973 la “vía chilena al socialismo” de Allende. La rotativa permanente representa fracasos para reproducir apoyos mayoritarios. Esto es siempre la resultante de alianzas sin la amplitud suficiente o de alianzas que se desarman. Desde 1958 en adelante el sistema político exhibe una baja considerable de la propensión coalicional, al contrario que entre 1932-1952.

Sin tener mucha arte ni mucha parte, la experiencia de Ibáñez preparó el terreno para el tipo de desarrollo político que tuvo lugar en la década del sesenta.

## 9.- El balance de la dominación represiva

La dictación en 1948 de la LDD permitió al gobierno de González Videla paralizar las movilizaciones y sofocar las huelgas que habían hecho eclosión en 1947. En los cuatro años que restaban de la administración radical miles de comunistas fueron borrados de los registros electorales y también miles fueron enviados al campo de concentración de Pisagua.

Durante el segundo gobierno de Carlos Ibáñez las atribuciones de la LDD fueron utilizadas para luchar contra los paros nacionales que organizaba la CUT. Sirvieron para apresar numerosas veces a sus dirigentes, en especial a Clotario Blest. En los sucesos del 2 de abril de 1957 se usaron para relegar a dirigentes huelguistas, para relegar a los trabajadores de la Imprenta Horizonte y también a los abogados del diario *El Siglo*. “Asaltados, detenidos y luego relegados” titula Pedro Milos el análisis de este episodio en su pormenorizado y atractivo relato<sup>439</sup>.

Como ya se ha comentado el significado lógico de la instalación de esta dominación represiva hubiese sido intervenir el capitalismo surgido del período 1938 y 1947, cuando la dirección política estuvo en manos de los radicales y sus socios de izquierda. Para los liberales era necesario eliminar las huellas del nacional-desarrollismo, mediante sustanciales liberalizaciones y debilitamientos de la legislación social. Sin embargo, se conocen solo dos tentativas de actuar en esa dirección, la efímera de Jorge Alessandri entre 1948 y 1950 y la más prolongada, pero igualmente corta intervención de la Misión Klein-Saks entre 1955 y 1957.

Esta dominación represiva, al no estar orientada de esa manera fue más bien un episodio del anticomunismo de la “guerra fría”. En el momento de la dictación de la ley el “mundo democrático” estaba preocupado por la ofensiva de la URSS en Europa Central,

en especial en Checoslovaquia, y los líderes latinoamericanos buscaban crear condiciones para no quedar fuera del Tratado de Asistencia Militar con Estados Unidos.

Como se ha dicho, el problema de fondo fue que la derecha existente (la real, no necesariamente la racional) no intenta en la coyuntura crucial de las elecciones de 1952 un pacto con el Partido Radical que tuviera una orientación programática de contenido liberal “purificador” que corrigiera el trazado del período de centro-izquierda. En vez de jugar al bloque volvió a jugarse por un candidato estrecho, surgido del mundo empresarial. Se mantuvo el aislamiento entre la derecha y el centro predominante, el cual terminó en la aventura del Bloque de Saneamiento Democrático. Esa derecha expelía en vez de integrar y con ello creaba obstáculos al desarrollo capitalista que ella misma patrocinaba en sus discursos.

La verdadera utilidad del viraje represivo, que agregaba un *surplus* a una legislación bastante controladora, fue contener la llamada “amenaza comunista”, alineándose en la tarea que Estados Unidos exigía de sus socios continentales. Chile, lugar donde siempre existió la pretensión de excepcionalidad, aparecía como un “país de excepción” que impedía el accionar comunista por la vía legal, sin necesidad de acudir a una dictadura reaccionaria, como las de Trujillo, Somoza, Odría, Pérez Jiménez o Rojas Pinilla.

Sin embargo, la mentada “amenaza comunista” estuvo lejos de desaparecer por efecto de la LDD, como lo profetizó Radomiro Tomic en su discurso en la Cámara. Más bien parece que la influencia de los partidos marxistas hubiese aumentado, tomando como indicador los resultados de las elecciones presidenciales de 1958 y aun las parlamentarias de 1959.

<sup>439</sup> Pedro Milos, op. cit., p. 440.

## CAPÍTULO V

### LA DOMINACIÓN INTEGRATIVA

#### 1.- Una nueva estrategia de contención

La década de 1960 es larga, como el siglo XX de Eric Hobsbawm. Comienza en realidad con las elecciones presidenciales de 1958 y termina en 1973, con la crisis de la dominación integrativa, con la fractura. Durante ese período el sistema con polaridad se va convirtiendo en polarizado y las condiciones de reproducción del sistema capitalista se quiebran entre 1970 y 1973.

Esta década también le proporciona oportunidades a la derecha, puesto que elige o ayuda a elegir a dos presidentes. Ambos gobernantes, más allá de sus preferencias programáticas, debieron operar contando solo con los recursos represivos normales sin el *surplus* de que dispusieron González Videla y Carlos Ibáñez. Además incluso el período 1958-1964 puede clasificarse como dominación integrativa.

El uso de esas modalidades entre 1958 y 1964, durante el gobierno empresarial de Jorge Alessandri, tiene relación con la percepción de amenaza izquierdista por parte de los partidos de derecha. Estos enfrentan el peligro del triunfo presidencial de la izquierda, el cual estuvo cerca de producirse en 1958. Además emerge un centro emergente muy reformador, al cual buscan neutralizar haciendo concesiones integrativas. El verbo neutralizar describe con exactitud la orientación de la derecha, muy distinta de una postura positiva frente a la integración, como la que tiene la Democracia Cristiana. Esta posición del partido intermedio lo impulsa a “realizar” ciertos intereses y valores de una parte de las clases populares y lo lleva al uso de una simbólica revolucionaria.

#### 2.- La elección de 1958

En la elección de 1958 el campo electoral se sobrepobló, conteniendo cinco candidatos. Ellos fueron Salvador Allende por el FRAP, Jorge Alessandri por las derechas, Luis Bossay por el Partido Radical, Eduardo Frei por la Democracia Cristiana y Antonio Zamorano, ex cura, quien había sido electo diputado por Valparaíso en 1957 en las listas del FRAP. Por primera vez se presentaron dos candidatos de centro y un postulante sin partido.

Desde las elecciones de 1932, cuando se salía de la crisis política provocada por la intervención militar, no había un campo político tan fragmentado.

El único intento de formar una coalición nueva fue el protagonizado por el Partido Liberal. En esta organización un grupo significativo de dirigentes postuló como candidato a Eduardo Frei, el líder falangista. Este había obtenido la primera mayoría en las elecciones senatoriales por Santiago, desplazando a Jorge Alessandri, Ángel Faivovich, Eduardo Cruz-Coke y otros destacados políticos. La audacia del gesto de la Falange Nacional había tenido su recompensa y Frei Montalva terminó por adquirir la estatura, no solo de un excelente senador, sino también de un político con arrastre electoral, muy por encima del su partido.

Las tentativas de una parte del Partido Liberal, que contaban con el visto bueno de la mesa directiva, se tropezaron con la irreductibilidad de la directiva de la Falange Nacional, la cual aceptó pedir apoyo al Partido Liberal pero se negó a hacerlo con el Partido Conservador. Pesó en esta decisión de la Falange la actitud de poca reciprocidad del partido de derecha, después que los falangistas apoyaron en 1946 a Eduardo Cruz-Coke. Los conservadores se lanzaron en 1947 en una ofensiva doctrinaria contra la Falange, por el rechazo de éstos a aprobar la LDD. En esa empresa intentaron liquidar a la Falange, comprometiendo a las autoridades de la Iglesia.

En todo caso, esa actitud rígida de los falangistas trabó las discusiones en el Partido Liberal, donde la posibilidad de un pacto con un candidato modernizador estaba adquiriendo fuerza. De concretarse esta posibilidad hubiese resuelto la separación entre las derechas y el centro, en este caso uno de carácter emergente.

Pero la oportunidad de una “nueva política” se clausuró en la reunión de Directorio del Partido Liberal del 20 de agosto de 1957. En esa ocasión y mientras se discutía el problema presidencial murió haciendo uso de la palabra el senador Raúl Marín Balmaceda, tenaz y apasionado adversario de la candidatura de Frei Montalva<sup>440</sup>. El impacto causado por esa pérdida no solo tuvo como efecto inmediato la suspensión del Directorio. Además esa muerte dramática significó que el Partido Liberal terminó por inclinarse por la candidatura de Jorge Alessandri, un importante líder empresarial.

Jaime Eyzaguirre escribió en homenaje al difunto, hispanista como él, el breve artículo “La muerte de Don Quijote”<sup>441</sup>. Para el célebre historiador, los molinos de viento contra los que combatía Raúl Marín eran los apetitos del Estado y su Dulcinea era la libre empresa. Uno de sus apasionados biógrafos dijo que para Marín Balmaceda la “absorción de los negocios por parte del Estado (estancaba) la actividad comercial y (elevaba) los costos” y que los excesivos controles a la libre empresa llevaban aparejadas “la inmoralidad y la corrupción”<sup>442</sup>. Esas convicciones lo llevaron a asistir enfermo a la

reunión del Directorio. Para alguien con sus creencias la candidatura de Frei Montalva representaba el mal disfrazado de bien.

No es posible afirmar con certeza que sin la muerte en escena de Marín Balmaceda el candidato elegido por los liberales hubiese sido Frei Montalva. Pero es indesmentible que el azar apareció antes que se pudiera tomar una decisión. El azar, lo fortuito, lo incalculable, temas recurrentes de la política chilena del siglo XX.

En las elecciones de 1958 se produjo el suceso que iba a marcar las luchas políticas de la década de 1960. Allende, quien en 1952 había obtenido el 5,4 por ciento de los votos, salta al 28,5 por ciento, colocándose a treinta mil votos del ganador. Allende gana entre la votación masculina, obteniendo el 31,9 por ciento contra 29,7 de J. Alessandri, mientras en el voto femenino solo alcanza el 22,1 por ciento contra el 33,8 por ciento del triunfador. El FRAP, recién constituido en 1956, demuestra su potencia y genera la sensación de un futuro sonriente. Si en 1958 se estuvo a punto de ganar, en 1964 el éxito no solo es posible, es seguro. La izquierda de ese tiempo miraba el desarrollo histórico desde la teoría del progreso.

### 3.- El gobierno de Jorge Alessandri

Esa elección presidencial creó una oportunidad para que la derecha pudiera demostrar, diez meses antes del sacudón de la Revolución cubana, su capacidad de dirección.

El triunfo de Alessandri representó, de cierta manera, una manifestación renovada del rechazo al partidismo. Ese sentimiento de negación había estado muy presente en el triunfo de Ibáñez. La diferencia era que entonces la alternativa había tenido una orientación populista. Ibáñez significó un rechazo a ciertas formas tradicionales de hacer política, en especial aquella representada por el Partido Radical. Su práctica política fue considerada una forma extrema de una política particularista en la cual primaban los intereses organizacionales más estrechos por sobre los intereses públicos.

Ya analizamos el errático comportamiento del segundo gobierno de Carlos Ibáñez. Las estructuras partidarias se reordenaron en 1957 y recuperaron su primacía, pero sin que desapareciera totalmente el espíritu de sospecha y rechazo frente a los partidos. Ese clima ideológico volvió a reproducirse en las elecciones presidenciales de 1958, donde Alessandri se presentó como un independiente, crítico frente a la política organizacional y con un enfoque más tecnocrático que político.

Durante toda la primera parte de su gobierno, que termina en diciembre de 1962, Jorge Alessandri actuó orientado por su discurso electoral, en el cual elabora el dualismo entre política y técnica. Los presenta como mundos autónomos y divergentes, donde el primer término encarna el polo negativo y el segundo el polo positivo. La política era

<sup>440</sup> DI, 21-8-57.

<sup>441</sup> DI, 22-8-57, p. 3.

<sup>442</sup> Ignacio Rodríguez Martínez, *Breve semblanza de Raúl Marín Balmaceda*, Imprenta El Arte, Santiago, 1959.

presentaba en ese *corpus* como el mundo oscuro de los intereses corporativos, de la demagogia y la técnica era concebida como el mundo de la decisión nacional, aquella que usa como principal criterio la relación óptima entre medios y fines. La decisión racional era considerada irreconciliable con la conducta contaminada, resultante del compromiso o arbitraje entre presiones cruzadas. En el discurso de Jorge Alessandri se la miraba como el resultado de un “diagnóstico objetivo” y de una determinación de las alternativas según el criterio de su eficacia. La utilización de esta visión tecnocrática de la política tuvo influencia en el fracaso del gobierno de Alessandri. Se trata de una forma abstracta e ilusoria de mirar el juego político, por tanto poco útil para analizar la realidad efectiva de las relaciones de fuerzas y de la acción de los sujetos sociales.

Jorge Alessandri elaboró para su gobierno un ambicioso programa económico. La medida central fue el freno de la inflación mediante la liberalización del comercio exterior y la determinación de un tipo fijo de cambio, colocado después de una devaluación de un 25 por ciento respecto al nivel anterior (“dólar barato”). Con ambas medidas se buscaba fomentar las exportaciones eliminando trabas burocráticas y también aumentar las importaciones de bienes de capital y de materias primas por parte de los empresarios nacionales, lo que permitiría a la industria aumentar su productividad y modernizarse para mejorar su potencial exportador. También esta medida pretendía eliminar las presiones inflacionarias, por la vía de la competencia de los productos importados en el mercado nacional<sup>443</sup>.

Esta política, que aumentaba el margen de acción del mercado pero sin congelar de modo definitivo la acción del Estado, provocó un efecto no buscado, una crisis de la balanza de pagos, producida por el déficit de la balanza comercial. Esa situación se explica en gran parte por el comportamiento de los sectores empresariales, aunque detrás está la crisis del desarrollo hacia adentro, que se hace visible desde 1955 en adelante.

El programa de Jorge Alessandri enfrentó a los industriales al desafío de aumentar su productividad, para poder superar en el futuro el marco del mercado interno. En un régimen con un movimiento obrero dotado de fuerza de negociación era muy difícil que esos aumentos de productividad se realizaran solo mediante aumentos sustanciales de la intensidad en la explotación de la fuerza de trabajo. Por ende debían reposar también en modernizaciones de los procesos productivos.

Los empresarios y las capas de altos ingresos no fueron capaces de ofrecer el tipo de comportamiento económico que se esperaba de ellos. El tecnocratismo del enfoque llevó al gobierno a proponer un diseño que no tomaba en cuenta las características del sector empresarial; medidas que no percibían las razones profundas de su comportamiento económico<sup>444</sup>.

<sup>443</sup> Ricardo Ffrench-Davis, op. cit., 1973; Ricardo Ffrench-Davis, *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad*, Santiago, Dolmen Ediciones, 1999, pp. 19-21.

<sup>444</sup> Tomás Moulian, *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago, FLACSO, 1986.

De nuevo se produjo una escisión entre la tecnoburocracia que impulsaba la política de Jorge Alessandri, pretendido camino del desarrollo capitalista, y los comportamientos de los grupos empresariales. Los “intelectuales” liberales, que desde el gobierno pretendían conocer la “única vía”, quedaron una vez más en el aire. Su lógica abstracta del interés general capitalista chocó contra los intereses inmediatos de los sectores empresariales.

En la práctica, los sectores industriales en vez de volcarse decididamente hacia el aprovechamiento del cambio fijo, de las franquicias crediticias y de las facilidades de importación para mejorar tecnologías, se volcaron hacia una doble actividad especulativa: aprovechar la liberalización para importar bienes de consumo y acumular divisas con fines especulativos. Como efecto de esos comportamientos, que llevaron al agotamiento de las reservas internacionales<sup>445</sup>, el Gobierno debió devaluar en octubre de 1962 en un 33 por ciento.

¿Qué pasaba? ¿Cuáles eran los problemas de fondo? En repetidas oportunidades se ha hablado en este libro de la carencia de un proyecto modernizador de las clases dominantes. Se ha mostrado que la ausencia de una “ruptura burguesa” temprana favoreció la imbricación entre los antiguos sectores oligárquicos (latifundio, sectores ligados al capitalismo comercial) y las “nuevas” clases industrializadoras. En realidad esas “nuevas” clases se constituyeron, en parte, por un proceso de reubicación de las antiguas, las cuales aprovecharon su poder político para consolidar posiciones dentro de los espacios económicos que creó la industrialización sustitutiva. Aunque existieron sectores “nuevos”, provenientes normalmente de la emigración, fueron sectores subordinados dentro del bloque, con poder económico por su control del sector textil, pero sin capacidad de influencia política y cultural.

En el bloque dominante se fusionaron los latifundistas y la burguesía, pero con una presencia muy significativa los rasgos más típicos de la cultura del latifundio. Hasta la finalización de la década de 1950 el conjunto del empresariado y de las clases altas está empapado del *ethos* aristocrático de la cultura del linaje y de las jerarquías sociales prefijadas y de la idea del pueblo sumiso y degradado<sup>446</sup>. Todavía las clases dominantes alimentaban una pretensión aristocrática, la creencia en la superioridad otorgada por el nacimiento y, por parte de sectores nuevos o emergentes, era visible el deseo de hacer olvidar su carácter de nuevos ricos y la voluntad de adquirir, para darse lustre, los símbolos tradicionales de status, entre ellos el fundo familiar.

<sup>445</sup> Ibid., 1999, p. 20.

<sup>446</sup> María Rosaría Stabili, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 2003, p. 342. Para un tiempo histórico más limitado, ver Luis Barros y Ximena Vergara, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago, Editorial Aconcagua, 1978.



Ese predominio cultural tenía relación con el predominio político de los latifundistas. Entre ellos se reclutaba preferentemente el personal político de las clases dominantes, por el prestigio social que proveía la tierra y por la sobrerrepresentación electoral de las zonas rurales, donde hasta 1958 existía el control abierto del voto campesino.

El predominio de una pauta cultural donde los rasgos aristocráticos subordinaban a los rasgos burgueses, y el hecho de que los latifundistas proveyeran el personal político de las clases dominantes influía en las pautas de representación política. Además, dificultaban que las clases dominantes pudieran tener un proyecto capitalista general, en el cual los intereses de los sectores más atrasados fueran subordinados a la lógica global de la reproducción capitalista<sup>447</sup>.

Pero hay otro aspecto en el cual no he insistido lo suficiente. Los propios sectores burgueses, que eran dentro del bloque los más dinámicos desde el punto de vista económico y cuyas organizaciones eran más proclives respecto al papel activo del Estado, tenían una posición que no siendo conservadora era de todos modos renuente a la modernización. La razón básica es el carácter de la industrialización. La protección estatal con sus restricciones de las importaciones de manufacturas por altos aranceles, franquicias tributarias y ventajas crediticias preservaba artificialmente a la industria nacional. Por lo tanto la modernización no se presentaba para los empresarios como un interés de clase inmediato, sino todo lo contrario como un proyecto que podría afectar esas posiciones de corto plazo.

Por otra parte, en todos los procesos de reordenamiento económico el comportamiento de las exportaciones tiene un rezago con el de las importaciones, lo cual es lógico<sup>448</sup>. Un programa como el de Jorge Alessandri que permitía la llegada de bienes industriales a precio más barato, poniendo como estímulo la posibilidad de una tecnificación de los procesos productivos que permitiera en el mediano plazo una activación de las exportaciones de bienes industriales, requería un sector empresarial con un diseño estratégico y una orientación de futuro.

Hay dos círculos viciosos del desarrollo capitalista chileno. Los empresarios industriales, por sus pactos de clases, no podían jugarse por una elevación de la productividad del campo y por la integración al mercado de las masas campesinas marginalizadas. Pero tampoco estaban dispuestos, como se demuestra con el resultado del programa de Jorge Alessandri, a aceptar una ampliación de la esfera del mercado en los intercambios internacionales que significara una invasión de importaciones.

La existencia hasta avanzado el siglo XX de a) clases dominantes armadas como un bloque donde primaban las creencias, discursos y hábitos oligárquicos; donde los sectores latifundistas tenían privilegios de representación política que les permitían mantener el atraso relativo del agro, y b) industriales que gozaban de protecciones estatales que les

permitían mantener altas tasas de ganancias sin necesidad de elevar su productividad, permiten comprender por qué partidos de las capas medias y de los sectores populares impulsaron los proyectos más efectivos de modernización capitalista. Y por qué los empresarios industriales no tuvieron las conductas con perspectiva de largo plazo esperadas por el programa de J. Alessandri, atrapados por la seducción oligárquica y por la defensa corporativa de un proteccionismo rentístico.

Estas características de las clases dominantes y de su representación política están en la raíz del fracaso de Alessandri. No son tan interesantes las razones técnicas del derribo de esa política económica como las razones sociales. Alessandri actúa como el típico “líder vanguardista”, el propiciador de un proyecto que pretendía asumir “los verdaderos intereses”, de los sectores empresariales, pero sin que los niveles de conciencia de esa clase correspondieran a la visión que el “líder” construía. El “vanguardismo” representa un caso de desajuste entre el proyecto de los conductores y los intereses sentidos por la clase. Como se sabe, esa situación se había producido otras veces. La separación producida entre los sectores empresariales y la “burocracia ortodoxa” que aplica la política económica de la misión Klein-Saks entre 1956-1958 reflejaba una situación semejante.

El error de perspectiva de Jorge Alessandri fue mirar la sociedad desde las alturas de un discurso tecnocrático. El análisis social de Alessandri no era real-concreto sino normativo o doctrinario, expresaba como real un “deber ser”.

Ya en aquel tiempo la obra de “intelectuales” progresistas como Pinto o Ahumada estaba difundiendo la idea de una “crisis integral”<sup>449</sup>. No obstante Alessandri se conformó con una solución que buscaba mejorar el funcionamiento del sistema, la cual no abordaba ninguno de los círculos viciosos. Al fracasar el programa, se desnudaron las limitaciones de la visión y de la perspectiva, porque sus medidas no permitían ni ampliar el mercado hacia dentro (para lo que requería de cambios en el campo) ni ampliar el mercado hacia fuera (para lo que requería de modernización industrial).

La derecha, que había alcanzado el gobierno pleno después de veinte años, intentó no tener la misma suerte que Ibáñez, quien fue incapaz de reproducir una alternativa política. El fracaso del programa económico a fines de 1962 significó el paso del gobierno tecnocrático, autónomo frente a los partidos de las derechas, a un gobierno de alianza entre esos partidos y el centro radical. Ese bloque denominado Frente Democrático era un pacto preventivo destinado a evitar el futuro triunfo de Allende. Aseguraba el apoyo de la derecha al Partido Radical, resolviendo de antemano, dos años antes de las elecciones, la incertidumbre de la contienda presidencial futura. Con ese gesto político se enfrentaba el peligro perpetuo de las derechas entre 1938 y 1958 inclusive; su aislamiento del centro. Este podía resultar catastrófico en 1964 por el “peligro allendista” vislumbrado en las presidenciales de 1958.

<sup>447</sup> Tomás Moulian y Germán Bravo, op. cit., 1981.

<sup>448</sup> Ricardo Ffrench-Davis, 1999, pp. 20-21.

<sup>449</sup> Anibal Pinto, op. cit., 1962; Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial Pacífico, 1958.

Jorge Alessandri debió pasar del discurso antipartidario y del trato desdeñoso hacia esas organizaciones a una política que apuntaba a la dirección de la elección presidencial de 1964, olvidándose del “gran proyecto” de liberalización de la economía.

Al cambiar de perspectiva y volcarse a asegurar una política de alianzas con el Partido Radical la derecha dio un gran paso adelante. Consiguió que Jorge Alessandri se preocupara de reforzar la lógica integrativa, lo cual le permitía acercarse al centro. Se tramitaron dos leyes de gran importancia. Una fue la Ley General de Elecciones, la cual permitió la ampliación de la población electoral activa por el solo expediente de hacer efectiva la obligatoriedad del voto, y la otra la Ley de Reforma Agraria, usada por el gobierno de Frei Montalva para realizar la repartición de la tierra, hasta que pudo modificarla en 1967.

A su vez la dictación de la Ley de Reforma Agraria ha sido vista habitualmente como un gesto simbólico, realizado más para evitar la repartición de la tierra que para favorecerla. Es verdad que no fue aplicada durante el gobierno de Alessandri, pero su eficacia se probó en los primeros años del de Frei Montalva. En efecto el proyecto no modifica el carácter constitucional del derecho de propiedad, lo cual solo se hizo durante el gobierno de Frei<sup>450</sup>. Pero de todos modos es llamativo que un gobierno tecnocrático y de derecha haya avanzado más que los de centro izquierda. Sin duda existió una influencia de Estados Unidos, pues el gobierno de Jorge Alessandri coincidió en una parte importante con el de Kennedy y su política de promoción de reformas estructurales destinadas a dejar sin banderas a los comunistas. Pero también tiene que ver con las estrategias del pacto derecha-Partido Radical para quitarle votos a Frei y a la Democracia Cristiana.

Esas estrategias no tuvieron éxito. Para conocer las razones del fracaso es necesario comprender a la Democracia Cristiana, actor importante de la década del sesenta, especialmente de la segunda mitad.

#### 4.- La Democracia Cristiana en su fase ascendente

##### A.- EL ANÁLISIS DE LOS PARTIDOS DE CENTRO Y DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA CHILENA

Maurice Duverger, en su libro pionero sobre los partidos políticos, publicado en 1951, formuló su clásico axioma sobre el bipartidismo natural. Partiendo del supuesto de la existencia dualista de las opciones políticas, elaboró su conocida teoría del “centro imposible”, cuyo contenido principal se resume en este elocuente dictamen: “el centro no existe en política: puede haber un partido de centro pero no una tendencia de centro<sup>451</sup>.”

<sup>451</sup> Juan Carlos Gómez, *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile, 1925-1973*, Santiago, Editorial LOM, 2004, p. 242.

<sup>452</sup> Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1972. Ver especialmente p. 242.

Pese a su tono de asertividad, el análisis de Duverger no carece de matices. Por una parte afirma que el bipartidismo es natural y que el centro es artificial. En él se juntarían, por agregación inorgánica, lo que quiere decir por superposición, segmentos sociales e ideas políticas provisoriamente arrancadas de cada una de las tendencias extremas. Duverger dice, en su lenguaje apodíctico, que el centro carece de doctrina. Ese tipo de organizaciones tiene un destino dramático (a veces trágico) pues siempre está tensionado entre sus dos mitades: “El destino del centro es ser separado”<sup>452</sup>.

La inspiración inconfesada de este tipo de análisis es el clasismo en su versión más reduccionista. Aun sin quererlo se aplica el sesgo de Lenin. Es imposible afirmar que Duverger se inspira conscientemente en ese tipo de análisis, pues se conoce bien su explícito rechazo. Pero el procedimiento es parecido al que Lenin aplica al análisis de los partidos pequeño burgueses rusos. De la afirmación que solamente las clases fundamentales pueden ser portadoras de proyectos históricos se deriva, sin mediaciones ni matices, sin ningún análisis histórico de la constitución de sujetos, la idea del carácter siempre residual, inorgánico y vacilante del centro, como si este tuviera una naturaleza inmutable.

El enfoque de Duverger ha marcado parte importante de la teoría sobre los partidos intermedios o centristas. Uno de los propósitos implícitos de Sartori en su libro *Sistema de Partidos* es escapar de la lógica dualista de Duverger<sup>453</sup>, lo que es perfectamente explicable por el afinamiento sud-europeo del autor y su preocupación analítica especial por Italia. Pero ¿lo logra realmente? En su clásico artículo “European political parties: the italian case”, donde proporciona una versión preliminar del modelo de “pluralismo polarizado”, crítica dos de las tesis centrales de Duverger: la pseudo ley natural del bipartidismo y su regla, de carácter universal, sobre la fragilidad congénita o sobre la inestabilidad crónica de los sistemas multipartidistas<sup>454</sup>.

Para cuestionar esas tesis duvergerianas y, por ende, revalorizar los sistemas multipartidistas distingue entre dos formas diferentes de estructuras múltiples: la moderada y la polarizada. Esas dos modalidades producen *performances* diferentes, se distinguen entre sí por sus condiciones de producción de estabilidad. Al valorizar el pluralismo polarizado, Sartori avanza algunos pasos en la construcción de teoría sobre los sistemas partidistas en sociedades heterogéneas, que producen impulsos hacia la diversificación de las líneas de representación política.

Si bien el autor distingue, según el criterio básico del número, dos clases de multipartidismo, uno de los cuales proporciona tanta eficacia y gobernabilidad como un sistema bipartidista estable, todavía permanece dentro del “círculo hermético”. En última

<sup>453</sup> Ibid., p. 243. La frase completa continúa de una forma aún más dramática: “...sacudido, aniquilado”.

<sup>454</sup> Giovanni Sartori, *Partidos y sistema de partidos. Marco para un análisis*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, vol. I.

<sup>455</sup> Giovanni Sartori, “European political parties: the italian case”, en Joseph La Palombara y Weiner Myron, *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, 1966, pp. 137-150.

instancia, es fiel a los axiomas duvergerianos, porque explica el tipo de pluralismo moderado por una lógica dualista. Se trataría de una estructura numéricamente plural pero funcionalmente bipolar. En realidad Sartori sigue operando bajo el supuesto duvergeriano de la que la pluralidad de partidos afecta inversamente la productividad del sistema político. Solamente reemplaza la ley dualista por la ley del número crítico: según Sartori más allá de los cinco partidos se entra en el terreno pantanoso del pluralismo polarizado. El cambio no es pequeño. Pero ambos autores tienen un punto en común: la tendencia a desestimar al centro como fuerza política con línea consistente, proyecto de largo plazo e identidad política cristalizada.

La tendencia a mostrar al centro como una permanente “hoja al viento” o a reducirlo, para fines explicativos, a algunos de los extremos del continuo partidario (“nueva cara de la burguesía” o “estratagema del marxismo”), pertenece teóricamente a esa matriz duvergeriana.

En realidad, en muchas ocasiones Sartori intenta sacudirse de Duverger, implícita o explícitamente. Incluso plantea un postulado totalmente contrario respecto al análisis del centro: “yo aduzco...que cuando no hay partido de centro es probable que haya una tendencia de centro”. En muchos aspectos sus análisis son muy seductores, pero están minados por el prejuicio dualista sobre la fragilidad congénita e innata del centro, dada su composición policlasista, su doctrina de integración y su programa sincretista, donde se entremezclan intereses diferentes.

Esa actitud teórica, de inconfesado origen duvergeriano, se revela en las generalizaciones que el autor elabora sobre las dos funciones posibles del centro: a) el inmovilismo, dado que todo centro está constituido por “retroacciones” (*feedbacks*), siendo la sumatoria o, en el mejor de los casos, el cedazo de presiones venidas desde la derecha y la izquierda y; b) una función mediadora, entendida como función de arbitraje o “corretaje”. En síntesis, lo básico del enfoque de Sartori es que el centro constituye una fuerza que, aunque no siempre es inmóvil, siempre tiene una baja capacidad política, es por lo menos pasiva.

Ese prejuicio dualista sobre el centro se desliza incluso en el matizado análisis de A. Valenzuela. Este pone énfasis en la “condición dramática” del centro en una situación de crisis, diagnóstico razonable. Pero Valenzuela tiende a ver en el centro el problema principal del sistema de partidos chilenos. Esa hipótesis me parece válida para un determinado período de tiempo. El papel de la Democracia Cristiana entre 1964 y 1970 contribuyó a generar importantes tensiones y desajustes que marcaron el desarrollo político de la década del sesenta<sup>455</sup>.

Sin embargo, hay que tener cuidado con considerar a ese tipo particular de centro que ha sido la Democracia Cristiana (o cualquier otro) como un fenómeno aislado y además inmutable, cuya historicidad es anulada por la “esencia”. El énfasis de un análisis de ese

tipo, bastante frecuente en medios académicos y políticos de derecha e izquierda, consiste en develar características que serían inherentes o naturales a la Democracia Cristiana, las cuales la confinarían al papel de “*enfant terrible*” del sistema de partidos.

Este punto de vista no es fructífero. La identidad de cualquier organización política es la resultante de una pugna entre voluntad de ser y posibilidades ofrecidas en una situación determinada. Lo primero se refiere a deseos, autoimágenes, al proyecto de algún grupo históricamente constituido. Lo segundo se refiere a espacios y oportunidades que se producen o consiguen en un campo plural, en el cual todas las posiciones están relacionadas y recíprocamente determinadas. Entonces, no existe una esencia o una naturaleza inmutable del centro ni siquiera una tendencia inherente, propia del centro en una clase de sistema partidario. Lo que hay es la ocupación competitiva de un espacio cambiante por una fuerza también mudable.

Son fáciles de aceptar de palabras estas premisas metodológicas pero, a menudo, en el análisis histórico de un partido como la Democracia Cristiana no se pone atención en los cambios de sus funciones políticas. Se le otorga demasiada importancia a la pretensión de esos conglomerados de ser inmunes a las presiones e influencias de la competencia electoral o de las posiciones en el espectro.

Por ello, las críticas que se le hacen a este centro particular que es la Democracia Cristiana aparecen como contradictorias, porque no se las sitúa en una dimensión histórica. Por una parte se niega la posibilidad de que sea un partido ideológicamente consistente, basándose en su eclecticismo. Ello influiría en el comportamiento político del centro, definiendo su tendencia retroactiva y, por ende, su debilidad para enfrentar crisis, porque toda polarización tendería a desgarrar a ese centro en los dos mitades que lo componen. Por otra parte se le formula la crítica opuesta. La fuerte propensión ideológica del centro rigidizaría el funcionamiento del sistema, justamente porque el partido intermedio no es lo suficientemente adaptativo y retroactivo. En verdad, los dos rasgos anotados, han sido y son persistentes. Efectivamente la Democracia Cristiana tiene una ideología que es simultáneamente intermedia y fuerte, pero eso no significa que no haya variado su carácter, su forma de ser como partido, porque ha cambiado su posicionamiento, sus relaciones de acercamiento-distancia o de competencia-cooperación con otras fuerzas<sup>456</sup>.

En realidad, constituye un error el tratamiento ontológico y esencialista de un partido cualquiera, en especial de uno que, como la Democracia Cristiana, ha tenido funciones políticas tan variables. Tras la apariencia inalterable de partido *catch-all*, de denominación cristiana y peso ideológico fuerte, con una posición intermedia entre polos, se esconde una organización que ha asumido funciones políticas muy diversas en los distintos períodos de la historia política chilena.

<sup>455</sup> Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes*, The John Hopkins University Press, 1978.

<sup>456</sup> Tomás Moulian, “Violencia, gradualismo y reformas en el desarrollo político chileno” y “Tensiones y crisis política” en Adolfo Aldunate, Angel Flisfisch y Tomás Moulian, *Estudios sobre el sistema de partidos en Chile*, Santiago, Ediciones FLACSO, 1985.

En algunos momentos ha tenido el papel de un centro centrifugador (especialmente entre 1964 y 1970), como consecuencia de una combinación compleja entre el desarrollo de su propia política, las imágenes o expectativas construidas por la derecha y la izquierda y los perfiles de los extremos. Sin embargo, entre 1970 y 1972 intentó desarrollar el papel de un centro moderador, tratando inútilmente de actuar como puente entre la derecha golpista y la izquierda en el gobierno, obnubilada por la posibilidad del socialismo inmediato. Esa situación ilustra, con toda claridad, que las funciones políticas del centro, como las de cualquier otro partido, dependen tanto de proyectos como del posicionamiento, de la interacción competitiva con otros partidos en una situación de fuerzas dadas.

Se analizará a continuación un momento específico de la historia política de la Democracia Cristiana, el período comprendido entre 1957 y 1964. Se intenta entender un aspecto particular, las razones de su crecimiento y de su transformación en opción de “mal menor” para la derecha. A través de este análisis no se pretende presentar una interpretación histórica general de la Democracia Cristiana, fuerza mudable y muy condicionada en sus funciones por la estructura del campo de fuerzas. La apariencia que la propia Democracia Cristiana da de sí misma, ser un partido ideológico, ha llevado a no considerar suficientemente en su estudio la relación entre los elementos constantes, que la atraviesan a través del tiempo, con los elementos variables. El énfasis de este artículo es que esa colectividad, manteniendo a través de su historia muchos rasgos constantes, ha jugado papeles muy diversos.

Se analizarán tres aspectos que dan una visión más o menos global del contexto y de la inserción del actor dentro del sistema político. Ellos son: a) una descripción de la trayectoria electoral de la Democracia Cristiana en el período ascendente, entre 1957-1963; b) las razones del ascenso de esa fuerza política; y c) un estudio interpretativo de las características y papeles de la Democracia Cristiana en esa fase.

#### B.- LA TRAYECTORIA ELECTORAL

Se estudiará la evolución electoral de la Democracia Cristiana antes y después de 1957, con el objeto de tener un punto de comparación y de poder evaluar, tomando en consideración el contexto, los cambios que se producen de 1957 para adelante.

##### *La trayectoria electoral entre 1941 y 1953*

La Falange Nacional, que participó por primera vez en las elecciones de 1941, tuvo hasta 1953 una *performance* electoral muy pobre. En esos doce años de oscuridad, en que la suerte electoral les fue esquiva, esos renovadores hasta entonces incomprensidos de la tradición católica vivieron la política como “un lento serruchar de tablas”, como dice la hermosa frase de Weber. ¿Cómo conservaron la esperanza, de dónde sacaron bríos para continuar sus combates, sus ardorosas polémicas a propósito de sesudos temas doctrinarios, como la ortodoxia de Maritain?

En realidad, los esfuerzos denodados de los líderes partidarios, que en ocasiones sacrificaron éxito profesional e inserción en la sociedad, para materializar sus ideales de una “nueva cristiandad”, no dieron durante años resultados visibles. El balance era descorazonador. En el cuadro N°5 se pueden observar las débiles votaciones de la Falange, contrastadas con las sólidas votaciones del radicalismo que era el centro predominante.

**Cuadro N° 5**  
**Votación comparada de falangistas y radicales en elecciones de parlamentarios y regidores 1941-1953**

Año	Tipo Elección	Falange Votos	Falange Porcentaje	Radicales Votos	Radicales Porcentaje
1941	P	15.553	3,44	92.296	21,72
1944	R	15.533	3,12	123.138	24,70
1945	P	11.565	2,57	89.922	19,99
1947	R	18.570	3,36	137.647	24,93
1949	P	18.221	3,92	100.869	21,70
1950	R	29.010	4,72	146.840	23,87
1953	R	34.178	4,55	119.361	15,87
1953	P	22.353	2,87	103.650	13,30

Fuente: Dirección de Registro Electoral y Oficina de Informaciones del Senado.

Esa precaria influencia electoral, que se traducía un reducido número de regidores y especialmente de parlamentarios, afectaba el peso de la Falange en el Estado y en las operaciones políticas. Ella no podía impulsar sus propias opciones y proyectos. En la práctica tenía el precario estatuto de un aliado disponible, era una especie de pequeña fuerza de reserva del radicalismo para sus combinaciones políticas. En una ocasión, en 1946, la Falange eligió otro rumbo, cuando apoyó la opción presidencial del Partido Conservador, esperanzada en contribuir a levantar una alternativa socialcristiana.

Sin embargo, la Falange era un partido sin poder estatal significativo pero que había conseguido una cierta influencia política, bastante superior a su fuerza electoral. Esa influencia política se basaba en la calidad de sus dirigentes y líderes políticos, casi todos provenientes del campo profesional, estudiosos y cultos. También en que había logrado construir una imagen de pureza y limpieza política, de poseer una visión nacional de los problemas, alejada del particularismo y la mezquindad de los partidos clientelísticos de masas.

El partido anterior a 1957 era una típica organización doctrinaria de elites, con un grupo reducido de militantes probados, de firmes convicciones pero sin arraigo de masas. Todavía no había conseguido construir líderes nacionales, aunque sí tenía dirigentes respetados entre la elite política, con influencia en el Parlamento, pero que eran desconocidos para las mayorías despolitizadas, para la masa electoral.

Era, además, un partido que carecía, de implantación nacional. Según Ricardo Cruz-Coke, hasta 1949 la Falange era una organización con peso solo en ciertas regiones. Tenía un relativo desarrollo en el Norte Grande y Norte Chico, en Valparaíso, los distritos de Santiago y O'Higgins. Pero estaba totalmente ausente de las provincias agrarias del Centro y también de las del Sur, estas últimas feudos electorales del radicalismo. En 1950 persistía la pauta del partido regional, con su mayor fuerza radicada en Tarapacá. Pero las zonas de total ausencia se habían reducido a las provincias del extremo sur y al corazón agrario del Valle Central. Ya en 1950, y pese a su bajo porcentaje nacional, la Falange iba adquiriendo alguna implantación nacional<sup>457</sup>.

El carácter de partido doctrinario de la Falange Nacional se demuestra en la importancia que le asignaba a la constitución y desarrollo de un cuerpo sistemático de ideas de carácter global. Buscaba construir una filosofía política que, como el marxismo, contuviera una teoría de la historia. Sus fuentes principales eran la doctrina social de la Iglesia y el neo-tomismo de Maritain<sup>458</sup>. Se trataba de una doctrina perteneciente al campo teórico católico, por lo cual, primero, estaba sometido a reglas de ortodoxia y, segundo, subordinada la política a las exigencias de la fe, tal como eran interpretadas por los obispos y en definitiva por el Vaticano.

Esa inserción dentro de un campo regido por una autoridad que tiene la misión de preservar la integridad de la fe, explica los esfuerzos que realizaba la Falange para demostrar la ortodoxia de sus inspiraciones filosóficas. Las polémicas sobre Maritain con los intelectuales conservadores pretendían la legitimación doctrinal de su pensamiento. En ellas querían comprobar que estaban dentro del dogma. Sin esa operación el falangismo veía dificultada su expansión dentro de la masa católica, influida políticamente por la Iglesia católica.

Pero esa preocupación doctrinal le otorgaba a las preocupaciones del partido un carácter abstracto y creaba la imagen de una organización de intelectuales, despegada de la política concreta y sin demasiada capacidad de proponer alternativas de solución para los problemas nacionales o regionales.

En 1953, a casi quince años de su fundación, la Falange no había logrado convertirse en una opción electoral de masas. Peor aún, el vendaval ibañista de las elecciones parlamentarias de 1953 lo había reducido de 29.010 votos obtenidos en 1950 (4,72 por ciento)

<sup>457</sup> Ricardo Cruz-Coke, *Geografía electoral de Chile*, Santiago, Editorial Pacífico, 1952.

<sup>458</sup> Jaime Castillo, *Las fuentes de la Democracia Cristiana*, Santiago, Editorial Pacífico, 1963.

a 22.353 votos (2,87 por ciento) en una población electoral que había crecido de 614.902 a 779.174 votantes (+26,71 por ciento). Las esperanzas que desde 1939 movilizaron a cientos de militantes, que intentaban vivir su fe cristiana en la política, perecían no tener base firme.

Después de los catastróficos resultados de las parlamentarias de 1953 se produjo en la Falange un debate autocrítico en el cual participaron los principales ideólogos, entre ellos Frei, Castillo, Silva Solar. Esas discusiones estuvieron marcadas por la idea del fracaso y, como en 1947, en ellos anduvo rondando la tesis de la disolución<sup>459</sup>. En esos años el destino del social cristianismo aparecía oscuro, más aun para la Falange Nacional.

#### *La trayectoria electoral entre 1957 y 1963*

Sin embargo, a partir de 1957 empieza a cambiar la suerte electoral del hasta entonces pequeño partido. En el cuadro N° 6 se muestra el ritmo de crecimiento electoral de la Falange, luego Democracia Cristiana, desde 1956. La evolución de su votación se compara con la del radicalismo y de la derecha.

**Cuadro N° 6**

**Votación del Partido Demócrata Cristiano, Partido Radical y derecha en elecciones de parlamentarios y regidores entre 1956 y 1963, expresada en porcentajes**

Año	Tipo Elección	PDC (PL/PC)	PR	Derecha
1956	R	6,37	23,81	27,98
1957	P	9,42	21,47	29,14
1960	R	14,59	20,93	30,83
1961	P	15,93	22,15	31,40
1963	R	22,80	21,50	24,37

**Fuente:** Dirección del Registro Electoral y Oficina de Informaciones del Senado.

Como se observa en el cuadro, el crecimiento electoral constante desde 1956 de la votación demócrata cristiana no significó el debilitamiento del otro centro, el cual mantuvo una votación estable y, hasta 1963, el rango de primer partido. Ya en 1956 el radicalismo

<sup>459</sup> En 1947 el motivo fue la acusación de heterodoxia planteada por los conservadores ante la jerarquía católica.

había recuperado de un golpe el nivel electoral previo al aluvión ibaísta de 1953, llegando a una cifra casi idéntica al 23,87 por ciento de la elección municipal de 1950.

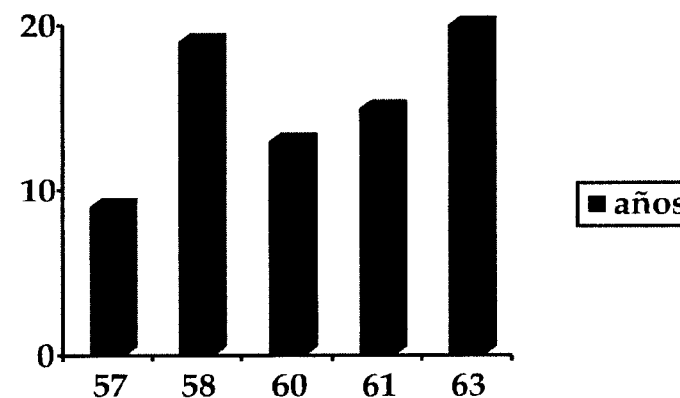
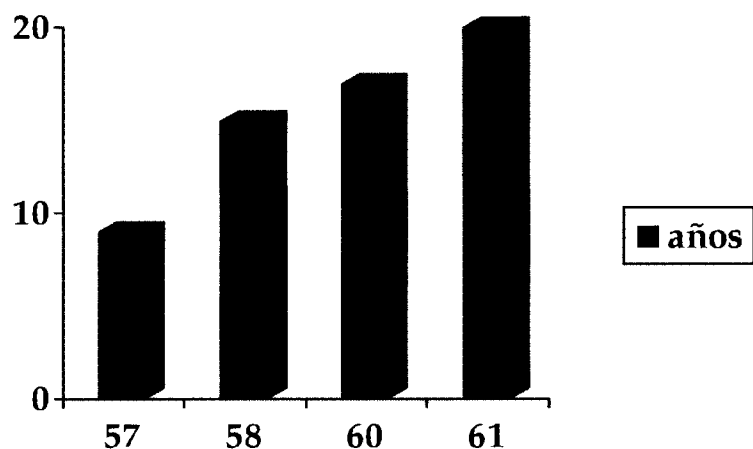
A su vez el cuadro muestra que la derecha también logró mantener un crecimiento electoral constante hasta 1961. Pero esa conclusión es equivocada, resulta de tomar como base los datos de 1953, esto es de realizar un análisis electoral de corto plazo. Si se comparan los porcentajes de la derecha en el período 1956-1963 con los datos de 1949 o 1950 puede observarse lo que se ha dicho, que nunca volvió a recuperar el nivel pre-Ibañez, esto es el 40,70 por ciento o el 42,67 por ciento de las dos elecciones inmediatamente anteriores al punto de viraje.

El período que comienza entre 1957 y 1958 se caracteriza por el ascenso de la Democracia Cristiana y de la izquierda, la cual se sitúa por arriba de los niveles anteriores a 1953; por la caída relativa de la derecha y por la desaparición de los partidos ibaístas. En 1957 éstos todavía conservaron el 17,43 por ciento de los votos pero en 1960 apenas sumaron el 5,16 por ciento. Posiblemente una gran parte de los votantes “perdidos” se repartió entre la izquierda y la Democracia Cristiana, pues estas fuerzas políticas absorbieron a las principales figuras del ibaísmo.

No obstante, si se consideran los datos de la elección presidencial de 1958 se hace más complejo el análisis de la trayectoria electoral de la Democracia Cristiana entre 1957 y 1963. El gráfico N° 1 permite esclarecer las dos interpretaciones posibles:

Gráfico N° 1

Votación de la Democracia Cristiana entre 1957 y 1963 sin incluir e incluyendo la elección presidencial de 1958



La primera representación gráfica excluye el porcentaje de 1958, por tratarse de una elección presidencial; resulta una figura con un escalonamiento ascendente continuo. Si se incluye el resultado de 1958 la figura cambia, como se observa en la otra gráfica. Mirados los resultados de la segunda manera se observa un diseño discontinuo, cuyos elementos son un ascenso vertiginoso entre 1957 y 1958 (+11,28), luego una pérdida en 1960 y finalmente una recaptura relativamente gradual de nivel electoral alcanzado por Frei en 1958. La elección municipal de 1963 representa el verdadero momento de cierre de este período de crecimiento.

En ese momento todavía la Democracia Cristiana no representaba la opción de defensa contra Allende, como lo fue, para una parte del electorado, desde la disolución del Frente Democrático a principios de 1964. Entre 1957 y las elecciones municipales de 1963 el partido logró ir recapturando la votación freísta de 1958 hasta superarla levemente en esa última elección. Desde cinco años antes de la presidencial de 1964 se fue produciendo una “conversión” de la votación personalizada en votación organizacional. El partido fue adquiriendo un caudal significativo de votación propia, que lo seguía de elección en elección, “digiriendo” lo que en un primer momento fue votación intransferible del líder.

En el período que se analiza la Democracia Cristiana demostró capacidad política para abrirse espacio dentro de un campo de fuerzas con dos características: a) con un centro preexistente poderoso, el Partido Radical, quien ocupaba desde largo tiempo el lugar intermedio y b) con una izquierda “institucionalizada”, unificada, que proponía un vasto programa de cambios y que desde 1958 representaba una opción presidencial.

### C.- FACTORES QUE EXPLICAN LA ASCENSIÓN DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Para comprender la emergencia política de la Democracia Cristiana, que culminó en 1963 con la sustitución del radicalismo como la primera fuerza electoral y en marzo de 1964 con la ruptura del Frente Democrático, se analizarán los siguientes aspectos que tuvieron una incidencia decisiva: a) el debilitamiento político ideológico de la derecha; b) la conquista del control ideológico del campo católico, c) el desarrollo del liderazgo de Frei y d) la mecánica de funcionamiento y los efectos de la “amenaza izquierdista”.

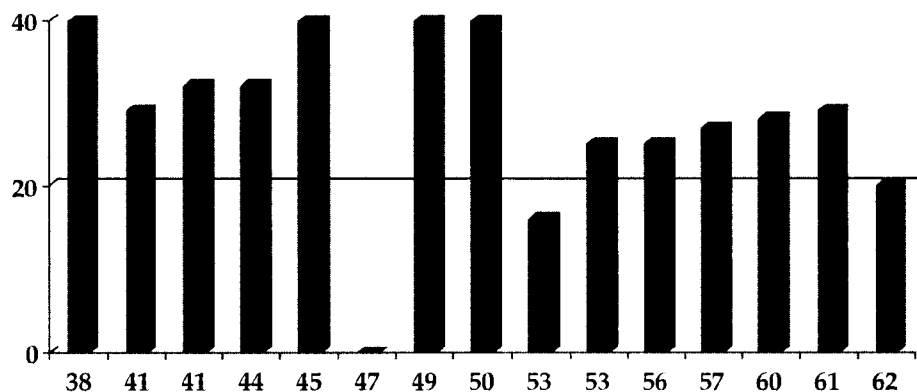
#### *El debilitamiento de la derecha*

Hasta 1953, incluso en los períodos de control gubernamental de las coaliciones de centro-izquierda, la derecha constituía una tendencia electoral muy poderosa, derrotada en las elecciones presidenciales por la bipartición del campo de fuerzas o por sus divisiones internas.

Sin embargo, esta sólida trayectoria, que le aseguraba a la derecha una gran cuota de parlamentarios y regidores, sufrió un vuelco en 1953, cambiando de nivel desde entonces. El gráfico N° 2 revela un aspecto de la desestructuración que el ibañismo produjo en el sistema de partidos de la derecha. Los comicios de 1953 representaron el primer punto de viraje en la historia electoral contemporánea de las derechas.

Gráfico N° 2

Votaciones sumadas de liberales y conservadores entre 1938 y 1963 en elecciones parlamentarias y municipales, expresadas en porcentajes



Después de la caída de 1953 la derecha inicia, especialmente en las elecciones parlamentarias de 1957, un proceso de recuperación. Pero éste no fue súbito como el de los radicales, que en 1957 ya habían recuperado el nivel de 1949 y 1950. Pero además no fue continuo ni constante. En verdad, el promisorio ascenso de 1956 y 1957 se estancó en los años posteriores. El gobierno de Alessandri no sirvió para que la derecha consolidara sus posiciones electorales. La atomización global del sistema de partidos causada por el ibañismo produjo, en el caso de la derecha, un efecto durable. Desde entonces no volvió a ser lo que había sido. El cuadro N° 7 muestra en números absolutos y porcentajes el debilitamiento electoral derechista, tomando como puntos de referencia 1949 y 1950, es decir las elecciones inmediatamente precedentes al aluvión de 1953.

Cuadro N° 7

Votación derechista en las elecciones de 1949, 1950 y entre 1957-1963, excluyendo solo las presidenciales.

Año	Tipo Elección	Porcentaje Base 1949	Crecimiento %
1949	P	40,70	100,00
1950	R	42,67	102,67
1957	P	32,98	92,28
1960	R	29,36	88,66
1961	P	30,37	89,67
1963	R	23,75	83,05

Fuente: Dirección del Registro Electoral y Oficina de Informaciones del Senado.

Durante todo el tiempo en que la derecha obtenían más del 35 por ciento de los votos, aventajando claramente al radicalismo y a las izquierdas separadas, nunca pudo conseguir un triunfo en las elecciones presidenciales<sup>460</sup>. En 1958 la derecha ganó las elecciones presidenciales con un porcentaje mucho más bajo que el obtenido por sus candidatos en todas las elecciones entre 1938 y 1952. Es decir, solo triunfó por efecto de la estructuración diversificada del campo de fuerzas: la votación se repartió entre cinco candidatos, sin ningún tipo de coalición entre el centro y los partidos de izquierda o entre los dos centros, como había ocurrido en 1938, 1942, 1946, y, sin éxito, en 1952<sup>461</sup>.

<sup>460</sup> Tomás Moulian e Isabel Torres Dujisín, “La derecha en Chile: evolución histórica y proyecciones a futuro”, *Documentos de Trabajo CED*, N° 22.

<sup>461</sup> J. Alessandri obtuvo en 1958 el 31,6 por ciento de la votación válidamente emitida.

Pero los datos electorales, pese a su elocuencia, no son suficientes para comprender el problema en toda su magnitud. ¿Cómo se explica la pérdida de vitalidad político-ideológica de la derecha en la década del sesenta, pese a haber conseguido triunfar en las elecciones presidenciales de 1958? Ese proceso de deterioro es uno de los factores principales que explican la emergencia de la Democracia Cristiana.

La pregunta es ¿cómo se fue configurando la situación que obligó a la derecha a apoyar sin condiciones al candidato demócratacristiano en 1964? Entre las variables que influyeron hay algunas que son “objetivas”, que tienen relación con procesos sociales independientes como la expansión de la participación electoral. Otros tienen que ver con debilidades y “limitaciones hegemónicas” de la derecha. Entre éstos últimos se pueden anotar la pérdida definitiva de la dirección ideológica del campo católico, la fragilidad de las corrientes reformadoras dentro de la derecha, el fracaso relativo del gobierno de Alessandri.

A finales de la década del cincuenta y comienzos del sesenta se modificaron las condiciones de la competencia electoral. Esas modificaciones, ocurridas en 1958 y 1962, produjeron tres efectos principales: a) la “purificación” de los procesos electorales, tanto en la emisión del sufragio y en la formación de alianzas electorales; b) la reincorporación de votantes eliminados, por motivos ideológicos y c) la expansión de la masa electoral provocada por la dictación de la norma de obligatoriedad de las inscripciones y del voto<sup>462</sup>.

El impacto que tuvieron en la historia electoral contemporánea ese conjunto de medidas solo puede ser comparada con la expansión de votantes producida en 1952, como consecuencia de la extensión del sufragio femenino a las elecciones presidenciales y de parlamentarios. En aquella ocasión la participación electoral efectiva, medida por la expansión del número de inscritos y de votantes, se amplió en 86,66 por ciento y 105,88 por ciento, respectivamente.

Las reformas electorales combinadas de 1958 y 1962 significaron un aumento superior de la masa de votantes potenciales o activos. Entre 1957 y 1963 los inscritos subieron en 100,16 por ciento y los votantes en 135,40 por ciento. El porcentaje de electores inscritos en relación a la población electoral hábil subió del 40 por ciento al 74 por ciento. Las cifras señaladas no tienen parangón ni antes ni después. Es decir, también son superiores al alza producida entre la elección municipal de 1971 y la parlamentaria en 1973, como consecuencia de la disminución del límite de edad de veintiún a dieciocho años. El cuadro N° 8 muestra las cifras que permiten evaluar la trayectoria de la participación electoral entre 1949 y 1963.

**Cuadro N° 8**  
Evolución de la participación electoral entre 1959 y 1963

Año	Tipo Elección	Población hábil	Pobl.Elec. P.E.H.	Inscritos	Insc.	Votantes
1949	P	5.546.986	2.692.465	591.994	21,98	464.872
1952	PR	6.001.276	2.871.358	1.105.029	38,48	957.102
1953	P	6.083.211	2.906.233	1.100.027	37,85	786.811
1953	R	6.083.211	2.906.233	1.106.709	38,08	759.379
1956	R	6.588.483	3.152.486	1.184.882	37,58	731.449
1957	P	6.738.699	3.201.891	1.284.154	40,10	878.229
1958	PR	6.984.507	3.224.064	1.497.902	46,46	1.250.350
1960	R	7.243.971	3.333.472	1.769.681		1.229.503
1961	P	7.394.187	3.377.378	1.858.980	55,04	1.385.676
1963	R	7.735.990	3.459.919	2.570.291	74,28	2.070.188

Fuente: Federico Gil, *El sistema político chileno*. Para el año 1949 se usaron los datos de Atilio Borón, “La evolución de régimen electoral y sus efectos en la representación de intereses populares”. *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, 1971, N° 3.

Es probable que el perfeccionamiento legal de la representatividad del sistema político sea una de las explicaciones de la caída electoral de las derechas de la década del sesenta. Esta hipótesis se refuerza al analizar la votación en las provincias agrarias. El cuadro N° 9 muestra la evolución de las votaciones de la derecha entre 1957 y 1960 en diferentes provincias ordenadas según la PEA en agricultura.

<sup>462</sup> Atilio Borón, “La evolución del régimen electoral y sus efectos en la representación de intereses populares: el caso de Chile” en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, diciembre 1971.



Cuadro N° 9

Evolución de la votación de la derecha entre 1957 y 1960 en las diferentes provincias ordenadas según PEA en agricultura

Provincia	PEA agr. Porc.	1957 Porc.	1960 Porc.	(1957-1960) Porc.
Colchagua	71,03	70,27	53,92	- 16,35
Chiloé	70,25	43,69	34,95	- 8,74
Maule	69,27	47,02	35,34	- 11,68
Ñuble	69,13	31,37	27,66	- 3,71
Curicó	67,69	43,21	39,25	- 3,96
Linares	67,21	43,12	38,61	- 4,51
Cautín	64,47	17,76	33,99	16,23
Bío-Bío	63,27	38,77	23,58	- 15,19
Malleco	61,94	35,30	40,61	5,31
Talca	60,93	39,21	34,84	- 4,37
O' Higgins	55,51	47,40	40,91	- 6,49
Osorno	55,34	27,38	30,75	0,39
Llanquihue	55,05	35,89	40,81	1,16
Aconcagua	52,95	58,28	43,21	- 15,07
Valdivia	52,80	32,41	28,47	- 3,94
Arauco	52,12	26,24	6,79	- 19,45

Fuente: Adolfo Aldunate, *Las provincias de Chile a través de indicadores, para el PEA en agricultura*. Dirección del Registro Electoral y Oficina de Informaciones del Senado, para datos electorales.

Como se observa en el cuadro N° 9 la derecha disminuyó en todas las provincias agrarias menos en las zonas de mayor desarrollo capitalista previo. Por otra parte, en estas últimas sus niveles de votación habían sido menores antes que en otras provincias típicas del latifundio tradicional. Si, para fines de prueba, se supone que la votación esperada de la derecha en las elecciones de 1960, funcionando ya la reforma electoral de 1958, era la misma que en 1957 existiría una pérdida global de 44.745 votos entre una elección y otra. El 40,99 por ciento de ese total corresponde al balance de pérdidas y ganancias de las provincias agrarias. Ese porcentaje sube al 60,57 por ciento si no se toma en cuenta a la provincia de Cautín que tuvo un comportamiento anómalo, puesto que en ella el crecimiento fue muy alto.

Estos datos no pueden considerarse concluyentes, puesto que son muy agregados. Pero si se analizan los datos comunales se puede observar que las pérdidas de la derecha en las zonas rurales son mucho mayores de lo que se aprecia en el análisis a nivel provincial. Pero las conclusiones, aún con los datos gruesos, son interesantes puesto que revelan que entre 1957 y 1963 el crecimiento paulatino de la Democracia Cristiana se debió en parte a la incapacidad de la derecha para recapturar la masa de votantes del período previo a 1953. Esta forma de crecimiento permitió por un tiempo el funcionamiento de un cierto tipo de sistema de partidos. La constitución de una estructura de cuatro fuerzas, hasta 1965, fue posible porque el crecimiento de la Democracia Cristiana no se realizó según el modelo de sustitución del "otro centro". La Democracia Cristiana creció sin debilitar al centro preexistente, mediante la reducción de la derecha.

#### *La conquista del control ideológico del campo católico por la Falange y la Democracia Cristiana*

La Falange, luego llamada Democracia Cristiana, representó desde el inicio la aspiración de disputarles a los conservadores la hegemonía del campo católico<sup>63</sup>. En esa época las clases dominantes disponían del catolicismo conservador como el sistema teórico y de creencias que dotaba de contenido ético al orden social existente. Esa situación les permitía justificar la sociedad existente como un "buen orden" de carácter providencial ("querido por Dios").

La Falange plantea la necesidad de un "nuevo orden", pretendiendo también fundamentarlo en los principios católicos, por eso su discurso era "subversivo" dentro del campo. Si bien rechazaba la confesionalidad, pretendía realizar en el ámbito temporal los principios de la doctrina social de la Iglesia. Por lo tanto, aunque cuestionaba la tesis de la opción política única y obligatoria de los católicos, pretendía basar la política en los principios de la doctrina católica.

Como se ha dicho, esta voluntad de la Falange de pertenecer al campo católico, de abrir paso a una nueva opción política de los cristianos, la obligaba a aceptar las normas de la ortodoxia. Es decir, estaba obligada a adecuar sus opciones y propuestas políticas al cuerpo doctrinal de la Iglesia de la época.

Los esfuerzos en esta dirección revelaban una concepción hegemónica de la política que se manifiesta en las tentativas de vincular los programas políticos con principios universales, con una ética o con una "visión de mundo". Para ello necesitaban subvertir el andamiaje intelectual sobre el cual se había construido la vinculación entre el pensamiento católico y el orden capitalista. Por ello, hasta bien avanzada la década del cincuenta la

<sup>63</sup> Para el análisis de la ideología falangista hay que revisar el periódico *Lircay*, que fue la primera publicación del grupo, y más tarde la revista *Política y Espíritu*. Esta última fue también la revista de la Democracia Cristiana.

Falange debió dedicar una parte importante de su esfuerzo de elaboración intelectual a justificar su ortodoxia respecto a varios temas: respecto al problema de la unidad política de los católicos, respecto a la colaboración con fuerzas enemigas de la fe o de la Iglesia, respecto a la pureza doctrinal del principal inspirador filosófico de la Falange, Jacques Maritain, acusado de “modernismo”, progresismo y liberalismo doctrinal por una serie de clérigos e intelectuales conservadores.

La hegemonía conservadora dentro del campo político, en gran parte basada en el apoyo institucional de la Iglesia, empezó a diluirse desde principios de la década del cincuenta. Dos fueron los factores principales. En primer lugar, las nuevas orientaciones teológicas y pastorales adoptadas por la Iglesia en algunos países “centrales” como Francia y la influencia política de la Democracia Cristiana en el escenario político europeo de la posguerra. En Europa la postura de reformas y las políticas de “humanización del capitalismo” dieron resultados eficientes en la contención del comunismo. En el mundo ideológico-político de la posguerra cobró fuerza la necesidad de cambios sociales profundos para extirpar las raíces del fascismo y por la necesidad de políticas de “integración” para evitar que la clase obrera se pasara al campo de la “revolución proletaria”. En la Iglesia esas nuevas ideas sociales se concretaron en una filosofía política de inspiración tomista, que planteaba el ideal de una “nueva cristiandad”, en una pastoral de acercamiento al proletariado que planteaba, frente a la “falsa liberación” del marxismo, la “verdadera redención del proletariado”.

El otro factor gravitante tiene que ver con los cambios en la jerarquía que, como consecuencia de la evolución de la Iglesia en el “centro”, se produjeron en la Iglesia chilena. En 1947 era todavía tan grande la fuerza del “integrismo” que hubo un intento de excomunión de los falangistas como consecuencia de su posición contraria a la ilegalización de los comunistas. Diez años más tarde, en 1958, los esfuerzos de los conservadores por movilizar a los obispos contra la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia no tuvieron éxito. En esos diez años se habían desarrollado, sobre todo en Francia, profundos cambios en el pensamiento católico que habían influido en la Iglesia chilena y también habían comenzado los cambios en el episcopado nacional. Las concepciones integristas y conservadoras, aunque todavía fuertes, ya no podían movilizar la influencia de la Iglesia para justificar sus opciones y para determinar la conducta política de los católicos. Ya el clero y una parte de la jerarquía luchaban porque la Iglesia no fuera vista como la defensora del orden existente. Ese proceso se aceleró desde comienzos de la década de sesenta, cuando se produjeron cambios en la dirección de algunas de las diócesis más importantes, se reforzó el papel del laicado en los movimientos de acción católica y se cambió la formación en los seminarios.

La existencia de una diversificación en las opciones políticas de los católicos significó, para los partidos de las clases dominantes, la pérdida de un aparato ideológico importante, especialmente en las zonas rurales. En algunas provincias, todavía en la década del cincuenta, los curas párrocos jugaban papeles importantes de movilización política a

favor de los partidos derechistas. Pero el efecto más significativo fue la pérdida de la doctrina con la cual otorgaban fundamento ético y trascendental al proyecto político.

El liberalismo, que en otras sociedades juega el papel de legitimación filosófica y fundamento del orden social, no tuvo ese rol en Chile, quizás a causa del “mestizaje” de las clases dominantes y su fuerte sello ideológico oligárquico. Al perder el recurso al catolicismo tradicional como ideología de justificación trascendental del Estado, la derecha chilena quedó sin cosmovisión, con un sistema de pensamiento incompleto y frágil. Sin mucha sensibilidad para captar los cambios en el clima cultural siguió intentando divulgar su visión providencialista de las desigualdades sociales y su ética de la resignación. Pero esas tesis ya no podían ser presentadas como la única posición católica. Se había desarrollado un sistema alternativo de ideas, también perteneciente al campo católico. Como consecuencia de cambios culturales y políticos en la Iglesia el apoyo institucional se vuelca cada vez más hacia la opción social cristiana.

Este proceso de debilitamiento teórico-ideológico de la derecha tiene que ver también con la capacidad de la Falange para elaborar, sistematizar, defender y divulgar sus ideas, introduciendo en la política chilena una preocupación por los problemas filosófico-políticos y una capacidad de utilización de aparatos culturales que solo tenía parangón en el marxismo. La Falange fundó en 1944 la Editorial del Pacífico, que desarrolló durante mucho tiempo una activa labor cultural y lanzó en 1945 la revista *Política y Espíritu*, verdadero lugar de elaboración de las posiciones doctrinarias del partido. En ese entonces, fuera de la revista *Principios* del Partido Comunista, fundada en 1934, no existían revistas de teoría política. Predominaba una visión coyuntural y politicista de la acción ideológica, la cual era realizada por diarios o periódicos. Los falangistas, militantes de una organización pequeña, sin recursos y sin arraigo de masas, le otorgaban una gran importancia a la elaboración teórica y a la difusión ideológica. Así fueron conquistando espacio en el campo de las ideas antes de conseguir espacio electoral o político. Este comportamiento se multiplica con la fundación de la Democracia Cristiana.

Se combinaron, entonces, la capacidad de acción cultural demostrada, con los cambios en la orientación y en la dirección de la Iglesia, en el ámbito universal y nacional. El efecto fue el desplazamiento creciente del pensamiento conservador, desprestigiado como la forma auténtica de vivir la fe cristiana en política.

#### *El desarrollo del liderazgo de Frei*

Uno de los factores decisivos en el crecimiento electoral y en el aumento de la influencia política de la Democracia Cristiana fue el desarrollo del liderazgo nacional de Eduardo Frei. La biografía política de quien fue uno de los principales dirigentes políticos del Chile contemporáneo puede dividirse en dos grandes etapas, separadas una de la otra por el año 1957. La primera puede denominarse de preparación, la segunda de realización.

En 1937 Frei enfrentó su primera batalla electoral en Tarapacá, cuando todavía militaba en la Juventud Conservadora. Le faltaron sesenta votos para alcanzar la cifra repartidora. Dos años antes, recién casado, había partido al Norte para hacerse cargo de la dirección de *El Tarapacá*. En 1941 fue elegido presidente de la Falange, permaneciendo en el cargo hasta 1945. En los años transcurridos entre 1939 y 1949 escribió *Chile desconocido*, *Aún es tiempo* y *La política y el espíritu*, encabezado por el notable prólogo de Gabriela Mistral.

En 1945 fue nombrado ministro de Obras Públicas, renunciando en 1946 cuando el gobierno provisional de Alfredo Duhalde reprimió una manifestación popular de protesta por algunas alzas de precios. En 1949 fue elegido senador de Atacama, circunscripción dominada por radicales y liberales, donde la Falange tenía una escasa fuerza electoral (apenas tres regidores) y una organización sumamente pequeña, que no cubría todo el territorio. Frei ganó, pero más por el esfuerzo tesonero desplegado durante la campaña que por la proyección de su imagen nacional.

A fines del año 1949 fue designado “el mejor senador del año”. En 1951 publicó *Sentido y forma de una política* y participó con un conjunto de economistas en un diagnóstico sobre las causas de la inflación, una de las primeras sistematizaciones de la interpretación estructuralista.

En 1952 fue presentado por la Falange como precandidato presidencial en la Convención de Centro-Izquierda. No fue elegido, lo que era previsible por el enorme peso electoral de los radicales. No obstante, se proyectó, por primera vez como alternativa nacional. En 1954 Frei, que se había distinguido por ser una de las figuras de la oposición parlamentaria, fue convocado por Ibáñez para formar gabinete<sup>464</sup>. La imagen del “salvador” fabricada por la prensa, elevó la importancia política de Frei y popularizó su imagen entre el “gran público”, más allá del círculo de las elites políticas.

Continuando su labor de ensayista, a través de la cual iba constituyendo y dando a conocer una propuesta política, Frei publicó en 1956 *La verdad tiene su hora*. Todos esos libros van construyendo una imagen, la de un estadista que propone programas basados en una sólida doctrina, pero que al mismo tiempo tiene propuestas concretas sobre el problema agrario, la vivienda popular, la reforma previsional y ha madurado, sobre todo, una estrategia alternativa de desarrollo. Frei Montalva es quien conecta, entre los socialcristianos, la preocupación doctrinario-filosófica con la preocupación programática y con el estudio de los problemas económicos y sociales. En ese terreno Frei se convierte en el portavoz de las teorías de la CEPAL.

Esta etapa de preparación tuvo en 1957 un momento crucial. Frei se lanzó a conquistar la senaduría por Santiago, anticipando sus aspiraciones presidenciales. Un paso audaz y un test decisivo. Como ya se ha dicho en 1953 la Falange había tenido un resultado precario. Su votación en Santiago había sido de 6.733 votos, mientras la cifra repartidora para sacar un senador bordeaba los 50.000 votos. En 1956 había subido considerablemente, pero

de todos modos el paso dado por Frei y los estrategias electorales del partido era audaz. ¿Qué hubiera pasado si el candidato hubiese sido derrotado?

Sin embargo, la apuesta fue acertada. Frei consiguió ser elegido y además obtuvo la primera mayoría con 53.793 preferencias, aventajando a Jorge Alessandri quien obtuvo 43.638 votos y a otras figuras prominentes como Luis Quinteros Tricot, Ángel Faivovich, Bernardo Larraín, Eduardo Cruz-Coke, etc.

La diferencia entre la votación de senadores y de diputados de la Falange en la provincia de Santiago fue bastante considerable, lo que revela el caudal de la votación del líder que no era transferible a la organización, la votación freista químicamente pura. El monto de la diferencia alcanza a 14.809 votos, lo que representa el 17,90 por ciento de la votación total en diputados de la Falange en 1957, y el 37,99 de la votación de Santiago.

Pero el acontecimiento decisivo de esta carrera política fue la candidatura presidencial de 1958. En ese momento de reestructuración del sistema de partidos, existía una situación de incertidumbre que hacía muy difícil realizar un cálculo de fuerzas. Por ello podía suponerse una cierta movilidad y fluidez, pero era una decisión riesgosa afrontar sin aliados importantes una contienda presidencial. Pese a eso peligro, el partido impuso a Frei la línea política del “camino propio”, desvalorizando la posibilidad del apoyo derechista y lanzándose en la aventura de acumular fuerzas para el futuro. Esta decisión, aparentemente ilógica, fue la primera de una serie de este tipo que jalonaron la evolución política de la Democracia Cristiana hasta su triunfo en 1964. Se prefirió preservar la pureza del proyecto y de la alternativa, se privilegió la constitución de la identidad del movimiento antes que un triunfo comprometido, que hubiera requerido, en las condiciones de 1958, un pacto formal con la derecha.

Para la pequeña organización, que recién en 1957 había bordeado el 10 por ciento, los resultados de 1958 fueron un rotundo éxito. A través del prestigio de Frei su partido adquirió alcance nacional. Hasta entonces no había podido penetrar en provincias como Colchagua, Curicó, Maule, Arauco, Bío-Bío, Malleco y Magallanes. Recién en 1957 había conseguido obtener votos en Aconcagua, Ñuble, Llanquihue y Chiloé. En 1953 la Falange no tenía votación en nueve provincias, en 1957 en siete, la mayor parte de ellos feudos electorales de la derecha. En las presidenciales de 1958 Frei obtuvo votaciones significativas en todas las provincias, permitiendo con ello ampliar la organización del partido, el reclutamiento de militantes y la selección de líderes locales en todos los lugares donde hasta entonces había estado ausente.

El cuadro N° 10 presenta las provincias ordenadas según diferencias entre los resultados de 1957 y 1958, lo que constituye un indicador bastante simple, pero expresivo, de la penetración que permitió la candidatura de Frei.

<sup>464</sup> Ver más sobre este episodio en el capítulo consagrado al gobierno de Ibáñez.

Cuadro N° 10

Votación de las provincias ordenadas según el monto de las diferencias entre 1957 y 1958 de la Falange y de Frei respectivamente.

Provincias	Porcentaje 1957	Porcentaje 1958	Diferencia 57/58
Valparaíso	5,35	25,73	20,38
Magallanes	0,00	20,35	20,35
Ñuble	4,89	24,14	19,25
Maule	0,00	19,20	19,20
Chiloé	3,66	20,90	17,24
Malleco	0,00	17,19	17,19
Curicó	0,00	16,38	16,38
Llanquihue	11,53	27,15	15,62
Colchagua	0,00	15,48	15,48
Aconcagua	4,95	20,33	15,38
Bío-Bío	0,00	15,13	15,13
Concepción	7,65	21,28	13,63
Coquimbo	5,81	18,28	12,47
Valdivia	6,70	19,02	12,42
Arauco	0,00	12,29	12,29
Tarapacá	13,43	22,67	9,24
O'Higgins	8,87	18,01	9,14
Talca	8,52	17,49	8,97
Linares	9,84	17,49	7,95
Cautín	15,09	22,21	7,12
Santiago	15,17	21,14	5,97
Osorno	7,30	12,27	4,97
Antofagasta	15,73	18,96	3,23
Atacama	23,33	20,10	-3,23
Aysén	20,16	9,91	-10,25

Como se observa, el socialcristianismo no solamente logró ampliar su presencia nacional, también pudo alcanzar una votación significativa en una serie de provincias agrarias y en Valparaíso, donde hasta entonces había encontrado enormes resistencias, por la sólida implantación de la derecha y del radicalismo. Solo en dos provincias los liderazgos locales del partido probaron tener más fuerza que el líder nacional. Fue el caso de Atacama donde la votación disminuyó 3,23 por ciento en 1958 y Aysén, donde disminuyó 10,25 por ciento.

Lo interesante es que la Democracia Cristiana en 1960 logra retener una parte no desdeñable de la votación alcanzada por Frei. El cuadro N° 11 presenta a las provincias ordenadas según su capacidad de retención. El procedimiento seguido fue el siguiente: a) se calculó la votación esperada de la Democracia Cristiana en 1960, aplicando los porcentajes de 1958 al universo de votaciones de 1960; b) esa votación esperada se comparó con la votación real; c) en base a los datos anteriores se calculó un porcentaje de retención (cuadro N° 10).

Cuadro N° 11

Porcentaje de retención de la votación de 1958

Provincia	Votación 1958	Votación esperada 1960	Votación	% retención
Maule	3.375	3.115	3.201	101,64
Llanquihue	6.075	6.190	6.269	101,28
Talca	6.377	5.787	5.633	97,34
Arauco	1.616	1.790	1.620	90,50
Bío-Bío	3.611	3.383	2.942	86,97
Atacama	3.611	4.076	3.360	82,43
Concepción	18.154	20.018	16.467	82,26
Antofagasta	6.567	8.610	6.875	79,85
Valdivia	7.545	7.762	6.085	78,40
Linares	5.912	5.236	4.018	76,74
Osorno	2.770	2.719	2.077	76,39
Santiago	95.305	80.842	60.131	74,38
Tarapacá	4.922	5.025	3.643	72,50
Aconcagua	5.953	5.947	4.307	72,42
O'Higgins	8.426	8.746	6.070	69,41
Curicó	3.107	2.799	1.839	65,90
Coquimbo	7.952	8.825	5.466	61,94
Ñuble	11.290	10.824	6.407	59,19
Valparaíso	29.913	32.451	18.186	56,04
Chiloé	1.559	1.385	797	57,55
Aysén	945	833	382	45,86
Magallanes	2.857	3.676	1.377	37,46
Malleco	4.951	4.930	1.827	37,06
Colchagua	4.379	4.189	2.926	30,15
Cautín	12.587	11.601	3.472	29,93

Como se observa en este cuadro, la capacidad de retención, considerado un indicador del desarrollo organizacional alcanzado es, en casi todos los casos, inverso a la capacidad de penetración mostrada en 1958, con solo dos excepciones conspicuas.

Entre 1958 y 1963 continuó el proceso de consolidación de la imagen política del líder. Este fue uno de los principales críticos de la política económica de liberación de importaciones y dólar fijo. Percibió temprano los signos de debilidad de la estrategia económica de Alessandri, pese a la propaganda triunfalista y pese a los éxitos de la primera etapa. Por eso, en la medida que se desmoronaron las ilusiones tecnocráticas de Alessandri, derivando su gobierno en uno coalicional, creció la figura de Frei. Pero lo más importante es que durante ese lapso se produjo un afianzamiento electoral de la organización detrás del candidato, la cual superó en 1963 el nivel alcanzado por Frei en 1958.

Entre 1958 y 1963 el prestigio político de Frei se institucionalizó plenamente, como líder de una corriente, lo que no es lo mismo que un caudillo. El caudillo funciona como Ibáñez, capaz de encabezar una opción derechista en 1942 y una opción populista en 1938 y 1952, pues posee un carisma que puede invertir en empresas políticas muy diferentes entre sí. Su fuerza de movilización proviene del manejo de sí mismo, de su capacidad de vincularse, a través de procesos de simbolización, con necesidades y deseos muy profundos de la masa. El caudillo apela menos a intereses racionales que a aspiraciones confusas, pero con las cuales consigue una fuerte identidad.

El liderazgo de Frei residió en la capacidad de encarnar un proyecto y en la capacidad de dirigir un partido. Hay una primacía de las dimensiones de proyecto y organización. Frei percibió con mucha justeza, que su éxito político no estaba más allá o por encima del partido. Se dio cuenta que su opción requería que el partido creciera, pese a que ello podía independizar a la organización del líder. Por ello mismo los resultados de 1963 fueron decisivos. El partido demostró que representaba más que la pura popularidad de Frei. Sobrepasó a los radicales, convirtiéndose en la primera fuerza electoral.

Sin embargo, dada la estructuración del sistema de partidos hacia 1964, campo de fuerzas en equilibrio, no bastaba tener un líder prestigiado ni haber alcanzado el primer lugar del ranking. El desenlace dependía de las alianzas, en primer lugar de si funcionaban o no.

#### *La mecánica de la “amenaza izquierdista”*

Dentro de ese cuadro la “amenaza izquierdista” jugó un papel decisivo en la definición de la estrategia política de la derecha. El contexto de esa percepción de peligro está formado por el debilitamiento político de la derecha, especialmente por su pérdida de vitalidad electoral en las elecciones de 1963 y por el fortalecimiento de la Democracia Cristiana y de la izquierda. El cuádruple empate solo podía ser roto a través de una solución coalicional.

Desde 1963 la estrategia de la derecha apuntaba a resolver la situación de equilibrio a través de la alianza con los radicales. Juntarse con los radicales para enfrentar la elección presidencial de 1964 era volver a un gesto defensivo. Sin embargo, la fórmula fue un poco diferente de la usada en la década del cuarenta, puesto que entonces la derecha contaba

con gran fuerza electoral y parlamentaria. Ello les permitía usar una táctica defensiva de negociación parlamentaria, con la cual pudieron neutralizar el “espíritu de reformas” de los gobiernos de centro-izquierda.

En 1963 la alianza con los radicales apunta a una táctica defensiva diferente. La derecha renuncia al candidato propio para pactar un programa común con el Partido Radical, con el objetivo de preservar sus intereses fundamentales. ¿Por qué se desarticuló esta coalición en marzo de 1964?

En primer lugar debe subrayarse que los resultados generales de 1963 le permitían a la alianza de centro-derecha esperar con confianza las elecciones presidenciales. La posibilidad de triunfo de la candidatura de centro-derecha se presentaba claro y nítido. Aún si la Democracia Cristiana se mantenía irreducible era muy improbable el triunfo izquierdista. En ese cuadro de confianza, los resultados del 15 de marzo de 1964, en una elección complementaria realizada por muerte del diputado titular, tuvieron el efecto de un verdadero terremoto político. ¿Por qué fue apreciado así cuando, en la práctica, se trataba de una elección en una provincia que representaba apenas el 1.17 por ciento de los inscritos para las elecciones de 1963?

A ese evento, totalmente fortuito, se le otorgó el carácter de un plebiscito. Los estrategas de la alianza de centro-derecha estaban interesados en demostrar que la candidatura centrista de Frei no tenía posibilidades y que solo actuaría como una fuerza divisionista. A su vez los demócratacristianos estaban interesados en demostrar lo contrario, que el Frente Democrático padecía de anemia electoral, lo que favorecía las expectativas de Allende. La única fuerza que negaba el carácter plebiscitario del evento era la izquierda, interesada en la mantención del esquema tripartito.

Las cifras apoyaban esa última posición. De mantenerse las proporciones de la elección inmediatamente anterior, la distribución de fuerzas en la provincia de Curicó le permitía al Frente Democrático tener un cálculo optimista con muy poco riesgo. En 1963 las fuerzas de centro-derecha habían mantenido su preeminencia política en esa provincia, pese a la confirmación de la tendencia a la baja que había comenzado en las presidenciales de 1958. El cuadro N°12 presenta la evolución electoral de las diferentes fuerzas en la provincia de Curicó, desde 1957 hasta 1963.

**Cuadro N° 12**

**Evolución electoral desde 1957 a 1963 en la provincia de Curicó**

	1957	1958	1960	1961	1961
Frente Democrático	63,70	47,30	59,60	55,80	47,50
Democracia Cristiana	0,00	16,40	10,80	20,40	21,40
FRAP	12,10	32,00	21,20	22,40	27,20

La diferencia entre la candidatura del Frente Democrático y las otras era tan grande que incluso podía soportar la misma repartición de pérdidas y ganancias que se había producido entre 1961 y 1963. En ese caso el Frente Democrático habría quedado reducido al 39,70 por ciento, la Democracia Cristiana hubiera aumentado levemente al 22,40 por ciento y el FRAP hubiese conseguido un salto significativo al 32,00 por ciento. El Frente Democrático podía razonablemente hacer un cálculo de triunfo aún con la hipótesis más pesimista, como era volver a soportar una caída levemente superior al 7,00 por ciento.

Es decir, el resultado que se produjo en esa elección fortuita era muy difícil de prever, especialmente por tratarse de una provincia agraria, que desde marzo de 1963 no había cambiado su población electoral y la cual además solo había crecido el 10,83 por ciento entre 1961 y 1963, como consecuencia de la obligatoriedad de las inscripciones.

Si empleamos el expediente bastante simple de calcular la votación esperada de cada una de las corrientes, aplicando al universo de votantes de 1964 los porcentajes de 1963 podemos darnos cuenta de las votaciones esperables y de la magnitud de las diferencias. El cuadro N° 13 presenta esa información.

**Cuadro N°13**

**Votación de las diferentes fuerzas en la elección complementaria del 15 de marzo de 1964**

	Votación Obtenida	Porc.	Votación esperada	Diferencia	Porc.
Frente Democrático	7.955	32.64	11.576	- 3.621	- 31.28
Democracia Cristiana	6.619	27.16	5.215	1.404	+26.92
FRAP	9.578	39.30	6.629	2.949	+44.49

El cuadro muestra nítidamente el desastre electoral del Frente Democrático en una provincia que no parecía destinada a cambiar el mapa político. De un año al otro el bloque de centro derecha perdió 3.621 votos, un 31,28 por ciento respecto de la votación esperada. La Democracia Cristiana subió un 26,92 por ciento y el FRAP un 44,49 por ciento.

Es interesante analizar cómo se distribuyen las pérdidas y ganancias entre las diferentes comunas, ordenadas según la magnitud de la población electoral.

**Cuadro N° 14**

Comunas	F.Dem.	D. Crist.	FRAP						
	1963	1964	Dif.	1963	1964	Dif.	1963	1964	Dif.
Curicó	39,93	29,90	-10,03	27,52	30,44	2,92	30,94	38,74	7,80
Teno	62,36	35,10	-25,76	8,07	22,56	14,46	27,65	41,52	13,87
Romeral	70,07	45,01	-25,06	2,21	18,09	45,88	26,39	36,51	10,12
Hualañé	53,73	34,31	-19,42	13,23	21,98	8,75	29,89	42,63	12,74
Rauco	45,72	26,33	-19,39	18,07	21,38	3,31	31,06	50,64	19,58
Licantén	42,40	30,51	-11,89	25,37	25,89	0,52	26,85	42,89	16,04
Vichuquén	48,12	32,31	-15,81	32,54	34,24	1,70	17,56	32,31	14,75
Iloca	65,10	51,69	-13,41	14,13	21,31	7,18	18,42	25,74	7,32
Llico	75,48	55,59	-19,89	19,01	26,16	7,15	3,58	17,93	14,36

El análisis de las diferencias porcentuales revela la homogeneidad del crecimiento del FRAP, con alzas en la parte urbana y en sectores rurales y también el descenso espectacular del Frente Democrático en comunas como Teno, Rauco y Hualañé, las cuales tenían respectivamente el 80,01, 83,4 y 70,5 por ciento de la población ocupada en la agricultura.

Por tanto, el triunfo del candidato izquierdista no se debió a cambios del comportamiento electoral centrados en la comuna urbana de Curicó. Se produjo una reorientación del voto rural que fue previa a los procesos de sindicalización campesina y reforma agraria.

En todo caso el efecto político de la elección de Curicó fue inmediato. El 16 de marzo, al presentar su renuncia el candidato presidencial del Frente Democrático, comenzó el proceso de reordenamiento del cuadro político, bajo la presión de la "amenaza izquierdista". El dato central que orientó las decisiones fue la actitud política de la Democracia Cristiana.

El panorama en ese partido estuvo claro desde el principio. Inmediatamente de conocidos los resultados electorales los voceros demócratas cristianos plantearon que

constituían la “única alternativa real al marxismo”, dado que eran, al contrario del Partido Radical, una fuerza en crecimiento. Los resultados electorales de Curicó revelaban, según esos voceros, tanto el debilitamiento de la derecha en sus bastiones rurales como la vitalidad electoral de la Democracia Cristiana, en la medida que ésta subió un 26,92 por ciento respecto a la votación esperada, según los resultados de 1963. Sobre esa base la Democracia Cristiana adoptó una estrategia de irreductibilidad. Ese tipo de cálculo se basaba en dos hipótesis. La existencia de una votación cristalizada (dura) de Frei, y la total falta de alternativas de la derecha, puesto que la lección era que un candidato con posibilidades necesitaba “morder” la votación popular del allendismo.

Como resultado de una política errónea de alianzas la derecha había terminado en una situación de oportunidades inelásticas. Empezó tardíamente a buscar el entendimiento con el “centro válido”. Esa tardanza le significó la obligación de un apoyo in extremis, ofertado en momentos en que no estaba en condiciones de plantear exigencias. Fue forzada a un “pacto tácito”.

En verdad, sin esa situación de alta alarma que forzó a la derecha al apoyo incondicional, difícilmente se hubiese constituido el nuevo bloque electoral que enfrentó con éxito a Allende. Se necesitaba para ello un clima político especial, que venciera las reticencias de la derecha frente al “reformismo radicalizado” de la Democracia Cristiana y que, además, venciera la oposición interna de algunos sectores demócratas cristianos, quienes no aceptaban una alianza formal con la derecha, porque habían adquirido su identidad política en lucha contra ella.

Conocidos los resultados de Curicó, el factor definitorio de la situación fue la actitud irreducible de la Democracia Cristiana, basada en su esperanza de mantener o aumentar su fuerza electoral en una situación de tres fuerzas en equilibrio. En 1964 ni la dirigencia demócrata cristiana ni tampoco una parte muy significativa de su base electoral eran sensibles al chantaje de la amenaza izquierdista. Ese partido había logrado consolidar una base electoral que respondía a la oferta ideológica de la “revolución en libertad” y que no era transferible a la derecha o a una opción cuyo eje era negativo, evitar el “peligro marxista”.

Un nuevo episodio de la política chilena marcada por la fortuna o, si se quiere, por el azar. Si esa elección extraordinaria no hubiese tenido lugar quizás no se hubiesen prendido las luces rojas y la elección hubiese sido a tres fuerzas. ¿Quién hubiese ganado en 1964? Imposible de responder a ciencia cierta, porque no hay cadenas causales determinísticas.

#### D.- PAPELES DIVERSIFICADOS DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

El elemento nuevo que empieza a emerger desde 1957, la existencia de un doble centro, significó al principio un enriquecimiento del sistema de partidos, considerado como un campo de oportunidades políticas. Hasta 1964 el fenómeno de activación de la polarización o de pérdida de la capacidad cooperativa no produjo efectos perturbadores, pese a las características de la Democracia Cristiana. Más bien significó lo contrario, fue un factor de flexibilización. Ello porque a) los extremos veían duplicadas las opciones de alianza, b) aparecían posibilidades de coalición entre dos fuerzas centristas poderosas, y c) alguno de los centros para diferenciarse adoptaba un comportamiento coalicional.

Efectivamente, el sistema de cuatro fuerzas, se simplificó desde 1961, por la alianza entre el radicalismo y la derecha. Pero el problema de esa coalición fue su carácter defensivo. Estaba orientada a impedir el triunfo presidencial de Allende más que a proponer una oferta positiva. Su sentido era obstaculizar, para las elecciones presidenciales de 1964, la repetición de la situación de 1958 cuando, por la fragmentación del “campo democrático” Allende casi obtuvo la mayoría relativa. Lo que demostró la elección de Curicó era que una estructura de tres tendencias, con una coalición entre el radicalismo y la derecha, no era suficiente para conjurar el peligro, dada la vitalidad electoral de Frei.

La Democracia Cristiana jugó el papel de una opción de reserva, de última barrera de contención al avance de la izquierda. Forzando a la derecha a un apoyo incondicional, el centro la colocó en la situación límite de carecer de opciones buenas, de estar obligada a elegir entre la catástrofe o el mal menor.

Esa situación solo en parte se produjo por las características de la Democracia Cristiana, en mayor medida fue la consecuencia de las características de la derecha. Es verdad, que la primera había crecido y constituido su identidad política como fuerza de cambios, con un proyecto de modernización desarrollista y que, para serlo, debía tener propuestas anti-oligárquicas. Por lo tanto se trataba de una fuerza con un proyecto propio, autónomo y distinto, que en el discurso no aceptaba ser definida como instrumento de reproducción del capitalismo ni aceptaba la dicotomía socialismo colectivista o capitalismo. Su proceso de constitución histórica se había realizado en conflicto y lucha contra la derecha, porque durante mucho tiempo disputaron el voto católico. A su vez la derecha no había sido capaz de sintonizar con la urgencia de cambios porque implicaba afectar intereses de los latifundistas ni con reformas que afectaran los privilegios rentísticos provocados por los subsidios a la industrialización.

Además, en la coyuntura particular, la derecha había cometido el error de menospreciar la capacidad de movilización del proyecto de Frei, jugando sus cartas al pacto con el “otro centro”, fuerza que entonces padecía una crisis de identidad política. La derecha se volcó hacia la Democracia Cristiana cuando ya no tenía capacidad de negociación, creando ella misma su situación de perdedora, cuya mejor opción era minimizar los costos.

La Democracia Cristiana, tuvo en esa coyuntura el rol básico de proporcionar una salida moderada. Ella pudo jugar ese papel porque era capaz de movilizar sectores populares y disputárselos al allendismo y de entrar en la competencia con la votación radical.

De modo que en el período 1957-1964, cuando la Democracia Cristiana emergió en el escenario electoral, no le correspondió, ni mucho menos, el papel de un centro centrifugador o polarizante. Más bien significó una diversificación de las opciones políticas y, concretamente, una oportunidad para la derecha de evitar el triunfo izquierdista. El panorama será distinto de 1964 en adelante.

## 5.- El gobierno de Eduardo Frei Montalva

Al realizar la decisión política de apoyar a Frei, la derecha capta que no tendría capacidad ni para modificar los planteamientos programáticos que éste ya había formulado ni para influir en el curso del gobierno. Las dos cosas efectivamente sucedieron. Ese fenómeno tiene que ver con la naturaleza del partido reformador que accedió al Gobierno.

### A.- CARACTERÍSTICAS DEL REFORMISMO DEMOCRATACRISTIANO DE 1964

Si se compara el programa de gobierno de Frei con programas anteriores que propiciaban cambios se llega a la conclusión de que se trataba de un reformismo avanzado, con un proyecto coherente y global. En su elaboración tuvieron gran influencia las tesis de Jorge Ahumada y los jesuitas de revista *Mensaje*, especialmente Roger Vekemans<sup>465</sup>. La argumentación central de esos análisis era que la superación del estancamiento económico, por lo tanto de las *impasses* del desarrollo, requería de reformas estructurales que constituyeran un conjunto orgánico y tuvieron un claro impacto integrador.

En el programa gubernamental de la Democracia Cristiana podemos distinguir tres tipos de medidas de acuerdo a su potencial de cambios: las incrementales, las populistas y las de ruptura. Puesto que ellas se organizaban en una totalidad es difícil analizarlas separadamente. Sin embargo puede decirse que las primeras apuntaban a una optimización, por la vía de profundizar la industrialización, del funcionamiento de la economía capitalista. Las segundas eran las medidas de redistribución de ingresos y las de promoción popular, orientadas a impulsar “desde arriba” la organización de los sectores populares. Junto a esas medidas incrementales y populistas, se propusieron otras de un alcance mucho mayor. La principal de estas últimas fue el conjunto de reformas relacionadas con el agro, entre las cuales se contaba la reforma agraria, la sindicalización

campesina y la organización de los pequeños propietarios. Las otras dos, que quedaron en el papel, fueron la reforma bancaria y la reforma urbana<sup>466</sup>.

Estas últimas medidas, también entre ellas la reforma agraria, adquirirían un sentido de reformismo rupturista porque afectaban intereses sentidos y catalizadores. Las medidas respecto al agro tenían efectos económicos pero sobre todo tenían profundas consecuencias culturales y políticas. Entre estas últimas estaba el hecho, de gran peso simbólico, que las reformas constitucionales del derecho de propiedad debilitaron la fuerza de esa institución jurídica<sup>467</sup>. La aplicación de las principales entre esas medidas, la reforma agraria y la sindicalización campesina, complementada con la igualación de los salarios mínimos entre campo y ciudad, significó para la Democracia Cristiana romper con la derecha, fuerza que había permitido el acceso de Frei al gobierno.

El principal esfuerzo reformador de la Democracia Cristiana fue la expropiación de los latifundistas y la constitución de asentamientos, una fórmula provisoria de propiedad campesina común. Al poner esas medidas en ejecución se satisfizo una reivindicación popular largamente propuesta. Pero esa medida también producía la plena integración de la masa campesina al mercado de productos manufactureros. La derecha, hasta entonces, había conseguido evitarla<sup>468</sup>.

La importancia de los aspectos percibidos como rupturistas en el programa de Frei demuestra que su proyecto apuntaba a importantes reorganizaciones de la sociedad y no se subordinaba a los parámetros y límites fijados por los intereses de las clases dominantes de entonces, con su combinación de terratenientes y burgueses. Pretendía enfrentar los problemas de la sociedad chilena como una crisis global o integral, de manera que creía, en plena consonancia con la Alianza del Progreso (pero desde antes que ella), que una resolución de los desequilibrios económicos o incluso la reactivación de la economía, no podía hacerse sin importantes reformas estructurales. De hecho, fueron los aspectos percibidos como rupturistas del programa los que definieron la imagen de la Democracia Cristiana en esa etapa y los que provocaron los *impasses* políticos a las que se vio abocada al final de su período.

### B.- LAS CARACTERÍSTICAS DEL PARTIDO INTERMEDIO GOBERNANTE

Para entender por qué la Democracia Cristiana elaboró este programa y por qué durante su gobierno intentó realizar una parte de él, es importante especificar el carácter del partido gobernante, forma muy particular de partido reformista de centro.

<sup>466</sup> Jacques Chonchol, “Razones económicas, sociales y políticas de la reforma agraria” en *Reformas agrarias en la América Latina, Méjico*, Fondo de Cultura Económica, 1965.

<sup>467</sup> Juan Carlos Gómez, *ibid.*, 2004.

<sup>468</sup> Almino Affonso et al., *Movimiento campesino*, Santiago, ICIRA, 1970.

<sup>465</sup> Roger Vekemans es un jesuita belga, director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica. Coordinó el número especial de la revista *Mensaje* titulado “Reforma y Revolución”.



La Democracia Cristiana fue un partido de tipo diferente al Partido Radical, centro pendular y pragmático, capaz de pasar de la alianza con los comunistas a su persecución legal. Se analizarán tres rasgos característicos del nuevo partido gobernante: el alternativismo, el policlasismo y la hegemonía de los sectores “puristas”.

#### *El proyecto alternativista*

Así como el Partido Radical carecía de una base doctrinaria global, la Democracia Cristiana era el caso típico de un partido ideológico. Ni aún en los períodos en que el positivismo y la concepción laicista constituían importantes referentes de la acción política del Partido Radical, éste tuvo la pretensión de poseer una proposición alternativa de sociedad.

La Democracia Cristiana construyó, con elementos de la doctrina social de la Iglesia, de la filosofía social de Maritain y también del personalismo de Mounier, una imagen ideal de la sociedad, diferente del capitalismo y del socialismo. Se trataba, por tanto, de un partido que no podía ser reducido al aspecto reformista. Más aún, pretendía que las reformas de la sociedad capitalista, que concretamente proponía, eran una etapa en la construcción del nuevo tipo de sociedad.

Esta concepción no desapareció, y ni siquiera se podría decir que se debilitó, cuando la organización se convirtió en opción de gobierno. Aun más, desde principios de la década del sesenta se intensificaron en la Democracia Cristiana los debates sobre la definición y las características del proyecto alternativo. Dos tendencias se enfrentaban: aquella que proponía un proyecto original, sin parentesco con otros, denominado comunitarismo, y una que proponía un proyecto diferente al de los socialismos históricos, pero que también buscaba reemplazar la propiedad privada de los medios de producción. A ese último proyecto se le denominaba socialismo comunitario. Como se observa, ambos enfoques se orientaban en la perspectiva alternativista<sup>469</sup>.

Para entender algunas características de la acción gubernamental de la Democracia Cristiana y, especialmente, el desarrollo de sus divergencias internas, es importante pesar la importancia de esta pretensión alternativista. En todo partido ideológico con una orientación de “cambio de sociedad” se genera una tensión, cuando accede al gobierno y no puede realizar su sociedad ideal. Es eso exactamente lo que sucedió con la Democracia Cristiana desde 1967 en adelante.

#### *La composición social policlasista*

También había una diferencia marcada entre el Partido Radical y el Partido Demócrata Cristiano desde el punto de vista de la composición social.

La primera era una organización de capas medias, con un gran contingente de profesionales y arraigo entre las élites provinciales. Su nucleamiento de sectores de trabajadores se limitaba a los empleados del Estado y, en menor número, del sector privado. Se trataba de un partido bien implantado por todo el país, pero con algunas localizaciones de privilegio en lugares donde representaba el partido de la región, como por ejemplo el Norte Chico y algunas provincias trigueras del sur, como Cautín. La Democracia Cristiana también articulaba a sectores de capas medias, especialmente segmentos provenientes de la enseñanza particular. Pero, además, era un partido policlasista-nacional que contenía en su interior a todos los estratos sociales. El abanico iba desde burguesía industrial o de la construcción, de las finanzas o gestores de negocios hasta dirigentes obreros y campesinos.

El Partido Demócrata Cristiano tenía capacidad de articular sectores obreros y no solamente empleados. Una prueba de esa capacidad fue la presencia democristiana en la CUT, donde obtuvo la primera mayoría entre los partidos considerados individualmente en las únicas elecciones generales que hubo ocasión de hacer. Otra prueba fue la fuerza demostrada entre los campesinos organizados, donde controlaba dos confederaciones de asalariados, la confederación de asentamientos, la de cooperativas campesinas y la de pequeños propietarios.

Esta penetración en los sectores populares, que impedía la unificación de éstos en torno a la izquierda, se comprendía por varias razones. En primer lugar, porque se trataba de una organización del campo católico y representaba la manera progresista de vivir esa fe. En segundo lugar porque propiciaba cambios profundos y globales, ajustándose a la creencia de que se vivía una crisis profunda. En tercer lugar porque ese programa de reformas profundas ofrecía respetar los marcos de libertad política, sin postular una futura “dictadura del proletariado”. Una de las razones más fuertes del nucleamiento de sectores populares por parte de la Democracia Cristiana era la movilización de los trabajadores antimarxistas, sea por ideología o por experiencias negativas en sus relaciones con los partidos de izquierda.

La convivencia dentro de una misma organización entre esos estratos sociales diferentes generaba tensiones. Pero ni los clivajes internos ni las tendencias a la división, las cuales fueron fuertes en la Democracia Cristiana de fines de la década de 1960, se explican por variables de clase. Los enfrentamientos ideológicos son transversales y son vividos con gran intensidad, como si comprometieran asuntos trascendentales.

<sup>469</sup> Julio Silva y Jacques Chonchol, *El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina: hacia un mundo comunitario*, Santiago, Editorial Universitaria, 1969.

### *La hegemonía de los sectores “puristas”*

En el primer congreso de la Democracia Cristiana realizado inmediatamente después de las elecciones presidenciales de 1958 donde Frei había alcanzado el 20 por ciento de la votación, un grupo planteó la tesis del “camino propio”. Como se ha señalado, hasta entonces había primado la línea de la alianza con el centro radical. La línea del “camino propio”, que se determinó en aquel congreso del 1958 operó en adelante como el modelo estratégico de la organización, aplicado, incluso, cuando recibió el apoyo de la derecha en 1964. En esas decisivas elecciones presidenciales la Democracia Cristiana se negó a un pacto político formal con la derecha, exigiendo el apoyo sin condiciones programáticas.

Nos encontramos, entonces con una organización que se encuentra en las antípodas del flexible centro pendular que fue el radicalismo, el que jugaba un papel funcional al equilibrio del orden político. Nos encontramos con una figura nueva, un centro que es simultáneamente céntrico y excéntrico<sup>470</sup>. La mezcla de estas dos características permite comprender un aspecto central del Partido Demócrata Cristiano. El segundo atributo le viene de su alternativismo, de su pretensión de tener una propuesta de sociedad diferente del capitalismo y del los socialismos históricos. También de su aislacionismo, de su pretensión de permanecer como fuerza incontaminada e irreductible.

#### C.- LOS RESULTADOS ECONÓMICO-SOCIALES DEL GOBIERNO DE FREI

Dicho de manera sumaria, dos fueron los principales resultados económicos sociales del gobierno de Frei: el avance de la industrialización y la mayor democratización político-social. Esta primera evaluación es menos importante en el relato porque constituye la introducción del tema que más interesa, la evaluación política.

En el gobierno de Frei, pese a la caída que se observa después de 1967, se produjo un significativo aumento de la producción de bienes de consumo no durable y de la producción de bienes durables e intermedios. En 1966, que fue el año más exitoso, la producción del primer rubro aumentó alrededor del 12 por ciento respecto al año anterior, mientras que la de bienes durables aumentó un 3,0 por ciento y la metalmecánica, un 3,2 por ciento<sup>471</sup>. Las cifras revelan la expansión de la producción en el área de bienes de consumo corriente, que es el subsector más tradicional de la sustitución, combinada con la expansión de sectores más modernos. En este periodo se desarrolló con cierta intensidad para la época la industria electrónica, la industria de derivados del petróleo y la de partes automotrices.

Puede decirse que durante el período de Frei se intensificó una estrategia que debía conducir industrialización más integrada que diversificada. Esas pretensiones

modernizadoras, presentes en los diagnósticos y en el diseño, hubieran necesitado una maduración larga, un período de años, en que se aplicara coherentemente una política. El proyecto de Frei tenía una “estrategia de profundización” en que se combinaba el fomento para nuevas inversiones, una política distributiva y de crédito al consumo, con una política de fomento a las exportaciones y desarrollo del mercado sub regional andino. Se trataba de un diseño coherente, en el cual la reforma agraria buscaba resolver el problema de la baja productividad de los grandes latifundios y la sindicalización campesina el problema de su marginación económica y social. Por primera vez, un programa de reformas abordaba el problema agrario, introduciendo una cuña al interior del bloque dominante, puesto que esa política era combinada con el fomento de la industrialización. Se perjudicaba los intereses de los latifundistas pero se favorecía a los empresarios industriales.

El gobierno de Frei también favoreció la organización de los trabajadores. Aunque su desempeño se vio afectado por los sucesos del Salvador y Pampa Irigoín, en donde las fuerzas militares reprimieron movilizaciones populares provocando heridos y muertos, la tendencia fue estimular la creación de sindicatos y confederaciones de campesinos y organizaciones de pobladores, nuevos sectores sociales, hasta entonces marginados.

Sin embargo a partir de 1967 el gobierno de Frei experimentó el típico viraje de la política económica. Como era tradicional, operaron los mismos dos factores de siempre, el alza inflacionaria producida por un período inicial redistributivo y el problema de las alianzas para la elección presidencial siguiente.

Ese viraje afectó directamente a la reforma agraria y significó la eliminación de una serie de reformas que estaban planteadas en el programa y que poseían un dinamismo rupturista aún mayor. En el caso de la reforma agraria, en el año 1967 ocurrió una drástica reducción del total de hectáreas expropiadas de buena calidad agrícola. Ellas bajaron de 511.200 a 239.800, aunque en 1968 subieron a 650.600 hasta llegar a 910.950 en 1970. Lo que en realidad disminuyó en 1968 y 1969 fue el total de hectáreas de riego expropiado, de modo que la recuperación de los años posteriores se basó en el alza sustancial del total de hectáreas expropiadas de secano. El crecimiento estuvo concentrado en tierras de menor calidad agrícola.

Por otra parte el viraje de 1967 afectó el gasto social, pero además paralizó algunas de las reformas prometidas, entre las cuales la más significativa era la reforma bancaria. En todo caso lo más importante fue el efecto político interno, ya que estimuló las divisiones dentro de la organización gobernante.

#### D.- LA EVALUACIÓN POLÍTICA EN EL GOBIERNO DE FREI

¿Por qué se produjo el aislamiento en la elección presidencial de 1970 de la Democracia Cristiana, fuerza que había demostrado gran capacidad de convocatoria y que en 1964

<sup>470</sup> Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile: 1970-1973*, Santiago, Ediciones La Minga, 1983.

<sup>471</sup> Banco Central, Dirección de Estudios, “Indicadores Económicos y Sociales, 1960-1988”, Santiago, 1990.

había obligado a la derecha a plegarse al programa reformista y que en 1965 la había arrinconado en la elección parlamentaria?

En efecto, en las elecciones parlamentarias de 1965 la Democracia Cristiana capitalizó el triunfo presidencial erosionando el poder electoral de la derecha. Esta fuerza se vio enfrentada a un dilema político crucial, que se materializó en una discusión entre dos corrientes. Una de ellas sostuvo la conveniencia de desaparecer como fuerza autónoma y de sumarse a la alternativa reformista. El objetivo buscado era producir un trasvase de la representación política de las clases dominantes desde los partidos de tipo conservador a esa fuerza emergente, moderna y reformadora, que era la Democracia Cristiana. La apuesta política consistía en suponer que un cambio de la composición social y política de la Democracia Cristiana podría neutralizar las visiones más rupturistas y “europeizarla”. La otra corriente planteó la necesidad de reconstruir una fuerza derechista de nuevo tipo, diferente de los partidos históricos y con un discurso más nacional y menos corporativo.

La primera corriente no tuvo espacio para imponerse porque la aplicación relativamente masiva de los planes de reforma agraria creó un foso insalvable entre el partido gobernante y la elite política derechista, la mayor parte de la cual estaba ligada al latifundio. Fue la segunda corriente la que se impulsó, abriendo camino a la creación del Partido Nacional.

La lucha política que se desencadenó en torno al problema del derecho a propiedad y en torno a las expropiaciones agrarias amplió progresivamente la distancia política entre la derecha y el Gobierno. En vez de producirse una diferenciación entre los intereses burgueses y intereses latifundistas, se produjo una unidad de ambos sectores contra las modificaciones del derecho de propiedad<sup>472</sup>. La política industrializante del gobierno no se tradujo en el apoyo político masivo de la burguesía industrial, quizás por el temor de las futuras “profundizaciones” del reformismo demócratacristiano. La presencia en el interior de ese partido de corrientes radicalizadas confirmaba ese miedo.

La Democracia Cristiana se vio aislada de la derecha, a causa sobre todo de su política agraria, pero también permaneció aislada de la izquierda. Esta última ya no estaba en condiciones políticas de percibir de una manera positiva el reformismo de Frei y de plantearse frente a éste como un aliado potencial. La forma en que la izquierda se planteó frente a algunos gobiernos radicales o, por parte del Partido Socialista Popular, frente al ibañismo, se consideraba agotada. La historia de aquellos fracasos había llevado a la izquierda a la fórmula “del gobierno propio”.

Aun más, la década del sesenta significó una fase de creciente radicalización política de una parte de la izquierda chilena, bajo el influjo de la revolución cubana. Se acentuó el antirreformismo y se desarrolló la tesis de que solamente el socialismo podría resolver la crisis histórica de la sociedad chilena. Incluso se desarrolló una crítica contra el

electoralismo, el parlamentarismo y también contra el pacifismo de la política tradicional de la izquierda<sup>473</sup>.

Además, el enfrentamiento a dos bandas entre la izquierda y la Democracia Cristiana en las elecciones presidenciales de 1964 acentuó las diferencias políticas y cristalizó la imagen de que la nueva fuerza gobernante constituía una mediación burguesa. Pese a algunas coincidencias puntuales durante la discusión de algunos proyectos de ley, la izquierda y el centro permanecieron como fuerzas antagónicas. El hecho de que la Democracia Cristiana fuera una organización que nucleara sectores populares constituía un factor agravante, puesto que le otorgara un carácter competitivo. La obligación de neutralizar esa capacidad gravitacional de la Democracia Cristiana respecto de ciertos sectores populares se tradujo en una crítica ideológica permanente de parte de la izquierda contra las insuficiencias del reformismo y contra las vacilaciones del centrismo.

Por otra parte, la Democracia Cristiana sufrió una pérdida de su dinamismo hegemónico. Ese fenómeno tuvo relación con las pugnas internas que se acentuaron desde 1967 y también con impasses no resueltas sobre el carácter de la organización. Se analizara primero el último factor, puesto que complementa el análisis del primero.

Desde que la Democracia Cristiana se convirtió en un partido de masas con posibilidades de acceder al gobierno, dejando de ser el partido de una elite intelectual cristiana, comenzó a vivir un dilema. Si se analizaban los discursos dos posibilidades convivían en esa organización. Una era ser un partido reformista-desarrollista, que no pretendía sustituir al sistema capitalista, sino modernizar y “humanizar” el capitalismo atrasado que existía en la sociedad chilena. La otra era ser un partido revolucionario alternativista, cuyo proyecto ideal y final era sustituir el sistema capitalista por una forma nueva de sociedad, diferente de los socialismos históricos. Mientras el partido no llegaba al gobierno, esto es, mientras no se vio enfrentado a la materialización de sus promesas, estas dos corrientes o definiciones distintas convivieron con facilidad, justamente porque la organización no tenía acceso a la posibilidad de realizar sus proyectos. El partido que llegó al gobierno en 1964 tenía esta dos “almas” y las dos constituían partes de él, componentes legítimos y no negados. Para conquistar el triunfo no se vio obligado a ninguna decantación previa que significara la eliminación de algunas de las dos virtualidades.

Pero el ejercicio del gobierno generó innumerables tensiones entre “reformismo” y alternativismo, creando en el interior corrientes divergentes que se nuclearon en torno a una u otra opción. Hasta 1964 el discurso alternativista o comunitario se combinó con pocas fricciones con el desarrollista, sin que surgieran corrientes cerradas que se estructuraran a favor de uno contra el otro.

<sup>473</sup> Julio César Jobet, op. cit., 1983; Víctor Farías (compilador), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2000-2001, tomo I.

<sup>472</sup> Juan Carlos Gómez, *ibid.*, 2004.

Fue el giro de 1967 el que desató con más fuerza la tensión entre esas dos “almas”. Para los sectores más radicales aquel viraje significó una demostración cabal de que la obra del gobierno estaba irremediamente atrapada en los estrechos límites “de lo que era aceptable para el sistema capitalista”.

Esas fueron los diagnósticos y expectativas frustradas que permitieron el surgimiento de una facción rupturista, que se vio a sí misma como receptáculo de la tradición comunitaria y del espíritu popular del partido. Desde 1967, a partir de la polémica sobre la “vía no capitalista de desarrollo”, ese grupo empezó a visualizarse a sí mismo más allá o fuera de la organización, perteneciente a otro mundo. Se hizo a la idea que para recoger la tradición comunitaria requería irse a la izquierda.

Ese grupo “rebelde” comenzó a definirse cada vez más por referencias externas. Forzó la resolución del dilema entre desarrollismo/alternativismo; se negó a aceptar el partido como una fuerza de centro y postuló que lo distintivo era la vocación revolucionaria y rupturista, sin concesiones a la derecha con sus discursos tecnocrático-economicistas. No es que ese grupo pretendiera realizar inmediatamente aquella sociedad ideal, cuyos perfiles concretos, además, eran sumamente imprecisos. Pero sí postulaba la necesidad de impulsar una “vía no capitalista de desarrollo”. Mientras tanto, el “freísmo” desde el gobierno se jugaba por “estabilizar”.

La significación política de la división, ocurrida finalmente en 1969, no tuvo que ver con la importancia numérica de los “rupturistas” sino con otros factores de índole más cualitativa. La escisión produjo la renuncia al partido de una generación juvenil y de un grupo significativo de dirigentes campesinos. En ambos frentes la Democracia Cristiana sufrió una merma de importancia, que en el caso juvenil representó la pérdida de un grupo de edad casi completo.

La formación en 1969 del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), como una organización que desde el principio asumió una clara orientación socialista, significó que se terminaba el monopolio político del “cristianismo avanzado” por parte de la Democracia Cristiana. La principal importancia de aquel acto fundacional fue que favoreció el desplazamiento al campo del socialismo de sectores cristianos. Se produjo un rompimiento del tabú prohibitivo, que afirmaba el irreconciliable divorcio de cristianismo y socialismo marxista. Además, también produjo otra fisura de la imagen política de la Democracia Cristiana, la quiebra de otro monopolio que ella invocaba, el de ser la única posibilidad de nucleamiento de sectores populares diferentes u opuestos a la izquierda tradicional, con su imagen de sectarismo y de control burocrático del movimiento sindical.

La ruptura no tuvo mucha importancia cuantitativa. Pero se agregaba a las elecciones de 1969, donde sí se expresó cuantitativamente la pérdida del dinamismo hegemónico. En 1965 la Democracia Cristiana había obtenido el 42,29 por ciento de los votos, con una

distribución por sexo de 28,41 por ciento en varones y 46,60 por ciento en mujeres. La segunda fuerza política, los radicales, obtuvieron el 13,30 por ciento, mientras que la derecha en su conjunto apenas alcanzó el 12,05 por ciento, cifra casi idéntica a la del Partido Comunista. Los grandes perdedores del evento fueron los dos partidos derechistas que en 1961 habían obtenido el 30,37 por ciento y, en grado considerablemente menor, los radicales que perdieron un 8,12 por ciento respecto a las elecciones de 1961<sup>474</sup>.

En las elecciones de 1969 el cuadro fue distinto. Los partidos izquierdistas experimentaron una leve alza, convirtiéndose el Partido Comunista en la tercera fuerza política del país, y los radicales mantuvieron una votación estable. Los grandes perdedores fueron los demócratacristianos que bajaron al 29,78 por ciento, disminuyendo un 12,51 por ciento respecto a la jornada triunfal de 1965. La pérdida fue levemente mayor entre las mujeres, sector donde alcanzó al 13,74 por ciento. El gran ganador de las elecciones fue la nueva fuerza de derecha, el Partido Nacional. Obtuvo el 19,97 por ciento, con un gran porcentaje de alza entre las mujeres, casi idéntico a la pérdida de la Democracia Cristiana en ese sector. Si se analizan los resultados por provincias se observa que la Democracia Cristiana solo subió su votación en una provincia, disminuyendo en todas las otras. Los lugares de mayor pérdida fueron las zonas más metropolitanas, como Valparaíso y Santiago, algunas provincias agrícolas del valle central, como O'Higgins y Colchagua, una provincia agrícola del centro (Ñuble) y otra del sur (Osorno). Además tuvo pérdidas importantes en una provincia minera del norte (Atacama) y de menor significación en una zona de gran densidad industrial como Concepción. Esos lugares, especialmente Santiago, Osorno y O'Higgins, fueron zonas en que la derecha tuvo un alza importante de su votación.

Esa misma derecha que la Democracia Cristiana había profetizado como una fuerza desaparecida resurgió cual ave fénix, agrupada ahora en un solo partido. Los demócratacristianos, en 1965 plétóricos de su mística redentora, en 1969 aparecían en una situación centrista, pero sin capacidad de producir movimientos centrípetos. Las elecciones de 1969 demuestran que ya no eran capaces de movilizar de un modo estable la votación derechista. Esos comicios también revelaron que la votación de izquierda no era un campo de reclutamiento de votantes para ese centro que en 1965 había arrasado con la derecha y el radicalismo. En 1965 la izquierda no sufrió los efectos del maremoto freísta, manteniendo una votación prácticamente igual a la de 1961. En 1969 su *performance* fue mucho mejor, pues fue capaz de subir su votación del 22,62 por ciento al 30,29 por ciento. El centro demócratacristiano quedó atrapado entre dos polos que demostraron su capacidad de crecimiento electoral y su dinamismo político. El centro excéntrico, reformista y alternativista, produjo esa doble centrifugación. Por una parte impulsó a la derecha hacia su derecha y a la izquierda hacia su izquierda. En esa operación quedó inmovilizado en una posición intermedia.

<sup>474</sup> Ricardo Cruz-Coke, op. cit.

La aplicación de la reforma agraria y el anuncio de otras reformas produjeron en la derecha un alejamiento de la Democracia Cristiana, producto del resentimiento. Habían apoyado a Frei y éste no los tomó en cuenta para gobernar e impulsó una reforma agraria en la cual –según la derecha– los criterios políticos primaban sobre los técnicos. Las viejas casas patronales, en las que se había desarrollado la vida de una familia y sus descendientes, estaban en manos de los campesinos asentados. La biblioteca que había fundado el bisabuelo se usaba para planificar lo que los afectados llamaban “despojos”. En la piscina retozaban los hijos de los inquilinos. El resentimiento aumentó los elementos pasionales en la toma de decisión, de modo tal que el peligro de Allende apareció minimizado. Se prefirió la “dulce venganza”.

A su vez el interés de la Democracia Cristiana por competir por la identidad revolucionaria con la izquierda, su capacidad de penetración en los sectores populares y el hecho de que el Partido Socialista rechazaba por principio las alianzas con el centro<sup>475</sup> alejaron a la izquierda de la Democracia Cristiana.

El partido intermedio ocupaba una posición de privilegio en el sistema con polaridad siempre que fuera capaz de conseguir aliados para sostener a sus candidatos presidenciales. Al no poder concretarse esa posibilidad se crea un escenario que tiende a los tres tercios. Cada una de las fuerzas camina sola y como cada una tiene peso político el desenlace es problemático. La elección se convierte en un enigma. Esta centrifugación creada por la Democracia Cristiana representa el comienzo de un proceso de polarización.

#### E.- EL RESURGIMIENTO DE ELEMENTOS AUTORITARIOS EN LA DERECHA

Como se dijo, el debate político de la derecha entre el triunfo de Frei y las elecciones parlamentarias de 1965 estuvo concentrado en definir, primero, si era conveniente la existencia de un partido autónomo, y luego (tomada la decisión) en precisar las características de ese partido.

El Partido Nacional fue una organización política diferente del modelo derechista tradicional. Esta identidad nueva surgió de la fusión de las corrientes nacionalistas con las corrientes “históricas” en una organización única. Eso significó la adopción de un discurso político diferente en sus énfasis y también la realización de algunos importantes cambios en las elites dirigentes. Las corrientes nacionalistas obtuvieron gran influencia cultural y política en el nuevo partido, por lo que en el nivel discursivo se introdujeron modificaciones significativas. Las concepciones del grupo “Estanquero”, nucleado en torno a la figura política e intelectual de Jorge Prat, empezaron a aparecer con frecuencia en las declaraciones del nuevo partido. Ese discurso se expresaba en las siguientes

impugnaciones o enunciados negativos: rechazo de la relación necesaria entre democracia y partidos, por tanto, cuestionamiento del Parlamento como órgano de efectiva representación; crítica de la “política de compromiso” bajo el rótulo de que con ella era imposible constituir una racionalidad global que no fuera la resultante de la lucha de intereses partidarios o de otros grupos de presión; crítica de la movilización popular porque sobrepasaba el principio de autoridad; denuncia global de la Democracia Cristiana, caracterizándola como un partido demagógico y estatista, y en algunas ocasiones incluso como “totalitario”. Entre los enunciados afirmativos estaba la reivindicación del nacionalismo y de una “política nacional”, como diferente de la oligárquico-corporativa de los partidos; la reivindicación del principio de autoridad y, en ocasiones la mención expresa de un “gobierno fuerte”; la revalorización del período conservador del siglo XIX y en particular de Portales, como referente histórico.

La relativa profundidad de la reforma agraria, el tono antiderechista del discurso del gobierno, la tendencia del partido gobernante a usar del Estado para ampliar su base de sustentación política, permitieron que las impugnaciones se hicieran cada vez más frecuentes. El antipartidismo y el antiparlamentarismo se incubaban en el interior mismo del Estado de compromiso, presagiando una crisis en gestación. No eran elementos nuevos, pero reaparecían en un momento crítico.

Constituye un mito histórico creer que la derecha chilena fue democrática en su discurso, por lo menos en el sentido pluralista del término. No solamente impulsaron la restricción de las libertades políticas durante el gobierno de González Videla, sino además, siempre consideraron que el Estado con ciudadanía excluyente era el “tipo ideal” de Estado, como se demostró tanto en la discusión parlamentaria sobre la aprobación de la LDD como en su derogación. La idolatría a Portales es otro síntoma de la valoración de los “gobiernos fuertes”.

Durante el gobierno de Frei, es decir antes que Allende llegara al poder, el Partido Nacional empezó a insistir en la necesidad de recuperar el principio de autoridad y en el elogio al gobierno capaz de realizar el interés nacional sin someterse a las presiones de masas. Afirmaban, como también lo hacía la izquierda en otro contexto teórico, el “formalismo inoperante de la democracia”. Las figuras históricas, de la derecha, que estuvieron asociadas a las políticas defensivas y de compromiso, fueron en parte desplazadas. A la cabeza del Partido Nacional apareció un *outsider*: Sergio Onofre Jarpa.

#### F.- EL FIN DE LA DOMINACIÓN INTEGRATIVA: LA ELECCIÓN DE SALVADOR ALLENDE

La elección de Salvador Allende fue posibilitada por tres factores, que no son (por supuesto) los únicos; son (eso sí) muy importantes en la estructuración del campo político: a) el distanciamiento del centro y la derecha, b) el carácter irreductible de la candidatura

<sup>475</sup> El Partido Socialista había definido la estrategia del Frente de Trabajadores, excluyendo la alianza con partidos centristas.

de Radomiro Tomic, y c) la mantención contra viento y marea de la candidatura de Salvador Allende.

Del distanciamiento del centro y la derecha se ha hablado con profusión a través del texto. En el corto plazo el problema es la opción obligada por Frei que debió realizar la derecha, después de la señal de alerta de Curicó. Pero el corto plazo remite, como es natural, al largo plazo. Como se ha mostrado la derecha y sus representados resistieron durante mucho tiempo las políticas de modernización, sin medir los efectos positivos que tendría sobre la expansión del mercado interno, provenientes de la sindicalización campesina y, más en general, sin medir los efectos globales de la reforma agraria sobre la expansión del desarrollo capitalista en el campo.

La derecha se convierte en el paño de lágrimas de los latifundistas; estos más que expropiados se sienten ultrajados. Ello la conduce a una conducta límite. Prefirió el riesgo de una elección sin pacto defensivo entre el centro y la derecha, al riesgo (supuesto) de una nueva “traición”.

Este factor se combina con otro, muy expresivo de las dinámicas de estructuración del campo de fuerzas en la década del sesenta. Se trata del comportamiento irreductible de la Democracia Cristiana. Este partido no está dispuesto a retirar la candidatura de Radomiro Tomic para asegurar a un candidato anti Allende. Lo que para la derecha aparece como drama, pues debilita la garantía de parar a Allende, para la Democracia Cristiana aparece como un gaje del oficio. El supuesto peligro del triunfo de Allende no la lleva a hacer gestos excepcionales. Los discursos alarmistas de la derecha no hacen mella en la Democracia Cristiana, la cual ni siquiera está disponible para cambiar como candidato a Radomiro Tomic por otro que le dé garantías al Partido Nacional. No es un partido que busque una alianza a cualquier costa, pues tiene mucha conciencia de los daños que le puede provocar convertirse en el instrumento a través del cual la derecha evite el triunfo de Allende.

El tercer factor tiene relación con la comentada centrifugación de la izquierda, producida como efecto del gobierno de Frei Montalva y de otros procesos. La Democracia Cristiana realiza su programa de cambios siguiendo el modelo del “camino propio”. Lanza sus iniciativas y busca que las otras fuerzas se plieguen, en vez de entablar una negociación en forma, la cual era la modalidad propia de la política transaccional de los Estados de compromiso.

A diferencia de la década del cuarenta, en la cual la izquierda era proclive a las alianzas y las veía como oportunidades, la izquierda de los sesenta tenía poco margen de maniobra en esa materia. El veto socialista a la participación de partidos no obreros fue flexibilizado para la formación de la Unidad Popular, de manera que se pudo integrar el Partido Radical. Pero se trataba de una fuerza en decadencia, un pequeño partido cuya participación traía consecuencias leves, en especial de carácter simbólico.

El aspecto principal tiene que ver con la influencia de la Revolución Cubana, tan decisiva en toda América Latina. En Chile, como se verá más adelante, ese proceso tiene dos efectos importantes. Primero influye sobre los programas de las candidaturas de 1964 y de 1970, los cuales son más radicales que los de 1952 y 1958<sup>476</sup>. Pero además la influencia cubana se expresa en la aparición de una forma particular de estrategia de la “revolución permanente”, la idea de que el “gobierno popular” debía dar paso con prontitud al socialismo. Aunque las modalidades de avanzar en esa dirección permanecen imprecisas, la idea de “avanzar sin transar” provenía de esa influencia. La idea de fondo es que un poder a medias es sumamente vulnerable, solo el acceso al poder global aseguraría gobernabilidad y evitaría derivar en el fascismo.

En gran medida la llegada al gobierno de Salvador Allende fue favorecida por una elección a tres bandas, producto de esa centrifugación que lleva a la derecha, obnubilada por el resentimiento, a preferir los riesgos. La elección, como toda competencia electoral, tiene el carácter de una apuesta. En efecto, era difícil predecir los resultados. En el contexto operante la estrategia del círculo de Allende de esforzarse por mantener la tripartición del campo, aunque eso significara inflar las movilizaciones del adversario más débil, fue extraordinariamente acertada. Este recurso táctico no fue, por supuesto, el principal. En todo caso, fue eficaz porque se combinó con factores estructurales.

El triunfo de Allende por estrecho margen reveló las aguas profundas que se agitaban en la sociedad. En efecto, el capitalismo subdesarrollado y dependiente chileno vivía una profunda crisis de legitimación. Era creíble afirmar que ese sistema social no permitía alcanzar el crecimiento económico, cuestión que hoy día constituiría una afirmación inverosímil, rápidamente negable<sup>477</sup>. En esa época la convicción sobre la injusticia del capitalismo se ampliaba a las dudas sobre su eficacia. Ese doble diagnóstico (injusticia e ineficacia) era compartido por la izquierda, por parte de la Democracia Cristiana, por significativos intelectuales del mundo académico. Así de profunda era la sensación de crisis del sistema.

Muchos intelectuales y dirigentes políticos creían que en un país subdesarrollado como Chile el capitalismo no era capaz de producir ni siquiera crecimiento<sup>478</sup>. El “gobierno popular” era una posibilidad de superar la crisis de la industrialización sustitutiva y de la forma de estructuración del capitalismo chileno. Demás está decir que si un intelectual afirmara eso mismo en el año 2006 sería tratado de ignorante. Una demostración sobre la relatividad de las verdades.

<sup>476</sup> Jorge Arrate y Eduardo Rojas, *Memoria de la izquierda chilena*. Tomo I, Santiago, Javier Vergara Editor, 2003.

<sup>477</sup> Es distinto afirmar que el actual sistema no produce desarrollo, sino solo crecimiento. Ese otro enunciado es tema de discusión.

<sup>478</sup> Para citar solo a un autor, Theotonio dos Santos, *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Editorial Prensa Latinoamericana, 1972.

## CAPÍTULO VI

### EL FIN DE LA DOMINACIÓN INTEGRATIVA: DE LA POLARIDAD A LA POLARIZACIÓN

#### 1.- Los efectos inmediatos de la elección de Allende: desde el 4 de septiembre de 1970 hasta el 4 de septiembre de 1970

El triunfo de Salvador Allende el 4 de septiembre no produjo una crisis inmediata de gobernabilidad. Aunque se gatillaron movimientos de polarización, el sistema como tal empezó a poner en práctica los procedimientos que eran característicos de una elección en que ningún postulante obtiene la mayoría absoluta. Esto pese a que Allende dejó claro que intentaría aplicar la “vía chilena al socialismo”.

En realidad el sistema proveía una posibilidad de bloqueo en la segunda vuelta. Para activarlo se hubiese requerido que Jorge Alessandri hubiera conseguido los votos de la Democracia Cristiana para unirlo presidente. La suma de los votos de los parlamentarios de la derecha y de la Democracia Cristiana permitía bloquear el acceso al gobierno del candidato marxista. La unidad de acción que no pudo conseguirse en la elección del 4 de septiembre, podía haberse hecho efectiva el 4 de noviembre. Allende no hubiese sido electo presidente tomando en consideración, por ejemplo, los profundos temores que se visualizaron después de la votación del día 4 de septiembre.

La derecha y los independientes alessandristas, organizados en un Movimiento eligieron la estrategia de usar los medios legales y constitucionales para impedir el acceso de Allende a la Presidencia. Incluso inventaron una fórmula que permitía, a través de una trayectoria no exenta de cuestionamientos morales pero que era absolutamente legal, el acceso al gobierno de Eduardo Frei<sup>479</sup>.

Pese al claro beneficio de corto plazo de la fórmula, La Democracia Cristiana se negó a aceptarla, puesto que la convertía en un instrumento de la derecha y sin duda generaban crisis internas, que hubiesen movilizado más que la izquierda ideológica. Además incorporarse a una maniobra de ese tipo hubiese generado una crisis de la política, en la cual la izquierda marxista le hubiese correspondido el papel de

---

<sup>479</sup> El Congreso Pleno elegía a Jorge Alessandri, el cual renunciaba al día siguiente por motivos de salud. La aceptación de esta renuncia hacía factible la presentación de Eduardo Frei apoyado por la derecha y la Democracia Cristiana.

víctima. Derrotar a Allende usando un subterfugio de ese tipo hubiese representado la legitimación de un cambio de vía.

El 10 de septiembre la Democracia Cristiana acepta negociar “garantías formales de preservación de la democracia”. La Unidad Popular acogió esta propuesta con ciertas reticencias, aduciendo que la trayectoria política del conglomerado, pluralista e integrado también por partidos no marxistas, constituía un aval suficiente.

El 13 de septiembre se organizó el movimiento Patria y Libertad, una organización ultraderechista, cuyo primer objetivo fue bloquear la resolución pactada entre la Democracia Cristiana y el Partido Nacional. Para ello se embarcó en una política de rebelión (sabotajes, movilizaciones callejeras violentas) quizás destinada a provocar una respuesta en los mismos términos por parte del MIR, con el objetivo de caotizar la situación y mostrar la inviabilidad de un futuro gobierno de Allende.

Este movimiento organizó una toma de la Universidad de Chile, la cual fue rechazada por la Unidad Popular y con especial fuerza por el Partido Comunista y se vio envuelto en acciones consideradas vejatorias al monumento del General Baquedano<sup>480</sup>. Sin embargo, pronto quedó claro que los autores de las acciones de sabotaje y de utilización de barricadas eran de Patria y Libertad. La reacción del MIR no se generalizó.

El 20 de octubre termina formalmente el proceso de negociación con la orden de la dirección del Partido Demócrata Cristiano de votar por Allende en el Congreso Pleno. El ambiente político está convulsionado por los descubrimientos de planes sediciosos, que buscaban asesinar a Salvador Allende.

El 22 de octubre es baleado René Schneider, Comandante en Jefe del Ejército, el cual muere el 25 de octubre. El mismo día es aprobado en la última instancia constitucional el Estatuto de Garantías Constitucionales y el 24 de octubre Salvador Allende es elegido presidente por 153 votos a favor, 35 a favor de Jorge Alessandri (pese la petición del candidato porque no votaran por él) y 7 votos en blanco.

Las materias que comprendió el Estatuto de Garantías, las cuales debieron ser incorporadas a las Constitución por presión de la Democracia Cristiana, fueron la mantención de la libertad de prensa, asociación y de opinión; la conservación de los tres poderes del Estado y la división de atribuciones entre ellos; la preservación de la neutralidad política de las FFAA; la libertad de educación; la libertad sindical y la mantención de los derechos de petición y huelga. El tenor de las peticiones muestra que la Democracia Cristiana suponía o simulaba creer que la Unidad Popular pensaba instaurar algún tipo de dictadura.

Las reglas formales de procedimiento operaron con toda normalidad, aunque la situación política estaba convulsionada por el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército y

por las acusaciones de subversión que comprometieron a un mayor @ del Ejército. Incluso Allende fue nombrado presidente constitucional un día antes de la muerte del general Schneider y cuando todavía no se había esclarecido de manera clara la autoría del asesinato.

El sistema político demostró su alta capacidad de resolución de conflictos. Las normas constitucionales contaban con el apoyo de las Fuerzas Armadas al nivel de su alto mando, por tanto no era factible pasarlas por alto, como intentó hacerlo Patria y Libertad, o la conspiración que condujo al asesinato del general Schneider, en la cual estuvieron comprometidos agentes norteamericanos de inteligencia.

Las condiciones políticas generales y particulares llevaron a la Democracia Cristiana a entenderse con la Unidad Popular, aunque el entendimiento haya sido puramente puntual y sin trascendencia en el largo plazo. Un comportamiento de otro tipo le hubiese ocasionado pérdidas a la Democracia Cristiana entre sus propias bases de apoyo.

Lo mismo ocurría en ese momento en las Fuerzas Armadas. Si bien hubo altos oficiales coludidos con el intento de impedir que Allende llegara a presidente<sup>481</sup> esa conducta no generaba un acuerdo amplio. En ese momento las instituciones castrenses estaban en su mayoría por un comportamiento constitucional. No es extraño entonces que el mismo 4 de noviembre las FFAA participaran en un homenaje al Presidente Allende.

Había una distancia sideral desde el punto de vista de la correlación de fuerzas entre el 4 de noviembre de 1970 y el 11 de septiembre de 1973. Ya estaban en curso proceso de polarización, como aquellos que se manifestaron en la formación de Patria y Libertad y en el asesinato del General Schneider. Pero no se había llegado a una crisis terminal del sistema legal de regulación de conflictos.

## 2.- Las contradicciones de la línea de la Unidad Popular y los problemas generales de dirección

### A.- LA IMPORTANCIA DE LA DIRECCIÓN POLÍTICA

Inicialmente la Unidad Popular tenía, más allá de diferencias de perspectiva y de línea política-coyuntural entre los partidos, un discurso común. Se sintetizaba en la tesis de que el “gobierno popular” representaba la oportunidad de conquistar el poder desde dentro del Estado. Este enunciado expresa una concepción sobre la relación poder-Estado y transición al socialismo poco desarrollada por el marxismo y además sin referencia histórica.

<sup>480</sup> El 9 de octubre pobladores de izquierda se tomaron la Universidad de Chile. Manuel A. Garretón (director). Cronología del período 1970-1973, Cronología resumida, Flacso, s. f., Santiago, mimeo.

<sup>481</sup> Documentos especiales, *El caso Schneider*, Santiago, Editora Nacional Quimantú, 1972. El juez militar fue el general Orlando Urbina.



Se basaba en un supuesto estratégico, sin cuyo cumplimiento sería imposible la meta fijada. Ese supuesto era que el ejercicio del poder desde el gobierno permitiría la acumulación de fuerzas necesaria para la transformación cualitativa del proceso, concebido como un tránsito desde una situación en que se controla una parte del aparato estatal hacia el control global del Estado.

Como la Unidad Popular era una “revolución desde arriba” con intención de hacer transformaciones profundas desde dentro de la institucionalidad política, era fundamental la variable dirección política. Las contradicciones generales del desarrollo capitalista chileno (entre ellas los desajustes entre sistema político y sistema económico) se amplificaban por los efectos de un proceso de cambios a todos los niveles que pretendía poner en marcha el gobierno. Además ese proceso de cambios debía realizarse manteniendo intacto el carácter del Estado, pues sus instituciones fundamentales no podían ser cambiadas. Durante todo el gobierno de la Unidad Popular el sistema político permaneció abierto, sin que operara ninguna restricción política efectiva, ni aún respecto de las organizaciones declaradamente golpistas. Esto obligaba al gobierno a actuar dentro de un campo complejo de fuerzas, debiendo subordinar el ritmo y las características del proceso de cambios tanto a las limitaciones institucionales, emanadas de las normas pre-establecidas respecto a los procedimientos de cambio, como a las limitaciones de la correlación de fuerzas. Cualquier medida debía ser evaluada no sólo en función de sus efectos sobre el rendimiento del proceso de cambios previstos (efectos técnicos) sino, sobre todo, en sus efectos de clases. En las condiciones de un proceso de cambios acelerados y profundos, como el que se pretendía, esas limitaciones no tienen parangón histórico<sup>482</sup>.

Por lo tanto, los intentos por parte de la Unidad Popular de provocar un cambio radical enfrentaron desde el comienzo un conjunto de obstáculos estructurales. Algunos eran de naturaleza semejante a aquéllos que habían bloqueado el desarrollo capitalista en los períodos anteriores, contradicciones típicas de una economía dependiente con un desarrollo desigual entre sus estructuras. Esas contradicciones “viejas” se aceleraron durante el período por la acción de la lucha de clases, y se combinaron con contradicciones originadas por la situación nueva, que tendía a producir efectos de desarticulación.

En ese marco el factor dirección del proceso era un elemento indispensable. Una situación de cambio tan compleja, realizada en condiciones de poder institucional tan precarias y con una agudización tan intensa del conflicto social, exigía intensificar los esfuerzos de control político racional y de dirección unificada. Asignarle tanta importancia, ¿no significa alinearse en las posiciones voluntaristas del cambio social? En realidad se cae en esa tentación si se concibe la dirección política como la imposición sobre la realidad de una idea a priori sobre su devenir y no como una operación de lectura,

especialmente de la estructura de clases y de las relaciones de poder entre ellos; lectura que debe indicar lo necesario y lo posible en cada momento.

Durante los tres años de la Unidad Popular nunca se resolvió completamente el problema de la dirección. Aunque señalar esa carencia pasó a ser un lugar común, reconocido por todos, no hubo la misma coincidencia para explicar el proceso que producía el fenómeno y ni siquiera para describir sus características. Muchos insistieron, incluso desde el comienzo, en la necesidad de una dirección única y centralizada, muchos señalaron los efectos perniciosos que esa ausencia provocaba, pero el problema se arrastró durante los tres años sin solución<sup>483</sup>. Incluso no es fácil recordar un diagnóstico completo y en profundidad sobre los factores que producían esas fallas de dirección. La ausencia de un discurso explicativo convincente está directamente relacionada con la naturaleza del fenómeno que hubiera debido explicar.

#### B.- LA INCONSISTENCIA DE LAS DOS LÍNEAS

Los problemas de dirección que afectaron a la Unidad Popular estaban relacionados con un desajuste político de la alianza, la cual era originaria pero fue sobre todo progresiva. Esa crisis tuvo dos aspectos principales: 1) la existencia de una contradicción de líneas estratégicas que, a partir de un momento, se empieza a reflejar en el análisis de cada coyuntura, y 2) la incapacidad de cada una de las tendencias de establecer su predominio o su hegemonía. Se tratara de demostrar que el segundo aspecto fue tan importante como el primero, adquiriendo incluso, algunos momentos, un papel decisivo.

En primer lugar se caracterizarán sintéticamente cada una de las dos líneas. Para hacerlo habrá que descartar los discursos textuales, pues todos ellos tienen necesariamente aspectos ideológicos excedentarios que es difícil separar del núcleo esencial. Se intentará entonces reconstruir una lógica de pensamiento.

El primer enfoque es aquél cuyo esfuerzo teórico central era señalar los aspectos singulares del proceso chileno, entendido éste como una forma original de tránsito hacia el socialismo. La singularidad postulada era la posibilidad de un proceso “institucional” o desde dentro del sistema político de democracia representativa liberal. Las características del régimen político y de la lucha de clases habían hecho posible en Chile copar la dirección del órgano principal del Estado burgués. Ese era el hecho esencial y específico, el que hacía posible (como apuesta) la utilización del poder adquirido para acumular fuerzas, mediante la realización de un programa que pretendía combinar medidas democráticas, nacionales y “socialistas”.

<sup>482</sup> Carlos Marx, *El capital*, Fondo de Cultura Económica, 1958. Ver Tomo Primero, cap. XXIV; Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Beacon Press, México, 1968.

<sup>483</sup> Ver por ejemplo MAPU, *El primer año de gobierno popular*, Ed. Roda, 1971, y *Nuevas Tareas para el Gobierno Popular (Acuerdo de El Arrayán)*, Ed. De Frente, 1972.

El gobierno de la Unidad Popular abría la posibilidad de un tránsito institucional, mediante un proceso que iba del copamiento del gobierno al copamiento sucesivo de acuerdo a reglas preestablecidas de los otros órganos del Estado. ¿Había un salto y para dar el salto se debía afrontar la ruptura del Estado burgués? En realidad sobre este tema, el del momento decisivo, hay un silencio, un silencio culpable. El Partido Comunista, el agente principal de una línea de tránsito institucional, puso énfasis sobre todo en la necesidad que el “gobierno popular” fuese eficiente y en la necesidad para ello de buscar la formación de un “bloque por los cambios”, una alianza más amplia, que incluyera a la Democracia Cristiana. Por lo tanto los comunistas fueron firmes partidarios de superar el marco de decisiones extraparlamentarias (táctica de los “resquicios legales”) porque ese esquema impedía la formación de una alianza que garantizara la estabilidad y la eficiencia del “gobierno popular”<sup>484</sup>. Nada o poco digo sobre la continuación del proceso que gatillaba la Unidad Popular.

La idea de una etapa democrático-nacional dentro del proceso de la revolución socialista era “clásica” en la literatura estratégica marxista internacional y nacional. En realidad, el Partido Comunista había afirmado desde 1933 la necesidad de una etapa intermedia de carácter democrático-nacional<sup>485</sup>. Sin embargo lo propio de la política de la Unidad Popular era ir más allá. El asunto clave no era afirmar la existencia de una etapa previa al socialismo sino la posibilidad de un “tránsito institucional”. Esa profundización solo está desarrollada por el Partido Comunista en lo relacionado con la política de alianzas, aunque de ella se puede deducir que no veía posible una estrategia de grandes reformas llevada adelante por una minoría. Sin embargo los argumentos esgrimidos son más estratégicos que teóricos. En vez de insistir en el papel de la construcción de hegemonía se insiste en criterios de realidad, de manera que la alianza con la Democracia Cristiana aparece como concesión táctica. Esto aparece con claridad en la fórmula del tren que utilizara Luis Corvalán: llega a Puerto Montt pero algunos pasajeros pueden bajarse antes<sup>486</sup>.

Pero esas insuficiencias del Partido Comunista hubiesen tenido menor importancia en el desarrollo de la Unidad Popular si el viraje hacia la derecha del gobierno democratacristiano en 1967 (marcha lenta en las reformas) y el surgimiento de un movimiento

insurreccional influido por Cuba, no hubiesen profundizado en el Partido Socialista un análisis diferente sobre el carácter de la revolución chilena, que ya existía desde 1957 y si, además, no hubiese existido el MIR.

Ese otro tipo de línea coexistente se construyó sobre la idea de superar el gradualismo y sobre la necesidad de “saltar” rápidamente adelante<sup>487</sup>. Esa tesis no niega, por lo menos en sus versiones más consistentes, la singularidad del proceso chileno, resultado del control alcanzado sobre el gobierno dentro de un Estado que conservaba su naturaleza de clase anterior. Pero definía un programa cuyo énfasis estaba puesto en los aspectos socialistas, los cuales –durante un tiempo– significaron la constitución sin concesiones del APS, y más adelante el desarrollo inmediato del “poder popular”, alternativo al Estado<sup>488</sup>.

Este tipo de análisis, que afirmaba el carácter ya socialista de la etapa, no postulaba –por cierto– que el Estado burgués ya había sido destruido. Pero su estrategia era profundizar al máximo el programa, en sus aspectos menos aceptables par el sistema, con el objeto de llevar de ese modo las contradicciones a su grado máximo y producir las condiciones de su resolución en el corto plazo<sup>489</sup>. Esa perspectiva no consideraba la compleja situación que enfrentaba la Unidad Popular como fuerza gobernante dentro de un sistema institucional que la trababa por efecto de la correlación interna de fuerzas. Por otra parte, la viabilidad política de esta línea en los momentos iniciales del proceso (y solo en esos momentos) puede considerarse aceptable al nivel hipotético. Sin embargo, justamente entonces ella no estaba lo suficientemente desarrollada.

Esta rápida mirada permite constatar: 1) inconsistencias de la línea del tránsito institucional, sobre todo silencio ante la imposibilidad de conseguir apoyo del centro, lo que ponía en jaque la estrategia, 2) ahistoricidad de la línea izquierdista que analiza de un modo abstracto, principista y general la coyuntura de la lucha de clases; 3) expansión de la dualidad estratégica justamente en el momento en que se aceleraba la crisis social.

Sin embargo, como se ha dicho, la existencia de una dualidad de línea no habría significado problemas tan graves si alguna de las tendencias hubiera podido imponer su lógica de pensamiento sobre las otras y realizar una política consistente. Sucede lo contrario, priman las tendencias al eclecticismo, a la conciliación permanente entre los dos enfoques. Uno de los efectos de este modo de combinación de tendencias contradictorias

<sup>484</sup> Las mejores expresiones teóricas de esta tendencias son: Joan Garcés, entre otros artículos: “Estado burgués y gobierno popular”, *Cuadernos de la realidad nacional*, diciembre de 1972; José Antonio Viera Gallo, “El segundo camino hacia el socialismo: aspectos institucionales”, en *Cuadernos de la realidad nacional*, diciembre de 1972; Sergio Ramos, “Capitalismo de Estado, dependencia y transición al socialismo”, entrevista de la Universidad Técnica, abril de 1972. También Eduardo Labarca, *Corvalán 27 horas*, Ed. Quimantú, 1972; Jorge Insunza, “Nuevos problemas tácticos”, *Principios* N° 138; MAPU, *El carácter de la Revolución Chilena*, 1970, Santiago, s. e.

<sup>485</sup> Luis Corvalán, *Camino de Victoria*, Santiago, Impresora Horizonte, 1971. Este libro contiene artículos y documentos que cubren el período 1964-1970.

<sup>486</sup> Se trata de un vacío decisivo, cuyo análisis atraviesa este libro.

<sup>487</sup> Respecto a las expresiones técnicas de esta línea: Manuel Castells, “La lucha política de clases y la democracia burguesa”, CIDU, *Documento de Trabajo* N° 60; Hugo Zemelman, “La significación del poder popular”, en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, julio 1973.

<sup>488</sup> Para un esbozo de crítica del concepto, tal cual era utilizado: Segundo Funés, “La dualidad del poder”, en *De Frente*, N° 13, octubre de 1972. Sobre el uso leninista del concepto, ver: Lenin, *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, Tomo IV, Obras Escogidas, Ed. Cartago y en general el Tomo IV.

<sup>489</sup> En general los análisis izquierdistas del período se basan en Milles Wolpin, “Factores estructurales que impiden el triunfo de la Unidad Popular”, *Revista Pensamiento Crítico*, 1970.

fue el erratismo de las políticas aplicadas y, por último, la existencia de una especie de empate que paralizó la acción del gobierno, dejándolo aislado políticamente y cercado institucionalmente.

Esta ausencia de una hegemonía efectiva estuvo relacionada con dos factores: 1) la importancia asignada por el Partido Comunista y el Partido Socialista a su alianza y, 2) el rol asumido por Allende en las luchas internas del frente. Los dos principales partidos le daban una significación estratégica a su unidad, subordinando a ella los problemas de conducción del bloque. Ese factor le impidió al Partido Comunista, donde existía cohesión en torno a una línea, impulsar hasta el final medidas consistentes, por temor a debilitar los lazos con el aliado principal o agudizar sus conflictos internos, puesto que en el Partido Socialista se enfrentaban por lo menos dos grupos. El segundo factor estuvo relacionado con el rol de conducción asumido por Allende. Este, cuya propia visión del proceso coincide con la tendencia aliancista, por tanto negociadora, asumió sin embargo un papel de arbitraje, sacrificando casi siempre la consistencia a la preservación de la unidad y a la cohesión interna del frente.

Tomando como criterio de periodización la variable conflictos de la línea política pueden distinguirse dos momentos históricos. Desde noviembre de 1970 hasta principios de 1972 la situación se caracterizó por una homogeneidad general de línea política con contradicciones fuertes pero que no ponían todavía en jaque la gobernabilidad límite, aunque afectaban la capacidad de tomar decisiones a su debido tiempo. Pero ya en junio de 1972 se originaron dos confrontaciones muy graves, una a propósito del fracaso de las conversaciones con la Democracia Cristiana destinadas a conseguir acuerdos negociados sobre el Área de Propiedad Social (en adelante APS), la otra a propósito del cambio de la conducción económica (Plan Millas), decisión postergada desde septiembre de 1971, cuando aparecieron los primeros síntomas de desabastecimiento<sup>490</sup>. Las polémicas generadas permiten leer en sordina la contradicción que se agudizó más tarde (octubre de 1972) y que significó una ofensiva general contra el supuesto reformismo del gobierno por parte de los sectores “izquierdistas”.

Pese a que en la primera fase existió unidad general, el período no se caracterizó por una dirección política consistente. El ejemplo de la acelerada y riesgosa constitución del APS permite ilustrar esa afirmación. Este tema tuvo durante todo el período una significación casi mítica, pues encarnó para muchos (o para todos) el carácter revolucionario del proceso. El énfasis programático estuvo puesto en la construcción de esa área, como si se pensara que el requisito único o principal de existencia del socialismo era la propiedad estatal de los medios de producción. Para impulsar esa política se minimizaron los temores respecto a los efectos de desarticulación del sistema económico o respecto

a los efectos ideológicos sobre las capas burguesas no monopólicas. Pero además, se descartó también la necesidad de modificar la legalidad vigente, asegurando con ello el saneamiento del APS. El argumento fue que la flexibilidad del sistema legal chileno permitía operar este tipo de transformaciones acudiendo a ciertos residuos legales arqueológicos, remanentes de la frágil “República Socialista” de 1932<sup>491</sup>. El relato revela una curiosa concepción idealista respecto al predominio de la forma jurídica sobre la correlación de fuerzas. Esa confusión se amparaba en la impotencia coyuntural demostrada por la derecha para retener la ofensiva, aunque –en realidad– ese fenómeno de inercia política opositora era efecto de una debilidad puramente episódica, que a fines de 1971 ya estaba siendo superada.

El eclecticismo que pone en evidencia el ejemplo, no se explica solo por el análisis de las tendencias de uno u otro personaje político. Su raíz es la inconsistencia teórica y política de la línea negociadora, cuya explicación remite a la crisis teórica de la izquierda chilena en 1970, es decir cuando el Partido Comunista impone la línea de la Unidad Popular contra la tesis socialista del Frente de Trabajadores o la tesis mapucista del Frente Revolucionario<sup>492</sup>. Entonces el Partido Comunista enfrentó fuerzas que le impusieron condiciones desde el punto de vista del programa, obligándolo a ceder en algunos puntos esenciales. Pero esto no sucedió solo por efecto de la correlación de fuerzas sino también porque no tenía un análisis alternativo que diera cuenta de los fracasos sucesivos del reformismo y que cuestionara la tesis de moda sobre la inviabilidad de un desarrollo que no fuera socialista. En ese contexto, el Partido Comunista no se encontraba políticamente capaz de legitimar una tesis que sería catalogada de reformismo, con el resultado de aislarlo dentro del frente como sospechoso de revisionismo.

Pero además hay otro factor. El proceso de la Unidad Popular fue vivido espontáneamente como socialista, exigiéndose de él resultados y medidas rápidas que prefigurarán el futuro. Esta conciencia espontánea no fue dirigida ni regulada, pero se transformó a la larga en una especie de ideología semi-oficial. Nadie se atrevería a confesar con voz demasiado alta que el proceso no podía tener un carácter inmediatamente socialista. El elemento agravante era que esa vivencia espontánea generaba demandas, pero no era capaz de producir valores socialistas (disciplina, sacrificio por el futuro, solidaridad). Su contenido efectivo significaba la exacerbación de las expectativas, dentro de una situación con componentes míticos, donde todos los deseos y reivindicaciones secularmente postergadas eran imaginariamente resueltos. Se trataba, por cierto, de ilusiones voluntaristas pero ellas tenían el prestigio casi sagrado de surgir de las masas.

<sup>491</sup> A propósito de este tema, ver Eduardo Novoa, “El difícil camino de la legalidad”, en *Revista de la Universidad Técnica*, abril de 1972.

<sup>492</sup> Sobre esa polémica, ver Carlos Cerda, *El leninismo y la victoria popular*, Ed. Quimantú, 1971. Especialmente la segunda parte.

<sup>490</sup> La posición de Orlando Millas, defensor de una política de “consolidación”, está planteada en su artículo, “La clase obrera en las condiciones del Gobierno Popular”, *El Siglo*, 6 de agosto de 1972.

Para visualizar más de cerca algunos de los aspectos de la historia ideológica del período es interesante hablar de un caso sintomático, la evolución interna del MAPU<sup>493</sup>. Este es el primero de los partidos integrantes de la Unidad Popular que surgió con un discurso de ruptura con lo que se denominaba el reformismo. La ideología inicial de aquel grupo se constituyó cuando todavía estaba dentro de la Democracia Cristiana, mediante una crítica al viraje de 1967 y a los intentos de una solución capitalista de desarrollo. En ese momento plantearon como alternativa programática, la “vía no capitalista de desarrollo”, una plataforma de orientación democrática-nacional que debía realizarse mediante la ampliación hacia la izquierda de la base política del gobierno de Frei, en una fórmula parecida a la que luego esgrimió Tomic. Al escindirse de la Democracia Cristiana y constituirse como movimiento autónomo, el MAPU produjo una ruptura súbita con su propia tradición, ubicándose hasta noviembre de 1970 en una posición “izquierdista” marxista dentro de la izquierda. Esa ubicación estuvo determinada por razones tácticas, entre ellas la necesidad política de encontrar una especificidad diferente de la de ser cristianos, pero también expresaba la típica crisis de identidad de los grupos escindidos del reformismo. En ese primer período el MAPU elaboró y desarrolló, con más insistencia que nadie la consigna del Frente Revolucionario, la cual recogía la idea socialista de un frente de clases (formado sólo por partidos y organizaciones obreras), agregándole la exigencia de la constitución desde la base, definiendo como núcleos aglutinantes los movimientos sociales más que las organizaciones políticas. Estas últimas estaban, según los nuevos izquierdistas, contaminadas de tradicionalismo político, es decir, infectadas por su participación y convivencia dentro del sistema democrático-liberal. La incorporación inicial del MAPU dentro del frente fue importante en la definición del carácter del programa, ayudando a imponer la tesis sobre la necesidad de medidas socialistas (APS), aunque su realización dificultara la formación de un gran bloque. Más adelante el MAPU invierte un gran esfuerzo teórico en el análisis de las particularidades del proceso chileno. Así su concepción se fue liberando de las tentaciones del período a la ruptura con el Partido Demócrata Cristiano y se acercó a las posiciones negociadoras.

La conclusión es que la inconsistencia del modelo “institucional” resultaba de una combinación compleja y diversificada de factores: de insuficiencias de naturaleza teórica que impidieron su constitución como un esquema coherente y viable, utilizable en la lucha ideológica (efectos políticos de la insuficiencia teórica); de factores relacionados con la correlación de fuerzas internas en la Unidad Popular que conducían a políticas eclécticas, productos de negociaciones entre los partidos; del

<sup>493</sup> Hoy en día las únicas publicaciones accesibles (relativamente) del rico material de lucha interna de este período son: *El primer año de gobierno popular*, Ed. Roda, 1971, y *El segundo año de gobierno popular*, 1972. También: *Octubre 72. El Partido ante la ofensiva fascista*, F. edit. Barco de Papel, 1972. Ver especialmente “La crisis de Octubre y la línea proletaria.

desarrollo de una conciencia en las masas que tendía a definir el proceso como socialista y a exigir soluciones que solo serían posibles más tarde.

También esta inconsistencia generó un desfase entre la coyuntura propicia y el tiempo en que ese modelo institucional, un poco más consciente de sí mismo, intentó ser aplicado. Igual que el modelo izquierdista, el momento de viabilidad máxima era el inicial, por cuanto la aplicación de aquella estrategia reposaba sobre la posibilidad de constituir una efectiva alianza entre las organizaciones políticas que predominaban en la clase obrera y las representativas de las capas medias. Sólo este tipo de articulación de fuerzas le otorgaba sentido a ese proyecto político porque permitía aislar a quien se definía como el enemigo principal (la burguesía monopólica), anulando de ese modo su capacidad de atracción y hegemonía respecto a los sectores medios. Sin embargo, en vez de estimularse conscientemente las condiciones (o prerequisites) del modelo en ese período inicial, se crearon hechos que lo dificultaban o simplemente lo hacían imposible. Lo más significativo de este terreno fue 1) la falta de preocupación por otorgarle seguridad ideológica a los sectores medios, eliminando los factores (muchas veces coyunturales) que agudizaban su sensación de inseguridad o de pánico por el futuro y 2) el tratamiento inadecuado respecto a la Democracia Cristiana, representante político de esos sectores. Los efectos de estas carencias se hicieron sentir en agosto de 1972, cuando el Partido Comunista impuso una política económica alternativa a la de Pedro Vuskovic, que buscaba el restablecimiento de las condiciones de una alianza con las capas medias. En ese momento el intento ya era tardío y estaba condenado al fracaso porque toda la posibilidad de articular una alianza con los sectores medios requería 1) que la Democracia Cristiana mantuviera su influencia efectiva en esos sectores y 2) que la Democracia Cristiana hiciera de mediador entre el gobierno y ellos. Ambas cosas eran ya difíciles, porque entonces la derecha disputaba activamente ese campo de influencia.

Uno de los aspectos principales de la inconsistencia del modelo institucional se expresó en el énfasis o núcleo central del programa para los primeros meses del gobierno, esto es, cuando la coyuntura política era más favorable<sup>494</sup>. Como se ha señalado la ofensiva principal de la Unidad Popular estuvo concentrada en las transformaciones económicas y en particular en la creación del APS. Esta elección coincidía perfectamente con el clima ideológico de esos meses. La expropiación de los monopolios era percibida como aquello que le daba a la Unidad Popular su significado revolucionario, por tanto el desarrollo de esas medidas o su apresurada programación, permitía hacer coincidir la política aplicada con las esperanzas difusas de las masas o con las esperanzas de sus dirigentes, creyentes fervorosos de que así aseguraban la irreversibilidad del proceso.

<sup>494</sup> Este aspecto también está indicado en Manuel Castells, op. cit.

En realidad la elección de ese campo de batalla representó, desde el punto de vista estratégico, un grave problema. El factor principal fue el descarte operado, consistente en la eliminación de las reformas políticas como área de preocupación principal. Por definición la transformación socialista del Estado requiere como cuestión previa la consideración y en el mejor de los casos la “resolución” del problema del poder. Por eso, en vez de aprovechar las posibilidades todavía existentes de articular fuerzas para transformar la institucionalidad pre-existente, se prefirió operar como si ella no existiera; es decir, se actuó con la modalidad de quien tiene todo el poder y puede crear su propia legitimidad. Las consecuencias de esta elección fueron graves, pues las modificaciones de la legalidad vigente eran indispensables en la perspectiva de un programa democrático-nacional viable para Chile, el cual debía realizarse (cualquiera fuese la voluntad de los actores) respetando la institucionalidad.

Como sabemos, el desarrollo de esa línea estuvo afectada por la desconfianza hacia las características heterodoxas (diferentes de la revolución rusa, cubana o china, por lo tanto alejadas del clasicismo) que representaba el proceso chileno. Resumiendo su pensamiento crítico, puede decirse que contenía dos ideas centrales: 1) la legalidad burguesa era concebida como pura negatividad, como una camisa de fuerza que entrababa la acción de las masas y atenuaba o institucionalizaba la lucha de clases, por lo tanto no podía ser un instrumento para realizar objetivos revolucionarios y 2) el ejercicio del gobierno no permitía, dadas esas condiciones, la acumulación de fuerzas necesarias. La consecuencia racional de esas premisas debería haber sido apresurar la ofensiva, tirarla lo más temprano posible. En ese sentido la inconsistencia principal de la línea del polo revolucionario fue haber nacido demasiado tarde, puesto que su propio análisis predecía un deterioro, consecuencia del ejercicio del poder dentro del marco burgués. Cuando tomaron cuerpo las consignas sobre desarrollo del poder popular y sobre la necesidad de radicalizar el proceso, las condiciones que las podían hacer factibles habían desaparecido: oposición desunida y confusa, crisis económica todavía no desencadenada; en general, condiciones para una correlación de fuerzas favorables.

En el caso del análisis del MIR, que representaba el extremo de la tesis izquierdista, estuvo determinado en su desarrollo por la incorrecta comprensión inicial de la elección del 70 y de la viabilidad política del frente creado<sup>495</sup>. Los errores de análisis políticos cometidos en el período preelectoral y electoral produjeron como efecto un repliegue teórico momentáneo de la postura MIR.

Sin duda, las inconsistencias teóricas y políticas de las dos tendencias en pugna en la Unidad Popular facilitaron el rol asumido por Allende. Este jugaba un papel cohesionador

que consistía en presionar en nombre de la unidad y de las urgencias planteadas por el ejercicio del gobierno, con el objeto simultáneo de mantener la integridad del bloque y de resolver las diferencias. La resolución de ellas podía hacerse en dos formas. Una sobre la base de una hegemonía efectiva de una tendencia sobre la otra. La segunda, sobre la base de la reconciliación programática. En la práctica, esta última fue la pauta que se impuso. Al asignarle a la unidad un valor estratégico permanente, inmutable y absoluto, solo la fórmula de las concesiones mutuas permitía cada vez que era necesario rearticular la cohesión interna. En general era Allende el que forzaba esos arreglos.

Como se sabe, la dualidad de enfoques no era simple sino compleja: existía entre el Partido Comunista y el Partido Socialista y también existía dentro de éste último, dividido a su vez en tendencias con análisis estratégicos diferentes. A consecuencia de la contradicción de proyectos internos existente en el Partido Socialista los acuerdos sobre la línea debían ser el fruto de un compromiso intraorganizacional que permitiera a las tendencias encontrar su punto de articulación. Esa heterogeneidad del Partido Socialista constituye una clave decisiva para entender los problemas de dirección durante el período 1970-1973. La experiencia durante esa etapa, sobre todo en su fase final (marzo a septiembre de 1973), demostró que la resolución de las discrepancias de línea de la Unidad Popular debía adaptarse al ritmo y condiciones (tiempo interno) de la lucha dentro del Partido Socialista. Pero este requería de un tiempo o ritmo absolutamente incompatible con una situación crítica, de lucha de clases desencadenada. El ocaso del régimen demuestra de un modo trágico los resultados de ese manejo del tiempo condicionado por la correlación de fuerzas en su propio bloque. Allende no tuvo posibilidad de tomar una resolución política que amainara o estancara la crisis porque no se decidió a afrontar la ruptura del Partido Socialista. Temió tener que resolver las diferencias mediante la imposición de la fuerza, mediante la vigilancia y el castigo a militantes cuyo error era haber tomado en serio las esperanzas socialistas al alcance de la mano.

Ya desde septiembre de 1971, con más razón en 1972, después del fracaso de las negociaciones con la Democracia Cristiana el gobierno de la Unidad Popular intentaba una tarea muy difícil: sin ser capaz de proveerse de una dirección única, sin poder realizar la alianza de clases adecuada, sin cambiar la institucionalidad vigente o sin poder cambiarla, buscaba transformar a fondo la sociedad chilena.

Sin embargo, ¿describir de ese modo la situación significa condenar a priori a la Unidad Popular, haciéndose eco de aquellas tesis que señalaban la inviabilidad absoluta de la experiencia? En realidad lo sucedido pudo no suceder, no fue el resultado de lo dado sino de lo hecho. Por cierto que existieron desde el principio condiciones estructurales que estrechaban el campo de acción y los márgenes de maniobra. Pero los efectos conocidos, la crisis galopante que terminó en un golpe militar, no fue una consecuencia de lo inevitable. Fue resultado de aciertos de la derecha en la dirección de la lucha de clases, de la capacidad de arrastrar al partido centrista y de “fascistizar” el clima ideológico. Pero desde el

<sup>495</sup> MIR (Secretariado Nacional), “El MIR y las elecciones presidenciales”, *Punto Final* N° 104, 12 de mayo de 1975, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, Santiago-Berlín, Centro de Estudios Públicos, tomo I, 2000, pp. 274-287.

otro lado, fue el resultado de errores, entre ellos equivocaciones de cálculo respecto a los límites de tolerancia del sistema en condiciones de lucha de clases aguda. Pero sobre todo, este es el punto esencial, de errores en cuanto a la posibilidad de alcanzar por medios institucionales el socialismo entendido como un tipo de sociedad semejante a los países del socialismo real (nacionalización generalizada, “democracia protegida” que impedía la acción institucional de los enemigos del socialismo, hegemonía de la clase obrera, moral laica o rechazo de la religión, arte al servicio del pueblo, etc.), en vez del socialismo entendido según el modelo de la “vía chilena”.

En realidad el problema básico desde el punto de vista de la dirección no son tanto los desacuerdos de línea entre los partidos ni la imposibilidad de que uno impusiera su punto de vista. El problema de fondo es que no se puso en ejecución la “vía chilena”. El proceso se extravió al utilizar una fórmula extraparlamentaria para la ejecución de las reformas económicas. Avanzado el tiempo ya no fue posible enmendar el rumbo y todas las negociaciones con el centro, que eran condición necesaria para aplicar la “vía chilena”, se bloquearon.

#### C.- LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE LA DISPUTA DE LÍNEAS ESTRATÉGICAS

La imposibilidad de alcanzar niveles de dirección consistentes, que impusieran coherencia en la línea y crearan una dirección efectiva, representó la prolongación bajo nuevas formas y condiciones, de la crisis del imaginario político de la izquierda chilena del período 1964-70<sup>496</sup>. Esa crisis tiene sus raíces históricas más profundas en el fracaso de las experiencias frente-populistas que culminaron durante el gobierno de González Videla con la interdicción legal del Partido Comunista, en el fracaso de la experiencia del populismo caudillista de Ibáñez, donde se comprometieron a fondo algunos sectores del Partido Socialista. Además todas esas pesadillas del pasado entraron en fermentación después de la derrota de 1964. La atmósfera de pérdida contribuyó a que se armara en ciertos sectores un imaginario radicalizado, para el cual el fracaso era el resultado del predominio del modelo soviético de la revolución para los países subdesarrollados, importado a Chile por el Partido Comunista: alianzas con los sectores medios, disputa electoral del poder como forma única de lucha, programas democráticos-nacionales, etc.

Se desarrolla en el Partido Socialista la crítica a los “frentes de liberación nacional” y también se desarrolla una “leninización de izquierda”, inspirada en los avances de la revolución cubana y también en la influencia de cuadros trotskistas; se afirma la vigencia de los “frente de trabajadores” y se cuestiona el privilegio absoluto de las elecciones<sup>497</sup>.

<sup>496</sup> Un importante estudio sobre esa crisis es: Raúl Ampuero, *La Izquierda en Punto Muerto*, Ed. Pla, 1969.

<sup>497</sup> Carlos Altamirano, “Chile al borde de un colapso”, Entrevista en *Punto Final* N° 93, en Víctor Fariás, *La izquierda chilena (1969-1973)*, Santiago-Berlín, Centro de Estudios Públicos, tomo 1, 2000.

El MIR, que se ve como la “nueva izquierda”, se suma a esta política de cuestionamiento del camino chileno, refregando a través de *Punto Final* el peligro del “ilusionismo electoral”.

Ese proceso de cuestionamiento de las políticas comunistas estaba sin duda influido por la crisis del movimiento obrero internacional, agravada después de 1956 en adelante 1) por el descubrimiento del estalinismo y a causa de ello, por el comienzo de la erosión del papel conductor de la Unión Soviética; 2) por la pugna chino-soviética, que quiebra la unidad del movimiento comunista, y 3) por el fenómeno cubano, que redemuestra la viabilidad histórica de la vía armada y la necesidad de superar rápidamente el marco estrecho de la revolución democrática<sup>498</sup>.

Desde 1964 en adelante toma cada vez más fuerza en el Partido Socialista una crítica radical de la línea de los frentes amplios y de los programas que se limitaban a plantear tareas antiimperialistas y antioligárquicas. Ese enfoque encontró un apoyo sustancial, venido del mundo universitario: la teoría de la dependencia. Esta afirmaba la imposibilidad del desarrollo capitalista chileno (incluso modernizado o reformado), puesto que el subdesarrollo no era considerado una etapa sino un estado del capitalismo dependiente y por tanto cualquier posibilidad de desarrollo pasaba por el socialismo. Desde mediados de la década del sesenta se desarrolló una polémica sobre el carácter de la sociedad chilena y sobre su proceso de constitución, uno de cuyos temas era la persistencia de una economía agraria feudal<sup>499</sup>. Esta polémica, de apariencia inocente (por lo menos desde el punto de vista político), buscaba nada menos que socavar la base teórica e histórica sobre la que se afirmaba la tesis del Partido Comunista: la persistencia de residuos feudales producía espacio histórico a un programa reformista y modernizante, aunque con dirección obrera<sup>500</sup>.

Paralelamente se desarrolló la crítica de la vía-pacífica con el refuerzo teórico Debray<sup>501</sup>. Sobre todo en este caso se procedió por la vía de la importación, sin hacer un esfuerzo para pensar las condiciones específicas de la lucha de clases en el marco de un Estado capitalista con cierto desarrollo. Las condiciones generales del período 1964-1970 permitieron que esa doble crítica de la estrategia llamada “reformista”, aquella que afirmaba la necesidad inmediata del socialismo y aquella que señalaba la necesidad de la vía armada, empezara a tomar cuerpo y a provocar efectos políticos.

La situación ideológica del período marcada por el auge del imaginario izquierdista produjo como resultado que la experiencia demócrata cristiana fuera juzgada, por el mismo Partido Comunista, como un puro intento retrasado, que aparece cuando ya habían

<sup>498</sup> Fernando Claudín, *La crisis del Movimiento Comunista Internacional*, Tomo 1, Ed. Rueda de Ibérica, 1970.

<sup>499</sup> Para un comentario crítico sobre esta polémica: Ernesto Laclau (h), “Feudalismo y capitalismo en América Latina”, en *Sociedad y Desarrollo*, N° 1, enero-marzo de 1972.

<sup>500</sup> Un libro de un economista comunista contemporáneo que caracteriza de ese modo la formación social chilena: José Cademártori, *La Economía Chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1966.

<sup>501</sup> Régis Debray, *La Revolución en la Revolución*, Santiago, 1967, Ed. Punto Final.

fracasado otras de su mismo tipo general. Era sin duda el experimento reformista más avanzado y también más radical pero encontraba a los partidos de izquierda vacunados por sus experiencias históricas. Entonces el gobierno de Frei no fue apreciado en sus aspectos progresistas sino en sus insuficiencias, como un último episodio de un ciclo que ya debía haber concluido. La ausencia de colaboración entre el gobierno de Frei Montalva y la izquierda durante su gobierno presagia lo que va a pasar más adelante. No hubo un “bloque por los cambios” que agrupara a todos los sectores progresistas durante el gobierno de Frei. El reformismo del centro terminó girando en banda y perdiendo radicalidad. Y la izquierda se separó profundamente del centro, al cual ve como “la otra cara de la burguesía”, sin apreciar sus esfuerzos de reforma.

Las dos líneas estaban vigentes cuando empezaron las negociaciones para la constitución de la Unidad Popular. Ellas se enfrentaron durante ese período preparatorio en dos terrenos principales: la amplitud del frente (participación del Partido Radical y a través de él de los grupos medios) y el carácter del programa (problema de las medidas “socialistas”). La resolución de esas contradicciones de línea tomó la forma de la transacción mutua. El Partido Comunista aceptó una conciliación táctica, pensando que el realismo haría que se mitigaran las medidas que más podían dificultar un gran bloque por los cambios. A su vez sectores del Partido Socialista actuaron con el mismo criterio, pero buscando resultados opuestos. Estaban seguros de que el proceso demostraría que por el camino electoral no se avanzaba en la resolución del problema del poder.

Para conseguir lo que el Partido Comunista buscaba era indispensable caracterizar de manera adecuada las tareas de un “gobierno popular”, de manera que fueran compatibles con la creación de un gran “bloque por los cambios”, condición del tránsito institucional. En vez de eso se aplicó una política de concesiones, cuya máxima expresión fueron las reformas económicas realizadas fuera del Parlamento, utilizando un recurso legal excepcional. Esa táctica cobró su precio, anulo en la práctica la “vía chilena”. Las medidas antimonopólicas, incluyendo entre ella las expropiaciones, eran posibles, pero a condición de haber creado un frente político adecuado, que hubiera permitido hacer efectiva la alianza con las capas medias no monopólicas y con los sectores medios en general. Y eso significaba alianzas con los representantes políticos legitimados de esos sectores, realizadas antes que estos (por la agudización de la crisis) perdieran la capacidad de representarlos.

### 3.- Las relaciones entre la Unidad Popular y las capas medias

La política, en especial en el período 1964-1973 se realizaba bajo supuestos clasistas y se analizaba con esas categorías; ellas circulaban como moneda corriente. Por eso se puede decir con propiedad que la posibilidad efectiva de un programa de tránsito institucional y por ende la viabilidad política de la Unidad Popular, se basaba en la alianza con los sectores medios. El supuesto era que la posibilidad de un bloque por los cambios, implicaba una alianza entre el pueblo representado por la Unidad Popular y las capas medias representadas por la Democracia Cristiana. La hipótesis, pese a su carácter discutible, era aceptada, formaba parte de las premisas con las que actuaba la política.

El análisis de la crisis de octubre de 1972 permite conocer el proceso de radicalización política de las capas medias, que se expresa en el terreno político en el vaciamiento del centro y su pendulación hacia la derecha. Octubre de 1972 fue, desde este punto de vista, un grito de alarma.

Sin embargo, ninguna de las amenazas que llevaron a las capas medias a la movilización contra Allende se desprendían o deducían directamente del programa escrito de la Unidad Popular. Todo lo contrario, una lectura sin segunda intención no encontraría allí argumentos para temer por el futuro inmediato. Ese programa estaba construido sobre la afirmación de la compatibilidad de intereses entre las capas medias y la clase obrera durante el período del “gobierno popular”. El análisis que allí se hacía era extraordinariamente explícito respecto a los sectores medios capitalistas no monopólicos y de la pequeña producción mercantil. Respecto a ellos se señalaba una base de intereses en común con la clase obrera, base creada por las contradicciones que el propio desarrollo capitalista había generado entre esas capas medias y la llamada burguesía monopólica. Incluso se diseñó una política orientada a satisfacer los intereses inmediatos de un segmento de esos sectores, otorgándoles créditos preferenciales que los liberaban de la tutela del capital financiero y que les permitiría aprovechar la expansión económica derivada de la política económica aplicada.

Pero, hasta agosto de 1972 la Unidad Popular vivió en la ilusión –por lo menos pública– de la viabilidad de la tesis, expresada en el programa, respecto de la alianza con las capas medias. Por cierto que desde temprano aparecieron algunas dudas. Por ejemplo se criticaron las actitudes que tomaban algunos colegios profesionales (médicos) o se indicaba la responsabilidad de los comerciantes en general (también pequeños y medianos) en el desabastecimiento y la especulación en desarrollo. Aunque los datos empíricos que revelaban desajustes eran múltiples y abrumadores, en general se atribuían esos defectos a algunas fallas reparables. Se decía, la alianza no estaba funcionando pero era todavía viable. Persiguiendo esa viabilidad, el llamado “Plan Millas” buscó producir efectos favorables en las capas medias. Para todas esas especulaciones y previsiones estallaron estrepitosamente con ocasión de la crisis de octubre de 1972.



## 4.- Octubre de 1972

### A.- LOS OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO

El análisis de esa crisis, generada por un movimiento social de clases medias, es muy importante. Esa crisis fue un escenario donde se representaron los principales problemas que interesa estudiar respecto a las capas medias y su relación con la Unidad Popular.

El primer punto de estudio son las características generales del movimiento en cuestión. Uno de los rasgos principales fue el carácter de movilización pro autoritaria. Esa denominación ya fue en octubre de 1972 motivo de escándalo y polémica, porque no todos perseguían ese objetivo. Sin embargo el término calza perfectamente con las características de quienes terminaron dirigiendo el movimiento de octubre. Tal como es utilizada la noción de autoritarismo implica la movilización de la clase media por parte de las fracciones burguesas dominantes, para defender el status quo, usando métodos y procedimientos que sobrepasaban el esquema democrático-liberal, lo que representaba un anuncio indirecto del deseo de reemplazar el viejo modelo por instituciones estatales que limitaran el pluralismo político<sup>502</sup>. Octubre significó el estreno en sociedad de una ideología y de un movimiento social cuyo centro era la crítica a las ineficiencias de la democracia liberal. Esta era considerada un tobogán por el cual “la nación se deslizaba o precipitaba hacia la decadencia”, en este caso hacia el estatismo generalizado o hacia el socialismo.

Se ha dicho que, en el período que se estudia, la aspiración autoritaria no era compartida por todo el frente opositor. En su discurso público la Democracia Cristiana definía el movimiento social como una respuesta de continuidad con el esquema liberal de la lucha política. Para ella el movimiento de octubre solo buscaba obligar a los gobernantes a rectificar-negociar. Según decían, se trataba de desencadenar el mecanismo clásico del juego político liberal, la presión de grupos que hacían valer su fuerza para condicionar las conductas de quienes detentaban la autoridad legal.

Pero aunque los objetivos de los componentes del frente no eran homogéneos, el movimiento lo fue en su conjunto. ¿Por qué? El punto central del razonamiento es que el contenido autoritario del movimiento se expresaba en los métodos y procedimientos utilizados. Su uso revelaba el estado ideológico de las clases participantes y a su vez servía para desarrollar y amplificar esas condiciones ideológicas. El despliegue de un movimiento como el que se estudia requería que se hubiera alcanzado un determinado estado de la conciencia política. Requería que las clases en acción reconocieran en la práctica (aunque no lo hicieran en todos sus discursos) que el sistema liberal o sus métodos eran ineficaces para combatir los peligros que lo asediaban. En este caso concreto había sido

necesario que se extendiera e internalizara la idea que la ilegalidad e ilegitimidad de los gobernantes obligaba a los opositores a utilizar cualquier medio para derrotarlo, poniéndose en duda de ese modo los cimientos de la racionalidad democrática. El clima que creó implicaba el desarrollo de una conciencia justificadora de posiciones maniqueas y fanáticas. Para conseguir eso fue necesario poner en marcha un movimiento que llevara hasta su máximo límite la acción opositora, que desafiara a la autoridad constituida, que la obligara a radicalizarse ella también para así fortalecer la cohesión férrea de los opositores, convencidos cada vez más del maquiavelismo del otro, porque empezaban a sentir en carne propia la coacción legal previsible.

No todos los participantes querían el golpe en ese momento, ya que algunos solo buscaban deteriorar políticamente al gobierno; además los que deseaban el golpe no estaban totalmente de acuerdo con sus características. Pero para cumplir sus objetivos explícitos, unos y otros requerían formas similares de acción. Todos necesitaban generar un movimiento social como el de octubre, utilizando métodos y procedimientos que llevaban la lucha de clases hasta límites extremos. El drama político de aquéllos que solo querían presionar o todavía pensaban en un golpe de corta duración, que resquebrajara pero no aniquilara el esquema liberal, era que el desarrollo de su táctica requería hacer madurar el mismo tipo de conciencia ideológica que los que buscaban una dictadura estable.

### B.- FACTORES GATILLANTES

Dentro de ese cuadro, tratar de captar las condiciones que hicieron posible un movimiento social como el de octubre (o sea, estudiar la génesis de la coyuntura) constituye una tarea de máxima importancia. Esas pre-condiciones fueron de naturaleza económica, ideológica y política. Las tres no pueden ser entendidas como reacciones mecánicas sino como el resultado de la lucha de clases en acción, donde cada fuerza buscaba conseguir ciertos objetivos poniendo en práctica un plan de acción.

Uno de los factores que posibilitaron la crisis de octubre fue el avance de la desarticulación de la economía cuyos primeros signos extremos (escasez, colas) aparecieron a fines de 1971. Esos efectos fueron, por una parte, resultado del agotamiento del modelo aplicado (expansión sobre la base de copamiento de la capacidad ociosa) pero también fueron resultado de la acción política opositora que le negó al gobierno los instrumentos de acción necesarios, por ejemplo los medios financieros.

Lo importante es señalar los efectos que la crisis de funcionamiento creó en la relación Unidad Popular-sectores medios. Por un lado, el esquema desabastecimiento-inflación golpeó económicamente a los grupos empresariales de los sectores medios (pequeños empresarios) que empezaron a tener dificultades para la reposición de stock y que se veían asediados por una demanda que les convenía diferir. Por otro lado les creó zozobra económica, los hizo sentir el porvenir como incierto, sin saber que haría el

<sup>502</sup> Para conocer el pensamiento del fascismo doctrinario: Pablo Rodríguez Grez, *Entre la Democracia y la Tiranía*, Santiago, Imprenta Printer Ltda., 1971.



gobierno en el futuro inmediato, temiendo que se radicalizara para superar la crisis. Más duramente aún golpeó el par desabastecimiento-inflación a los grupos asalariados de las clases medias, cuyos salarios fueron afectados y se vieron inmersos en la lucha por el abastecimiento.

Pero quizás para todos ellos el factor principal fue la sensación de una dirección económica dual o errática. En este período se hicieron sentir con dureza los efectos de la carencia de una dirección política centralizada y coherente, capaz de articular un programa totalizante.

La crisis económica que se hacía cada vez más intensa creó condiciones objetivas para que cobrara cuerpo la ofensiva ideológica de la oposición. Ella había sido permanente durante el período, pero tomó en la fase agosto-octubre una intensidad especial. La campaña desencadenada politizó la crisis económica y colocó en su centro el problema de la ilegalidad-ilegitimidad, tratando de mostrar que el gobierno pisoteaba la Constitución, permitía la violencia y además era ineficaz. Por ese tiempo apareció con fuerza la idea de una ineficacia racional y maquiavélica. Como se señalaba antes, con esa idea se buscaba crear una conciencia primitiva de rechazo, cuyo elemento constitutivo era la tesis de las intenciones demoníacas del otro y su potencia temible.

Esta ofensiva opositora no tuvo en el período de génesis una contrapartida eficaz en el gobierno porque no se dio a la lucha ideológica el rango de un problema principal. No se captó que esa carencia permitía consolidar la hegemonía ideológica efectiva de la “gran burguesía”, cuyos análisis, puntos de vista e intereses aparecían dotados de universalidad y se entronizaban como discurso común denominador de todos los que luchaban contra el gobierno. Esta capacidad de atracción ideológica era facilitada por la práctica política de la Unidad Popular, en parte por algunas medidas aplicadas, pero por sobre todo por una línea general de acción y por un estilo.

La ideología de las capas medias aparecía centrada, al nivel explícito de su discursividad, en el binomio legalidad-democracia. Aunque esos enunciados no representaran los aspectos movilizadores reales eran, por lo menos, aquéllos por los cuales las clases medias aceptaban aparecer luchando. El problema fue que la Unidad Popular menospreció o subvaloró ese fenómeno y trató las invocaciones discursivas de los otros como hipocresía y mentira, sin comprender, por lo tanto, los mecanismos del sistema ideológico.

Las clases medias movilizadas en este conflicto luchaban por la defensa de la situación social obtenida pero a nombre de la democracia y libertad en general. La acción política opositora mostraba esas ventajas en peligro, directo o indirecto, respetando el mito ideológico de la clase media, las ideas de libertad y democracia. Para ello siempre invirtió el significado de su acción, representándola como la defensa de esos valores sagrados, aunque estuviera buscando activamente la caída del gobierno o luchando por intereses económicos.

Las clases medias se hacían eco, por otra parte, de los discursos de la Unidad Popular que les indicaban con pedagógica claridad que en la sociedad que se buscaba construir existiría hegemonía popular y que ellas, las capas medias, serían invitados de segundo nivel. No necesitaban dar curso a la imaginación para sentir sobre sí la espada de Damocles de la hegemonía obrera que la izquierda esgrimía sin recato.

El carácter abstracto del análisis de la Unidad Popular respecto de las clases medias se demuestra palpablemente en el olvido de una característica central, que eran sectores tributarios de la política, que su desarrollo como clase fue el resultado de su papel político y no el antecedente de él. Ellas dependían, más que ninguna de las otras clases, del acceso al poder estatal y por ello de la sobrevivencia de un juego político donde pudieran ser significativas.

#### C.- LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

En el tiempo transcurrido entre noviembre de 1970 hasta octubre de 1972 el Partido Nacional no pudo establecer una coalición estable con la Democracia Cristiana. Como se sabe era el más importante de los representantes políticos de los sectores medios y, simultáneamente, era una organización que expresaba a sectores obreros y campesinos. Por lo tanto aportaba el contingente de masas que era necesario para restarle legitimidad a la Unidad Popular como representante único del pueblo.

Una organización política con las características de la Democracia Cristiana, enfrentada a la agudización del conflicto social provocado por el triunfo de la izquierda se encontraba presionada permanentemente por exigencias contradictorias. Por un lado su populismo ideológico la arrastraba a mirar con simpatía el programa de la Unidad Popular, por otra parte su alternativismo y las condiciones tácticas la empujaban a formar frente con la Derecha y a disputarle la dirección. Por ello, la conducta de la Democracia Cristiana durante el período, tendió a ser la típica de una organización extero-dirigida, que debía subordinar su línea al diagnóstico vigente sobre el estado de conciencia de la masa representada, en este caso las capas medias. Para obtener la dirección del frente opositor ese modo de adaptación era necesario, puesto que la Democracia Cristiana empezó a percibir que la masa clase media y más en general la masa por ella movilizada era cada vez más hostil a la Unidad Popular. Esta, en una previsible reacción frente a la agudización del conflicto, se fue rechazando.

Hasta octubre ese proceso de rechazación de su clientela, que ponía a la Democracia Cristiana en un callejón con salidas estrechas, no estaba todavía completo. Pero ya existían síntomas peligrosos. En diciembre de 1971 la derecha había demostrado que era capaz de desarrollar acciones autónomas, que mostraban su propia pretensión de ser vanguardia frente a una masa con crisis de identidad o abrumada por un porvenir incierto.

Por ello puede afirmarse que al cerrarse, en julio de 1972, las posibilidades de acuerdo de largo plazo entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana se cerró una etapa. Con un gobierno izquierdista, solo alguna forma de colaboración o convivencia entre esas dos fuerzas políticas le podía dar garantías a los sectores medios. Pero al imposibilitarse esa fórmula, la Democracia Cristiana no podía permanecer aislada en el centro, quedando flanqueada por una izquierda en el gobierno y una derecha polarizada. Debía intentar encabezar la lucha política en las condiciones que ésta tomaba durante el período.

Dentro de este cuadro debe insertarse el fracaso de las conversaciones sobre el Área de Propiedad Social, ocurrido en julio de 1972. Ese fracaso significó el cierre definitivo de las posibilidades reales de colaboración o de diálogo. Por cierto que las escenas de esa índole se repitieron hasta poco antes del epílogo, pero entonces tenían un carácter diferente, casi puramente ritual. Entre julio y septiembre de 1973 la posibilidad de llegar a acuerdos significaba para la Democracia Cristiana perder influencia, porque la masa opositora ya había acabado su proceso de radicalización.

#### D.- EL DESARROLLO DEL CONFLICTO

La crisis de octubre tuvo lugar, en una medida importante, para acabar de perfeccionar el divorcio entre la Unidad Popular y las capas medias y, por ende, para afirmar la unidad de la oposición. De hecho en octubre de 1972 recién se construyó el bloque opositor como una unidad; cuando el movimiento se inició, esta cohesión existía solo en germen. Esta unificación en un todo de una oposición pensionada fue consecuencia de la agudización de la lucha de clases, en parte provocada expresamente para acentuar en clima ideológico radicalizado, para expandir esa conciencia primitiva y atávica necesaria al surgimiento de la violencia autoritaria.

Esa radicalización de la masa movilizada fue uno de los factores decisivos para la estabilización de la Democracia Cristiana en la oposición. Su populismo debió subordinarse, de manera definitiva, al objetivo de dirigir el frente. A partir de entonces esa subordinación aparece como un requisito de sobrevivencia, destinado a evitar el aislamiento político y una brusca caída electoral en marzo de 1973.

El estudio de la táctica de octubre revela la importancia que le fue asignada por parte de la dirección política efectiva del movimiento a esa función de pegamento entre componentes disímiles. Para el desencadenamiento del conflicto fue necesario idear una fórmula que neutralizara las vacilaciones previsibles de la Democracia Cristiana. Para ello la derecha usó la táctica de los hechos consumados, descontando que una vez incorporada la Democracia Cristiana la misma dinámica del movimiento le impediría desertar. En el desarrollo de este plan jugó un rol importante la apariencia autónoma de los actores gremialistas desencadenantes del paro.

#### E.- LA DIRECCIÓN POLÍTICA DEL MOVIMIENTO

El análisis de la dirección política del frente opositor durante la coyuntura de octubre pone de nuevo en el tapete la distinción, tan clave en el análisis de la acción política, entre lo que los actores dicen de sí mismos y lo efectivo o real, que se expresa en las prácticas.

La crisis se originó como un movimiento gremial de clase media, cuya autonomía y apoliticismo eran realzados. Sin duda, el movimiento estaba articulado al nivel político y además favorecía los intereses de sectores capitalistas afectados. Pero la apariencia no era una pura cáscara. La forma gremial que asumió el movimiento expresaba un esquema de acción nuevo, en la cual las organizaciones económicas de clase aparecían en la superficie subordinando la acción de los partidos. Estos últimos participaban en los acontecimientos, unos desde el principio, otros más adelante, pero no podían ejercer la dirección desde el escenario.

Esta encuadre se explicaba por asuntos tácticos. El esquema permitía resolver las vacilaciones de la Democracia Cristiana y permitía ampliar el frente, dándole a las capas medias las sensaciones de ser las fuerzas sociales dirigentes y no solo las clases actuantes. Pero había algo más que acomodaciones tácticas. Aunque al final los partidos terminaron dirigiendo el movimiento, regulándolo y condicionándolo a las exigencias derivadas de los objetivos políticos de cada uno, lo hicieron en el marco de nuevas condiciones.

En octubre entraron en escena fuerzas que defendían su autonomía relativa respecto a las organizaciones políticas. La subordinación de lo gremial a lo político dejó de ser consentida a priori. Las organizaciones políticas pasaron a ser representantes precarios de la clase movilizada, obligados a merecer o ganar su papel, y no ya representantes por derecho propio.

El problema de la dirección del frente opositor está relacionado con los intereses en juego. Octubre mostró una clase media movilizada, colocada a la vanguardia de la lucha contra el gobierno. Sobre sus hombros descansaba el peso visible del movimiento desencadenado por los camioneros (sector donde se combina pequeña burguesía con mediana), sostenido por los comerciantes y por los profesionales, principalmente los médicos. Según el discurso de la Unidad Popular, el papel de los gremios y colegios profesionales revelaba una clase media bajo la hegemonía ideológica y la dirección política efectiva de algunas fracciones burguesas, aquellas que buscaban apresurar el desenlace. En realidad, existían fracciones burguesas que necesitaban resolver rápido el problema del poder, porque temían que la Unidad Popular acumulara fuerzas suficientes, por ende que el proceso de nacionalizaciones se continuara y profundizara. Pero esas fracciones fueron capaces de atraer a las capas medias hacia sus posiciones porque se había producido una convergencia de intereses. Por lo tanto el fenómeno no se puede explicar sobre la base de una interpretación conspirativa sino como el efecto de un deterioro real de la situación de las capas medias. Ese deterioro no solo era económico, consistía sobre todo en la internalización masiva de la amenaza de una posible destrucción del Estado comprometido. Ese factor

ideológico jugó un rol determinante y en su desarrollo la derecha jugó un papel decisivo. Ella creó el discurso justificatorio, ella se preocupó de estimular la pasión y la odiosidad, jugando hábilmente con las situaciones de amenaza, con los miedos ideológicos, con la capacidad maligna atribuida al comunismo.

En el movimiento de octubre la derecha, que ya era una nueva entidad donde se mezclaba el Partido Nacional, con Patria y Libertad y personalidades nacionalistas, mostró la capacidad política que había sido capaz de desarrollar en el transcurso de la lucha contra la Unidad Popular.

#### F.- LA REDEFINICIÓN DE LOS OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO

Los objetivos no fueron unívocos u homogéneos ni tampoco fueron estables a través de toda la crisis. Es fácil distinguir en las declaraciones y editoriales de prensa del período una soterrada polémica de la oposición respecto de la línea política. En ese bloque también se presentaban problemas que tenían su origen en discrepancias estratégico-tácticas. Sin embargo, los desacuerdos no alcanzaron, como en la Unidad Popular, la forma de una dualidad. El carácter no antagónico de las contradicciones permitía que la mayor parte de los actos políticos de la oposición, aún aquellos en que las tendencias pretendían la autonomía y la diferenciación, calzaran y convergieran en una misma dirección general.

Esto se observa en la coyuntura. En esa ocasión los objetivos de los diferentes participantes no eran idénticos puesto que sólo para un sector (la Derecha más Patria y Libertad) la meta explícita era el derrocamiento de Allende. Esa tendencia ya tenía una ideología autoritaria, en sentido estricto, cuyo núcleo era la idea que el esquema liberal de la lucha política debía ser superado para conseguir los objetivos de largo plazo. Esos fueron los grupos que buscaron infructuosamente articular el movimiento civil con una sublevación militar, calculando que los efectos caóticos del paro del transporte actuarían como causa desencadenante. Pero, aun esos sectores hiper radicalizados tenían objetivos mínimos alternativos, con el objeto de permitirse ajustes flexibles en el curso de los acontecimientos. Era en ese nivel donde se producían las convergencias entre las dos líneas. Lo importante además era que las metas mínimas no tenían una diferencia de naturaleza respecto a las máximas, se orientaban hacia la misma dirección. Si el derrocamiento de Allende no era posible en lo inmediato para la Democracia Cristiana, el objetivo alternativo era crear condiciones de difícil recuperación, las que permitirían aplastar a la Unidad Popular en las elecciones de marzo de 1973.

El golpe no era el objetivo que correspondía a los intereses coyunturales de la Democracia Cristiana, aunque las declaraciones públicas de la izquierda afirmaron lo contrario repetidas veces. ¿Por qué? Porque en esa época todavía estaba pendiente el problema de la hegemonía dentro del bloque. La Democracia Cristiana no había tenido una iniciativa decisiva en el origen del movimiento y en sus primeras escaramuzas, además esperaba con

optimismo el test electoral de marzo de 1973 que, según creían, permitiría revelar la impopularidad del gobierno y demostrar definitivamente su propio carácter de partido popular de masas. Para la Democracia Cristiana, en octubre de 1972 no estaban reunidas las necesarias condiciones políticas para infligirle a la Unidad Popular la derrota decisiva. Pero sí era un momento adecuado para obligarla a transacciones importantes, para debilitarla y asediarla, para comenzar un hostigamiento in crescendo. Lo que la Democracia Cristiana buscaba en la coyuntura era la agudización de la lucha de clases para obligar a la Unidad Popular a un repliegue defensivo. El objeto era impedir que pudiera continuar adelante con el programa y que consiguiera formas de ajuste o equilibrio estable.

Ya se ha anotado que esas dos líneas diferentes se superpusieron y coexistieron en lucha. Ambas líneas coincidían en un diseño táctico semejante. En ese nivel dos eran los puntos esenciales: 1) producir el máximo de efectos caotizantes y 2) usar métodos y formas de lucha que demostraran la incapacidad de la autoridad de mantener el orden. Se puede decir que octubre de 1972 fue el ensayo general de septiembre de 1973, en el sentido que Trotsky hablaba en 1917 como una repetición perfeccionada de 1905.

A su vez, la contraofensiva de la Unidad Popular estuvo basada en otros dos principios: 1) mantener la economía funcionando como fuere, lo que consiguió en una gran medida, y 2) buscar la solución del conflicto atacando el punto nodal de la coyuntura, la relación con las Fuerzas Armadas<sup>503</sup>.

#### G.- LA RESOLUCIÓN

La crisis de octubre contenía en potencia la posibilidad de un desenlace golpista, en el sentido de que ese era el objetivo consciente de algunas de las fuerzas actuantes. Sin embargo, ese objetivo era prematuro y por ello voluntarista. Su realización en ese momento hubiera significado la destrucción institucional de las Fuerzas Armadas, por lo tanto iba a contrapelo de los intereses organizacionales básicos de éstas.

Como resultado del desenlace los militares descubren sus posibilidades como fuerza política dirigente, capacidad que dependía de la mantención de la unidad institucional. Cualquier solución que produjera una división muy profunda la debilitaba, le restaba fuerzas y la sometía al juego de influencias y presiones civiles. Es posible que el dilema en cuestión no fuera vivido y percibido en octubre de esa forma, pero el desenvolvimiento

<sup>503</sup> Para un estudio sobre las Fuerzas Armadas en Chile ver: Frederick Nunn, *El profesionalismo militar chileno en el siglo XX: pensamiento y auto percepción de la clase de oficiales hasta 1973*, Santiago, Cuadernos del Instituto de Ciencia Política, marzo-abril 1976. Para un análisis de las relaciones de la Unidad Popular con las Fuerzas Armadas, desde una perspectiva teórica marxista: Manuel Castells, op. cit., y Fernando Castillo, Rafael Echeverría, Jorge Larraín: "Las masas, el Estado y el problema del poder en Chile", en *Cuadernos de la realidad nacional*, abril de 1973, N° 16.

posterior de los hechos revela que esa racionalidad jugó un papel importante. Por eso en octubre, las intenciones abiertamente golpistas de la derecha fracasaron.

Pero en ese cuadro, ¿cómo fue posible una solución sobre la base de la participación de las Fuerzas Armadas en el gobierno? En apariencia lo sucedido parece contradecir la lógica del rol político autónomo. Pero, en realidad esa participación representó en ese momento una forma de desarrollo de ese objetivo, precaria aún, pero la única posible entonces. Desde el punto de vista de los intereses propios de los militares esa fórmula les permitía jugar un rol político significativo y también compatible con las condiciones de su integridad institucional en ese momento. Permitía satisfacer, simultáneamente, aunque por razones diferentes, a todos los sectores; era por lo tanto la fórmula de consenso interno del momento.

En octubre, la derecha no abordaba correctamente el problema militar. Seguía creyendo que bastaba golpear los cuarteles o desencadenar movimientos como el de octubre para arrastrarlas tras sus posiciones. No captaba todavía que los criterios de la actuación de las Fuerzas Armadas en ese momento solo podían corresponder a un proyecto propio.

## 5.- La paradoja de la participación militar

La solución encontrada a la crisis de octubre de 1972 provocó una violenta polémica en la Unidad Popular, la cual no se aplacó hasta el final. Los defensores de la participación militar centraron su análisis en los siguientes puntos: 1) el movimiento de octubre representaba el comienzo de una nueva fase de la lucha de clases en Chile, puesto que el objetivo del derrocamiento empezó a ser visualizado, por algunos sectores, como una meta factible a corto plazo, 2) la realización de ese objetivo fracasó en la coyuntura de octubre porque no estaba resuelto el problema militar, 3) la Unidad Popular necesitaba ganar fuerzas en ese campo, que constituía el nivel crucial para la estabilidad del gobierno y por consiguiente para el desarrollo del programa, 4) la forma más eficiente de ganar fuerzas era incorporando a los militares a la tarea del gobierno<sup>504</sup>.

Las tesis contrarias veían en esa participación un obstáculo para el desarrollo de un poder popular de masas autónomo. El enfrentamiento del peligro golpista lo veían ligado a otra estrategia, cuyos puntos principales eran: 1) profundizar el desarrollo del programa, sin aceptar los límites fijados por el carácter burgués del Estado y 2) desarrollar al máximo la fuerza propia (poder de masas) para evitar de ese modo la dependencia de la defensa del gobierno del desarrollo de las contradicciones internas de las Fuerzas Armadas.

La polémica sobre la incorporación de las Fuerzas Armadas en tareas de gobierno tenía como telón de fondo la discusión sobre el carácter de clases de ellas y sobre sus

funciones en el aparato del Estado chileno. Algunos de los análisis realizados fueron una simple repetición de las tesis generales de Lenin, otros aportaban un análisis más riguroso, pero partiendo de la misma concepción general. En ese sentido, el análisis más interesante es el de Manuel Castells, en ese momento militante del Mapu<sup>505</sup>. Este partía rechazando la idea de la neutralidad de las Fuerzas Armadas, noción cuyo fundamento era la concepción revisionista de la neutralidad del Estado. Pero de esa premisa no dedujo la consecuencia clásica: las Fuerzas Armadas como un instrumento dócil de la burguesía, su “brazo armado”. Para él las Fuerzas Armadas eran las defensoras de la institucionalidad como tal más que guardianes de los intereses de la burguesía o de algunas de sus fracciones. Este análisis de las funciones de las Fuerzas Armadas en el interior del aparato del Estado chileno aportaba elementos que merecían una elaboración detallada. A partir de ellos hubiese sido posible comprender a tiempo que era imposible una colaboración estable gobierno-Fuerzas Armadas teniendo en frente una coalición burguesía-clase media, pues esas clases en alianza forzarían la redefinición de las opciones políticas de las Fuerzas Armadas, especialmente porque la Democracia Cristiana aportaba además a sectores populares activos.

Esa tesis permite entender por qué la colaboración de las Fuerzas Armadas tuvo dos momentos cualitativamente distintos. El primero duró entre noviembre de 1972 y marzo de 1973. En ese lapso se consiguió quebrar el conflicto que había paralizado al país y detener la ofensiva opositora. El segundo momento cubre el período julio-septiembre de 1973, durante el cual la participación de las Fuerzas Armadas agudizó los conflictos en vez de detenerlos. Esta diferencia de efectos se explica porque la durante la primera fase la contienda electoral de marzo de 1973 desplazó el nivel del conflicto a un terreno diferente y la participación militar fue vista como una garantía electoral. Pero durante la segunda fase los militares debieron enfrentar la rebelión abierta de gremios y partidos opositores, lo cual evidentemente aceleró al extremo sus contradicciones internas. En ese momento la participación de los militares en el gobierno de la Unidad Popular les significaba enfrentarse con aquéllos que siempre habían representado a sus ojos los valores de la institucionalidad.

Como se ve, las relaciones militares-gobierno tuvieron una lógica y estuvieron regidas por ciertas reglas. Esas pautas nunca fueron bien comprendidas por la izquierda, quien creyó más en la influencia carismática de Allende. Los hechos posteriores confirmaron que la participación militar necesitaba adquirir una forma estable, expresada en un programa que también permitiera expresar los intereses o la ideología militar, tal como fue conversado entre Allende y Prats<sup>506</sup>. En caso contrario era preferible prescindir de ella. Solo esa forma de participación, que por cierto limitaba la iniciativa de la Unidad Popular,

<sup>504</sup> El texto más explícito es “La crisis de octubre y la línea proletaria”, en MAPU, op. cit.

<sup>505</sup> Manuel Castells, op. cit.

<sup>506</sup> Carlos Prats, Memorias. Testimonio de un soldado, Editorial Pehuén, Santiago, 1987.

les hubiera permitido a las Fuerzas Armadas operar como mediadoras respecto a las clases medias, para detener su acercamiento con las fuerzas golpistas. Esta solución, que implicaba una reorganización política global, no fue comprendida por algunos sectores de la Unidad Popular. Por cierto que el problema de su viabilidad constituye una incógnita. Sin embargo, es claro que solo tuvo una hipotética viabilidad inmediatamente después de marzo de 1973, es decir, cuando el conflicto gobierno-gremios-clase media estaba provisoriamente aplacado y cuando se había despejado la incógnita electoral, de una manera bastante favorable a la Unidad Popular.

En síntesis, las relaciones del gobierno con los militares siguieron el mismo modelo que sus relaciones con las capas medias y la Democracia Cristiana. En ambos casos el desarrollo estable de esas relaciones requería la opción por la “vía chilena al socialismo”. Eso hubiera implicado garantizar formas de participación de las capas medias en el bloque en el poder, sea bajo la forma de una alianza política formal, sea bajo la forma de acuerdos programáticos puntuales.

La hipótesis general de este texto es la única alternativa viable para la Unidad Popular era la aplicación de la “vía chilena al socialismo”, con su modelo de tránsito institucional. La permanencia de una institucionalidad preexistente que no era posible destruir, porque no se tenía la capacidad militar, ni modificar a fondo porque no se tenía fuerza parlamentaria, creaba límites ineludibles, que se estrecharon en la medida que se desarrolló la ofensiva opositora, cuyo punto de máxima efervescencia hasta octubre de 1952 fue el largo paro de los camioneros, comerciantes y profesionales. El criterio de realidad, sobre el cual tanto insiste el leninismo, debió haber obligado a la Unidad Popular a actuar de acuerdo al poder adquirido, evitando las ensoñaciones ideológicas. Sin embargo, la aplicación de la línea viable enfrentó obstáculos poderosos que nunca fueron superados.

## 6.- Los obstáculos de la realización de la “vía chilena al socialismo”

En primer lugar, la factibilidad de ese modelo no fue homogénea a través del tiempo. La evolución de los acontecimientos acentuó progresivamente el proceso de fascistización o deriva autoritaria de las capas medias. Por ello el tiempo ideal para haber intentado crear condiciones políticas efectivas fue antes que se hicieran visibles los síntomas de la crisis económica y se agudizara la ruptura ideológica de las clases medias con la Unidad Popular, como consecuencia del éxito de la propaganda ideológica, de la tensión provocada por la agudización de los conflictos, de la sensación de amenaza, del deterioro de las condiciones de vida, de la crisis de octubre 1972. Ese tiempo ideal fue el principio del gobierno, incluso hasta diciembre de 1971. Junio de 1972, cuando fracasaron las conversaciones de acuerdo, hasta octubre de 1972 fue el tiempo de germinación de la crisis. Después de octubre todos los intentos de restablecer los lazos con las capas medias

constituyeron remedos o soluciones fallidas, destinadas a fracasar por la acción de condiciones objetivas. Sin embargo, cuando la posibilidad de alianza efectiva, con los requisitos que ella involucraba, era más factible se hizo imposible: 1) por el clima ideológico en que vivía la Unidad Popular y 2) por las contradicciones internas de la Democracia Cristiana.

A medida que se desarrollaba y acentuaba la crisis económica y que, por ende, la lucha de clases tomaba formas más agudas y amplias, se fue desarrollando el proceso de radicalización de las capas medias, como consecuencia de las condiciones existentes y también de la claridad con que la dirección política de la derecha comprendió el rol que esos sectores podían jugar. Ese proceso, que los convirtió ya en 1972 en masas movilizadas tras objetivos golpistas, significó una mutación ideológica de las capas medias, por lo menos de su discurso. El principal elemento mutado fue la nueva vinculación que se empezó a realizar entre la defensa del status quo, vivido como defensa de la libertad o de los valores sacrosantos, y el cambio en la forma del Estado.

En este momento del análisis es importante distinguir entre radicalización y deriva autoritaria, términos que hasta el momento se han usado como sinónimos. La segunda voz tenía como contenido preciso la aspiración del Estado autoritario mientras que la primera constituía una forma de rechazo, si se quiere extrema, a la política de la Unidad Popular, pero dentro del marco liberal. El proceso de deriva autoritaria estuvo estrechamente ligado con la desarticulación social y la crisis económica chilena. El vínculo entre ambas variables era resultante: 1) del deterioro de las condiciones de vida, que creó condiciones subjetivas favorables para la radicalización de las posiciones políticas de las capas medias y para que su crítica a la Unidad Popular involucrara al sistema político que la hacía posible, 2) de la agudización de la lucha de clases en el terreno económico, la cual aumentó la intensidad de los enfrentamientos entre ciertos grupos de las capas medias y el gobierno, 3) de la eficacia de la ofensiva ideológica de demonización de la Unidad Popular.

A partir de diciembre de 1971 ya se observaban indicios de una radicalización ideológica y política de las capas medias. Pero ese proceso solo tomó la forma de deriva autoritaria después del fracaso de las conversaciones con la Democracia Cristiana. De ese modo se abrieron las compuertas para que se desplegara la marea de octubre.

Esa deriva no era, en sentido estricto, la adhesión a una doctrina coherente que planteara un modelo corporativo de organización de la sociedad. Más bien era una posición que se fundaba en la crítica a lo popular, tal como la Unidad Popular lo formulaba, a los supuestos excesos del liberalismo político y que recurría, para sustituir el pasado, al ideal del gobierno autoritario. Esa ideología había tenido en la historia política chilena después de 1930, algunas manifestaciones larvarias y confusas: de ese carácter pre-fascista fueron algunas de las expectativas que despertó Ibáñez. El fenómeno tenía además claros antecedentes históricos externos. Por ejemplo, las relaciones entre la pequeña burguesía y el fascismo, en especial el papel que esas capas jugaron como clase-apoyo para la defensa

del orden en determinadas situaciones históricas-, habían sido investigadas, respecto a los casos clásicos de Alemania e Italia y también respecto al caso brasileño<sup>507</sup>. Esos libros circulaban entre nosotros, pero sus amenazas no fueron recogidas y asimiladas. En realidad nuestro modelo era la Rusia de 1917. Algunos llegaron a preguntarse si la coyuntura se asemejaba a 1905 o a 1917, si abril o a julio o a septiembre.

La derrota de la Unidad Popular no fue entonces la obra de una simple “conspiración” de la burguesía monopólica apoyada en el imperialismo que utilizó como brazo armado a los militares. Representó algo más grave y profundo. Fue el resultado de la capacidad de una fracción, más interesada que nadie en derrotar al gobierno, para generar un movimiento social amplio que aislaba a la Unidad Popular, exacerbaba a las capas medias socavando la ideología que sostenía el Estado liberal chileno y hacía surgir sobre sus cimientos una “ideología inversa”, que se cubrió de los propios ropajes de lo que destruía. El paro de octubre no llevó al derrocamiento pero significó una enseñanza decisiva para los sectores golpistas en dos aspectos: 1) cómo forzar a la Democracia Cristiana a unirse en un solo bloque opositor y b) qué no se debe esperar de las FFAA y cómo trabajar con ellas.

Un nudo gordiano de este proceso fueron las relaciones entre la Unidad Popular y las capas medias. Un tratamiento distinto del problema de la Democracia Cristiana por parte de la Unidad Popular cuyo requisito político era la definición del proceso como democrático-nacional o como implantación de la “vía chilena al socialismo” hubiese quizás evitado la radicalización, primero y luego la deriva autoritaria de las capas medias. Pero cuando este último proceso ya se desencadenó era prácticamente imposible crear condiciones políticas de estabilidad porque sus efectos repercutieron en las Fuerzas Armadas. Los militares se ven obligados a optar entre defender con la izquierda la “institucionalidad democrática” y enfrentar a las capas medias movilizadas, una clase con la cual tienen afinidades electivas.

Las contradicciones y ambigüedades de la Unidad Popular le impidieron realizar un gobierno democrático-nacional sobre la base de una alianza efectiva con los sectores medios. Aquello no era lo bastante, se quedaba a medio camino de la meta. Pero el modelo democrático-nacional, si hubiese sido intentado al principio, cuando sus condiciones de posibilidad estaban vigentes (inmediatamente después de las elecciones de abril de 1971) podía haber permitido niveles adecuados de estabilidad para consolidar las grandes reformas realizadas, aunque no el paso al socialismo tal como funcionaba en Cuba o la URSS. No fue así. El resultado es conocido. Parece que los mitos, en este caso el del socialismo al alcance de la mano, siempre cobran víctimas.

<sup>507</sup> Nicos Poulantzas, *Fascisme et dictature*, Ed. E. Maspero, 1970; Helio Jaugaribe, “¿Estabilidad social con el colonial fascismo?”, en Jean Claude Bernard, op. cit.

## 7.- El despliegue de la democracia de masas (octubre de 1972-septiembre de 1973)

La Unidad Popular fue el momento más democrático de la historia política de Chile. El momento más democrático, primero, por el involucramiento generalizado de los ciudadanos en política y por la posibilidad de todos de expresarse, aun aquellos que buscaban el derrocamiento de Allende.

Pero especialmente fue el momento más democrático porque los dominados, los subalternos tuvieron la posibilidad de sentirse sujetos históricos. En *La Batalla de Chile*, texto magistral, las imágenes y los discursos muestran con claridad que la Unidad Popular generaba vínculos potentes entre el pueblo trabajador, convertido en una multitud activa, en marcha pero también participante en la gestión de su fábrica del APS y, desde octubre de 1972, participante en los cordones industriales y comités comunales, espacios de discusión de base, públicos, políticos, de carácter transpartidario<sup>508</sup>.

Las luchas en el interior de la Unidad Popular se fueron amplificando y la masa militante se fue politizando. Cada vez hubo más militantes que desplegaron su capacidad de análisis y deliberación. Una gran discusión atravesó a la Unidad Popular en especial desde octubre de 1972 hasta el final. Parte de ella quedó registrada en los documentales realizados. Se puede ver, por ejemplo, un grupo de trabajadores discutiendo apasionadamente en uno de los cordones sobre el papel del poder popular. No importa tanto el contenido (que es sorprendente, en comparación con la mudez de hoy) como la toma de conciencia y el ejercicio por parte de todos de un rol dirigente, como la asunción de una identidad de clases. En esa escena se ve en acción una democracia de masas, con sus grandes virtudes y sus problemas.

La obtención de la unidad de dirección, que todo proceso de transformaciones sociales realizado en condiciones de lucha política abierta necesita como del aire, solo podía hacerse, en las condiciones de activación de un debate con alcance masivo, con la construcción de una hegemonía interna. Entre 1970 y octubre de 1972 puede decirse que la discusión estaba instalada entre las elites, entre los militantes más activos. La expansión de la democracia deliberativa de masas extiende el conflicto. En esas condiciones la obtención de la dirección única del proceso rebasaba los acuerdos transaccionales de elites, pasaba a ser una inmensa operación de discusión, un gigantesco y colectivo esfuerzo de persuasión. Eso era lo que intentaba Allende, a través de la pedagogía de sus discursos donde buscaba difundir la necesidad de una política realista y amplia, marcada por el sello democrático.

Por eso mismo fracasó la operación de división del Mapu de marzo de 1973. Ella correspondía a otra etapa, no era compatible ni con la atmósfera ni con las expectativas de una

<sup>508</sup> Patricio Guzmán, *La Batalla de Chile*, documental.

democracia de masas. Esa división, un error compartido entre los dirigentes del grupo que apoyaba una política de “consolidación” y Salvador Allende, buscaba aislar políticamente al sector izquierdista y desencadenar una operación política de realineamiento. Pero se trataba de una solución burocrática y “maquiavelista” a un problema de hegemonía<sup>509</sup>. Cuando una sociedad está viviendo la experiencia de una democracia de masas ese tipo de soluciones no tienen valor, porque en el conflicto ideológico está involucrada la forma de hacer política.

Una práctica generalizada de democracia de masas subvierte las meras prácticas de participación. En el tiempo de la Unidad Popular se vivió una pasión cívica. La política es sentido de vida, en la medida que el individuo se experimenta como actor histórico. Esa subjetivación de la política, ese reanclaje transcurrió en los intensos mil días de la Unidad Popular. El pueblo militante, el que vivió la experiencia de la democracia de masas, de la decisión en el terreno, del diálogo de igual a igual con los dirigentes, no se sentía como masa de maniobra, sino como parte del proceso colectivo de dirección. Es evidente que la localización de la política en los “cordones”, en especial después de octubre de 1972, crea las posibilidades materiales, territoriales de esa subjetividad. En el espacio local la democracia de masas es experimentada toma de decisión, es libre puesta en cuestión de las orientaciones de arriba, también es la complicidad en la tarea colectiva, aun en la diferencia.

Crane Brinton muestra que una revolución permite a la masa militante y a la sociedad entera experimentar esas situaciones límite de gran expresividad en sus primeros momentos, pero que a la larga la alegría colectiva es reemplazada por el ascetismo y el control<sup>510</sup>. En la Unidad Popular se vivió en muchos momentos la fiesta, la posibilidad de la máxima comunión, el sentirse en comunidad. Pero quizás tenga razón Brinton cuando insinúa que fiesta y drama son dos caras de la misma moneda en todo proceso vivido subjetivamente como revolución<sup>511</sup>.

## 8.- Legado de la Unidad Popular

Patricio Guzmán, ese historiador icónico de la Unidad Popular, provee la ocasión de rever, de mirar de nuevo a Salvador Allende<sup>512</sup>. Se puede verlo, a través de una toma extraordinaria, en las Naciones Unidas con ocasión de su discurso. Una de sus frases sigue

<sup>509</sup> Uso ese adjetivo reconociendo que yo mismo participé en esa operación y en su momento la consideré adecuada.

<sup>510</sup> Crane Brinton, *Anatomía de la revolución*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1942.

<sup>511</sup> Tomás Moulian, “La Unidad Popular: fiesta, drama y derrota”, en Jaime Gazmuri (editor), *Chile en el umbral de los noventa. 15 años que condicionan el futuro*, Santiago, Editorial Planeta, 1988.

<sup>512</sup> Patricio Guzmán, *Salvador Allende*, documental.

resonando: “Luchamos por construir una democracia auténtica”. Frase simple, sin retórica, que sintetiza el legado de la Unidad Popular.

Una democracia auténtica, es decir más democracia y no menos, como sería con una “dictadura del proletariado” o alguna forma de “estado de excepción”. Pero una democracia auténtica no es sinónimo de democracia representativa, porque más democracia implica que la libertad no quede confinada en la esfera de lo político. Una democracia auténtica quiere ir más allá. Propone ampliar la esfera de las libertades desde lo político a la libertad material (acceso a oportunidades equitativas), a la libertad cultural, a la participación popular en la dirección de la sociedad. Ese fue lo que planteó la Unidad Popular. Sin duda quedó en deuda, porque en vez de seguir el camino de la “vía chilena” se extravió por otros derroteros que parecían más eficientes, pero que –al final– pavimentaron el camino del brutal golpe. Pero una democracia auténtica es lo que aun Chile persigue. Lo que aun no conseguimos.

La democracia auténtica que Allende planteó en su discurso en la ONU no es neutral frente al capitalismo. En la medida misma que busca que aumente la libertad material busca la equidad social. Ello la conduce en materia de distribución a desconfiar del mercado y también del movimiento de acumulación capitalista, el cual conduce a la concentración de la propiedad y de los ingresos. Ella combate el capitalismo en nombre de la materialización de la libertad, la cual no es compatible con la opulencia ni con la pobreza.

Los objetivos de la Unidad Popular han sido olvidados. Ese es el verdadero vacío de la memoria chilena. Ello ocurre porque la experiencia del “gobierno popular” es vista como paradigma negativo por los dirigentes de izquierda que sobrevivieron y que hoy día han vuelto a alcanzar el poder; es percibida como aquello que no dejó enseñanzas; como una experiencia que hay que olvidar porque habría representado la materialización del caos.

Una de las más importantes tareas de una política de la memoria es revisar el juicio sobre la Unidad Popular. Eso no significa negar las críticas, porque cuando se pierde una batalla es porque se han cometido errores, aunque solo sea el de no medir la fuerza del adversario. Pero hay que remover la losa que se ha colocado encima de la Unidad Popular, la de haber sido una experiencia imposible. Era extremadamente difícil, tenía algo de la cuadratura de un círculo. Pero en realidad ese círculo pudo haberse cuadrado si se hubiera seguido una adecuada estrategia de alianzas, una realista dosificación de las transformaciones y se hubiese perseguido el objetivo más genuino de la “vía chilena” al socialismo: construir una “democracia auténtica”, con todo lo que esto significa.

### A.- LA FRACTURA

El bombardeo de La Moneda fue un aviso, el primer crujido de la columna vertebral. Carente de todo significado militar, su valor era político. Era la advertencia de una fractura,

la seña de que una “verdadera revolución” comenzaba a realizarse, a cañonazos, como debía ser. Rápidamente el discurso de la democracia se convierte en la justificación de una dictadura estable, aquella que después de purificar la sociedad, va a crear el verdadero capitalismo que traerá consigo la verdadera democracia.

Los militares de la Junta estaban obsesionados por entregar su señal. Las bombas que destruyeron La Moneda ponen en escena el término de la convivencia pacífica. No se realiza un acto tan brutal, tan inesperado y también tan sacrílego, para entregar el poder a un civil a los tres meses. El cadáver de Salvador Allende, envuelto en un poncho, un héroe pacífico y solitario que murió luchando con su ametralladora, era el reconocimiento de la fractura<sup>513</sup>.

En el mismo día se puso en acción la contrarrevolución: fusilamientos, torturas, desapariciones pero ausencia de un proyecto radical, consonante con la violencia. El paso de la contrarrevolución a la revolución capitalista fue un paso lento porque requirió un consenso en el bloque en el poder sobre el carácter del nuevo proyecto de desarrollo capitalista. El proyecto neoliberal empieza a aplicarse recién en abril de 1975<sup>514</sup>. El último paso de la fractura, del quiebre con el pasado. Lo que la derecha no pudo hacer en todo el siglo XX, promover un capitalismo con mercantilización generalizada y condiciones políticas que aseguraran la reproducción, lo empiezan a desarrollar los militares.

La dictadura militar chilena es una demostración de la brutal violencia que necesita la reinstalación y simultánea reestructuración del capitalismo chileno, inconciliable con una política liberal o una “vía pacífica”. Reestructurar ese capitalismo requirió de una gran flexibilidad en el uso de la represión. No basta que exista un proyecto que se aplique durante un período largo de tiempo si no existe lo fundamental: un grupo social que asuma la inhumanidad, que se ensucie las manos creando las condiciones políticas.

Y en Chile existieron los planificadores, los torturadores, los asesinos, los agentes funerarios, los enterradores, los lanzadores, los embaucadores que necesita la organización del terror. Y también existieron los políticos que gobernaron como si nada de eso estuviese pasando y los empresarios que no hicieron preguntas.

<sup>513</sup> En esas recurrentes y capciosas discusiones sobre quién trajo la violencia al escenario de la política chilena, parece olvidarse la diferencia entre discursividad sobre la violencia y violencia material. Esta última fue obra de la ultraderecha y de los militares. Las ejecuciones planificadas y acordadas como estrategia política comienzan con el asesinato del General Schneider. El golpe del 11 de septiembre fue precedido por un intento frustrado dirigido por Patria y Libertad. Luego los militares arrasaron con La Moneda y con el país. El insensato asesinato de Pérez Zujovic fue realizado por fuerzas ajenas a la Unidad Popular. Su efecto fue obstaculizar las indispensables relaciones con la Democracia Cristiana.

<sup>514</sup> Este tema lo traté con extensión en Tomás Moulian, *Chile Actual: Anatomía de un mito*, Santiago, Editorial Lom-Arcis, 1987.

## B.- DOMINACIÓN HEGEMÓNICA

El resultado: otro capitalismo, liberado del “Estado de compromiso”. El período transcurrido entre 1932 y 1973 puede ser clasificado como de dominación sin hegemonía. Eso no significa que no había capitalismo o que éste no se reproducía. Solo significa que se instala una dominación con contención. Las clases dominantes se acomodaron a los problemas de representación y usaron diferentes estrategias de contención (defensiva, represiva e integrativa). Pero terminaron entre 1970 y 1973 en una crisis que amenazó la reproducción del capitalismo existente para llevarlo hasta las puertas de otro sistema social.

La dictadura militar que se instala desde 1973 hasta 1990, dotada de poderes represivos y de la capacidad inhumana de usarlos, se preocupó de combinarlos con la integración ideológica. Esto significa del desarrollo de creencias compartidas sobre el orden natural de las sociedades, de la expansión de un mundo de valores de corte individualista, del desarrollo de ideas fuerzas que impregnaran el sentido común, entre ellas la instalación de los empresarios como los sujetos históricos. Es por eso que en el plebiscito sucesorio Pinochet logró movilizar más del 40 por ciento, cantidad sorprendente para un despotismo tan brutal. Pero una dictadura solo puede construir una hegemonía incompleta y como máximo neutralizadora. La consolidación de una dominación hegemónica ha sido la resultante del desarrollo de la transición.

Para una parte de la población esa capacidad hegemónica se basa en los resultados económicos del modelo, en las oportunidades de ingreso, de bienestar y en las posibilidades de consumo lujoso o placentero. Pero para los dominados no es la resultante de una integración material directa, ni siquiera como la que produjo el capitalismo de la posguerra entre los trabajadores de los países europeos occidentales.

La hegemonía adquirida explica el predominio de una conducta conformista, la neutralización del comportamiento político de crítica o esa esperanza infatigable que se vuelve a entregar a la Concertación, pese a los quince años de gobiernos que mantienen la desigualdad heredada. Afirmar la existencia de hegemonía neoliberal puede parecer una aberración. ¿Cómo puede ser convincente y creíble aquello que para algunos es inhumano? Pero es indudable que el neoliberalismo que opera en Chile suscita adhesión o aceptación, por lo menos entre aquellos que conforman el cuerpo de ciudadanos. La situación es diferente de la existente durante el ciclo político 1938-1973.

En ese período primó además una pauta de intermediación. Las tareas de profundizar la industrialización entre 1938 y 1947 fueron realizadas por las coaliciones de centro izquierda, las cuales se vieron forzadas a arrastrar a regañadientes a los partidos de derecha. Lo mismo ocurrió entre 1964 y 1970 con la sindicalización campesina, la reforma agraria y la modernización educativa. Aunque se trataba de reformas estructurales modernizadoras del capitalismo, que unificaban el mercado nacional, que favorecían, en ciertas



condiciones, el desarrollo capitalista del campo y que mejoraban el nivel cultural de la mano de obra para ajustarla al mercado, fueron realizadas por el gobierno demócrata cristiano con la oposición de la derecha, por lo menos las más importantes de ellas.

La aplicación de la pauta de intermediación generaba tácticas defensivas de la derecha y al final produjeron resentimiento. Como se ha dicho, el efecto centrifugador del gobierno de Frei Montalva alejó de un modo catastrófico a la derecha del centro gobernante, facilitando el triunfo de Allende. Ello creó las condiciones de la fractura. Los empresarios e importantes políticos de derecha estimularon a los militares para que convirtieran el golpe en contrarrevolución y luego en revolución capitalista<sup>515</sup>.

En el período de la transición también ha operado una pauta de intermediación. Pero ella funciona en un sistema de partidos y en un clima ideológico distinto. Las situaciones de intermediación existentes entre 1938-1947 y luego entre 1964-1970 tienen como protagonistas fuerzas políticas “alternativistas”. La izquierda del período 1938-1947 concebía a la modernización capitalista como un momento en la transición hacia el socialismo y la Democracia Cristiana buscaba desarrollar la “vía no capitalista de desarrollo”.

Las fuerzas que en la actualidad conducen la transición no son “alternativistas”. Las luchas políticas actuales entre la Alianza y la Concertación no tienen en su centro la disputa por el proyecto sino la disputa por el poder, por el recambio de elites con programas semejantes. Las diferencias programáticas son en todo caso marginales.

En la fase anterior no solo existió un Estado de compromiso, además la imbricación existente hasta 1964 entre burguesía y latifundistas impidió que el tipo de industrialización pudiera desarrollarse sin cortapisas, no solo como consecuencia de la situación de dependencia sino también a falta de un mercado nacional unificado.

En el Chile actual la Concertación ha consagrado la limitación del Estado a roles reguladores, un amplio espacio para la iniciativa privada y la definición de los empresarios como los sujetos históricos de la nueva sociedad. Existe una diversificación de la canasta exportadora, tasas de crecimiento económico sostenidas, alta inversión extranjera, y el reconocimiento universal de Chile como un país modelo. Pero sobre todo existe la mercantilización total de la previsión y de las llamadas empresas de “servicios públicos” (agua, electricidad, gas y teléfono), una amplia mercantilización de la educación y de la salud y la total transformación de la fuerza de trabajo en una mercancía como cualquier otra, cuyo precio no es la resultante de la capacidad de organización y de fuerza política sino es colocado por un mercado que demanda cada vez mayor flexibilidad.

¿Qué factores, distintos de la *performance* económica del sistema, la que solo permite comprender la adhesión de los favorecidos, explican el carácter actual de la dominación? Se hablará de un factor, en forma además muy resumida porque el asunto debería ser tema de un libro distinto.

<sup>515</sup> Tomás Moulian, *ibid.*, 1987.

#### C.- LA TRANSVERSALIZACIÓN DEL CONSENSO PARTIDARIO

La diferencia central entre el sistema partidario existente entre 1932 y 1973 y el que existe en la actualidad es la polaridad. Ella existía, como se ha dicho, en el sistema que sucumbe en 1973 y que en la actualidad no existe.

En la post dictadura el sistema de partidos termina por la izquierda en el Partido Socialista. Esa organización realizó tardíamente la trayectoria que tuvieron los socialismos europeos entre 1917 y 1920, la adopción de una opción socialdemócrata, dejando con ello al Partido Comunista a su izquierda. La falta de influencia electoral y en la toma de decisiones estatales de ese último partido lo coloca ahora fuera del sistema partidario. Sigue existiendo una opción comunista pero ésta saca cuando máximo el 9,4 por ciento, no tiene representación parlamentaria, ni domina ninguna alcaldía importante.

Esta transformación socialdemócrata del Partido Socialista y esta marginación del Partido Comunista son los datos más importantes de la realidad partidaria actual. El otro elemento adicional y concatenado es la poca distancia ideológica existente entre la Alianza y la Concertación. Eso significa que el Partido Socialista al hacer el viraje hacia la socialdemocracia y renunciar a la política anticapitalista adoptó la forma contemporánea de la socialdemocracia (aquella del PSOE de Felipe González y no la forma clásica).

Esto ha permitido la existencia de un neoliberalismo transversal, de un consenso interpartidario respecto al tema esencial de las políticas macroeconómicas, cuyo síntoma es la ausencia de diferencias significativas en la gestión entre el último ministro de Hacienda de Pinochet y los ministros de la Concertación de la misma cartera, incluyendo al del gobierno de Lagos. Es evidente que la Concertación ha representado una política de continuidad y no de reformas del modelo neoliberal.

Aun más, puede decirse que la Concertación ha sido decisiva en la construcción de la actual dominación hegemónica, pues ha otorgado al sistema neoliberal predominante una legitimidad democrática. Este ha podido demostrar que es compatible con un sistema de competencia electoral y que dentro de él logra su reproducción ampliada, sin que se produzca una activación de la protesta política directa. Además la participación del Partido. Por la Democracia y del Partido Socialista en la coalición y en las funciones de gobierno ha permitido ampliar la legitimación del modelo, pues su implicación otorga una legitimación desde la izquierda y moviliza a favor del sistema una votación que es en parte popular. También utiliza su participación en los organismos sindicales para fines de contención de la movilización social, la cual logra utilizando una simbólica de izquierda.

Tanto la Democracia Cristiana como la izquierda de la Concertación fueron hasta 1973 críticas, en diversos grados, del capitalismo. En la actualidad no lo son ni tampoco tienen la relación que tenía la izquierda chilena del período de las coaliciones de centro izquierda con la modernización capitalista, a la cual consideraban como antesala necesaria del

socialismo. Esta modificación de identidad política ha sido decisiva en la instalación del neoliberalismo como sistema consensuado entre las elites políticas.

Esa es la fractura que separa el ciclo 1938-1973 del ciclo actual. Ella permite que la mantención de mecanismos de intermediación (pues no puede decirse que la Concertación sea la representante política de las fracciones burguesas decisivas) no impida la existencia de una dominación con hegemonía.

## ÍNDICE

<b>Agradecimientos</b>	7
<b>Fuentes periodísticas</b>	8
<b>Capítulo I</b>	
<b>Referencias de Método y Conceptuales</b>	
1.- Explicaciones sobre la producción y organización del libro	9
2.- Herramientas conceptuales: El problema	10
3.- Descripciones de contexto	12
A.- Una formación social oligárquico capitalista	12
B.- El sistema de partidos: un cierto tipo de polaridad	14
a.- El sistema de partidos del régimen parlamentario	15
b.- Los cambios entre 1932-1935	19
4.- Una periodización: mecanismos globales y particulares de dominación en el Estado chileno	20
<b>Capítulo II</b>	
<b>El Comienzo De La Dominación Defensiva: La Elección Presidencial de 1938</b>	
1.- Las decisiones de la derecha en la elección presidencial de 1938	23
A.- Las condiciones del cálculo político de la derecha: la falacia del principio del <i>ceteris paribus</i>	23
B.- La lucha interna en el campo de la derecha	24
2.- La alianza del Partido Radical con las izquierdas	38
A.- La candidatura Grove	38
B.- Los intentos por apartar al Partido Radical del Frente Popular	39

c.- La amenaza de la candidatura de Ibáñez	47
d.- La elección	52
3.- El funcionamiento de la dominación defensiva: el bloqueo parlamentario	52

### Capítulo III

<b>Variaciones del Modelo de Dominación Defensiva: 1942-1946</b>	57
1.- Las decisiones para la elección presidencial de 1942	57
A.- El comienzo del proceso decisional de los partidos de centro e izquierda	57
B.- El proceso decisional de los partidos de derecha	66
C.- La finalización del proceso decisional de los partidos de centro e izquierda	78
D.- La campaña presidencial de Ibáñez	79
2.- Otra forma de dominación defensiva: la integración del Partido Liberal y la participación militar	83
A.- La formación de los ministerios y la política de alianzas	83
B.- Los gabinetes “administrativos”	85
C.- Las realizaciones del gobierno de Ríos	87
3.- Las decisiones políticas para la elección de 1946	89
A.- Modificaciones y reajustes en el sistema de partidos entre 1942 y 1946	89
B.- Las elecciones parlamentarias de 1945	93
C.- La Vicepresidencia de Duhalde y los sucesos de la Plaza Bulnes	94
D.- El contexto internacional	98
E.- El proceso decisional de la derecha: la Convención	99
F.- Las otras candidaturas	126
G.- Los resultados electorales	130
H.- Un balance de la situación	132
4.- Las tareas asumidas por las coaliciones de centro-izquierda	137

### Capítulo IV

<b>La modalidad de dominación represiva: 1948-1958</b>	143
1.- El problema global	143
2.- Los discursos de la Ley de Defensa de la Democracia	147

3.- Las elecciones presidenciales de 1952	149
A.- La situación socio-económica en el período pre-electoral: 1950-1952	150
B.- El clima ideológico	151
C.- El elemento clave de la correlación de fuerzas	152
D.- La candidatura de Carlos Ibáñez	154
E.- Las otras candidaturas	155
F.- Un análisis de los resultados	157
4.- El gobierno de Ibáñez: 1952-1958	158
A.- Las constantes	158
B.- Los primeros meses del gobierno: desde noviembre a las elecciones de abril de 1953	158
C.- Las elecciones de abril de 1953	160
D.- El auge de la participación socialista popular: abril de 1953 hasta septiembre de 1953	160
E.- La crisis del populismo ibañista: octubre 1953-diciembre 1955	162
F.- El vuelco a la derecha: el programa de la misión Klein-Saks. Enero 1956-junio 1958	165
G.- El viraje a la izquierda: la colaboración del gobierno con el bloque de saneamiento democrático	168
H.- Las tendencias golpistas en el gobierno de Ibáñez	171
I.- Los sucesos del 2 de abril de 1957	172
5.- Las elecciones de 1957: la reorganización del campo político	173
A.- Los partidos del campo ibañista entre 1953 y 1957	173
B.- Análisis de los resultados	174
6.- Las reorganizaciones partidarias a fines del período de Ibáñez	175
A.- La formación del FRAP	175
B.- La división del Partido Agrario-Laborista	176
C.- La formación del Partido Demócrata Cristiano	177
D.- La reunificación del socialismo	178
E.- La reaparición de los comunistas	179
7.- El movimiento obrero entre 1952-1958	179

8.- Balance del periodo de Ibáñez (1952-1958)	183
9.- El balance de la dominación represiva	184

## Capítulo V

### La Dominación Integrativa 187

1.- Una nueva estrategia de contención	187
2.- La elección de 1958	187
3.- El gobierno de Jorge Alessandri	189
4.- La Democracia Cristiana en su fase ascendente	194
A.- El análisis de los partidos de centro y de la Democracia Cristiana chilena	194
B.- La trayectoria electoral	198
C.- Factores que explican la ascensión de la Democracia Cristiana	204
D.- Papeles diversificados de la Democracia Cristiana	221
5.- El gobierno de Eduardo Frei Montalva	222
A.- Características del reformismo democratacristiano	222
B.- La características del partido gobernante	223
C.- Los resultados económico sociales del gobierno de Frei	226
D.- La evaluación política en el Gobierno de Frei	227
E.- El resurgimiento de elementos autoritarios en la derecha	232
F.- El fin de las dominación integrativa: la elección de Salvador Allende	233

## Capítulo VI

### El fin de la dominación integrativa: de la polaridad a la polarización 237

1.- Los efectos inmediatos de la elección de Allende: desde el 4 de septiembre de 1970 hasta el 4 de septiembre de 1970	237
2.- Las contradicciones de la línea de la Unidad Popular y los problemas generales de dirección	239
A.- La importancia de la dirección política	239
B.- La inconsistencia de las dos líneas	241
C.- Las raíces históricas de la disputa de líneas estratégicas	250

3.- Las relaciones entre la Unidad Popular y las capas medias	253
4.- Octubre de 1972	254
A.- Los objetivos del movimiento	254
B.- Factores gatillantes	255
C.- Los problemas de la Democracia Cristiana	257
D.- El desarrollo del conflicto	258
E.- La dirección política del movimiento	259
F.- La redefinición de los objetivos del movimiento	260
G.- La resolución	261
5.- La paradoja de la participación militar	262
6.- Los obstáculos de la realización de la “vía chilena al socialismo”	264
7.- El despliegue de la democracia de masas (octubre 1972-septiembre 1973)	267
8.- Legado de la Unidad Popular	268
A.- La fractura	269
B.- Dominación hegemónica	271
C.- La transversalización del consenso partidario	273

**ESTE LIBRO HA SIDO  
POSIBLE**

**POR EL TRABAJO DE**

**Comité Editorial** Silvia Aguilera, Mauricio Ahumada, Carlos Cociña, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, José Leandro Urbina, Verónica Zondek **Relaciones Públicas** Claudia Apablaza **Proyectos** Ignacio Aguilera **Diseño y Diagramación Editorial** Ángela Aguilera, Paula Orrego **Corrección de Pruebas** Raúl Cáceres **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Leonardo Flores **Producción** Juan Aguilera, Eugenio Cerda **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Efraín Maturana, William Tobar **Preprensa Digital** Ingrid Rivas, Daniel Véjar **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Héctor García, Luis Palominos, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Eugenio Espíndola, Sandro Robles **Encuadernación** Bruno Cáceres, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Aníbal Garay, Pedro González, Carlos Muñoz, Gabriel Muñoz, Luis Muñoz, Marcelo Toledo. **Diseño y Diagramación Computacional** Guillermo Bustamante, César Escárate, Juan Pablo Godoy, Claudio Mateos **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, Carlos Bruit, José Lizana, Guillermo Muñoz, Edgardo Prieto **Difusión y Distribución** Elba Blamey, Luis Fre, Carlos Jara, Rodrigo Jofré, Marcelo Melo, Nelson Montoya, Pedro Morales, Leonidas Osorio, Jorge Peyrellade, Miguel Altamirano **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Área de Administración** Jaime Arel, Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Alejandra Césped, Diego Chonchol, César Delgado, Aracelly González, Sylvia Morales, Mónica Muñoz, Marcos Sepúlveda. *Se han quedado en nosotros Adriana Vargas, Anne Duattis, Jorge Gutiérrez y Marcos Bruit.*

- HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE CHILE I  
Gabriel Salazar y Julio Pinto
- HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE CHILE II  
Gabriel Salazar y Julio Pinto
- HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE CHILE III  
Gabriel Salazar y Julio Pinto
- HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE CHILE IV  
Gabriel Salazar y Julio Pinto
- HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE CHILE V  
Gabriel Salazar y Julio Pinto
- LABRADORES, PEONES Y PROLETARIOS  
Gabriel Salazar
- LAS ARDIENTES CENIZAS DEL OLVIDO  
Brian Loveman y Elizabeth Lira
- REVOLUCIÓN PROLETARIA O QUERIDA  
CHUSMA?  
Julio Pinto y Verónica Valdovinos
- HISTORIA DE AMÉRICA LATINA Y DEL CARIBE  
(1825 - 2001)  
José Del Pozo
- EL ESPERANZO DE LA RECONCILIACIÓN  
POLÍTICA  
Brian Loveman y Elizabeth Lira
- LA MATANZA DE SAN GREGORIO  
Floreal Recabamán
- PODER, MERCADO Y ESTADO  
César Ross
- ESTADO Y SOCIEDAD EN CHILE, 1891 - 1931  
Enrique Fernández
- EL GOLPE DESPUÉS DEL GOLPE  
Verónica Valdovinos y Quié de Zarate
- CRISIS SOCIAL Y MOVIMIENTOS POPULARES EN EL 1960  
Mario Garcés
- DESDE LAS SOMBRAS  
Rolando Álvarez
- CHILE DES-CENTRALIZADO  
María Angélica Illanes
- ARRIBA QUEMANDO EL SOL  
Colección Oficios Varios
- LA FRONTERA DE LA DEMOCRACIA  
Juan Carlos Gómez
- MIGUEL ENRIQUETZ  
Pedro Norajón / Mauricio Ahumada  
Mario Garcés / Julio Pinto
- LA SANCION DEL COMBATE  
Florentina Malbos
- CHILE Y BOLIVIA: HASTA CUÁNDO?  
César Pinochet de la Barra
- REBELIÓN, SUBVERSIÓN Y DIFÍCIL DECIDIR  
Pedro Ross
- EL LIBRO INACTIVO  
Tomás Moulian
- LAS REBELIONES AGRIARIAS Y LAS TIERRAS MARCHITAS  
Héctor Gómez / José Miguel / Nancy Vargas
- EL LIBRO INACTIVO (2da Edición)  
Tomás Moulian

TOMÁS MOULIAN

## Fracturas

De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende  
(1938-1973)

**Esta obra es una compleja mezcla** de escritura reciente y reescritura de textos antiguos colocados en una perspectiva teórica nueva. El autor construye una mirada particular de la política chilena de una parte del siglo XX. Se concentra en el análisis de las luchas políticas entre 1938 y 1973. Su finalidad es describir y analizar las modalidades a través de las cuales se ejerció la dirección política en Chile, en una época en que era una sociedad capitalista subdesarrollada, con industrialización para el mercado interno y con una irregular y discontinua democracia representativa, celebrada no obstante como ejemplar.

El autor señala que cuando el bloque dominante no logra expandir el dominio económico y trasmutarlo en político, o sea cuando no puede actuar como fuerza dirigente, está obligado a desarrollar capacidad de contención. Esta última capacidad puede tomar varias modalidades. En el análisis de la trayectoria política chilena entre 1938 y 1973 se distinguen tres formas: la defensiva, la represiva y la integrativa.

Tomás Moulian plantea que esta situación de contención sobrevive a las coaliciones de centro izquierda de 1938 a 1946, a los dos primeros años del gobierno de González Videla, a la administración Ibáñez. Solo es puesta en cuestión por una débil ley de reforma agraria promulgada por Jorge Alessandri en 1962 y, más tarde, por la decidida política de Frei Montalva, cuyo gobierno fomenta la sindicalización campesina y promulga la nueva ley de reforma agraria de 1967. Entre 1970 y 1973 se desarrolla una crisis que termina en colapso, producto del intento de implementar una "vía chilena al socialismo" a través de decisiones extraparlamentarias. El brutal golpe militar de las Fuerzas Armadas va a producir una rearticulación del desarrollo capitalista chileno.



9 789562 826264

**PELIGRO**  
LA FOTOCOPIA  
MATA AL LIBRO